

INQUISICIÓN

Las cárceles del Santo Oficio

Miguel
Betanzos

NARRATIVAS HISTÓRICAS Lectulandia

Deudora en buena medida de la novela picaresca, la nueva obra de Miguel Betanzos recurre con acierto a la ficción del manuscrito encontrado para construir una novela epistolar en la que Felipe Zamora, un curioso celador de las cárceles del Santo Oficio, narra a su amada los avatares de su vida.

Progresivamente, el lector va conociendo el ambiente opresivo en el que el celador desarrolla sus tareas, los avances en de sus requiebros amorosos y la personalidad de este fascinante personaje.

Lectulandia

Miguel Betanzos

Inquisición

Las cárceles del Santo Oficio

ePub r1.0

Titivillus 04.10.17

Título original: *Inquisición*
Miguel Betanzos, enero de 2004
Retoque de cubierta: Titivillus

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com



Para Sandra

«De las cosas que suelen causar más temor a los hombres, no sé cuál sea mayor o pueda compararse con una mala intención».

MATEO ALEMÁN,
Guzmán de Alfarache (1599).

«Las leyes del gusto humano tienen más fuerza que las de la religión».

MIGUEL DE CERVANTES,
Los trabajos de Persiles y Sigismundo (1617).

NOTA INTRODUCTORIA



Hacia finales del siglo XVI, una rica dama española de quien apenas tenemos noticias comenzó a recibir una serie de cartas un tanto curiosas y llamativas, cuyo extraño remitente desempeñaba el oficio de carcelero en un tribunal de la Santa Inquisición. Por desgracia, casi nada sabemos acerca de aquella dama, excepto que tuvo la feliz idea de recoger esas cartas y entregarlas a la imprenta de Juan de la Cuesta —la misma que en 1605 daría a luz la primera parte del Quijote—, para que fueran publicadas en forma de libro. De ese modo, y posiblemente como una curiosidad para los lectores ociosos de la época, en diciembre de 1599 apareció en las librerías de Madrid un pequeño volumen que llevaba el sugestivo título de *Relación de la vida, morales y costumbres de un carcelero del Santo Oficio*.

Pese a husmear en cuanto archivo tuve en mis manos, no he podido averiguar qué número de ejemplares se tiraron en aquella primera edición, pero el caso es que debieron de agotarse en pocas semanas, pues en los primeros meses del año siguiente, la misma casa de Juan de la Cuesta lanzaba una segunda tirada, esta vez de ochocientos ejemplares, un número más que considerable para la época.

Sin embargo, la suerte del libro estaba sellada por la fatalidad. Aun cuando llevaba su correspondiente tasa y privilegio real, indispensables para obtener el permiso de publicación, bien pronto comenzó a desvelar la mente de algunos censores de la época. No habían pasado unos cuantos meses hasta que el propio Santo Oficio tomó cartas en el asunto, lo incluyó en el índice de libros prohibidos y ordenó retirar todos los ejemplares de las librerías. La fórmula de la prohibición inquisitorial,

según he podido leer en un viejo registro del Santo Oficio, rezaba sencillamente: «... non tengades, que es libro necio de devaneo». Como era costumbre, los ejemplares secuestrados fueron llevados a un depósito y poco más tarde incinerados en una hoguera pública.

Lo que sucedió después, tal como suele ocurrir con algunos libros prohibidos, es materia de discusión entre eruditos y bibliófilos. A mediados del siglo XIX, el sabio español don Ignacio Morales Quijano, prolijo estudioso y coleccionista de libros antiguos, sostuvo que el volumen en cuestión desapareció por completo después de aquella bárbara fogata, y que sólo sabemos de su existencia en razón de que su título aparece en los índices del Santo Oficio^[1].

No obstante, en 1937, y tras los infaustos bombardeos sobre Guernica, un tal Blas Francisco de Villegas dio con un ejemplar del libro —milagrosamente ileso— entre los escombros de una biblioteca particular. El hallazgo, ya terminada la guerra civil, fue saludado con gran entusiasmo por parte de los bibliófilos españoles que ya lo creían definitivamente perdido. Sin duda se trataba de un ejemplar adquirido por algún ignoto lector antes de la prohibición inquisitorial, lo que explica que sobreviviera a las llamas.

Pero en 1975 aparecieron algunas dudas acerca de la autenticidad de ese ejemplar. Al estudiar la composición química del papel y de la tinta, Raymond Blanchard, de la Universidad de la Sorbona, conjeturó que debía tratarse de un ejemplar dado a la imprenta alrededor de 1750, y por lo tanto apócrifo^[2]. Estudios posteriores, no obstante, sugieren que la hipótesis de Blanchard podría ser errada, lo cual en cierto modo ha dejado las cosas como estaban al principio.

Sea como sea, una copia de ese libro llegó a mis manos hace ya una decena de años, mientras visitaba las tierras vascas en busca de mis ancestros. Prefiero pasar por alto la ominosa forma en que di con ese precioso ejemplar. A veces cometemos ciertos actos vergonzosos por lo que juzgamos una buena causa, lo cual, curiosamente y dicho sea de paso, es el lema que pareció animar a muchos jueces de la Inquisición.

Una vez de regreso en Buenos Aires, una conversación con mi buen amigo Ricardo Guzmán Bousquet me persuadió de dar a conocer el libro al público. En verdad la idea me cautivó de inmediato, pues las cartas que contiene —algunas de ellas tan jocosas como siniestras—, ofrecen una muy singular visión acerca de las cárceles del Santo Oficio, así como de la vida de los reos y de algunos de los inquisidores.

El problema era cómo hacer legible y cómodo al lector moderno un texto lleno de erratas, lagunas y vicios gramaticales, además de estar escrito en el dificultoso castellano del siglo XVI, lleno de arcaísmos y expresiones medievales que ya por entonces comenzaban a entrar en desuso. Había una sola manera de llevar a cabo el trabajo: con empeño y mucho esfuerzo. Durante meses, robándole horas al sueño y a ciertos compromisos sociales, me concentré en una muy cuidada transcripción del

texto. Debí modificar gran parte del lenguaje original y actualizar cuestiones de índole fonológica y morfológica (por ejemplo, palabras como «recibir» en lugar de «recebir», «ceremonia» en vez de «cerimonia», «distinguir» por «destinguir»). También he debido poner al día el género de ciertos sustantivos tales como «la color», «la mar», «la fantasma». Asimismo, las terminaciones de infinitivo más pronombre, como «hacerlo» por «hacello», «mirarlo» por mirallo, «buscarle» por «buscalle». Por último, también he modernizado la grafía cuando ha sido necesario, como es el caso de la «h» en lugar de la «f» al comienzo de ciertas palabras («fecho», «fermoso», «facer», «desfacer», «fablar»). No estoy muy seguro, pero creo haber salido bastante airoso de semejante tarea.

Con respecto al lugar y la fecha en que fueron escritas las cartas, sólo cabe especular. El original que tengo entre mis manos evita cualquier mención al respecto, posiblemente con la intención de resguardar el buen nombre y honor de quienes aparecen mencionados en él. Es presumible que los editores hayan alterado los nombres, apellidos y lugares en que sucedieron los hechos, dada la posible deshonra que podría significar para algunos de los protagonistas. No obstante, y en atención a ciertos indicios que surgen al estudiar el texto con cierto detenimiento, podría suponerse que las cartas fueron escritas en los sótanos del tribunal de la Inquisición de Toledo, o acaso en el de Valladolid, aunque no hay modo de saberlo con precisión. En cuanto a las fechas, la cuestión es un tanto meno incierta. Si se tiene en cuenta que el rey Felipe II de España murió en 1598, y que en algunas de las cartas se hace mención a la enfermedad y agonía que padeció en sus últimos años, es de suponer que debieron de ser escritas en una fecha no muy alejada de aquélla.

Por último, un breve comentario a modo de declaración de intenciones. Decía Unamuno que, a medida que iba entrando en años, cada vez sentía mayor fastidio por la prensa informativa y más aún por todo aquello que solemos llamar «actualidad». De igual modo, renegaba del exceso de información y de ese vicio moderno de querer enterarnos de todo antes y con la mayor velocidad. Pues bien, yo me permito coincidir con la opinión de don Miguel, ya que, como él mismo solía decir: «Por el empeño de querer saber cuanto antes las cosas, las sabemos mal». Creo que nuestra época rinde un exagerado culto a la actualidad, cuya peor secuela es extraviar la perspectiva histórica; padecemos un enfermizo afán por lo que está de moda, y nuestra sociedad no persigue la calidad ni el virtuosismo, sino lo novedoso, lo moderno, «lo último», que por añadidura suele ser bastante simple y demandar escaso esfuerzo. Es ésa, a mi juicio, una sutil forma de ignorancia que tiende a propagarse cada vez más.

Por esa razón, creo que haber rescatado este libro de entre las sombras tiene su mérito como una suerte de antídoto contra aquella enfermedad. Seguramente, conocer la historia del hombre en sus más íntimos recovecos, saber de sus ilusiones, esperanzas, virtudes y miserias, nos torna más íntegros y menos vulnerables, y hace patente aquella vieja fórmula con la que ya insistía Plutarco: los pueblos que

desconocen su historia están condenados a repetir los mismos errores.

No quisiera terminar esta breve noticia sin agradecer a Sandra Cilia la valiosísima colaboración, el entusiasmo permanente y los muchos momentos dedicados a este libro, que seguramente no hubiera llegado a buen puerto sin su ayuda. Por lo tanto, quisiera dedicarle estas páginas que tanto le pertenecen, aunque eximiéndola, naturalmente, de los muchos errores y flaquezas que contienen.

Miguel Betanzos

CAPÍTULO 1



Estoy seguro de que os sorprenderá grandemente el recibir esta carta. Ni yo mismo entiendo por qué me he puesto a escribirla, que para esos menesteres soy bastante holgazán, pero la verdad es que hace unos días os he visto pasar frente a mí, toda muy graciosa y coqueta, y desde entonces no he podido quitarme vuestra presencia de la cabeza.

Si mal no recuerdo debió de ser el domingo, pues salíais de la iglesia después de la hora de misa y llevabais un rosario en vuestras manos. Yo me hallaba cuidando los jardines del edificio y dando agua a las flores, como suelo hacer una vez a la semana, cuando alcé los ojos por pura casualidad y os vi cruzando la calle en dirección a la plaza. No lo creeréis, pero en ese momento os juro que me quedé tieso como una piedra y se me aflojaron las piernas. Y eso no es todo, pues cuando al fin recobré el aliento y dejé de miraros como un borrico a una zanahoria, hice todo a un lado y salí corriendo del edificio para contemplaros más de cerca. ¡Válgame Dios, me dije para mis adentros, de dónde ha salido tan guapa y bellísima mujer! Puede que os parezca una osadía, o quizás un atrevimiento por mi parte, pero os confieso que al veros tan hermosa no lo dudé un instante y os seguí de cerca hasta vuestra casa.

Os parecerá increíble, señora mía, pero la verdad es que a cada paso me temblaba hasta el alma de la emoción. Cuando cruzasteis la puerta y desaparecisteis de mis ojos, fue como si se hubiera roto un hechizo. Poco más tarde regresé aquí una vez más, a este edificio de mala muerte en el que vivo y trabajo, y desde entonces casi no he dejado de pensar en vos.

En verdad, todos estos días me he estado preguntando una y otra vez cuál será vuestro nombre, si acaso seréis nueva en el vecindario, si estaréis casada o soltera, si por ventura tendréis amigos o pretendientes, y mil cosas más que no dejan de rondarme la cabeza día y noche. A propósito, ya sé que es de entrometidos el andarse averiguando la edad de las mujeres, pero os confieso que siento gran curiosidad por conocer la vuestra. Me figuro que rozaréis los treinta años, ¿no es así? Pues, a decir verdad, se os ve en la flor de la vida, cuando la mujer se pone más maja y bonita, cuando tiene las carnes más firmes, el rostro más bello y el andar más desenvuelto.

Pero os decía hace un rato que al regresar aquí no hice más que ponerme a pensar en vos, y os puedo jurar que no exagero ni una pizca, pues en estos sótanos del demonio, cuando se acaba el trabajo del día, las horas se vuelven muy largas y no puede uno sino echarse a pensar todo el tiempo hasta que le viene el sueño. En esos momentos se me aparecen vuestros hermosos cabellos, vuestros ojos, vuestra manera de caminar. En todo ello pienso día y noche, y eso que en los asuntos del entendimiento, como suele decirme fray Hernando, soy algo torpe y duro de mollera, y a fe mía que no le falta razón en ello, pues en toda mi vida no he hecho otra cosa más que doblar el lomo trabajando a sol y a sombra. Por desgracia, nunca he sido amigo de estudios, ni de libros, ni de todas esas cuestiones con que suelen enredarse los eruditos y los doctores, que vaya a saber Dios cómo no les empolla el seso de tanto llenarlo de pajarracos. En cambio yo, señora mía, ¿a qué engañaros con habladurías, si más parezco burro que cristiano? Deberíais ver mi pobre espalda, que está encorvada y maltrecha de tanto trabajar, o las palmas de mis manos, todas llenas de encalladuras y cicatrices de lo mucho que debe andar uno entre sogas, tenazas, hierros y grilletes. Creedme que en estos sótanos la vida es muy dura, aunque gracias al Cielo acaba uno por acostumbrarse, y más aún cuando se llevan tantos años en el oficio. A decir verdad, yo casi he perdido la cuenta, pero si pensáis que me trajeron aquí siendo apenas un mozuelo, y que el año que entra, si Dios quiere, cumpliré los cuarenta, ya os podréis figurar lo mucho que llevo entre estos muros.

Claro está que, si bien se mira, la cosa no es tan mala después de todo. Os diré que se lo pasa uno de maravilla si sabe cómo ganarse el favor de los frailes, y yo en eso no tengo problemas, pues a cada uno de ellos lo conozco desde hace mucho y sé muy bien de qué pie cojea. Sin ir más lejos, fray Hernando y fray Gregorio hasta me tratan como si fuera de su propia familia. A veces, cuando acaban su trabajo y se sienten algo fatigados de tanto andar entre papeleos y expedientes, ambos suelen venir a mi cuarto a charlar de lo que venga a cuento. Deberíais conocerlos alguna vez. Los dos comparten el mismo oficio, se llevan muy bien y andan juntos todo el día, pero si los miráis con detenimiento veréis que son tan distintos como el agua y el aceite. Fray Gregorio, por ejemplo, es flaco y estirado, tiene el cogote tan largo como el de un avestruz, y a pesar de los muchos años que lleva como inquisidor jamás ha perdido los hábitos de cuando era un simple fraile. Os parecerá extraño, pero jamás lo he visto comer sino un pequeño bocadillo en la mesa, no bebe más que agua y

duerme sobre una esterilla tan vieja y dura como una piedra. Además, bajo la sotana lleva siempre el mismo sayal andrajoso que tiene desde hace años, y ha de ser milagro que no se le caiga de tan podrida que está la tela.

En cambio, fray Hernando no se le parece ni en el blanco del ojo. Por donde lo miréis está más gordo que una vaca preñada, y aun así no para de comer el día entero. Os sorprenderíais de verlo atragantarse con cuanto bocado le pongan sobre la mesa. Tanto le da la carne de cerdo como la de vaca, el pescado de mar como el de río, la fruta de estación, la hortaliza de granja o lo que cuernos sea. En su propio cuarto siempre tiene colgada una pierna de cerdo sobre el caño de la estufa, pues el jamón le gusta comerlo bien ahumado, y os puedo asegurar que suele engullirlo con tal apetito que se lo traga sin mascar. A veces hasta le da por sazonar algunas de sus comidas con unas pocas hojas de albahaca, pero como eso es cosa de judíos, se las hace guisar a escondidas para no tener problemas con el resto de los inquisidores. Además, y permitidme la confianza, le apetece el trago como a ningún otro. Que yo sepa, nadie en este edificio le lleva ventaja en aquello de soplar hacia adentro, y eso que entre frailes la cosa es bien reñida, pues ya sabéis que empiezan por darle al vino de misa, siguen con algún licorcillo benedictino y sólo Dios sabe con qué bebestia terminan. Por cierto, el mismo fray Hernando conoce tanto de vinos que, con llevarse un tazón a las narices, ya le acierta la cualidad y el linaje, la patria, el año de cosecha y las vueltas y revueltas que ha dado en la cuba. Os diré que de resultas de ello le ha salido una nariz tan grande y amoratada que parece una berenjena.

Pero pese a todas las diferencias, los dos se parecen mucho en el carácter. Tanto fray Hernando como fray Gregorio son hartos generosos, tienen buen corazón y a mí me tratan con mucha dulzura. Jamás he reñido con ninguno de ellos ni me han alzado la voz, aunque de cuando en cuando me gano algún tirón de orejas a causa de mis torpezas.

En cambio, con el padre Fermín la cosa es bien diferente. Es el inquisidor de mayor rango entre los que trabajan aquí y, si queréis saber mi opinión, me da que es más venenoso que colmillo de víbora. Tiene el genio chusco y gruñón, anda siempre con el humor enredado y a mí casi no me presta atención si no es para regañarme o echarme en cara alguna cosa. Creo que viene de una familia de ricachones e hijosdalgo de España, esos que tienen sangre vieja, pluma en el sombrero y no sé cuántos apellidos, aunque a mí toda esa porfía me tiene sin cuidado, que al cabo todos somos hijos de Adán y Eva y el resto es mero palabrerío. Os diré que como juez del Santo Oficio es hombre de gran rigor y poca paciencia. Jamás se anda con demasiadas vueltas cuando hay que juzgar a un reo, pues suele decir que en cuestiones de fe todo está muy claro y no hay discusión que valga. En su opinión, a los herejes hay que arrancarlos de cuajo y nada de andarse con perdones ni complacencias, que a la oveja descarriada se la echa al fuego y amén. Si por él fuera, señora mía, haría meter presa hasta a la necesidad, por aquello de que tiene cara de hereje. Alguna vez le escuché decir que: «Todo hereje está condenado desde el

principio; lo que yo hago es apresurarle el expediente». Recuerdo que cuando dijo aquello hasta el propio fray Hernando se alarmó. Y cuando le preguntó el porqué de tanto rigor, el padre Fermín lo miró con ojos de hielo, estiró el cogote como una garza y le dijo: «Pues muy sencillo, padre: quemad a diez herejes y veréis cómo el undécimo se vuelve más prudente».

Del resto de los frailes que trabajan aquí no hay mucho que pueda deciros. Habéis de saber que por estos pasillos desfila cada día un buen número de bachilleres, licenciados y doctores que vienen a visitar a los reos y a conversar de sus cuestiones. Con ellos apenas tengo trato, pues, a decir verdad, la mayoría son más huraños que una vieja solterona. De cuando en cuando me encargan alguna faena, ya sea que les estacione sus caballos, que los lleve hasta alguna celda o les cargue alguno de los gruesos carpetones en donde llevan los expedientes de los reos. Pero lo que es detenerse a hablar, pues podrá uno morir de viejo que nunca les sacará una palabra.

También está la Zunilda, que desde hace años vive en uno de los cuartuchos del edificio y entre otras cosas se encarga de preparar la comida para todo el mundo aquí dentro. ¡Ah, señora mía! ¡Ya quisiera algún rey o algún príncipe tenerla como encargada de su cocina! Guisa como los dioses, prepara unos pucheros que son para relamerse y conoce la receta de unos dulces tan sabrosos que hasta un ministro de la corte suele venir de cuando en cuando a comprarle algunos. Además, nadie en toda España tiene mejor mano que ella para salar puercos, lo cual ya es decir, pues por sencillo que parezca eso es cosa de entendidos. Y os diré más aún ya que, amén de cocinar maravillosamente, lo hace con tanto cuidado y empeño que todo en la cocina reluce como el sol mismo. Jamás veréis una mancha de suciedad ni nada parecido. Cada olla y cada plato los pule hasta el cansancio, los lava con jabón y los friega con lejías. ¡Y Dios os libre de tocarle alguna de sus cosas, que buena zurra os ganaréis en el intento! Sin embargo, pese a parecer algo ruda, lo cierto es que la Zunilda es mujer de gran corazón, buena compañera y siempre dispuesta a la charla. Por las noches, a la hora de la cena, me suelo arrimar a la cocina para matar el gusanillo, y casi siempre nos quedamos hablando a vientre lleno hasta que mueren las velas. Y a propósito de charlas, a mí se me hace que debe ser medio gitana, pues tiene la manera de hablar de las gentes de ese pueblo, y además sabe leer la fortuna en la palma de la mano, aunque a decir verdad a mí esas cosas me huelen a embuste. Por lo demás, se sabe mil oraciones y rogativas para curar lo que venga a cuento: mujeres que no pueden parir, esposas malcasadas, enfermos de fiebres, dolores de muelas y, por si fuera poco, hasta suele echar pronósticos a las mozuelas que están preñadas para ver si es niño o niña lo que tienen en el vientre. Aunque no lo creáis, a veces saca grandes provechos con esas artes, pues ya sea alguna mujer que sanó de sus dolores, o alguna otra que consiguió marido, le suelen pagar buenos dineros y con ello suple en algo lo poco que se gana aquí. Bien es cierto que en ocasiones es tan charlatana como un perico de Indias, y que la mayoría de las veces embrolla las historias a su antojo, pero os puedo asegurar que con ella no os aburriríais ni un momento.

En cuanto a lo demás, mi querida y amable señora, la vida aquí abajo es bastante serena y apacible, sobre todo en las horas de la noche, cuando aprieta el silencio y apenas se oyen quejidos, el llanto de alguna mujer o la voz de algún reo que le canta plegarias a su dios, y digo a su dios porque aquí, habiendo tanto moro y tanto judío y tanto luterano, jamás se sabe a qué dios le habla cada quién, siendo que alguno hasta le entona plegarias al diablo.

Pero también es cierto que a veces no da uno abasto con todo el trabajo. Cada tanto, y vaya a saber Dios a cuento de qué, los inquisidores mandan a hacer una redada general en la ciudad, y os puedo asegurar que en esos días los calabozos se llenan hasta la pera. Sin ir más lejos, hace casi un mes no cabía un alma en estos sótanos. Según me he enterado, parece ser que el Santo Oficio logró pillar a uno de esos tantos judíos conversos que pululan por las calles, lo puso bajo tormento y lo obligó a cantar hasta el avemaria. Dicen que al principio se resistió a decir palabra, pero después de unas cuantas vueltas de cuerda en la mesa del potro, el pobre infeliz acabó por delatar a media ciudad. De un día para el otro cayeron tantos marranos aquí dentro que hubo que meter a tres o cuatro por celda. Casi todos venían de la Judería Vieja, esa que está en el centro de la ciudad, pues dicen que allí funcionaba a escondidas un templo en donde le rezaban a su dios, guardaban el sábado y celebraban no sé qué otras cosas de judíos que están prohibidas por los decretos del Santo Oficio. Además, se rumorea que en algunas de las reuniones azotaban una imagen de Nuestro Señor como señal de protesta, aunque esas cosas a mí me suenan a cuento de viejas.

Tendríais que haber visto lo que eran estos sótanos en esos días. Ya bien dicen que el judío es de natural quejoso y protestón, y a fe mía que ha de ser cierto, pues nunca en la vida he oído tantos lamentos y pesares como entonces. Mañana, tarde y noche se lo pasaban chillando como parturientas. Había uno que no se cansaba de insultar a la Iglesia de Roma y decía que el papa era un asno sin remedio. ¿Podéis creer semejante cosa? Otro que parecía un lunático andaba todo el día queriendo matarse, golpeándose contra las paredes, hasta que en un momento se rajó la mollera al estrellársela contra la puerta del calabozo. Y hasta había uno flaco y huesudo que fue aún más allá en eso de tentar a la Parca, pues andaba tan desgraciado que una mañana trató de ahorcarse colgándose con el cinturón del braguero. ¡Virgen Santísima! Menos mal que yo mismo alcancé a atajarlo a tiempo y de milagro lo saqué vivo, aunque por desgracia el tirón había sido tan fuerte que le dislocó una vértebra y el pobre quedó con el cogote torcido.

Me figuro yo que todo este asunto de que algunos quieran matarse os resultará bastante curioso, ¿no es verdad? Quizás os preguntéis por qué diablos andar apresurando la muerte sin esperar siquiera la sentencia de los jueces. Pues yo os diré la razón: sucede que la mayoría de estos judíos irán a proceso, y algunos de ellos están tan comprometidos que ya conocen el resultado de antemano. Los más rebeldes saben que irán a dar al quemadero, y como a nadie le hace gracia que lo achicharren

en las hogueras del Santo Oficio, algunos prefieren matarse ellos mismos y evitar el sufrimiento. Sin embargo, tengo para mí que muchos de éstos, en el fondo, no son en verdad reos de la herejía judaica, sino más bien locos de atar.

Pero os hablaba hace un momento de lo ingrato que es estar aquí abajo en esos días. ¡En verdad no gana uno para soportar tanto trabajo! ¿Es que no me creéis acaso? Pues entonces dejadme contaros cuán pesada es esta faena de carcelero en días como éstos, donde no es posible siquiera tomarse un respiro ni echarse a dormir una siesta.

Veréis, mi buena señora, ya desde bien temprano comienzan los ajetreos en el edificio. Apenas sale el sol anclan los inquisidores revoloteando por los pasillos, tomando declaraciones a los reos y llenando tantas cuartillas de papel que se pregunta uno qué diablos pondrán allí, pues por cada sospechoso de herejía emplean más tinta y papel de lo que llevaría escribir una Biblia entera. Más tarde, a media mañana, llegan los abogados y los doctores, y os puedo asegurar que entonces todo el edificio se convierte en un hormiguero. Sin duda os sorprenderíais de ver el revuelo de gentes que se amontonan en los pasillos y hasta en el patio. Aparecen testigos, secretarios, escribanos, familiares de los reos, y así como llegan cada uno va a lo suyo, atropellándose como animales, de tal suerte que esto más parece feria de pueblo que tribunal del Santo Oficio.

En esas horas yo me lo paso corriendo de un lado para otro. La mayoría de los jueces suelen pegar el trasero a su asiento y desde allí me ordenan de todo: que id para allá, que venid para acá, que traednos a aquel reo, que devolved al otro a su celda. Os juro que acaba uno con la lengua fuera de tantas idas y venidas. En ocasiones el trabajo se vuelve hartos pesado, pues nunca falta algún reo desmañado que se rebela un poco y hay que mandar a engrillarlo, o arrastrarlo de los cabellos hasta su celda, o llevarlo ante los jueces a empujones. Y así todo el santo día hasta que se retira el último de los inquisidores, ya bien entrada la tarde, y sólo entonces puede uno tomarse un pequeño respiro.

Sin embargo, la verdad es que mi trabajo no acaba aquí, con la caída del sol, pues luego de tanto jaleo el edificio queda hecho una mugre y es necesario limpiarlo. Entonces, una vez más vuestro pobre carcelero debe arremangar sus calzones y atender la limpieza de los pisos, barrer todas las salas y los pasillos, lavar los patios, las caballerizas y hasta recoger las basuras e inmundicias que dejan los reos en sus calabozos. En verdad, señora mía, ¿no os parece mucho para un solo hombre, y además por tan magro sueldo?

Claro está que de vez en cuando se lleva uno algún provecho de tanto andar entre los calabozos. Por cierto, unas pocas noches atrás me hallé en tan grande favor del cielo que hasta podría reputarse por milagro. Estaba yo limpiando algunas celdas, ya sabéis, juntando la porquería y todo eso, cuando me metí en el calabozo de una judía de las que cayeron en la última redada y me llevé una buena sorpresa. La mujer había hecho sus necesidades en el piso, de modo que las recogí con una pala y las eché en una cubeta. Pero luego, cuando iba a arrojarlas al pozo ciego que hay detrás del

edificio, me pareció ver que había algo extraño en el fondo de la cubeta. Entonces removí la suciedad con la pala, ¿y a que no sabéis lo que había allí, mezclado con el montón de excrementos? ¡Pues nada menos que media docena de doblones de oro! ¡Sí, señora mía, seis grandes y valiosas monedas brillando ante mis ojos!

Imaginad mi sorpresa al hallar tan rico tesoro entre tanta inmundicia. Os confieso que al principio no supe qué demonios hacer, pues no todos los días tropieza uno con semejante prodigio, y tal era mi sorpresa que apenas podía dar crédito a lo que estaba viendo. Pero luego eché un cubo de agua sobre las monedas, traté de quitarles toda la suciedad y corrí a mostrárselas a fray Hernando, pues, si acaso pensasteis mal de mí, os diré que jamás tuve la ocurrencia de quedarme con semejante botín en mis bolsillos, que siempre he sido hombre honrado y decente en esas cosas.

Al ver las monedas fray Hernando ni siquiera se mosqueó.

—Son tretas de judíos —me dijo como si nada ocurriera.

—¿Tretas de judíos, vuesa merced? —le pregunté.

—Así es, hijo. Esas gentes hacen hasta lo imposible por conservar sus dineros...

Y luego me explicó que desde hace mucho tiempo, cuando el rey Fernando ordenó aquello de que todos los judíos debían marcharse de España y dejar sus bienes y riquezas, muchos habían adquirido la costumbre de tragarse sus monedas y alhajas y llevarlas en el vientre hasta cruzar la frontera. Una vez del otro lado las recuperaban de la manera que ya sabéis, es decir, las sacaban por la puerta de atrás, y de ese modo lograban salvar algo de su hacienda. Según me dijo, parece ser que era costumbre generalizada entre los que cruzaban a Portugal, tanto es así que en la frontera había algunos pillos y asaltantes de caminos que se dedicaban a atrapar judíos y abrirles el vientre a cuchillo para ver si traían algo dentro. Después me contó que algunos de esos judíos llevaban hasta treinta doblones de oro en las tripas, y sobre todo las mujeres, que no sé por qué endemoniada razón parecen ser más tragonas que los hombres.

En verdad suena a cuento, ¿no creéis? Llega uno a preguntarse cómo es posible engullir tal mejunje sin reventarse los intestinos. Os diré que a mí me asusta el sólo pensar en ese asunto. Imaginad semejante bocado en las entrar ñas. ¡Vaya empacho que os daría! Con todo, aquella mujer de la que os hablé se había tragado seis monedas y estaba como si nada ocurriera. Dice fray Hernando que el judío suele ser muy codicioso y glotón con el dinero, y que es por eso que la tripa le resiste tanto. Yo no sé si será cierto, pero a fe mía que los usureros judíos que había aquí hace algunos años eran más avaros que un genovés. ¿Los recordáis, verdad? Le prestaban dinero a uno y después le reclamaban hasta el ánima. En mi opinión, ha hecho bien su alteza en despacharlos a otros reinos. Pero ése es otro cantar.

La cuestión es que aquella noche fray Hernando me dio una de las monedas a modo de propina y se quedó con el resto pues, según dijo, los tesoros confiscados a los reos son propiedad del Santo Oficio y se usan para mantener los tribunales y pagar los sueldos, que de algo tienen que vivir tantos frailes y secretarios,

inquisidores y teólogos. Y por supuesto, va de suyo que también los carceleros, aunque, si me permitís la confianza, tan poco es lo que se gana en este oficio que apenas alcanza para comprar galleta. De cuando en cuando hurga uno en sus bolsillos y no halla sino mugre y pelusilla. Pero ¿a qué andar haciéndose mala sangre, no creéis? En estos tiempos nadie tiene un maravedí partido al medio, y bien satisfecho habrá de tenerse quien al menos tenga un techo bajo el cual cobijarse del frío.

Y ahora, mi buena señora, os dejo en paz de una buena vez, que ya se ha hecho tarde y es hora de dormir. Mañana os enviaré esta carta a través de un chiquillo que trabaja aquí como mandadero.

Espero sepáis disculpar los muchos errores de mi escritura. Ya habréis advertido que no soy hombre de muchas luces, por no decir que no tengo ninguna. Si no es molestia y tenéis deseos de hacerlo, escribidme algunas pocas líneas. Me haríais el hombre más dichoso y afortunado del mundo.

Os deseo que tengáis buenas noches.

CAPÍTULO 2



Mi buena señora:

Debo confesaros que todos estos días he esperado en vano alguna carta vuestra. Aunque no lo creáis, lo digo con gran tristeza, pues tenía la esperanza de hallar al menos algún recado vuestro, unas pocas líneas tal vez que me alegraran el espíritu. Sin embargo, han pasado unos cuantos días y nada, ni el más pequeño papel ha llegado a mis manos. ¿Qué os ha ocurrido, si es que puede saberse? ¿Será que no iréis a escribirme ni una sola nota? Creedme que vuestro silencio me ha dado mucho que pensar. Acaso os habréis disgustado con mi atrevimiento, o quién sabe, simplemente no juzgáis digno de vos a un pobre carcelero que nada tiene en este mundo sino su propio oficio, y a Dios gracias por ello, que con ser trabajo de bestias al menos da para llenar la tripa. Si ése es el caso, pues no dudéis en decírmelo, que jamás iría a enfadarme por ello. Aunque os suene un tanto curioso, quien lleva algunos años en esto acaba por acostumbrarse a la burla y el maltrato. Casi nadie tiene piedad ni se interesa por un pobre carcelero. No sé si lo sabréis, pero aquí o allá se nos mira con desprecio y con arrogancia, muchos nos esquivan en la calle, y hasta hay quien tiene por mal augurio el cruzarse en la feria con alguno de nuestro gremio.

Pero en fin, a decir verdad no los culpo, que ésta es profesión ruinosa y vil aunque se la tenga por necesaria. Y digo necesaria pues, ¿qué sería de este mundo si nadie enjaulara a tanto pillo que anda suelto por ahí? Un carcelero es como uno de esos físicos o doctores que tienen que purgar a un enfermo o hacerle tragar un vomitivo para quitarle el mal del cuerpo. El remedio suele ser ingrato, qué duda cabe,

y casi siempre sabe amargo, pero a fe mía que es preferible tomar algún brebaje asqueroso y recobrar la salud, antes que seguir con la enfermedad y morirse de un empacho. Pues bien, en este oficio ocurre lo mismo: debe uno quitar a los rufianes de la calle para evitar que enfermen al resto. Claro está que aquí no vienen rufianes comunes, ni rateros, ni ladronzuelos, ni nada que se le parezca, sino herejes o sospechosos de herejía, que es algo bien distinto. Pero al fin y al cabo lo mismo da, pues según suelen decir los inquisidores, éstos son los más peligrosos de todos, ya que contagian al resto con la peor ponzoña que pueda imaginarse, que es la negación de Cristo y el rechazo a la Iglesia de Roma.

Con todo, no por ello un carcelero está bien visto entre las gentes. Por esa razón, y si me permitís la confianza, a veces pienso qué bueno sería mudar de oficio de una vez por todas y hacerse de alguna profesión más digna y respetable. Vaya a saber de cuál, pero os diré que en más de una ocasión he pensado en hacerme pastor de ovejas, carpintero, boticario, guardia militar o lo que venga a cuento. Hasta se me ha cruzado la idea de hacerme poeta o algo de esa guisa. Pensáis que es una locura, ¿no es verdad? Pues acaso llevéis razón, que no es la miel para la boca del cerdo, como dicen por ahí. Pero aunque os parezca tina tontería, siempre me ha admirado esa destreza que tienen algunos para hacer versos y coplillas. Además, me figuro que no ha de ser tan difícil como parece a primera vista. Por lo que sé, no tiene uno más que echarse boca arriba, esperar a que le vengan las ideas, luego coger una pluma, ponerlas en un papel y listo el pollo. Imaginaos, si fuera yo poeta os podría hablar de la belleza, de las cosas del amor, de las noches de luna y de todos esos trabalenguas que usan esas gentes para calentarle el seso a las mujeres. Os diría, por ejemplo, que vuestros cabellos son como espigas de trigo y vuestros ojos como el cielo y vuestra sonrisa como un hermoso collar de perlas. Pero ya veis, apenas puedo escribiros lo que me viene a la cabeza, que es bien poco según dice fray Hernando. Se echa de ver que el Señor no ha sido muy bondadoso con mi ingenio. ¡Vamos!, que no me ha dado ni una pizca, y menos aún para entendérmelas con todo ese palabrerío que usan los poetas y que tanto gusta a las mujeres. Yo las cosas sé decirlas así, como suenan y como salen de la boca, y jamás podría andarme con tanto rodeo como hacen las gentes de letras, que dan más vueltas que rocín de noria y hablan con tal cotorreo de palabras que se admira uno de que no se les enrede la lengua.

Sí, mi buena señora, si fuera yo diestro en esas artes podría hablaros maravillas. Pero apenas soy un pobre y rudo cristiano metido en estos sótanos que siempre están llenos de humedad, y sólo puedo contaros acerca de ello, de cuanto hay aquí abajo de oscuro y frío, y de todos esos locos y herejes que caen de cuando en cuando, que por no tener uno otra familia en este mundo acaba por hacerlos de la suya propia.

¿Os suena extraño que diga estas cosas? Pues no lo creeréis, pero algunos reos llevan tantos años metidos aquí dentro que hasta llega uno a tomarles algo de afecto. Sin ir más lejos, hay un tal Sotomayor que ya va por los siete años de encierro, y en todo este tiempo hemos hecho tales migas que ya somos como hermanos. Imaginaos,

siete largos años llevándole su comida, limpiando su calabozo y charlando de esto o de aquello: al final termina uno por hacerse uña y carne. Y más aún con este Sotomayor, que parece loro de tanto que le gusta darle al pico. A decir verdad, los inquisidores me prohíben hablar con él, pues no sé qué ordenanzas del Santo Oficio dicen que nadie puede conversar con los presos en ninguna circunstancia. Pero decidme, si no charlara yo con algunos de ellos, si no oyera de sus miserias y ellos de las mías, ¿con quién más podría hacerlo en estos sótanos del demonio? Sin duda es cierto que algunos son más dañinos y peligrosos que una culebra, pero a éstos basta con ponerles grilletas en las muñecas, sujetarlos al muro y santo remedio. La verdad es que la gran mayoría son más mansos que un cordero. Con aquel Sotomayor, por ejemplo, no debe uno andarse con grandes cuidados, pues si bien es cierto que le gusta parlotear de más, es de los que hablan mucho y nunca dicen nada, como esas gallinas que cacarean de la mañana a la noche y nunca ponen huevo.

A veces, cuando no hay mucho trabajo, suelo llegarme hasta su celda y nos ponemos a conversar de cualquier cosa. Es hombre campechano y de finos modales, aunque en mi opinión se le ha aflojado un tanto el juicio a causa de los años de encierro. Aún recuerdo que lo trajeron aquí por fingirse mago y hechicero, pues el muy pícaro solía engañar a las muchachitas de su pueblo con algunas artimañas propias de ese oficio. ¿Sabéis qué es lo que hacía? Pues buscaba a las más enamoradizas y les prometía que, de seguir sus consejos al pie de la letra, cualquiera de ellas podría obtener los favores y el amor del hombre que fuera. Quizás os parezca una tontería, pero ya sabéis cómo son las jovencitas cuando están prendadas de algún muchacho: la mayoría pierde el juicio y se traga cualquier anzuelo. Pues bien, este Sotomayor las convencía con sus artes y luego les recetaba una pócima que conocía de vaya a saber dónde. A continuación las hacía beber unos polvos disueltos en agua que, según él, pertenecían a los huesos molidos de un joven ahorcado. Para colmo los vendía carísimos, pues decía haber pagado una fortuna a los sepultureros para obtener el cadáver. Después de beber aquello, las muchachas debían colgarse al pescuezo un mechón de pelo sacado de entre las partes pudendas del mismo muerto. Más tarde, cuando viesan a su amado, tendrían que coger aquel mechón entre las manos y al mismo tiempo recitar un conjuro que él les enseñaba y debían aprenderse de memoria. Por último, y aquí veréis lo bribón que era este tal Sotomayor, convencía a las muchachitas de que tuvieran tratos carnales con él, y no una sino tres veces, pues decía que sólo de esa manera surtirían efecto los sortilegios que les prometía.

Parece increíble, ¿verdad? Sin embargo, más de una se creyó el cuento de principio a fin, que ya bien dicen que el amor nubla el juicio y aturde las entendederas. Cuando los jueces del Santo Oficio se enteraron del asunto, cayeron por sorpresa en la casa de Sotomayor y hallaron no sé cuántos mechones de pelo y trozos de huesos guardados en unos cofrecillos, además de pequeñas estatuillas de hombres y mujeres hechas en cera y pintadas de colores. Como imaginaréis, el hombre temió que lo acusaran de brujería, lo cual es pecado gravísimo en estos

tiempos, así que no lo pensó mucho y se apresuró a decir que todo era un simple embuste para obtener el dinero y los favores de las muchachas. Desde luego, sabía que era preferible hacerse pasar por ladrón antes que por brujo. Pero cuando ya pensaba que se iba a librar, le cayó una acusación por hechicería de parte de un juez de la Inquisición. Lo trajeron aquí más rápido que ligero, lo enjaularon en una celda y desde entonces el pobre anda embarrado de pleitos hasta las narices. Si queréis saber mi opinión, creo que no tiene grandes esperanzas de salir airoso del juicio. «Por desgracia metí la pata hasta el tuétano —me confesó hace mucho tiempo—. Yo no quería hacerle daño a nadie, pero una de las muchachitas que enredé en el asunto resultó ser la sobrina de un juez del Santo Oficio».

¡Caray, señora mía! Ya se echa de ver por qué lleva tantos años de encierro en estas cárceles. Y eso no es todo. A menos que ocurra algún milagro se me hace que el pobre acabará en el fuego sin remedio, pues dicen que el juez del que os hablaba hace un momento lo tiene metido entre ceja y ceja y quiere hacerle pagar sus culpas hasta la última moneda. Sea como fuere, a mí me da que el asunto irá para largo.

A propósito, tendríais que haberlo visto cuando llegó aquí abajo. Venía hecho una furia y largando pestes contra las mozas que lo habían acusado. Por fortuna, algunos días después se le bajaron los humos y se quedó más tranquilo. Pero aunque no lo creáis, hasta el día de hoy sigue protestando y se tiene por inocente. No hace mucho me confesó:

—Si no fuera por ese juez yo ya estaría libre hace tiempo. Lo mío no es cuestión que deba resolver el Santo Oficio.

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Pues que yo no soy ni brujo ni hechicero —respondió—. Si acaso engañé a aquellas mocitas fue de puro mujeriego...

Así se las gasta este Sotomayor. Curioso personaje, ¿verdad? De todas maneras yo le he tomado algo de afecto, y es que, como os decía poco más atrás, después de tanto tiempo acaba uno por hacerse amigo hasta del diablo. Por cierto, el otro día me acerqué a su celda a la hora de la siesta y estuvimos un buen rato hablando de bueyes perdidos. En verdad, a estas alturas no sabría deciros si está tocado del seso, si los años de encierro le han hecho mella en el juicio, o si tal vez se le han apolillado las entendederas, pero lo cierto es que se ha formado algunas opiniones tan osadas que más vale que nunca lleguen a oídos del juez. Yo no recuerdo gran cosa, pero entre otras cuestiones me dijo que la Iglesia de Roma se ha vuelto un refugio de ladrones, y que el clero está más descarriado que nunca en estos días. Como imaginaréis, le rogué que hablara en voz baja, pues una opinión semejante es más que peligrosa en estos sitios. Pero cuando le pregunté por qué pensaba todo aquello me dijo:

—¡Vive Dios, hombre! ¿Es que no te das cuenta? ¿Acaso no has oído hablar de las indulgencias, las limosnas y todo eso?

—Pues sí —contesté—. ¿Pero qué tiene eso que ver?

—¡El dinero, hombre, el dinero! Lo único que les interesa a esos curas es quitarle

el dinero a las gentes. Fíjate: para bautizar piden dineros, para confirmar piden dineros, para casarte en matrimonio piden dineros, y lo mismo para hacerte comulgar, para escucharte en confesión y para decir misas por lo que sea. Siempre te harán dejar alguna moneda en sus alcancías. ¡Si hasta le sacan dinero a los moribundos con aquello de la extremaunción!

—Pero los fieles lo pagan con gusto —dije.

—¡Pues claro! Ninguno se da cuenta del engaño porque siempre ha sido igual. Ahí tienes a esos que están con un pie en la sepultura y se gastan toda su hacienda en misas para que el alma les vaya al cielo sin pasar por el purgatorio.

—¿Y qué tiene eso de malo?

—¡Pues que eso del purgatorio se lo han inventado los curas! No existe tal cosa. Todo es una artimaña del clero para seguir sacando dineros a los fieles después de muertos. Créeme, la mayoría de los curas se han vuelto aves de rapiña. Van al bolsillo antes que a otra cosa. ¿Y quieres saber por qué? Pues porque ya ninguno se gana su cargo a fuerza de virtudes. Ahora todo es asunto de favores y de intrigas, que si éste es sobrino de aquél, que si fulano es amigo de mengano, que si el otro anda en negocios con el de más allá. Las canonjías, los obispados y los cardenalatos ahora se venden, y bien salado que es el precio.

Yo aún no salía de mi asombro.

—¿Tú crees que es así? —le pregunté.

—¡Por supuesto! —Exclamó Sotomayor—. Nunca ha habido tanta inmoralidad entre los sacerdotes. Y si no me crees fíjate en esto: si algún cura de aldea es sorprendido en una taberna bebiendo o jugando, o si lo pescan en alguna juerga, o si mantiene en su casa a una barragana con hijos, lo llevan ante un tribunal para juzgarlo, pero sólo lo condenan a pagar una pequeña multa. Después vuelve a su casa como si nada hubiera ocurrido. Lo único que ha aprendido es cuánto le costarán sus diversiones cada vez que lo pillen. Así que de ahí en más volverá a lo suyo: andará entre mujeres de mala vida, blasfemarás como un moro y se jugará sus dineros en las riñas de gallos, pues con pagar una multa de vez en cuando podrá hacer lo que le venga en gana...

¡Santo Dios, señora mía! ¿Será que es cierto lo que dice este Sotomayor? Desde hace tiempo oigo ciertos rumores de que la frailería no anda muy derecha que digamos, pero nunca pensé que fuera para tanto. Sin embargo, así es como lo pinta el tal Sotomayor. Y hay más todavía, pues dice que amén del purgatorio los curas se han inventado una buena cantidad de supercherías para engañar al vulgo, como por ejemplo esas estatuillas de santos que todo el mundo adora en las iglesias y que no son más que un poco de palo y yeso. Y también dice lo mismo de esas oraciones como el padrenuestro y el avemaria, que cada cual repite como loro porque las han aprendido de niños, pero que en verdad nadie sabe lo que significan.

—Todo es una pura mentira —me dijo luego esa misma noche—. Y ten por cierto que no se precisa de tanto sacerdote, papa y obispo. Las gentes creen que el amor a

Dios consiste en hacer la señal de la cruz, besar la tierra, ponerse de rodillas, tomar agua bendita y levantarse y sentarse durante la misa. Pero ¿por qué hay que orar con tales o cuáles palabras? ¿Por qué hay que hacerlo en una iglesia? ¿Por qué demonios tiene uno que decir sus oraciones en voz alta? ¿Y más aún, a cuento de qué fastidiar a Dios con tantas peticiones y reclamos? No, mi buen amigo, el Señor sabe muy bien todo lo que nos conviene a los hombres y no es necesario andar pidiéndole nada. Créeme, para verlo basta con alzar los ojos al cielo y nada más.

Os diré que yo no entiendo mucho de estas cosas, pero de algo estoy bien seguro: si el juez que tiene la causa de este Sotomayor llegara a enterarse de todo esto, ya me figuro yo que el pobre no saldrá de aquí sino hecho un carbón.

Pero en fin, ahora me despido de vos, que ya se ha hecho algo tarde y estoy dando cabezadas de sueño. Espero sepáis disculparme, pero si os he contado todo esto es para mostraros cuán pobre y solitario es este oficio de carcelero. A veces no tiene uno más remedio que trabar amistad con los reos, y eso cuando es posible, pues algunos son más chuscos que un gallo viejo y no quieren hablar con nadie.

Por eso, mi estimada señora, os vuelvo a rogar que me escribáis algunas líneas, apenas unas pocas si es que os disgusta hacerlo. Dadme alguna noticia de vos, vuestro nombre, si sois casada o soltera, si tenéis hijos. Cualquier cosilla será de gran regocijo para este pobre hombre que tanto admira vuestra belleza.

Os envío mis saludos y aguardo vuestra respuesta con gran impaciencia.

CAPÍTULO 3



Mi estimada señora:

He pasado muchos días esperando y siempre en vano. Por más que lo deseo con toda mi alma, sigo sin tener una sola noticia de vuestra parte. Me pregunto por qué razón os negáis a escribirle a este pobre admirador vuestro. ¿O es que acaso ya lo habéis hecho y vuestras cartas se han perdido en el camino? Ya bien dicen que el servicio de posta anda a tropiezos, y que sólo de milagro las cartas llegan a destino, pero se me hace que no es ése el motivo.

¿Sabíais que dos o tres veces al día, cuando mis faenas me lo permiten, corro hasta la entrada del edificio a ver si ha llegado carta para mí? Otras veces, cuando estoy demasiado atareado, suelo enviar a un chiquillo a revisar la correspondencia, o pregunto a fray Hernando si por ventura hay alguna carta a mi nombre. Pero nunca parece haber nada. Creedme, jamás me han resultado tan largos los días como ahora.

Quizá me tengáis por un tonto, pero el no recibir noticias vuestras me ha puesto algo inquieto y rezongón en estos días. El propio fray Hernando se ha dado cuenta de ello y me regaña todo el tiempo pues, por andar de aquí para allá esperando vuestras cartas, me he vuelto algo descuidado y no pongo demasiada atención en mi trabajo. Por cierto, hace casi una semana que no barro las galerías del patio, y esta mañana andaba tan distraído que olvidé llevar la comida a algunos de los calabozos. No imagináis el barullo que armaron los reos. ¡Hasta me gané un tirón de orejas de parte del padre Fermín!

Pero no os he escrito el día de hoy para quejarme ni lloriquear como una niña. En

verdad, si no queréis enviarme correspondencia, pues no importa. Yo os seguiré escribiendo de todos modos, pues como dice el refrán, que hablen cartas y callen barbas. Me haré la cuenta que estáis aquí, frente a mis ojos, oyendo a este humilde servidor vuestro que sólo busca alegraros el corazón. Y mientras tanto seguiré aguardando vuestra contestación, pues ya bien dicen que sólo la esperanza es el consuelo de los pobres.

Y ahora, si no os ofendéis, dejadme contaros algo más acerca de todo este mundillo en el que paso mis días y mis noches. ¿Sabíais que aquí, luego de apagadas las luces, todo el mundo se pone a hablar como pajarraco? Os asombraría escuchar el alboroto que se oye durante las noches. Basta que se oculte el sol y los inquisidores abandonen el edificio para que se levante un vocerío de mil demonios. De celda en celda cada uno le habla al otro de sus penurias, del tiempo que lleva encerrado aquí dentro, de la ojeriza que le tiene a este o a aquel inquisidor. A veces me figuro que si el padre Fermín oyera todo lo que dicen de él, no dudaría en mandarlos degollar. Pero en verdad, todo es simple chismorrería, pues la mayoría sólo quiere hablar y parlotear de lo que sea para matar el tiempo. Como os dije alguna vez, las horas son demasiado largas aquí abajo. Además, algunos de los reos pierden el sueño y no tienen más remedio que echarse a hablar con el de al lado.

Aun cuando está prohibido por el Santo Oficio, yo los dejo que hagan lo suyo y trato de no prestarles atención. Claro está que a veces, vaya a saber por qué, alguno se pone tan fastidioso que molesta más de la cuenta. Nunca falta el pobre infeliz que no soporta el encierro y se pone a gritar a voz en cuello, que déjenme salir, que yo no he hecho nada, que soy inocente, y todos esos berrinches que aquí son moneda corriente. Y hasta hay algunos que no paran de llorar toda la noche como una Magdalena, y puesto que para éstos no hay otro remedio, debe uno correr hasta sus calabozos y anudarles una mordaza en la boca para hacerlos callar. Creedme que a veces estos sótanos se ponen como gallinero.

Pero por fortuna no todo son gritos y cacareos. Dejadme contaros algo que ocurrió hace unos pocos días, y que seguramente os pondrá una pequeña nota graciosa en medio de tantas penas y lamentos.

Era casi medianoche y ya se había acallado el griterío en todo el edificio. Apenas se oían algunos ronquidos aquí y allá, pero nada del otro mundo. Yo había terminado de coserme unas ropas y estaba a punto de echarme sobre el jergón, cuando me pareció escuchar ruidos en el pasillo del fondo. Se oía como si fuera una conversación entre dos reos, o quizá podía ser alguno que hablaba solo, que de éstos hay a montones aquí abajo. Pues bien, Dios sabe que soy paciente con esas cosas, pero ya era entrada la noche y a esas horas tanto ronroneo acaba por enfadar a cualquiera. Al principio chisté un par de veces para acallar el ruido pero no hubo caso. Entonces me levanté de un salto, me enfundé los calzones sin siquiera anudarlos y marché a tranco ligero hasta el corredor del fondo. Aquellos moscardones me iban a oír.

Cuando llegué al final del pasillo eché una ojeada a los calabozos y descubrí que no eran dos prisioneros sino uno solo el que hacía tanto barullo. Por mayores señas, se trataba de uno de esos judíos que habían traído la semana anterior tras la redada en la Judería Vieja. Yo lo recordaba bien, pues cuando llegó aquí abajo fray Hernando me había llamado especialmente la atención sobre él.

—Ten cuidado con éste —me había advertido mientras yo lo encerraba en su celda—. Se sospecha que trae al diablo metido en el cuerpo.

En verdad, señora mía, yo no le veía cara de traer diablo alguno. Más bien os diré que al contrario. Si algo traía el pobre era una cara de espanto que asustaba hasta la médula. Estaba blanco del miedo y no paraba de temblequear de los pies a la cabeza. Así estuvo una semana entera, muerto del susto y sin decir esta boca es mía. Poco después se tranquilizó, que es lo que suele ocurrirle a la mayoría de los que llegan aquí. Pero ahora parecía ser que al muy pillo le había dado por hablar de madrugada.

Al asomarme por entre las rejas de su calabozo vi que estaba arrodillado de espaldas a la puerta. Desde allí miraba fijamente al muro que tenía delante, le hablaba de no sé qué cosas, hacía gestos con los brazos y movía la cabeza de un lado para otro. Ya os he dicho que en estos sótanos más de uno acaba por extraviar el juicio a causa del encierro. Sin embargo, este judío parecía calmado y pacífico. Tan sólo le hablaba al muro como si fuera a una persona cualquiera.

Aunque no lo creáis, os confieso que aquello me produjo gran curiosidad, de modo que permanecí un momento en silencio y tratando de aguzar el oído para escuchar mejor. Y entonces me pareció que debía estar cantando, quizás una de esas canciones de judíos que nadie entiende, o quién sabe, tal vez alguna tonadilla de las que cantan los trovadores cuando van de pueblo en pueblo. La cuestión es que aquello sonaba tan dulce y bonito que por un momento me quedé como embobado. Nunca en la vida había escuchado algo semejante. La voz del judío era agradable y suave como la de una doncella. En verdad no entendía yo gran cosa de lo que estaba diciendo, pero aunque os parezca raro, por momentos me parecía sentir que el corazón se me aligeraba de peso.

Así me estuve en silencio algunos minutos hasta que, de pronto, el judío advirtió mi presencia y se quedó mudo del susto, como si de repente hubiera visto una aparición.

—Calma, hombre —le dije para tranquilizarlo—. No tengas miedo, que sólo estaba escuchando. ¿Qué diablos era eso que cantabas?

El pobre se tardó un poco en responder, pues aún le duraba el susto y temblaba como un corderillo recién nacido. Al fin tragó saliva y dijo:

—No es una canción... Son versos de un poema.

—¿Un poema? ¿Es que tú sabes recitar poemas?

El judío pareció tranquilizarse y poco a poco dejó de temblar.

—Conozco algunos —dijo—. Otros muchos ya los he olvidado.

—Pues anda, dime alguno que recuerdes.

—Pero...

—Pero nada, hombre. No irás a hacerte rogar como una hembra ¿verdad?

—No, no es eso —dijo el judío con algo de vergüenza—. Es sólo que algunos versos tienen cierta... dificultad, quiero decir, que para apreciarlos como se debe hacen falta algunos conocimientos...

—¿Y con eso qué?

—Bueno, supongo que no te enfadarás por ello, pero tú no pareces muy ducho en gramáticas, estilos, cuartetos, redondillas, alejandrinos...

—¡Qué va! Tú sólo dime algún poema y déjate de vueltas —insistí.

Entonces el judío se encogió de hombros, infló el pecho de aire y dijo así:

Quando me paro a contemplar mi vida
y echo los ojos con mi pensamiento
a ver los lasos miembros sin aliento
y la robusta edad enflaquecida,

y aquella juventud rica y florida
cual llama de candela en presto viento,
batida con tal recio movimiento
que a pique estuvo ya de ser perdida,

condeno de mi vida la tibieza
y el grande desconcierto en que he andado
que a tal peligro puesto me tuvieron.

Y con velocidad y ligereza
determino huir de aqueste estado
do mis continuas culpas me pusieron.

Cuando acabó de recitar, el judío se me quedó mirando a los ojos por un momento y, al ver que yo no abría la boca, hizo un gesto con las manos y me preguntó:

—¿Y bien? ¿Qué te parece?

—Pues en verdad no entendí casi nada —respondí sin dar muchos rodeos—. Pero me parece que es muy bello.

—Por cierto que lo es, ¿verdad? Lo ha escrito no hace mucho el gran fray Luis de León. ¿Has oído hablar de él?

Como imaginaréis, mi buena señora, no sabía yo ni jota de ese tal fray Luis. Pero no por asno soy holgazán, y de cuando en cuando me gusta aprender algunas cosillas de esas que avivan el genio, que no todo es limpiar celdas y cuidar reos en este mundo. Por eso le rogué al judío que me hablara de ese tal fray Luis, y entonces me contó que era un hombre muy sabio y estudioso, de esos que se pelan las cejas de la mañana a la noche leyendo libros y que luego van a la universidad a enseñar toda la ciencia que aprendieron. Parece ser que era muy reconocido y que todo el mundo lo respetaba por sus saberes. Y a fe mía que debía de ser hombre de mucho seso, pues en la universidad no sólo enseñaba los asuntos de la teología, lo que ya es decir, sino que además explicaba los misterios de la Biblia y escribía sobre no sé qué cosas

relativas a la religión. Y por si no os basta con ello, también era un gran poeta y escribía versos de maravilla, aunque, por desgracia, según me contó el judío, eso mismo lo llevó a meterse en líos con la Iglesia. Al preguntarle qué clase de líos, me dijo:

—Bueno, es que fray Luis no se callaba sus verdades. De vez en cuando escribía ciertos versos que algunos juzgaban impíos, riesgosos para la fe, y en ocasiones le daba por hablar de cuestiones religiosas que disgustaban a muchos miembros del clero. Cierta vez, aunque no lo creas, tuvo problemas con la Inquisición por traducir y comentar unos pasajes de la Biblia hebrea. Parece que los jueces se olieron algunas herejías entre los comentarios y le iniciaron un proceso.

—¿Un proceso? ¿Y qué le sucedió?

—Pues lo encerraron cinco años.

¡Caramba, mi señora! ¿Habéis escuchado bien? ¡Cinco años de encierro por hacer unos simples comentarios! Vaya que es dura la Inquisición a veces, ¿no creéis? Yo no entiendo mucho de herejías y todo eso, pues ¿qué puede saber un pobre y necio carcelero de esas cuestiones? Pero a decir verdad cinco años me parecen demasiado. No obstante, si algo puedo deciros es que los jueces del Santo Oficio son hombres de ojo fino y atento, y saben descubrir mejor que nadie las mil tretas de que se vale el diablo para hacer de las suyas. Sin duda, algo raro le habrán pescado a este fray Luis. Lo que no me explico es cómo se enredó él en semejantes entuertos. ¿Acaso los poetas no andan siempre entre fantasías y cosas del espíritu? ¿A qué diablos fue a meterse en líos con la Inquisición? Cuando le pregunté esto mismo al judío, me respondió:

—Fray Luis escribía lo que le dictaba su corazón...

—¡Pues vaya, hombre! ¡Mira a dónde fue a dar con su corazón!

—Tienes razón —observó el judío—. Pero sucede que a veces el corazón traiciona a los hombres y les hace decir cosas que otros juzgan erróneas. El pobre de fray Luis tuvo la imprudencia de hablar, lo cual es un pecado enorme en España. En estos tiempos es mejor ponerle candado a la boca de uno.

—¿Y tú no tienes miedo? —le pregunté—. Digo, pues andas parlotando en voz alta los versos de ese fray Luis. Si te oyera algún inquisidor te verías en problemas.

—No hay cuidado —respondió el judío, y, señalando las paredes del calabozo, dijo—: ¿Qué podrían hacerme además de esto?

—Bueno, tú sabrás en qué te metes... Oye, y cambiando de conversación, ¿no podrías copiarne esos versos para mí?

El judío abrió los ojos de asombro y dijo:

—¿Copiártelos? ¿Y para qué los quieres?

—Hombre, para sabérmelos de memoria, que con no entender nada de lo que dicen al menos podré lucirme con alguna dama...

El judío mostró una ligera sonrisa y dijo:

—Pues si es así, entonces tráeme un papel y una pluma y te haré una copia con

gusto. Pero ten cuidado, no vaya a ser que a ti te pille algún inquisidor.

—Tú no temas por eso —respondí—, que yo sé cuidarme bien el pellejo en estos sitios...

Entonces fui por algo de papel, tinta y una vela de sebo, y al regresar se los pasé a través del ventanuco de la puerta. El judío se estuvo un buen rato copiándolos con gran cuidado, hasta que al fin, luego de soplar la tinta para secarla, me devolvió la hoja a través de los barrotes de hierro. Yo la doblé con gran prolijidad, me la guardé en los fondillos del calzón y le dije:

—Oye, tus versos son muy bonitos. Pero si sigues diciéndolos a estas horas no dejarás dormir a nadie.

—Ve tranquilo —me respondió el judío—. Te prometo que de ahora en adelante sólo recitaré de día, o lo haré en voz baja.

Y aquello fue todo, señora mía. Esa noche se había hecho muy tarde, yo estaba rendido de sueño y quería volver a la cama. Así que le di las buenas noches al judío, fui hacia mi cuarto, me eché sobre la cama y dormí a pierna suelta hasta la mañana siguiente.

Ahora se ha hecho tarde otra vez y será mejor dejar esta carta. Espero haber copiado bien los versos del judío, aunque tal vez me haya enredado en alguna palabra. Si lo juzgáis oportuno, decidme qué os parece el poemilla, si es que os ha gustado lo suficiente, pues de ser así le pediré al judío que me copie algunos otros y luego os los mandaré con gusto. Ahora me despido de vos y os deseo las buenas noches.

CAPÍTULO 4



¡Pero caramba, mi buena señora! ¡Qué gran descuido el mío! Supongo que ya os habéis dado cuenta, ¿verdad? Llevo dos o tres semanas escribiéndoos una carta tras otra y hasta ahora ni siquiera os he dicho mi nombre. Tampoco os he hablado de mi aspecto, ni de cómo demonios he venido a dar a este sitio. ¡No sé yo dónde tendré puesta la cabeza en estos días! Os ruego que sepáis perdonar mis muchas torpezas, pero según creo, ya os habréis dado cuenta de que no soy muy ducho en esas cuestiones de modales y cortesías. A decir verdad, poco o nada sé de cumplidos o galanterías de ninguna especie, y si me permitís la confesión, menos aún de todas esas formulillas de que se valen los cortesanos en sus convites, aquello de «beso las manos de vuesa merced», o «beso los pies de vuesa señoría», y todo lo demás, que a mí toda esa costumbre más bien me parece cochinado, pues ¿qué ha de ser más ingrato que besar las manos de alguien, cuando con ellas de seguro se ha limpiado los fondillos del pantalón, o se ha rascado las sarnas, o ha hecho cosas peores aún que más vale no imaginar siquiera? Y en cuanto a los pies, la cosa es aún peor, pues las más de las veces andan sudados, traen las uñas largas o están repletos de callos, de tal suerte que más parecen del gusto de un puerco que de un cristiano. Vaya uno a saber quién habrá inventado aquello del besamanos y el besapiés, pero a fe mía que debió de ser algún bromista sin mucho que hacer.

Y ahora al grano, mi señora, que os he prometido hablaros de mí y no he hecho más que estarme con vueltas y rodeos.

Mi nombre es Felipe Zamora. Lo de Felipe me lo han encajado en honor y gracia

de su majestad el rey, y vaya favor que me han hecho habiendo tanto nombre bonito y agradable en esta tierra. No es que Felipe suene feo ni nada que se le parezca, pero llamarse igual que el rey no es cosa de mucha ventaja en estos días. Yo no sé gran cosa sobre las cuestiones de gobierno, pero si de algo estoy cierto, y creedme que para eso tengo buen ojo, es que nunca ha habido un pillo tan grande en el trono de España. Es cosa de admirar lo muy bribón que es ese Felipe, aunque de eso mejor me callo, pues dicen que tiene espías por todo el reino que le cuentan con pelos y señales todo lo que murmuran las gentes.

En cuanto al apellido Zamora os diré que me cayó del cielo, pues cuando era niño fui recogido por un fraile que se llamaba de ese modo y me dio su apellido a falta del mío propio. En lo que respecta a mi verdadero padre, en verdad nunca supe cómo se llamaba. De seguro pensareis que jamás lo conocí, que era uno de esos brutos campesinos que dejan preñada a una moza y luego salen volando del pueblo. Pues nada de eso, señora mía. Mi padre y mi madre eran gentes humildes, y si bien es cierto que jamás fueron adinerados ni cosecharon riqueza alguna, lo que tenían de pobres lo tenían de honrados. Por desgracia, no recuerdo mucho de ellos, que ya el tiempo ha arrebatado algunas cosillas de mi cabeza. Pero si no os ofende, podría hablaros de quiénes eran, y contaros también de mi pueblo, y de mi infancia, y de lo muy feliz que era vuestro Felipe en aquellos años mozos.

Por lo que sé, vi la luz allá en Casarrubios del Monte, que es una pequeña aldea toledana perdida entre los bosques. Mi madre me arrojó al mundo, y bien digo que me arrojó, pues si han de verse las muchas desgracias que me tocaron en esta vida, no puede decirse que he sido alumbrado al mundo sino echado en él. Además, he oído decir a las gentes del pueblo que mi madre me parió después de once meses de cargarme en el vientre. ¡Once meses, mi buena señora! ¿Lo podéis creer acaso? Yo sé que suena a cuento, pero a decir verdad, parece que ya antes de venir al mundo era yo tan porfiado como una mula y según dicen me negaba a salir con todas mis fuerzas. Quizás os parezca una tontería, pero acaso fuera aquello una suerte de anuncio como esos que hacen los magos. La fortuna me ha sido tan negra en estos años que, si por ventura regresara al vientre de mi madre, la verdad es que nadie en el mundo me haría salir otra vez.

De Casarrubios del Monte no recuerdo casi nada, pues cuando era apenas un niño de pecho mis padres me llevaron consigo a Llanes, en Asturias, allí cerca de la sierra del Cuera. Llanes era un pueblito montañoso lleno de eucaliptos, robles, castaños y bosques de encinas. Apenas había unas poquísimas casuchas de barro donde vivían algunos pastores con sus familias y nada más. Todas las mañanas los veía yo pasar con sus rebaños de cabras y ovejas una detrás de la otra. Solían llevarlas a pastar a los campos cercanos y luego regresaban a la caída del sol. Como os imaginaréis, no había mucho que hacer en Llanes. Era un pueblo vacío y triste, lleno de callejuelas estrechas y solitarias en donde nunca ocurría nada. Tan pocas gentes vivían allí que había más tumbas en el cementerio que almas en las calles.

Mi padre se ganaba la vida fabricando quesos y mantequilla. Tenía unas cuantas cabras gordas que daban abundante leche y con eso bastaba para mantener el negocio. Mi madre, por su parte, se ocupaba de hilar ropas de lino y cáñamo, y tendríais que ver las maravillas que hacía con sus manos. Recuerdo que le tomaba días enteros el acabar una mantilla, pero lo hacía con gusto y aquello la mantenía entretenida gran parte del tiempo. A cada rato la oía yo cantar coplas y villancicos, y lo hacía con tal gracia y donaire que a veces se acercaban los vecinos para escucharla. Los tres vivíamos en una pequeña casa de barro techada con paja, y aunque todo era duro y penoso en aquellos días, mis padres y yo éramos muy felices, o al menos así me lo parecía a mí.

La única desgracia en todo el pueblo eran los lobos. Acaso sabréis que Asturias es tierra de lobos, y que esas criaturas del demonio son la peor amenaza que pueda haber para un pastor. Cada dos por tres atacaban de noche los corrales, y a la mañana siguiente aparecían decenas de cabras y ovejas muertas, despellejadas a mordiscos, cuando no era algún caballo, alguna mula, o a veces uno de los propios vecinos del pueblo. Sí, señora mía, como lo escucháis. Algunas de estas bestias son tan dañinas que gustan de atacar a los aldeanos mientras están durmiendo, y a veces hasta se abalanzan contra los pastores cuando andan solitarios por el bosque. Yo mismo he visto cuerpos desgarrados a dentelladas y con los miembros retorcidos. En el pueblo decían que el sabor de la carne humana enloquece a los lobos de tal forma que cuando la han probado una vez ya no quieren otra cosa.

Tanto mal hacían estos animales que, cada cierto tiempo, mi padre y otros vecinos no tenían más remedio que salir a batir los bosques. La mayoría sólo iban armados con palos y cuchillos, aunque a veces alguno conseguía un poco de pólvora y otro lograba hacerse de un trabuco naranjero, lo que ya es decir en esos pueblos. Así, cerca de la medianoche, se adentraban todos en el monte, marchando con gran cuidado, y si había algo de suerte lograban cazar algunos lobos de la manada, o al menos hacían un poco de barullo y los espantaban hacia otros bosques. Como imaginaréis, aquello era muy peligroso y no siempre las llevaban consigo. En más de una ocasión algún vecino regresaba al pueblo con una mordedura en los fondillos del calzón. Pero, en verdad, la mayor parte de las veces no conseguían sino asustar a la manada y alejarla del lugar. El lobo es una criatura astuta y cautelosa, y cuando oye el ruido de las batidas en el monte sale a la disparada. Por eso, cuando no había más remedio, mi padre y los vecinos se dedicaban a poner trampas o lazos en la tierra y esperaban a que los animales se acercaran solos para atraparlos.

Recuerdo que cuando alguno caía en una de las trampas, todo el mundo lo celebraba como si fuera una gran fiesta. Una vez que le quitaban el lazo y se aseguraban de que estuviera bien muerto, cogían al lobo por el rabo y lo traían al pueblo a la rastra. Después alguno le cosía los labios con un cabo de zapatero, otro le ponía un anillo de hierro en las narices y por fin lo colgaban al extremo de un palo. Más tarde se juntaban varios de los vecinos y lo llevaban de aldea en aldea para

mostrárselo a todos los demás. No imagináis el mucho revuelo que se armaba en los pueblos cercanos. Las gentes veían pasar al lobo meciéndose en el aire y le escupían, le gritaban maldiciones y le daban garrotazos para quebrarle el lomo. Todos querían vengarse como fuera de sus pillajes y fechorías. Pero en el fondo aquello no era nada más que miedo, un miedo enorme a esas horribles criaturas que atacaban en las noches y traían la desgracia al pueblo.

Por lo demás, tengo para mí que el lobo debe de ser animal del infierno. ¿Habéis visto alguna vez el brillo de sus ojos? Pues si no es así, vuestro Felipe podría juraros que nada hay más espantoso y feo en este mundo. Tienen ese reflejo maligno que hiela la sangre, como si el diablo mismo estuviese tras ellos. ¿Y sus aullidos? ¿Por ventura los habéis escuchado alguna vez? Creedme que en las noches oscuras no existe nada más aterrador, y sobre todo cuando se ponen a aullar todos juntos, que parece que el mismo Satán les dirigiera la orquesta. Allá en el pueblo, cada vez que se oía gritar a las jaurías, todo el mundo se encerraba en sus casas, echaba la tranca a las puertas y se largaba a hacer cruces y a recitar conjuros.

Pero ¡por todos los cielos! Os había prometido hablar de mí en esta carta y hasta ahora no he hecho más que aburriros con historias de lobos. Perdonad a este humilde servidor vuestro, pero es que aún hoy el recuerdo de aquellas fieras no se me quita de la cabeza. Y ahora dejadme que os siga contando.

Como ya os he dicho más atrás, mi familia y yo vivíamos felices en aquel pueblecito de Llanes. Las noches de verano eran hermosísimas. En ocasiones la luna brillaba tanto en el cielo que las montañas podían verse como si fuera de día. En las mañanas el sol daba en los campos y era cosa de maravilla echarse a andar por ellos sin hacer nada. Mis padres trabajaban en lo suyo, que era hacer quesos e hilar mantillas, pero yo me pasaba el día entero yendo de vagabundeos de aquí para allá, trepando a los árboles, arrojando piedras a los gatos o echándome a dormir la siesta bajo alguna encina.

Así era mi vida por aquel entonces. Pero ya bien dicen que la fortuna no es amiga de los pobres, así que un día todo aquello se fue al traste y se volvió tan negro como ala de cuervo. Ya he olvidado los detalles del asunto, pero, por lo que recuerdo, todo comenzó una mañana en que mi padre había salido a pastar sus cabras como todos los días. Era bien entrado el invierno y hacía mucho frío en Llanes. El caso es que pasaban las horas y mi padre tardaba más de la cuenta en regresar, de modo que, ya a punto de caer la tarde, y por consejo de mi madre, yo salí a buscarlo entre los bosques. Al fin, después de mucho andar, lo hallé tirado junto a sus cabras. El pobre estaba pálido y sudaba como una mula de tiro. Yo era muy niño entonces y no podía cargarlo por mí mismo, de modo que corrí de vuelta al pueblo y avisé a mi madre. Poco después algunos campesinos fueron a buscarlo y lo trajeron de regreso a mi casa. No sabía yo qué diablos le había ocurrido, pero el caso es que esa misma noche cayó enfermo y ya no volvió a levantarse.

Aunque no lo creáis, mi padre siempre había sido un hombre saludable y robusto,

de esos que no han cogido siquiera un resfriado en toda su vida. Pero al parecer aquel día le había dado un mal incurable y desconocido, de aquellos que ni el más sabio de los doctores aciertan a curar, y ya no hubo nada que pudiera hacerse. Desde entonces el pobre se pasó meses echado sobre su catre y con mil dolores que le atormentaban el cuerpo, especialmente en tiempo de invierno, cuando los fríos son más grandes y no dan respiro a los enfermos. Poco después comenzó a tener ataques de gota, que según dicen le da a quienes comen mucha carne, y vaya a saber Dios si será cierto, pero el caso es que en esos días se le empezaron a hinchar las piernas, los brazos y las junturas del cuerpo hasta hacerse insoportables. Para colmo de males, también el frío le dio catarros y por muchos días le enmudeció el habla.

Todas estas cosas le fueron mudando la condición y buen humor que solía tener siempre. Muchas veces lo hallaba yo quejándose o lloriqueando a lágrima viva como si fuera un niño, y os juro que aquello me partía el alma. Andando el tiempo la gota le abrió cuatro llagas en una mano y varias más en los pies. Luego le atacó el cuello y las tragaderas, de modo que el pobre apenas respiraba y comía con gran dificultad. Pasaban los días y los miembros seguían hinchándosele cada vez más, aunque el resto del cuerpo era sólo piel y huesos. Debía dolerle muchísimo, pues yo a veces trataba de barbearlo y tenía que andar con cuidado, pues el mero roce de la navaja lo ponía a gritar.

Después de algunos meses mi madre y yo ni siquiera podíamos moverlo de la cama. Tenía que hacer sus necesidades allí, ensuciando las sábanas, de modo que el cuarto estaba todo impregnado de olores inmundos. En esos días solían venir algunas viejas del pueblo a darle medicinas, ungüentos y yerbajos milagrosos, pero lo cierto es que no había forma de quitarle el mal de encima. También apareció un fraile con un trozo de hueso que él afirmaba que pertenecía al brazo de San Sebastián, pero al parecer ni las reliquias sagradas podían contra la enfermedad.

Una tarde le subieron mucho las fiebres, pasó toda la noche en vela y al amanecer ya estaba muerto. Yo mismo le cerré los ojos.

Mi madre quedó tan acongojada y triste que lloró durante noches enteras. Yo la oía desde mi cama, en medio de la oscuridad, y os juro que aún hoy se me rompe el corazón al recordarlo.

A partir de ese momento mi madre y yo quedamos solos en la casa. Ella vivía todo el tiempo afligida por la ausencia de mi padre, y si mal no recuerdo jamás volvió a sonreír en toda su vida. Yo en cambio empecé a olvidarme de aquello al poco tiempo. Ya sabéis cómo son los niños para esas cosas, que más tarde o más temprano todo se les borra de la cabeza y es como si nada hubiera pasado.

Pero aunque os parezca mentira, algunos meses después sucedió algo peor que lo anterior, pues ya sabéis cómo es el mundo, que al pobre y desdichado las desgracias le persiguen y le hallan aunque se oculte en los últimos rincones de la tierra. No digo yo que sea cosa del cielo, pero a veces la fortuna se parece al más ciego de los hombres, pues le da a los malvados lo que merecen los virtuosos, premia a los

pecadores y castiga a los buenos con tragedias. El caso es que un día andaba yo de vagabundos, como siempre, cuando regresé al atardecer y descubrí que mi madre no estaba en la casa. Lo primero que pensé fue que habría ido a entregar alguno de sus trabajos, pues ella seguía hilando mantillas para traer algún dinero con que mantenernos. Pero al cabo pasaron algunas horas, se vino la noche y mi madre no regresó. Yo me quedé sentado sobre la cama durante muchas horas, encogido por el frío y esperando verla llegar. Cada tanto me iba hacia la puerta y echaba una mirada a los bosques. Pero pasó aquella noche oscura, llegó la mañana siguiente y mi madre aún no había aparecido en la casa.

Imaginaos, me hallaba yo solo y asustado a la edad en que los niños aún tienen mocos y nada saben de las cosas del mundo. Recuerdo que me estuve toda la mañana envuelto en unas mantas y asomado a la puerta esperando verla aparecer. Pero mi madre tampoco llegó esa vez. Y así pasó aquel día, y luego otro, y otro más, y yo sin quitar mis ojillos de la puerta aguardando en vano a que se abriera de una vez por todas. Comencé a tener hambre y comí lo que había a mano: un trozo de queso, un poco de pan duro o alguna fruta medio podrida. Pero con los días se acabó el alimento y no hubo nada más con que llenar el estómago. Entonces dejé la casa y me largué a andar por esos caminos de Dios.

Era tiempo de nieves y el frío apretaba el pellejo como nunca. Yo andaba con los cabellos sucios y revueltos, las ropas descosidas y apenas tenía una manta echada sobre los hombros que me cubría del invierno. Después de algunos días comenzaron a dolerme los pies de tanto caminar y sentía tanta hambre que me hubiera almorzado las herraduras de un caballo. En verdad, y aunque os suene algo extraño, ya casi no pensaba en mi madre, pues habréis de saber que el hambre estropea el entendimiento y os hace olvidarlo todo. Lo único que me venía a las mientes eran ollas repletas de alcaparras, ubres de ternera, cabritos mechados y un caldo bien caliente.

Así anduve sin rumbo durante días y días. Algunas gentes me veían pasar delante de sus casas, pero en los pueblos hay tantos niños solos y vagabundos que nadie les presta la menor atención. Alguno me arrojaba un trozo de pan o unas pocas galletas, y con eso lograba llenar la tripa, aunque algunas veces el pan estaba tan viejo y terroso que me daban empachos del atracón.

Una de esas noches, casi sin darme cuenta, me interné un buen tramo dentro de un bosque de encinas, y con tan mala fortuna que al rato había extraviado el camino de regreso al pueblo. Recuerdo que di tantas vueltas como rocín de noria. Al fin ya mis piernas no me aguantaban más, y entonces me eché rendido sobre un tronco, me envolví con la manta hasta la cabeza y al poco rato me había quedado dormido. No sé cuánto tiempo estuve así, hecho un ovillo bajo la manta, pero el caso es que en medio de la noche algo me turbó el sueño y me desperté de un salto. No tenía idea de qué podía ser, pero abrí los ojos como una lechuza y ¿qué creéis que vi justo a un palmo de mi cara? ¡Pues al mismísimo demonio, señora mía! Parado junto a mis pies había un enorme y horrible lobo negro. Era tan grande como un toro y me miraba con esos

ojos de hielo que hacen estremecer hasta el tuétano. En ese momento os juro que se me pusieron los pelos de punta y casi me lo hago en los calzones del susto. No sé cómo, pero grité tan fuerte que hasta la propia bestia retrocedió de un salto y se me quedó mirando. Sin embargo, al poco rato me olisqueó el miedo, se acercó otra vez y comenzó a dar gruñidos y a mostrarme los dientes. ¡Por la Virgen Santísima! Como os dije antes, aquello era como tener al mismo diablo frente a las narices de uno.

Pese a que yo era niño, sabía que no podía echarme a correr así como así, pues el lobo es un animal muy veloz y me hubiera dado caza en menos de lo que canta un gallo. Entonces hice lo que me resultó más sencillo en ese momento: me eché la manta una vez más sobre la cabeza y me puse a rezar.

Con todo, había dejado un pequeño agujerillo y desde allí le seguía viendo el morro, los grandes colmillos y la lengua toda llena de baba. No lo creeréis, pero aún hoy recuerdo aquella visión y me siguen dando escalofríos en el espinazo. Desde muy niño yo había oído a mis padres hablar de aquellos monstruos como si fueran enviados de Satán, y a fe mía que el infierno debe de estar repleto de ellos, pues no hay en el mundo criatura más temible y maligna. Algunos decían que en ciertas noches de invierno las jaurías de lobos perseguían a los viajeros y los mataban a dentelladas. Los que sobrevivían al ataque enfermaban de un mal muy extraño, pues la mordedura del lobo les emponzoñaba la sangre y les hacía perder el juicio. Y más de uno afirmaba que las propias víctimas se convertían en lobos después de atacadas, aunque vaya uno a saber si era cierto, pues de esos cuentos suele haber a montones en los pueblos.

Pues bien, el caso es que aquella noche en el bosque la bestia seguía dándome vueltas cada vez más de cerca y ya empezaba a echar espumajos por la boca. En un momento se acercó más de la cuenta y me lanzó tal dentellada que, de no hacerme yo a un lado, quizá nunca hubierais oído esta historia. Pero entonces ocurrió un verdadero milagro. Estaba yo muerto del susto y ya me creía despachado al otro mundo, cuando vi que el lobo se ponía a husmear el aire como si hubiera alguien más en los alrededores. ¡Y gracias al cielo que lo había! Al poco rato se oyeron ruidos, voces y ladridos de perros. Era un grupo de campesinos que venía de batida por los bosques. No sé yo si vendrían por mí, pero la cuestión es que el lobo alzó las orejas, olisqueó una vez más el aire y sin pensárselo dos veces huyó a todo correr. No podéis imaginar siquiera el alivio que sintió vuestro pobre Felipillo en aquel momento. A esas alturas ya me temblaban hasta los pelos de la nariz, pero me levanté como pude, eché un vistazo hacia el lugar de donde venían los ruidos y al ver un farol encendido salí corriendo hacia él.

¡Qué cerca la vi aquella noche, señora mía! Desde entonces me he figurado que debo de tener algo de gato en la sangre, por aquello de las siete vidas.

Pero ahí no termina la historia. A la mañana siguiente, aquellos mismos campesinos me llevaron con el párroco del pueblo, un buen fraile que me dio ropa y comida y dejó que durmiera en la iglesia durante algunas noches. Tiempo después

acertó a pasar por allí fray Hernando, de quien ya os he hablado. En aquellos días él era capellán de un pueblito de La Mancha, y al parecer le andaba haciendo falta un monaguillo. Al verme solo, huérfano y sin nada que hacer en este mundo, llamó al párroco y le dijo:

—Quizás este buen chiquillo pueda serme útil en algunas tareas. Se lo ve animoso y bien dispuesto. ¿Podrías cedérmelo para mi iglesia?

El párroco asintió con la cabeza y pareció alegrarse de que mi alma pudiera hallar refugio después de tantas penurias. Entonces fray Hernando se volvió hacia mí y me habló con gran dulzura:

—Dime, hijo, ¿cómo te llamas?

—Mi nombre es Felipe, señor.

—Y dime, Felipe, ¿qué quieres ser cuando seas grande? Sin dudar un momento le contesté:

—Quisiera ser cura, señor.

Fray Hernando me miró algo sorprendido. Tal vez pensó que yo deseaba caerle en gracia, y que elegía ese oficio porque él mismo era sacerdote. Entonces, para salir de dudas, me puso sus manos en las mejillas y preguntó:

—¿Y para qué quieres ser cura, Felipe?

—Pues para no tener que trabajar, señor.

El bueno de fray Hernando arrugó el ceño, carraspeó un par de veces y luego sonrió con mucha ternura, pues con no gustarle demasiado mi respuesta, entendió que al cabo era yo un niño, y que un niño sólo repite como loro lo que escucha por ahí. La cuestión es que se encariñó conmigo, me pidió una vez más al párroco y luego me llevó consigo hacia La Mancha a trabajar en su iglesia.

Así que ya veis, mi señora, también he sido monaguillo alguna vez, no de los mejores, por cierto, pero monaguillo al fin. En aquellos tiempos, aunque de natural soy algo perezoso, me levantaba cada mañana con el sol y ayudaba a fray Hernando en sus muchos menesteres, no tanto por devoción como por las buenas limosnas que me daba, pues en eso siempre ha sido muy liberal y generoso conmigo.

Pero en verdad todo aquello duró lo que un suspiro. Por desgracia era yo tan bruto en ese oficio que siempre andaba perdiendo las hostias, echando al suelo las vinajeras y desafinando en las misas, amén de que una vez estuve a punto de incendiar la sacristía cuando intentaba dar lumbre a unas velas. Aunque no lo creáis, fray Hernando tenía conmigo más paciencia que una matrona a sus crios. Todos los días se empecinaba en darme lecciones de alguna materia y en tratar de hacerme un buen cristiano. Fue él mismo quien me enseñó a leer y a escribir, cosa que agradezco al cielo con todo mi corazón. Aún hoy recuerdo haber hecho mis primeros ejercicios en una pequeña libreta amarilla que sabe Dios dónde habrá ido a parar. Lo primero que me enseñó fue a escribir mi nombre y apellido, luego el de Dios, el de Jesús y el de María. ¿Podrías creerlo? ¡A los pocos meses ya copiaba el padrenuestro entero! En cuanto a lecturas, aprendí a hacerlo con unos catecismos que él mismo me daba, pero

a decir verdad eran tan aburridos que yo me distraía a cada rato. Algún tiempo después hallé un libro escondido en su biblioteca y me puse a hojearlo. Se llamaba *La Celestina*, y contaba la historia de una vieja barbuda, algo bruja y alcahueta, que andaba de correveidile entre dos enamorados. No me preguntéis por qué, pero la cuestión es que aquella lectura me entusiasmó de principio a fin. Recuerdo que solía entrar a hurtadillas en el cuarto de fray Hernando, cogía el libro y me lo llevaba hacia un oscuro recoveco de la iglesia. Allí encendía una vela, me echaba en el suelo de bruces y empezaba a lidiar con la lectura. Como imaginaréis, no entendía yo gran cosa de cuanto leía, pero hasta el día de hoy se me han quedado grabados en la mollera algunos dichos de la vieja, que era mañosa como una zorra y tenía la lengua tan afilada como una culebra.

Así pasaba las horas, metido en aquel escondrijo de mala muerte, hasta que sonaba una campanilla y volvía a mis tareas de monaguillo. Fray Hernando me había regar lado un rosario de quince misterios, como esos que llevan los monjes, y durante las misas yo lo lucía en el pecho como si fuera el mismísimo papa de Roma. Pero como os dije antes, aquello no duró mucho tiempo. Algunos meses después fray Hernando fue nombrado inquisidor del Santo Oficio y resolvió matar dos pájaros de un tiro. Viendo que yo cometía mil torpezas y no servía para monaguillo, se me acercó y dijo:

—Felipillo, está visto que ni a coscorrónes aprendes. Mejor será que te ocupes de otras cosas.

Yo ni siquiera dije una palabra, que a esa edad los niños sólo obedecen a sus mayores. Así que algunos días después me sacó de su iglesia y me trajo hasta aquí, a los sótanos de este edificio, para que trabajara como ayudante del carcelero. En aquel entonces había un tal Ciro que ocupaba el puesto. Yo debía encargarme de algunas faenas menores para aliviarle el trabajo, pues el pobre estaba algo viejo y no podía con sus achaques. Cuatro o cinco años me los pasé en ese oficio, yendo de aquí para allá como un mozo de mandados. Pero algún tiempo después el viejo Ciro estiró la pata, y como nadie conocía el asunto mejor que yo, pues quiso el Señor que me quedara con el puesto.

Así que ya lo veis, señora, casi toda mi vida la he pasado en estos sótanos. De lo que vino después no hay mucho para decir. Aquí la vida es harto corriente y no sucede gran cosa, aunque de cuando en cuando el diablo mete la cola y el asunto se pone movido.

Pero de eso ya os hablaré en otro momento, pues ahora se ha hecho tarde y se me cierran los ojos de sueño. Espero no haberos fastidiado con mis historias. Cierto es que a veces vuestro Felipe se pone algo latoso y habla más de la cuenta, pero imagino sabréis disculparlo, pues se siente algo solo y no pretende más que un alma generosa que quiera escucharlo. Os envió saludos, mi buena señora, y espero volver a escribiros en cuanto me sea posible.

CAPÍTULO 5



¿Habéis pensado alguna vez en el Maligno, señora mía? Cuando yo vine aquí, hace ya muchísimos años, recuerdo que el padre Fermín, ese que es más malo que una culebra, me cogió del brazo, me hizo sentar en un banquillo y me soltó todo un rosario de sermones y advertencias acerca del demonio. No me dijo ni una sola palabra de la Santísima Trinidad, ni de los Sacramentos, ni de la Resurrección de la Carne, ni de los Santos Óleos, ni de todas esas cosas de las que suelen hablar los frailes a cada rato, pero en cambio se estuvo casi una hora entera perorando acerca del diablo y de sus infinitas mañas para engañar a los hombres. Entre otras cosas me dijo que Satán era el mayor enemigo de Dios y que todo el tiempo se lo pasaba urdiendo tretas para vencerlo. Después me advirtió que anduviera con gran cuidado, pues en estos sótanos el Malo suele colarse como en ningún otro sitio para hacer de las suyas. Imaginaos, yo estaba muerto de miedo y no paraba de temblar de pies a cabeza. Por primera vez veía el rostro blanco y huesudo del padre Fermín, sus ojos de hiena, su nariz ganchuda y deforme, y me sentía como si un enorme lobo me estuviera rondando y a punto de atacarme. Tras ello me habló de las miserias del infierno y puso ante mí unos libros rarísimos, llenos de láminas horribles en las que había llamas de fuego de todos los colores, víboras con tres ojos y monstruos espantosos. De entre ellos asomaban los rostros de algunos hombres que parecían gritar como desesperados. Tenían la piel llena de quemaduras, los ojos a punto de salirse de las órbitas y se les adivinaba un tal gesto de locura que hasta hoy no se me ha quitado de la cabeza.

—Éstos son los condenados, Felipe —me dijo el padre Fermín aquella vez—, los que no han creído en el Señor y por ello vivirán eternamente entre las llamas.

Después cerró el libro, me tomó una mano entre las suyas y me habló un buen rato acerca de las artes maléficas del demonio y de cuán difícil era resistirse a algunas de ellas. Me dijo que Satán era temido hasta por los hombres más piadosos y avispados, pues en ocasiones sus tretas eran tan sutiles que habían llegado a enredar a los más grandes teólogos y doctores de la Iglesia.

Pero en lo que más insistió el padre Fermín, aquella vez fue en que abriera los ojos como una lechuza aquí abajo. Me dijo que la presencia de tanto moro y tanto judío y tanto luterano encerrado en estas celdas era una grandísima tentación para el demonio, que siempre estaba al acecho de almas impías y renegadas.

—Deberás andar con mucho cuidado por aquí, Felipe —me insistió—. Recuerda siempre que el moro suele ser mentiroso y ladrón, así que no trates de acercarte a él ni de escuchar sus embustes. En cuanto al luterano, verás que casi siempre tiene la cabeza llena de ideas sucias y peligrosas para la fe. Mira de no dejarte convencer por ellas, pues en tal caso acabarás teniendo problemas con la Iglesia. Y en lo que respecta al judío, ése es el peor de todos. Tiene la astucia del zorro y siempre buscará adularte y mostrarse tu amigo, pero en el fondo es más ladino y pérfido que una víbora y no quiere otra cosa más que hacerte daño. Debes temerle como a la peste misma, pues tiene al propio diablo metido en el cuerpo.

¡Caray, señora mía! Imaginad mi espanto al escuchar todo aquel palabrerío. Yo era apenas un mozo de pueblo y de pronto me hallaba aquí abajo metido entre legiones de infieles y demonios. Recuerdo que tanto me asusté los primeros días que ni siquiera hablaba con los reos y evitaba mirarlos a la cara, no fuera a ser que me echaran alguna maldición y acabara mis días enterrado en el infierno. Y en cuanto a aquello de tener al diablo en el cuerpo, ¡pues válgame Dios! Os juro que de sólo pensarlo me daban escalofríos en la espalda. Y no era para menos. ¿Por ventura se os ha ocurrido alguna vez? ¿Habéis imaginado tener al mismísimo demonio alojado en las entrañas? Si ya es bien doloroso tener de esas piedrecillas que se le forman a uno en los riñones, ¿imagináis lo que podría hacer el propio diablo si estuviera metido en vuestras tripas?

Fue por eso que, durante muchos años, vuestro Felipe se cuidó muy bien de que el diablo no se le colara por ningún lado. Me había acostumbrado a llevar un enorme crucifijo en el bolsillo, aprendí algunas oraciones más rápido que ligero y todo el día andaba haciendo cruces y rogando a Dios que me guardara el alma de los poderes del Maligno.

Pero ya sabéis lo que suele ocurrir en estos casos: como dicen por ahí, el hombre es como el cuero viejo, que se endurece con los años. Andando el tiempo me fui haciendo más diestro en este oficio y comencé a perderle el miedo a todos esos cuentos del demonio y de sus tretas para engañar a las gentes. Es cierto que aquí abajo se ve mucha ruindad y malicia, a qué negarlo, pero a fe mía que no es el diablo

quien engendra esas cosas. Más bien son los propios hombres, que jamás se cansan de lidiar y hacerse daño entre sí como bestias salvajes. Amén de ello, ¿por qué pensar que es el demonio quien trae tanto daño? ¿No dicen por ahí que todas las desventuras que sufren las gentes, todos los males que caen sobre los reinos y los pueblos, todas las enfermedades, las pestes, las desgracias y las muertes vienen por voluntad del Señor? Al menos eso repiten los frailes en cada uno de sus sermones. Por eso, tengo para mí que el diablo no talla tanto en el asunto, pues si ya el Altísimo es quien nos envía el granizo, las plagas y el hambre, Satán puede echarse a dormir tranquilo que el trabajo lo hace otro.

Hoy en día vuestro Felipe ya no cree en el Maligno ni le teme a sus fechorías. No hay que buscarle cinco pies al gato, que la maldad es del hombre y de ningún otro en este mundo. Bien sé yo que esto podría sonaros a herejía, pero en mi opinión, todas esas historias de diablos no son más que patrañas que inventan los frailes para atemorizar a las gentes, y bien que lo consiguen, pues basta que alguno eche el asunto a volar para que el vulgo se lo trague a pie juntillas y lo ande repitiendo por ahí como un loro. En cuanto a mí, tan poco miedo le tengo al diablo que, si me lo encontrara frente a frente un día de éstos, le cortarí el rabo por la rabadilla. Lo que jamás voy a entender es por qué lo pintan con cuernos, siendo que el fulano no es casado, o al menos no que yo tenga noticia. Pero en fin, la cuestión es que yo creo que todo es cuento, señora mía, como también aquello de que el moro es embustero y el judío un tramposo que siempre anda queriendo hacer daño, pues para mí la maldad no tiene raza ni color, y si no mirad al rey Felipe, o al mismo padre Fermín, que son más blancos que la leche y sin embargo más malvados que aquel de la Biblia que mató a su hermano.

Y a propósito de judíos, ¿recordáis a aquel que gustaba de hablar en verso? Pues resulta que hemos hecho buenas migas en estos días, y aunque os parezca extraño, hasta le he llegado a tomar algo de cariño al muy bribón. Su nombre es Martín de Lara. Creo que debe de andar por los cuarenta años o algo más, aunque el pobre está un poco avejentado y parece tener cincuenta. Lo han encerrado aquí por judaizar y defender la ley de Moisés, lo cual es pecado grave en estos tiempos. La otra noche se pasó casi tres horas contándome su historia con pelos y señales, que aquí tiempo es lo que sobra para esas cosas. Me ha dicho que viene de una familia de judíos tan vieja como el mundo mismo, aunque de joven sus padres debieron de bautizarlo en la fe cristiana, pues así lo mandan las leyes de este reino. De ese modo vivió como hijo de Cristo hasta bien entrada su mocedad. Iba a misa todas las semanas, adoraba a los santos y comulgaba como cualquier hijo de vecino. Pero al llegar a la edad adulta al pobre se le embrollaron las ideas en la cabeza. Empezó a leer mucho, a preguntarse algunas cosas y a formarse opinión de otras. ¿Y qué creéis que sucedió? Pues que el muy terco acabó por volverse al rito judaico. Poco a poco y a escondidas se hizo con algunos libros de esa secta, aprendió a leer y escribir el hebreo, que es la lengua natural de esas gentes, y hasta empezó a mudar de camisa los viernes, otra maña judía

que vaya a saber Dios de dónde la habrán sacado.

Luego me contó que algunos años más tarde, y tras haberse roto el seso con tanto estudio, se volvió tan sabio y dispuesto en asuntos judaicos que empezó a enseñar la ley de Moisés entre sus vecinos de confianza. Lo hacía a escondidas, por supuesto, pues ya sabéis del gravísimo riesgo que ello supone en nuestra España. Pero quiso la mala fortuna que algún tiempo después llegara una comisión del Santo Oficio a su pueblo, y ahí se le acabó el juego. Los inquisidores hicieron lo de siempre: al principio regaron la ciudad de carteles y anuncios invitando a las gentes a denunciarse a sí mismas o a quien tuvieran por sospechoso de herejía. Dieron un plazo de un mes y prometieron gracia y misericordia para quien se presentara por propia voluntad. Martín y otros muchos de su secta desconfiaban del asunto. Ya habían sufrido algún que otro chasco años atrás, de modo que recelaban de los inquisidores y pensaban que todo era una treta del Santo Oficio para cazar judíos incautos. Algunos hasta huyeron del pueblo y nunca más se les vio el pelo. Pero como sucede siempre, había otros muchos que tenían esposa, hijos, un oficio, algunos bienes, y a éstos no les era nada fácil largarse. El caso es que pasó el mes de gracia y Martín decidió presentarse él mismo ante el tribunal. Pensó que no convenía andarse con rodeos, pues más tarde o más temprano el Santo Oficio siempre sabe cómo echarle el guante hasta al más escurridizo. La cuestión es que una vez que estuvo frente a los jueces lo trataron con piedad y clemencia, pues así lo mandan las reglas cuando es uno mismo quien se entrega sin chistar. Pero por desgracia había algunas acusaciones en su contra, de modo que le embargaron todos los bienes que tenía y lo dejaron sin una sola moneda. A propósito, habéis de saber que el Santo Oficio vive de lo que secuestra a los prisioneros, pues de parte del Tesoro Real casi no recibe un céntimo. Cierto es que luego, si el prisionero queda libre de culpa y cargo, la Inquisición le retoma sus cosas y si te he visto no me acuerdo. Pero sucede que a veces, cuando los juicios son largos y hay mucha cuantía de gastos, el pobre reo deja el calabozo y ya no hay nada que devolverle. Pues bien, Martín debió entregar su casa, sus muebles y un par de bueyes que guardaba en un establo. Después le tomaron declaración, lo hallaron sospechoso de herejía y lo mandaron encerrar en estos sótanos.

Desde entonces ha estado aquí abajo esperando a que le hagan proceso, y de seguro el pobre tendrá que armarse de mucha paciencia, pues ya sabéis que aquí, por cada expediente que abre el Santo Oficio, los inquisidores dan tantas vueltas, papeleos y embrollos que el reo puede olvidarse del mundo por un buen rato. Para colmo, parece ser que uno de los testigos del caso ha marchado a las Indias, de modo que habrá que esperar a que regrese para llevar adelante el juicio.

Y ahora dejadme susurraros algo al oído: ¿sabéis qué pienso, mi señora? Pues que tarde o temprano este Martín va a ir a dar derecho al quemadero. Sí, como lo oís. Ya os he dicho que no sé gran cosa de pleitos, fallos, condenas y todos esos revoltillos de que se ocupan los inquisidores, pues para mí todo aquello es tan confuso como un

trabalenguas, pero llevo algunos años aquí abajo y he visto demasiados casos como el suyo. De cada diez judíos que entran aquí, ocho van a parar a la hoguera. ¿Y queréis que os diga algo más? Pues creo que este Martín lo sabe perfectamente. A nadie se le escapa que en estos últimos años la Inquisición se ha puesto muy dura con los judíos. No sé por qué razón, pero se vale de lo que sea y los persigue hasta debajo de la cama si es preciso. ¡Dios me libre de judaizar en estos tiempos! Además, yo soy como esos que echan las cartas y adivinan el futuro. A veces, con mirarle el ojo a un reo ya le atino su suerte. Y creedme que este Martín tiene a la mismísima Parca dibujada en el rostro.

Anoche he estado un rato con él en su celda. Me ha hablado una vez más de aquel fray Luis de León. ¿Lo recordáis, verdad? Era aquel fraile que escribía versos y a quien el Santo Oficio metió en el calabozo por hablar más de la cuenta. Después charlamos de bueyes perdidos durante casi una hora, hasta que Martín me preguntó si podía hacerme con alguna pluma, tinta y papel, y llevárselos a su calabozo, pues, según dijo, él mismo gustaba de hacer versos de vez en cuando y en ese momento estaba con deseos de escribir algunas cosillas. Por las dudas me confesó que no creía ser muy buen poeta ni tener la chispa y el genio de fray Luis, pero que al cabo no importaba mucho, pues cuando los inquisidores descubrieran sus versos de seguro los echarían al fuego en un santiamén.

Conseguí entonces una pluma, un tintero y algunas cuartillas de papel, y luego se los llevé a su calabozo. No imagináis cuán emocionado se puso el judío. Al coger el tintero lo alzó en el aire, lo miró un buen rato y luego dijo:

—¿Sabes? Aquí duermen muchos poemas...

—¿Qué quieres decir? —le pregunté.

—Pues piénsalo un momento.

Yo me quedé sin decir palabra y dándole vueltas al asunto. Os confieso que en un principio no comprendía nada de lo que había dicho. ¿Cómo diablos puede un poema dormir en un tintero? A mi entender aquello no tenía ni pies ni cabeza, y pensé que el pobre Martín acaso habría perdido el juicio a causa del encierro.

Pero al cabo algo se me iluminó en la mollera. Ya sabéis que vuestro Felipe es un tanto lerdo y precisa de tiempo para acomodar sus entendederas. Sin embargo, de repente me pareció adivinar por dónde venía el asunto. ¡Claro, hombre, me dije a mí mismo, pero si es muy sencillo! Lo que había querido decir el judío, mi estimada señora, es que el tintero es como una suerte de..., o mejor dicho, que allí hay unos poemas que están como..., o más bien que parece que en ese tintero... ¡Caray, señora mía, que no sé cómo demonios explicarme! El caso es que el judío quería decir algo pero no lo decía, o lo decía de un modo diferente, o al menos así es como a mí me lo parece. En fin, vaya a saber Dios cómo serán las cosas, pero la cuestión es que aquello de que los poemas «durmieran» en el tintero, ¡pues sí que se oía ingenioso!

Miré al judío como si despertara de un sueño y le dije:

—¡Hombre, sí que suena bello eso que habéis dicho!

—Pues en eso consisten los poemas —me respondió Martín—, en decir las cosas que todo el mundo conoce, pero con belleza.

En ese preciso momento os confieso que pensé en vos, mi buena señora, y en las muchas cosas bonitas que podría escribiros si dominara el arte de hacer versos. ¿Os imagináis acaso a vuestro Felipillo metido a poeta? En las noches se plantaría bajo vuestra ventana y os diría cosas bellas, y luego vos saldríais a escucharlo, quizás arrojaríais vuestro pañuelo, suspiraríais de la emoción, derramaríais algunas lágrimas y... ¿quién sabe?, tal vez de ese modo hasta podría yo ganarme vuestro corazón.

De seguro diréis que es una locura, ¿verdad? Pues quizá llevéis razón en ello. Pero al menos imaginad por un momento a vuestro Felipe hecho un gran poeta y haciendo versos pastoriles, o escribiendo coplas amorosas, o componiendo algunas de esas letrillas que tanto gustan a las mujeres. Y por cierto, una vez diestro en esas artes sería yo muy solicitado, pues los presos de aquí me llamarían y dirían: «¡Eh, Felipillo, hazme un verso para mi mujer!», o «¡Escríbeme alguna cosilla para una enamorada que tengo!».

Dulce oficio el de poeta, ¿no creéis? Os confieso que, mientras hablaba con el judío, tanto acaricié este pensamiento que incluso le rogué que me enseñara a hacer versos.

—¿Tú quieres ser poeta? —me preguntó sorprendido.

Yo le respondí con cierta timidez.

—Bueno, pues si tú me enseñas quizás...

Martín se pasó la mano por sus cabellos, murmuró algo entre dientes y dijo:

—Hombre, para ser poeta se necesita leer mucho, estar versado en varias ciencias, tener la mente clara, ser hombre de ingenio sutil...

—¿Y con eso qué?

—Pues que a mí se me hace que tú eres algo alcornoque...

—¿Algo qué?

—Alcornoque. Significa que eres un poco bruto, duro, flojo de mollera.

—Vaya novedad —respondí—. Pero deja eso a un lado y dime la verdad. ¿Crees que un hombre como yo podría ser capaz de hacer versos? No digo hacerlos como ese fray Luis, pero..., ¡vamos!, al menos escribir algún pequeño poemilla de vez en cuando. ¿Tú qué dices? ¿Podrías enseñarme?

El judío se atusó una vez más los cabellos y arrugó el entrecejo.

—Mira, Felipe —suspiró alzando los hombros—, el asunto no es tan fácil como parece. Hay que trabajar durísimo, escribir mucho y sobre todo leer libros de versos, lo cual, si no me equivoco, te será imposible, pues la gran mayoría están escritos en latín, y los que no lo están, la Inquisición ya se ha encargado de quemarlos.

¡Ay, señora! No imagináis mi pena al oír aquello. De pronto sentí que se me esfumaban las ilusiones y que convenía no insistir en el asunto. Si vuestro Felipe ha nacido carcelero, pues carcelero se irá a la tumba. Y nada de andarse con versos y palabrejas, que a fin de cuentas son cosas de holgazanes que no tienen nada que

hacer. Zapatero a tus zapatos, me dije a mí mismo. Pero en ese momento el judío se arrepintió de lo que había dicho, lo pensó con más detenimiento y luego dijo por qué no, si a fin de cuentas nada se perdía con intentarlo. Y después de todo, aquello de leer libros no era cosa de mucha importancia, pues me dijo que algunos poetas nunca habían leído uno en toda su vida, y que si había algunas reglas que aprender en el arte de hacer versos, pues entonces él mismo me las enseñaría con gusto.

—Ven aquí un rato cada noche —me dijo—. Ya veremos lo que se puede hacer contigo. Si en esta tierra un asno llega a inquisidor, ¿por qué no podría un carcelero volverse poeta?

Luego me despedí de Martín, le deseé las buenas noches y me dirigí hacia mi cuarto con tal entusiasmo que apenas logré pegar los ojos hasta la madrugada.

Y ahora me despido de vos, mi señora, esperando enviaros cuanto antes algún poemilla de mi propia autoría. No será mucho, por supuesto, pero quizás os agrade lo suficiente. Os doy las buenas noches y prometo volver a escribiros.

CAPÍTULO 6



Decidme una cosa, mi señora, ¿qué demonios ocurre ahí fuera que parece haber tantas brujas volando por los aires? Creedme que no lo digo por capricho, sino porque ayer mismo encerraron aquí abajo a una veintena de mujeres acusadas de brujería, y dicen que la semana que entra caerán otras tantas, pues según parece la Inquisición se ha puesto muy puntillosa en esas cuestiones.

Os diré que yo siempre he desconfiado un poco de todo ese asunto. Suelen decir por ahí que las brujas tienen tratos con el demonio, que se saben maleficios secretos, que conocen algunas fórmulas para echar el mal de ojo y otros varios hechizos para causar daño a las gentes. He oído también que vuelan por los aires, y que para ello se valen de un cierto unto que guardan celosamente bajo tierra y que hacen con grasas y vísceras de sapos, tripas de ratas y el veneno de unas culebras que crecen en los pantanos. Vaya a saber Dios si será cierto, pero lo que es a mí, todo eso me huele a embuste de pies a cabeza. No me creo esa cuestión de las magias y hechicerías, y mucho menos lo de montar en escobas que andan volando por los aires, aunque ya bien dicen que fue verdadera la historia de aquel licenciado Torralba a quien los diablos llevaron por el aire hasta Roma, montado sobre una caña y con los ojos vendados. De seguro la habréis escuchado, ¿verdad? Dicen que cuando estaba en lo alto del cielo uno de los diablos le mandó que se quitara la venda, y que al hacerlo el pobre se vio tan cerca del cuerno de la luna que creyó poder tocarla con sólo estirar la mano. Algunos sostienen que la historia es cierta, y que el tal licenciado aún la anda contando a quien la quiera escuchar, pero si queréis saber mi opinión, a mí me parece

que ese Torralba no es más que un pillo que se aprovecha de las gentes.

Como os decía, tengo para mí que todas esas cuestiones de brujas no son más que delirios y fantasías. Lo que ocurre, a mi entender, es que la mayoría de esas mujeres son muy afectas a beber ciertos brebajes y unciones muy frías, y eso les termina por ablandar el seso y les corrompe las entendederas, de tal suerte que creen haber hecho despiertas todo cuanto han estado soñando. Creedme que esos horribles ungüentos son potentísimos, y a fe mía que de tanto usarlos acaban con el estómago perforado, luego se les meten en los tuétanos y les envenenan la sangre. Eso es todo lo que sucede. Pero ya sabéis cómo es el vulgo, que oye estas cosas, las cree de principio a fin y así es como todo el mundo acaba dándolas por ciertas.

A decir verdad, yo conocí a una bruja cuando niño, o al menos eso decían de ella en mi pueblo. Era una vieja fea y muy charlatana que vivía no lejos de la casa de mis padres. Todo el vecindario comentaba que la muy ladina solía andar en tratos con el diablo en las noches de luna llena, y que de moza hasta había llegado a tener comercio amoroso con él. A cambio de ello Satán le había dado no sé qué poderes y magias para enfermar o sanar a quien se le antojara. Todo el santo día se lo pasaba encerrada cociendo yerbajos, pócimas y ungüentos que luego vendía a las otras mujeres del pueblo, y siempre tenía remedio para la enfermedad que fuera: la cirigüeña para sanar las úlceras, el muérdago para los espasmos, el beleño para los nervios, la digitalia para restaurar el cansancio del corazón, la raíz de zarza macho para el mal de ojo y otras muchas hierbas que vendía a precio de oro. Recuerdo que también se valía de algunas ponzoñas y conjuros para causar enfermedades o traer desgracias a quien fuera. Pero no creáis que las llevaba todas consigo, pues muchos en el pueblo querían verla muerta y cada tanto le hacían pasar un mal rato. Por eso la vieja solía clavar herraduras en la puerta de su casa, colgaba ristras de ajo en los muros y cuando salía llevaba siempre un amuleto de azabache, que según dicen tiene virtudes contra el mal. Además, en un arcón guardaba un asta de ciervo para espantar a otras brujas, pues es fama que entre ellas suele haber muchos celos y envidias.

Pero, en fin, ya os he dicho que a mi juicio todo esto es engañoso se mire por donde se mire. En opinión de vuestro Felipe, tanto yerbajo y tanto polvillo no sirven más que para engatusar a las pobres gentes enfermas que ya no saben a quién recurrir. Y ahora dejadme volver a lo que os contaba al principio, pues todo este asunto de las brujas que han traído aquí ha puesto a todo el mundo patas arriba.

Os decía, si mal no recuerdo, que el Santo Oficio ha enjaulado a una veintena de ellas el día de ayer. Pues bien, tendríais que haber estado aquí para ver a las recién llegadas. Quizás os parezca una exageración de mi parte, pero podría juraros que nunca he visto tanto mamarracho junto en un solo sitio. Todas son tan viejas y feas que no daríais un solo maravedí por ninguna de ellas. Creedme, llega uno a preguntarse cómo es que el diablo las elige siempre arrugadas, maltrechas y pobres, como si no le atrajeran las jovencitas hermosas y de buena familia. ¿O será que al demonio le apetecen las viejas? Pues vaya uno a saber...

Según me he enterado, quien las delató fue una tal Dominga, otra pobre vieja que está encerrada aquí abajo desde hace poco más de tres años. No es por asustaros ni mucho menos, pero de seguro os espantaríais de sólo verle el rostro. Tiene el pellejo tan mordido por la viruela que parece un espantapájaros. Además, no le queda un solo diente en la boca, ha perdido todos los cabellos y tiene una enorme cicatriz en la frente que, según confesó ella misma cuando la trajeron, se la hizo una mujer de la morería en una riña callejera.

No obstante, os diré que la tal Dominga es tan brava como un toro de lidia. Desde que llegó aquí los jueces han tratado de hacerle confesar sus brujerías y delatar a otras hechiceras, pero en todo este tiempo la vieja se mantuvo con la boca cerrada y no hubo forma de sacarle una palabra. Según creo, en lo que va de año ya la han interrogado unas diez o quince veces y todas ellas sin resultado. Por eso, hace unos pocos días el padre Fermín decidió hacerla cantar a la fuerza y me ordenó que le diera tormento, que también me ocupó de esas cosas, y sólo de esa manera habló hasta por los codos.

Sin embargo, mi buena señora, no imagináis lo dura y corajuda que es esa tal Dominga. Para obligarla a soltar la lengua tuve que amarrarla al potro de tormento y darle hasta cuatro vueltas de cuerda. Y os juro que no es nada fácil, pues no vayáis a creer que es cosa sencilla manejar ese aparato. Amén de lo rudo y pesado que es, llega uno a tomarle ojeriza de tanto usarlo, pues se necesita de mucha fuerza para hacer girar la manija. Para colmo de males, ya hace algún tiempo que vuestro Felipe sufre de algunos dolores de espalda, cosas de la edad, según creo, pero el caso es que los días de humedad casi no puedo agacharme para hacer mi trabajo.

Como os decía más atrás, al principio la vieja soportó el dolor como si nada ocurriera. Cierto es que sudaba como una mula de arreo y se le iban los ojos para atrás, pero la muy cabrona se mantenía en sus trece y no decía una palabra. Así estuvo durante casi media hora hasta que al fin soltó un gemido, se le vació el pecho de aire y ya no pudo aguantar más. De inmediato hubo que aflojarle las cuerdas para que no se ahogara. Y entonces sí empezó a hablar como un loro.

Más rápido que ligero el padre Fermín hizo llamar a fray Hernando, que en ese momento estaba interrogando a otro reo, y juntos se pusieron a tomarle confesión a la vieja. Yo le quité las sogas de las muñecas y los tobillos, la senté sobre la propia mesa del potro y me fui por detrás para sostenerla por los hombros, pues había quedado tan maltrecha y débil que no lograba tenerse por sí misma.

Los jueces comenzaron por preguntarle acerca de sus tratos con el demonio, de cómo hacía para invocarlo y otras cosillas más propias del arte de la brujería. La tal Dominga respondió todo con gran detalle y sin pelos en la lengua. Después la obligaron a dar los nombres y domicilios de otras brujas de la ciudad, pues sabían que en ocasiones muchas de ellas se juntan en algún prado cercano donde suelen llamar al demonio, preparar bebedizos y hacer de las suyas.

Como imaginaréis, al principio la vieja se negó a dar nombres y anduvo con

algunos rodeos, que a nadie le gusta eso de ir haciendo el soplón. Pero luego el padre Fermín le señaló el potro una vez más, y entonces la pobre vieja se ablandó como por arte de magia. Ni estando ebria se hubiera dejado amarrar al aparato una vez más, que gato escaldado ni al agua fría se asoma. Entonces comenzó a nombrar una por una a todas las brujas que conocía, ya fuera por el nombre o por el apodo, pues muchas de ellas se hacen llamar de las formas más extrañas que imaginarse pueda, con el propósito de impresionar a la chusma. Cuando acabó de hacerlo, fray Hernando quiso estar seguro de que la vieja decía la verdad, pues ya sabéis que la mayoría de las veces, para zafarse del tormento, algunos reos dicen lo primero que les viene a la cabeza. Entonces la miró fijamente a los ojos y le dijo:

—No nos estarás mintiendo, ¿verdad, Dominga?

—Que Dios me quite los ojos si miento —respondió la vieja.

—No seas astuta, mujer —la retó fray Hernando—, que tú no crees en el Señor. Pero dime al menos una cosa: todas esas mujeres a las que has nombrado, ¿cómo sabes que son brujas o hechiceras?

La tal Dominga alzó la vista, se pasó una mano por la nariz y dijo:

—Basta con verles el ojo izquierdo...

Fray Hernando y el padre Fermín se miraron sin entender, que razones de esa guisa no se escuchan todos los días. Pero vaya uno a saber cómo son estas brujas y lo enredado que tienen el seso. La cuestión es que al menos la vieja había confesado los nombres, de modo que ese mismo día mandaron alistar un piquete de soldados, los enviaron a casa de las sospechosas y las trajeron aquí una por una.

Y ahí están las fulanas, mi señora, una más espantosa que la otra, todas ellas viejas y tan fieras como una marrana. Os puedo asegurar que todo el santo día se lo pasan chillando y soltando maldiciones contra Dios y la Virgen Santísima. La mitad de ellas gritan por estar encerradas y la otra mitad porque son mujeres, pues, aunque os parezca una ofensa de mi parte, la verdad es que la mujer suele ser de natural protestona y montar en cólera por cualquier cosa, ya porque el marido no la atiende como debe, ya porque el espejo no le mintió esa mañana y la mostró tan fea como siempre, ya porque le vino el menstruo y eso le pone los cabellos de punta, o por lo que diablos sea, pues la cuestión es andar todo el día entre gritos y berrinches. Y a propósito, cierta vez conocí yo a una mujer que a la hora del almuerzo reñía, cuando cenaba reñía también, al amanecer se levantaba riñendo, y esto hacía toda la semana y todo el mes y todo el año, siempre con un grito a voz en cuello, hasta que la pobre se quedó tan sola como un perro, pues el marido y los hijos se hartaron de ella y se fueron de la casa.

Pues bien, que así están todas estas viejas desde que llegaron. Hay veces en que se pasan la noche entera de lamento en lamento, y si no fuera porque son reas de la Inquisición, cualquiera diría que son de esas plañideras que andan por los velorios derramando lágrimas a dos reales por cabeza.

Pero amén de todo ello, señora mía, si os he escrito el día de hoy es para daros

cuenta de algo que ocurrió esta mañana y que merece la pena ser contado, pues ha tenido en vilo a todo el edificio durante un buen rato.

Sucede que hoy bien temprano, poco antes de la salida del sol, una de las viejas despertó dando tales gritos que me arrancó de la cama de un salto. Ya os he dicho alguna vez que aquí abajo todo el mundo anda siempre de alaridos y gimoteos, lo que es natural cuando se está encerrado, pero ésta en verdad parecía desesperada y chillaba como puerco en degolladero. Como pude me até los calzones, corrí hacia su calabozo y al asomarme por entre los barrotes me quedé helado del susto. La vieja se estaba revolcando por el suelo, gritaba como una loca, retorció el cuerpo y le salía una baba amarillenta por entre los labios y la nariz. Asustado hasta la médula salí disparado hacia el cuarto de fray Hernando y lo desperté de una sacudida. El pobre no entendía una palabra de lo que yo le decía, pero cuando se despabiló un poco saltó del catre y juntos corrimos hacia el calabozo de la vieja.

Al verla en ese estado fray Hernando se puso tan nervioso que se le erizaron los pelos.

—¡Santo Dios! —gritó mientras se santiguaba—. ¡Pronto, ve por el padre Gregorio y arráncalo de su lecho si es preciso!

Yo salí a todo correr a buscar a fray Gregorio, de quien si no me equivoco ya os he hablado alguna vez, y llegué a su cuarto en menos de lo que dura un credo. Por fortuna lo hallé despierto, así que en dos palabras le conté lo que ocurría y enseguida ambos fuimos hacia el sótano a la carrera. La pobre mujer seguía retorciéndose en el piso y echando espumarajos por la boca.

—¡Padre Gregorio, gracias a Dios! —Exclamó fray Hernando al verlo, y tras señalar a la mujer dentro de la celda, agregó—: Mirad, creo que está poseída.

El padre Gregorio, que conoce de estos asuntos mejor que nadie en todo el edificio, observó un momento el interior del calabozo y dijo:

—No nos adelantemos, mi estimado padre. Puede que tan sólo sean temblores, o quizás el baile de San Vito. De todas maneras, habrá que entrar a la celda a revisarla.

Os juro que al oír aquello vuestro Felipillo se acobardó tanto que le empezaron a flojear las piernas del miedo. Ya os he dicho que nunca he creído en esas cosas de los embrujos y los poseídos, que para mí sólo eran locos de remate o pobres infelices que han perdido el seso. Pero esta vieja se veía tan enfurecida y rabiosa que hubiera alarmado hasta al más bravo de los guerreros.

El caso es que un minuto después nos metimos en el calabozo, yo me armé de coraje y sin pensarlo dos veces me arrojé encima de la vieja tratando de amarrarle los brazos con una soga. La muy tozuda profería tales blasfemias y palabrotas que hubieran hecho sonrojar a una moza de burdel. Quizá tuviera al diablo en el cuerpo, como decía fray Hernando, pero os diré que, viéndola de ese modo, peor hubiera sido para el diablo el tenerla en el suyo.

No creáis que fue sencillo amarrarle las cuerdas, pues en esos trances hasta la vieja más inútil y achacosa pateaba como una mula. Sin embargo, después de mucho

lidiar al fin conseguí enlazarle las manos y luego los pies. Entonces fray Gregorio se acercó a ella, la revisó con mucho cuidado y dijo:

—Tiene signos de posesión, sin duda, aunque hay algo aquí que no me gusta...

Luego cogió un pequeño crucifijo que traía entre sus ropas, lo arrimó al pecho de la vieja y con voz grave dijo:

—¡Yo te exorcizo, espíritu inmundo! ¡En el sagrado nombre de Dios y de Nuestro Señor Jesucristo, te ordeno que dejes el cuerpo de esta mujer y huyas a tus moradas oscuras!

Mientras tanto fray Hernando empezó a agitar su rosario en el aire, a dar golpes de manos y a murmurar conjuros entre dientes. Ya sé que os parecerá una tontería, pero creedme que en ese momento más parecía hechicero que sacerdote. El caso es que pasó un buen rato y ni las fórmulas de fray Gregorio ni las plegarias de fray Hernando lograban detener las sacudidas de la vieja. Por el contrario, cada vez se ponía más furiosa y parecía que ni las cuerdas podrían sujetarla. De repente comenzó a golpearse la cabeza contra el suelo y a echar los ojos hacia atrás, tal como hacen los perros cuando bostezan. Fray Gregorio seguía luchando y repitiendo sus fórmulas.

—Yo te conjuro, serpiente maligna —decía con tono grave—, yo te conjuro por la voluntad del Hacedor, por Aquél que tiene poderes para castigarte en la Gehena, te conjuro a que dejes el cuerpo de esta sierva de Dios y vuelvas a tus cavernas hediondas y llenas de basura...

Pero aun cuando se empeñara en lo suyo no conseguía sino enloquecer más a la vieja. Ahora la pobre estaba peor que al principio. Jadeaba como una loca y se le había puesto el pellejo de un color amarillo verdoso. Yo temí que fuera a estirar la pata en cualquier momento. Y así estaba el asunto cuando de pronto ocurrió algo muy raro. La mujer se quedó tiesa como una piedra, abrió la boca y en ese momento se oyó retumbar una voz horrible en todo el calabozo. Podréis creerlo o no, pero todos oímos como una feísima carcajada venida de quién sabe dónde. Fray Gregorio cerró los ojos y trató de concentrarse en sus plegarias. El padre Hernando apretó su rosario y empezó a hacer cruces en el aire con tal rapidez que no se le veían las manos. Y en cuanto a mí, tal susto me dio aquello que a punto estuve de salir corriendo de la celda. Sentía que el corazón se me iba a salir por la boca. De puro miedo pensé en echarme sobre la vieja y darle una buena zurra, que si había un diablo adentro al menos se llevaría algún chasco. Pero a la verdad me hallaba tan asustado que no podía mover ni un dedo.

En eso la voz dejó de resonar y la vieja empezó a temblar como loca una vez más. Entonces vi que fray Gregorio guardaba su crucifijo en un bolsillo y se dirigía hacia la puerta del calabozo. Antes de salir miró a fray Hernando y dijo:

—Esperadme aquí un momento, padre. Creo que ya sé cómo se arreglan estas cosas.

Luego abandonó el calabozo a toda prisa y no regresó por un buen rato.

Fray Hernando y yo nos quedamos sorprendidos y preguntándonos a dónde

cuernos habría ido con tanta premura. Pero ya os he dicho que el padre Gregorio es experto en esta clase de asuntos. El caso es que unos minutos después se apareció de nuevo en la celda trayendo una jarra de latón y una manguera para practicar enemas. Ante nuestra sorpresa, explicó que en la jarra había mezclado un cuarto de galón de agua bendita, un trozo de jabón de Castilla, miel hervida y algunas sales purgantes. Por si no lo sabíais, mi buena señora, dicen que no hay nada mejor para limpiar las tripas, y según tengo entendido hasta se lo dan a los caballos cuando tienen estreñimiento.

Pues bien, la cuestión es que fray Gregorio me ordenó que pusiera a la vieja boca abajo sobre la mesa del potro y le quitara los calzones. Después cogió la manguera con gran firmeza, se la metió ahí donde ya sabéis, y en menos de lo que canta un gallo le vació la jarra entera con purga y todo. El agua estaba tan caliente que, si me disculpáis el atrevimiento, creí que a la vieja se le escaldaría el culo. Pero gracias al cielo se quedó quietecita y aguantó sin chistar. Entretanto, yo la tenía sujeta por las muñecas mientras fray Hernando le hacía masajes en la barriga para ablandarle las tripas. Así estuvo dale que dale hasta que al poco rato la vieja aflojó el vientre y en un santiamén expulsó todo lo que tenía adentro.

¡Por todos los cielos! No imagináis lo mal que olía aquello y cuán embarrada quedó la celda. Pero al parecer la cosa había dado buen resultado. Unos cuantos minutos después la vieja empezó a calmarse, dejó de chillar y decir palabrotas y al fin quedó tan mansa como una oveja manchega.

Y así acabó todo, señora mía. Curioso asunto, ¿no creéis? Tanto conjuro, tanta plegaria y tanto exorcismo para que a fin de cuentas una buena purga acabara con todo. No me toméis por insolente, pero se pregunta uno si vale la pena saber tanto de teologías cuando una simple cagadera lo arregla todo.

Sea como fuere, buen susto nos dio la vieja esta mañana. Y ahora os dejo en paz, que ya se me cierran los ojos y estoy dando cabezadas de sueño. Espero no haberos incomodado con mis historias, y os deseo que tengáis un buen día.

CAPÍTULO 7



Mi muy estimada señora:

Os escribo esta nueva carta deseoso de haceros una pequeña pregunta que me anda rondando el seso desde la mañana. Es posible que os suene un poco tonta o quizás algo traída de los cabellos, pero decidme una cosa: ¿creéis por ventura en los milagros? No hablo de esas pequeñas cosillas que la chusma suele tener por milagrerías, como por ejemplo el acertar un número en el juego de lotería o soñar con algún amigo lejano y cruzarte con él en la plaza al día siguiente. Os hablo de milagros de verdad, como esos que hacía el Cristo en Tierra Santa, que según dicen tenía el poder de sanar enfermedades, calmar tormentas y dar vida a los muertos. Ya se echa de ver que por algo era el hijo de Dios, ¿a qué negarlo? Pero si me permitís daros una humilde opinión, a mí me huele que todo eso es cosa del pasado. No digo que sea embuste ni mucho menos, ¡líbreme Dios!, y por algo los frailes lo andan repitiendo a cada rato en sus sermones, pero se me hace que tales historias vienen de muy lejos, cuando se vivía de otro modo en esta Tierra, y que las cosas han cambiado tanto en estos tiempos que el Señor ya no se anda con ganas de volver a hacer milagros.

Cierto es que de cuando en cuando llega aquí alguna vieja chiflada que dice hablar con Jesús, o que se le ha aparecido la Virgen de no sé cuántos, o que algún ángel se le cruzó en la plaza y le dijo que anda cerca el fin del mundo. Pero ésas son tonterías, chismes que inventa el vulgo de puro charlatán, pues ya se sabe que las gentes de pueblo siempre gustan de agrandar las cosas para hacerse notar en el vecindario. Por cierto, la mayoría de las veces suelen ser viejas deslenguadas sin

mucho que hacer, algunas con facha de santurronas y otras que parecen locas de atar. Además, ¿no os habéis fijado que los milagros siempre les ocurren a las mujeres? A fe mía que jamás he oído de hombre alguno al que se le aparezca la Virgen o se encuentre con algún santo mientras lleva a pastar a sus cabras. Casi siempre es alguna anciana con el seso reblandecido por los años o, en el mejor de los casos, una niñita de esas muy devotas que andan con la cabeza llena de fantasías y ven ángeles hasta revoloteando sobre la mesilla de noche.

No, mi amable y atenta señora, en mi opinión, milagros eran los de antes, que ahora sólo hay engaños y alucinaciones. Pero os preguntaréis por qué digo todo esto, ¿no es verdad? Pues porque el Señor, si es cierto que a veces se muestra algo avaro en estas cosas, la verdad es que de cuando en cuando nos regala algún que otro milagrito para compensar tanta desgracia. Y ayer mismo al anochecer, aunque no lo creáis, vuestro Felipe ha tenido el suyo propio.

Supongo que os interesará saber de qué se trata, ¿no es así? Estoy seguro de ello, pues vosotras las mujeres sois muy curiosas para esa clase de asuntillos. Pues bien, dejadme entonces que os lo cuente todo con pelos y señales, que desde ayer en la noche yo mismo ardo en deseos de hacerlo.

Sucede que estaba yo a punto de terminar mis faenas aquí abajo, cerca de las ocho, cuando de pronto sentí un gran deseo de veros una vez más. Supongo que serán esas cosas de enamorados, pues desde aquella primera vez que pasasteis frente al edificio, nunca más he vuelto a saber de vos, y ya os imaginaréis cuánto ansiaba teneros frente a mis ojos para gozar de vuestra belleza una vez más. Pues bien, tales eran mis deseos que de pronto hice todas mis cosas a un lado, me arreglé un poco los cabellos y marché corriendo hacia vuestra casa. Os juro que en el camino sólo iba pensando en llegar y encontraros frente a la puerta, quizá tomando el fresco o hablando con alguna amiga, pero a decir verdad ya no eran horas de estar en la calle, que con los tiempos que corren es mejor meterse dentro de casa en cuanto llega la noche. La cuestión es que al llegar y dar la vuelta a la esquina vi que toda la calle estaba desierta y oscura y que no había un alma en la vecindad. Pero vuestro Felipe es algo terco y no se echa atrás por cualquier nadería, de modo que junté fuerzas y me planté bajo el balcón de vuestra casa rogando a Dios que os asomaraís en algún momento.

Así me estuve no sé cuántas horas parado como un tonto, mirando vuestra ventana a cada rato y esperando a que salierais aunque no fuera más que un pequeño instante. La noche se había puesto fea y creedme que en un momento se me empezaron a calar los huesos del frío. Al rato ya estaba dando coces en el suelo tal como hacen las mulas y echándome aliento en las manos para calentarlas. Para colmo de males, me sentía algo inquieto por lo que pudiera ocurrir. No creáis que es sencillo andarse por ahí de noche espionando bajo los balcones. Tal como os decía hace un momento, ésas son horas de mucho cuidado, y no sólo por la gran cantidad de vagabundos y ladronzuelos que le despluman a uno hasta lo que no tiene, sino

también porque muchas gentes suelen vaciar sus aguas menores por las ventanas y no se fijan si hay un cristiano pasando abajo.

Pero en fin, la cuestión es que después de mucho esperar, de pronto escuché que se abrían las ventanas de vuestro cuarto y al cabo asomasteis por el balcón, toda envuelta en una mantilla que os hacía parecer un ángel. ¡Ay Dios mío, qué de saltos me empezó a dar el corazón en ese momento! Si he de deciros la verdad, apenas alcanzaba a distinguir vuestra silueta, pues la noche estaba algo cerrada y sólo había un farolillo moribundo en la casa de enfrente. Pero aun así os juro que no cabía en mí de tanta felicidad y regocijo. Hasta di gracias al cielo por aquel milagro que me concedía el Señor, y eso que yo no soy muy devoto que digamos.

Pero ahí estaba, muerto de frío, aunque acalorado por la emoción. En un momento pensé en saludaros desde abajo, deciros que era yo quien os escribía tantas cartas llenas de elogios y admiración, pero temí que os retirarais asustada al oír una voz extraña a esas horas. Entonces me quedé tieso como una estatua y gozando de vuestra belleza durante un rato, hasta que luego dejasteis el balcón, cerrasteis las ventanas y desaparecisteis. ¡Ah, señora mía, nunca me cansaré de alabar tanta gracia y hermosura!

Como os podréis figurar, después de aquello regresé hacia el edificio cual si estuviera envuelto en un sueño. Os parecerá cosa de chiste, pero iba andando como un niño al que han regalado una peonza nueva. ¡Si hasta creía oír música de laúdes y guitarras mientras caminaba por la calle! Pensaba una y otra vez en cuánto daría yo por poder veros con más frecuencia, tan sólo veros, no pido nada más, que no otra cosa puede hacer este pobre y humilde carcelero con dama tan augusta como vos. Ya bien dicen que cada oveja con su pareja, que es malo pretender lo ajeno, que cada uno a lo suyo y todos esos refranes que inventan las gentes para poner a raya a quien se sale del camino. Pero aunque sea yo el hombre más indigno que haya para vos, nada quiero en este mundo sino poder hartarme de miraros.

Quizás os hayáis preguntado ya si vuestro Felipe ha gozado de amores con alguna dama, quiero decir, si ya ha tenido alguno de esos lances amorosos que dejan huella en el alma y demora uno muchos años en reponerse. Pues la verdad es que sí, aunque de ello ha pasado tanto tiempo que apenas lo recuerdo. Adivino que también os gustaría saberlo, ¿no es así? Pues bien, dejadme contaros entonces, aunque no deberéis esperar mucho festejo, ni anillo, ni petición de mano, que lo mío debió de ser más chaladura que otra cosa.

Si la memoria no me falla creo que debía de andar yo por mis veinte años, y hasta entonces ni siquiera había pensado muy seriamente en tener mujer, que ya bien dicen aquello de que el buey solo bien se lame. Pero en cierta ocasión conocí a una moza del pueblo que me robó el corazón y me tuvo prendado por largo tiempo. Recuerdo que al verla por vez primera sentí tales ardores en la sangre que estuve a punto de perder la cabeza. Ella solía andar de zarandeos por la feria, meneando las caderas como una bailarina mora, y lo hacía con tal gracejo que daban ganas de echársele

encima y comérsela a besos. Por desgracia, no era yo el único mozo a quien le arrancaba suspiros. La verdad es que era tan bonita que no había un solo árbol en todo el pueblo que no tuviera su nombre grabado a cuchillo sobre la corteza seguido luego del de algún otro muchacho que la pretendía.

Pues bien, recuerdo que durante semanas y semanas la seguí de su casa a la feria y de la feria a su casa, siempre tratando de cortejarla de mil maneras: que una florecilla por aquí, que un galanteo por allá, que hoy un cumplido, que mañana un piropo, que pasado algún pequeño rosario que había manoteado entre las ropas de algún fraile, y todas esas cosillas que son del agrado de las mujeres. Tendríais que haber visto a vuestro Felipe haciendo de donjuán por las calles del pueblo. El caso es que no sé yo por cuenta de qué vino a fijarse en mí, pero quiso la fortuna que después de tanto revoloteo al fin lograra ganarle el corazón y viniera a dar en amoríos con ella.

Así estuvimos durante casi un año, viéndonos un día sí y otro también, aunque siempre con el debido cuidado, pues el padre de ella era hombre sañudo y tenía fama de tener malas pulgas. Sin embargo, la dicha del pobre no dura gran cosa, de modo que el asunto acabó de un día para el otro. Cierta noche habíamos ido a dar un paseo y de regreso yo la había acompañado hasta su casa. Allí nos quedamos un momento, demorándonos bajo el quicio de la puerta y haciendo cosas de enamorados, ya sabéis, besuqueos, caricias, arrumacos y otros asuntillos que más vale pasar en silencio. Todo iba bien hasta entonces, pero quiso la mala fortuna que justo en ese momento llegara el padre a la casa, y por desgracia no venía solo, sino con un trabuco tan enorme que más parecía un cañón de artillería. No imagináis mi espanto al verlo con semejante armatoste colgando del hombro. Yo a esas alturas estaba a medio desnudar y enredado en brazos de la muchacha, pero antes de que el hombre dijera esta boca es mía quité mis manos de la moza, cogí mis calzones al vuelo y salí disparado tan rápido que ni un galgo me habría dado caza. Corrí como liebre durante varias calles, sin saber hacia dónde estaba yendo, basta que se me acabó el resuello y caí junto a una zanja hecho un estropajo.

No sé bien lo que pasó después, pero el hecho es que nunca más volví a tener noticia alguna de la muchacha. Si acaso de vez en cuando me daba por soñar con ella, pero en medio del sueño se me colaba el padre, me ponía el trabuco entre ceja y ceja y me hacía despertar de un salto.

Y aquello fue todo en cuanto a amoríos. Bien poco, ¿no es verdad? Sin embargo, vuestro Felipe también ha tenido algunas otras cosillas un tanto más indecentes, como el visitar algún que otro burdel de cuando en cuando. Por cierto, aunque suene algo desvergonzado, quien diga que nunca ha ido es un mentiroso, pues allí va uno a holgarse cuando hay necesidad, que es casi siempre. Con todo, os diré que nunca he salido bien librado de esa clase de sitios. Es sabido que todas esas mujerzuelas van al bolsillo como el ratón al queso, y que a cambio de sus favores le sacan a uno hasta lo que no tiene. Pero además, a cuál más fea y apestosa que la otra. Yo recuerdo cierta

vez en que, apretado por el vicio, me metí en un burdel que regenteaba una matrona más gorda que un barril, toda llena de baratijas y chucherías que le cubrían el talle. Me habían dicho que tenía a las mejores mozas de la ciudad y que no cobraba muy caro. Pero a decir verdad, ni una cosa ni la otra eran ciertas. No bien entré la gorda me hizo pagar por adelantado, y bien alto que era el precio, por no decir que me salió por un ojo de la cara. Y en cuanto a las mujeres, vaya a saber Dios a quién le habrán parecido bonitas, pues a fe mía que todas eran tan espantosas que ni un ciego habría sabido a cuál escoger. Sin embargo, ya sabéis cómo es la carne, que cuando hay necesidad hasta un adefesio parece una princesa. Además, yo había pagado por adelantado, y la gorda no se veía muy dispuesta a devolver ni una moneda. Así que cerré el pico, escogí a la que me pareció la más agraciada de todas, y me dejé llevar hacia un establo cercano. Allí nos echamos sobre un colchón de paja que olía a bosta de caballo y empezamos con el asunto.

—Oye —le dije en un momento—, ¿es que no podemos hacerlo en un sitio menos apestoso?

—Es lo que hay —dijo la moza.

—Pues entonces échate un cubo de agua encima, mujer, porque la verdad es que entre tú y ese colchón ya se me han cerrado las narices.

Aquella noche el asunto llegó a buen puerto a pesar de todo. Pero he de confesaros que la cosa no me dejó bien parado, pues a la mañana siguiente de holgarme con aquella muchacha, amanecí con tal inflamación allí donde ya sabéis que juré no pisar más aquel inmundo lugar. No imagináis cómo estaba vuestro pobre Felipillo. Tenía todo en carne viva, rojo como cresta de gallo, y de a ratos me venía una tal picazón que parecía cosa del demonio. Por fortuna el asunto no pasó a mayores, pero durante unos días me sentí desgraciado, pues con aquello del mal francés que se les pega a algunos y los liquida sin remedio ya me había asustado hasta los huesos.

No me preguntéis por qué diablos os cuento estas intimidades, que al fin y al cabo son cosas de hombres de las que una dama no tiene por qué enterarse. Pero en fin, ya todo aquello ha pasado y ahora sois vos quien da vueltas en mi cabeza. Si queréis saber la verdad, a cada rato cierro los ojos y no puedo evitar el pensar en vuestra figura y en vuestra belleza. Me pregunto en dónde os hallaréis en este momento, si estaréis sola o en compañía de alguien, quizá de algún afortunado caballero que ha ganado vuestros favores y os tiene entre sus brazos. También suelo imaginaros en alguna gran fiesta de esas que celebran las gentes de fortuna. De seguro os invitarán a muchas, ¿no es verdad? Imagino que tendréis un sinfín de amigos entre la nobleza de España: príncipes, condes, marqueses, hijosdalgo, todos ellos de alto copete y mucho dinero, títulos, coches lujosos, algún castillo en el campo. Estoy seguro de que más de uno daría la vida gustoso por gozar de vuestros encantos.

Y en cuanto a vos, ¿acaso tenéis preferencia por alguno? ¡Oh, disculpad mi insolencia, que esas cosas no se preguntan a una dama! Hacedos la cuenta de que no

habéis leído nada, señora mía. Pero al menos dejadme deciros algo, si es que aceptáis un pequeño consejo de vuestro humilde y sencillo Felipe: desconfiad de todos esos nobles moscardones que de seguro os andarán rondando. Vaya a saber Dios qué picardías y canalladas se traerán bajo la capa, pues la mayoría de ellos no son sino gentes presumidas y arrogantes, llenas de titulachos y con tantos medallones en el pecho que ya ni tienen sitio para el corazón. De seguro siempre los veréis de punta en blanco, rodeados de un ejército de criados y haciendo ostentación de sus bienes. Pero todo lo han hecho a costa del pueblo. Para ellos es toda la hacienda de España y al pobre que lo parta un rayo. Y fijaos si no: todo el día andan viviendo como reyes, que un traje nuevo el día de hoy, que una hermosa joya mañana, que vajilla de oro pasado, y mientras tanto el vulgo anda siempre con los mismos trapos y tan mísero está que ni para remendarlos tiene.

No, mi señora, todas esas gentes no tienen corazón. ¿No dicen por ahí que quien propias necesidades no tiene, mal se acuerda de las ajenas? Y a fe mía que es bien cierto. A ellos les sobran las riquezas, pero hacen como esos campesinos que ponen un espantajo en los cultivos para que las aves no se acerquen. Todo lo quieren para sí como el perro del hortelano. Además, muchos de ellos son gentes crueles y aprovechadas. Se sirven de lo que necesitan y luego lo desprecian, como aquel cuento del pasajero que, hallándose su barco en medio de una tormenta y mandando el capitán que se arrojaran las cosas más inútiles, cogió a su esposa y sin decir agua va la tiró al mar.

Esas gentes nunca os amarán de verdad, que todo en ellos es engaño y apariencia. En cambio vuestro Felipe andará siempre desaliñado, hablará mal, tendrá los modales de un puerco y nunca podrá cortejaros como se debe ni brindaros grandes lujos. Pero si algo tiene de bueno es que os ama de verdad, con el alma y con la sangre.

Y ahora me despido de vos, que ya bastantes tonterías habéis tenido que escuchar de mí. Dormid en paz, señora mía, y hasta la próxima.

CAPÍTULO 8



¡Válgame Dios con estos moros, mi buena señora! Hace ya tiempo que los han echado de estas tierras y aun así aparecen como hormigas. Se diría que ni a palos puede uno sacárselos de encima. Hace poco me decía fray Hernando que en algunos pueblos de España hay tanto moro que ya son como una plaga. Cierto es que la mayoría de ellos están bautizados en la fe de Cristo y viven como cualquier hijo de vecino. Pero aún hay muchos que siguen emperrados con sus creencias, con ese tal Mahoma al que adoran hasta en sueños, y no hay manera de hacerlos mudar de idea. Claro está que todo lo hacen a escondidas, por supuesto, pero quien tiene buen ojo los descubre enseguida. A mí, el propio fray Hernando me ha enseñado algunas cosillas que sirven para reconocerlos: basta con verles comer tocino, saber si se lavan la boca después de cada comida, si entierran a sus difuntos amortajándolos con lienzo y otras muchas costumbres que les vienen de sus antepasados allá en el desierto.

Como os decía, hace tiempo que el Santo Oficio los persigue con gran celo, y cada tanto logra encerrar a unos cuantos aquí abajo, pero según parece, en esto de apretarle las clavijas a la morería las cosas se han puesto más que turbias.

Y para muestra basta un botón. Quizá ya os habréis enterado por otras lenguas, pero hace unos pocos días ocurrió una desgracia aquí en la ciudad, cuando un alguacil y un comisario de la Inquisición salieron a echarle el guante a cierta morita que vivía en el centro. Según tengo entendido sabían de ella por boca de un novio con quien había reñido unos días atrás, y como el fulano era cristiano y se había quedado con la sangre en el ojo, no tuvo mejor ocurrencia que delatarla al Santo Oficio. La cuestión

es que el alguacil y el comisario salieron desde aquí, del edificio, a cazarla por sorpresa, ¿y a que no sabéis lo que terminó ocurriendo? Pues el cuento del cazador cazado. Al principio iba todo de maravilla: entraron en la casa de noche, cogieron a la morita de un brazo y se la llevaron a la rastra encadenada como un animal. Pero al verse en ese trance la moza empezó a dar tantos gritos y berrinches que alarmó a la manzana entera. En un abrir y cerrar de ojos apareció un tropel de moros, y al ver a la muchacha entre cadenas formaron un cerco y se pusieron a aullar como fieras. Como imaginaréis, el alguacil y el comisario soltaron a la moza y salieron a todo correr. Pero no vayáis a creer que los moros se quedaron de brazos cruzados. Presto se lanzaron tras ellos, los persiguieron dos o tres manzanas y al fin los atraparon en un callejón sin salida. Hubo juramentos y palabrotas, el diablo metió la cola y al rato se armó gresca bien reñida y de mucho alboroto. En un momento el alguacil y el comisario lograron guarecerse bajo el tejadillo de una casa, pero entonces los otros empezaron a arrojarles piedras y a mentarles a las madres con insultos bien subidos de tono. La cosa duró un buen rato hasta que, guijarro va, guijarro viene, el alguacil recibió un cascotazo en la mollera y quedó seco en el suelo. Aprovechando un descuido el comisario salió volando como alma que lleva el diablo y de milagro alcanzó a meterse en casa de un vecino. Allí el pobre se zambulló bajo una cama y se pasó toda la noche sin decir esta boca es mía. En cuanto amaneció, cuando ya no hubo peligro, salió de debajo del catre como una oveja mansa y regresó hasta aquí a informar del asunto. Yo lo vi cuando entraba al edificio, y os puedo asegurar que parecía un fantasma de lo blanco que estaba. En cuanto al pobre alguacil, lo recogieron por la tarde, cuando ya el cuerpo estaba tieso y le volaban las moscas alrededor.

Así están las cosas, mi buena señora. Por desgracia esta clase de entuertos se ha vuelto moneda corriente en estos días. Parece ser que a la morisma no le ha gustado lo de convertirse a la fe del Cristo por la fuerza. A decir verdad, yo entiendo que a nadie le apetezca mudar de religión porque lo mandan las leyes, pero se me antoja que estos moros son peores que cualquiera. Si queréis saber mi opinión, me figuro que ha de ser cosa de la raza, pues andar todo el día en el desierto acaba por templar a cualquiera y lo vuelve más porfiado que una mula. Y si no fijaos en los que se convierten, que a mi juicio no lo hacen más que por pura conveniencia y para zafarse del castigo, pero en el fondo a ese Mahoma no lo abandonan nunca por más que se digan cristianos.

A veces hasta se valen de ciertas astucias para desafiar a la doctrina del Cristo. He oído de algunas mujeres que llevan a sus críos de pecho a la iglesia, y mientras todo el mundo oye la misa, las muy ladinas los pellizcan disimuladamente para que lloren y distraigan a los fieles. Pero eso no es nada en comparación a cosas peores. Según he escuchado por ahí, algunos de los más levantiscos ya han empezado a armar pandillas que salen de noche, apedrean ventanas y echan maldiciones a los vecinos. Lo de las ventanas vaya y pase, que un vidrio roto no es gran cosa a fin de cuentas, pero eso de

las maldiciones ha puesto a temblar a más de uno, pues ya sabéis lo que dice el refrán: maldición mora, se cumple mañana o se cumple ahora.

Fray Hernando me ha confesado que está algo inquieto por lo que pueda ocurrir en estos días, pues teme que haya líos y algaradas en toda la ciudad. No sé si estabais enterada, pero en ciertos barrios hay hasta treinta moros por cada cristiano, y quiérase o no eso pone las cosas a punto de hervor. Por eso, me ha dicho el fraile que en estos días el Santo Oficio se ha puesto en campaña para cristianar moros a como dé lugar. Si andáis por las calles, aunque dudo que os adentréis en barrios de la morería, seguramente veréis legiones de frailes que andan todo el día rescatando moros para la fe cristiana. ¿Nunca os habéis cruzado con algunos de ellos? Pues andan como moscas entre la mermelada. Mañana y noche se las pasan tratando de hacer entrar en razón a los moros, dale que dale con sus prédicas y sermones y hablándoles de las conveniencias de pasarse al cristianismo por las buenas. Dicen que a algunos moros se les infla tanto el seso que acaban por convertirse de puro empacho y por no seguir oyendo tanto palabrerío. Otros son más remolones y por un tiempo nadan entre dos aguas, pero al fin terminan por dejarse bautizar, pues el Santo Oficio suele echar mano de algunas tretas para convencerlos. ¿Queréis saber cuáles? Pues muy sencillo: busca a los más sabios y a los más preparados de todos, les regala alimentos, vestidos y dinero, y así les gana el alma por el lado del bolsillo. Y por cierto, tras aquéllos viene el resto del pueblo, que ya se sabe que el vulgo es tornadizo y basta una golosina para hacerlo cambiar de idea.

Sin embargo, algunos se resisten más de la cuenta y no hay gracia ni cortesía que valga. A éstos, mi señora, el Santo Oficio los manda enjaular más rápido que ligero, y si aun de ese modo no reniegan de sus creencias, les envía una cuadrilla de frailes a los calabozos a meterles el catecismo como sea. Aquí se ven muchos de esos frailucos de vez en cuando. Suelen llegar bien temprano por la mañana, se meten en los calabozos y allí se pasan horas y horas hablando sobre los beneficios de hacerse cristiano. La mayoría se marchan en cuanto anochece, y si no ha habido buena cosecha regresan al día siguiente y otra vez la misma cantinela, hasta que llega un momento en que al moro le estalla la cabeza y pide bautizarse a gritos. Y si aun de ese modo no se consiguen resultados, algunas veces me llaman a mí, pues la verdad es que en ciertos casos una buena zurra ayuda a la conversión. El caso es que al fin los pobres moros salen de la cárcel hechos unos santos, bautizados con todas las de la ley y recitando los salmos como un sacristán.

Pero también es cierto que de cuando en cuando a los frailucos les sale el tiro por la culata, pues no es raro que durante las charlas, mientras hablan de cuestiones de teología y esas cosas, algún moro medio avispado les haga alguna pregunta y los ponga en apuros. Sin ir más lejos, no hace mucho tiempo uno de estos curitas se las vio negras con un moro que está encerrado aquí abajo. Había estado tratando de cristianarlo a puro sermón, hablándole de la hostia y de todo lo que significa, hasta que el otro, que era un tanto pillo y tenía algo de sal en la mollera, lo paró en seco y

le preguntó:

—Pero dime, si la hostia es el cuerpo de Cristo, ¿no temes estar comiéndote a un hombre cuando te la tragas, como se dice que hacen esos salvajes de las Indias que se comen entre ellos?

El pobre frailecillo no era de mucho genio, de modo que se vio cogido por sorpresa y no supo qué cuernos responder. Presto dejó el calabozo lleno de vergüenza y fue por uno de esos doctores que saben de teologías. Cuando por fin lo trajo consigo, miró al reo y le dijo:

—Oye, eso que tú me dijiste, ahora pregúntaselo a él.

El moro no se hizo rogar ni un segundo, pero esta vez enredó aún más el asunto. Miró al teólogo con cara de bobo y sin decir «agua va» le preguntó:

—Decidme, vuesa merced, si es verdad que la hostia es el cuerpo de Cristo, ¿adónde va a parar una vez que la tragáis? Digo, pues todo lo que entra por la boca sale por el ano. ¿O es que vosotros los cristianos no cagáis después de comer?

No sé yo qué demonios respondió el teólogo a semejante cuestión, pero lo cierto es que esa misma tarde el moro se llevó una tal lluvia de coscorrones que jamás volvió a preguntar nada.

Y ahora dejadme daros mi humilde opinión acerca de todo esto. Sé que vuestro Felipe no es quién para meterse en esta clase de asuntos, pero aun así os diré que, a mi juicio, en esto de cristianar moros la Inquisición anda por mal camino. Va de suyo que el moro es terco y mañoso, y que nunca se irá a convertir así porque sí. Pero el hacerle mudar de religión a la fuerza, o a cambio de limosnas, no se me antoja el mejor remedio. Que yo sepa, nadie tuerce el alma de otro con darle unas cuantas monedas o propinarle una buena zurra. Si la mayoría de los moros acaban por convertirse, será por propia conveniencia o por librarse de alguna paliza, pero en el fondo seguirán creyendo en lo suyo hasta el último día de su vida. Sin embargo, lo peor del caso es que los propios inquisidores lo saben. Quien estudia para ese oficio un punto ha de saber más que el diablo, que no en vano hay que leer tanto libro y pelarse las cejas no sé cuántos años. Por eso yo no entiendo a cuento de qué hacen la vista gorda en estas cuestiones, si hasta un mozo de mulas sabe que el moro nunca dejará de ser moro ni de venerar a su Mahoma. Pero vaya uno a saber cómo son las cosas en esta España: al parecer, antes que un moro de buena fe, el Santo Oficio prefiere a un cristiano hecho a la fuerza.

Y ya que de moros va la cosa, dejadme que os cuente de uno que nos tuvo a maltraer durante varios meses, pues era un hueso tan duro de roer que los inquisidores no hallaban forma de convertirlo. Tan testarudo era que hasta el propio fray Gregorio, que es paciente y benigno con la mayoría de los reos, acabó por desesperarse.

El moro en cuestión se apellidaba Zegrí, y venía de una de esas familias de sangre real entre las gentes de ese pueblo. Cuando lo encerraron aquí fray Gregorio se valió de mil estrategias para convencerlo. Recuerdo que iba especialmente a su celda y le

hablaba con gran dulzura, le prometía clemencia y trataba de ser amable hasta el cansancio, pues le interesaba mucho ganar un alma como la suya. Sin embargo, no parecía haber caso. Ni con celda ni sermón quería convertirse. Tan peliagudo fue el asunto que un día fray Gregorio se hartó del moro, lo puso bajo mi cargo y me rogó que le apretara el gaznate.

—Mira lo que puedes hacer, Felipillo —me dijo—. Si éste no quiere convertirse por las buenas, entonces habrá que meterle el catecismo a palazos.

Ya sabéis que no me gusta el andar zurrando a los prisioneros, pero el oficio es el oficio y a veces no hay más remedio. El caso es que esa misma tarde me metí en el calabozo del moro y lo cogí por las mechas, le di algunos bofetones, y por fin lo puse a pan y agua durante algunos días. En las noches lo hacía dormir en suelo de ladrillos mojados y cada tanto le volvía a dar alguna azotaina. Pero ni aun así logré que mudara de opinión. El muy ladino rezongaba y decía que un moro de su linaje nunca traicionaría a su religión y que antes de hacerse cristiano prefería irse al otro mundo.

Entonces probé con otra medicina. No es por alardear, pero vuestro Felipe tiene ya muchos años de oficio y conoce bien a esta clase de bravucones. Al principio la mayoría se hacen los gallitos y ninguno da el brazo a torcer, pero aquí en estos sótanos hay un aparatejo que le quita el plumerío hasta al más pintado. Me refiero al potro de tormento. Creo que ya os he hablado de él, ¿no es así? Pues a decir verdad no hay quien aguante más de tres o cuatro vueltas de cuerda, que hasta un mudo se pondría a chillar. Sólo es cuestión de manejarlo con destreza, pues como dice aquel refrán de los viñateros, hay que saber apretar el torno para sacar el mosto.

Pues bien, la cuestión es que una mañana recosté al moro sobre la mesa del potro, le di unas cuantas vueltas de soga y al poco rato se le bajaron los humos de la cabeza. Tendríais que haberlo visto en ese momento: gemía y suspiraba como una beata durante el sermón de Cuaresma. Al final de la tercera vuelta me pidió a gritos que lo sacara de allí y lo llevara ante fray Gregorio. Yo solté la manivela de inmediato y aflojé el rodillo, pero mientras le quitaba las sogas el muy sinvergüenza trató de embaucarme con sus cuentos.

—Oye —me dijo sin que se le moviera un pelo de la cara—, ¿no te gustaría ser dueño del mundo, hacer tu voluntad y conocer todos los secretos que tú quieras?

Yo al cabo me malicié que se traía algo raro bajo la manga, pero como soy algo curioso le seguí la corriente.

—¿De qué hablas? —pregunté.

El moro se me arrimó a la oreja, y como si murmurara un secreto me dijo:

—Tú sólo déjame salir de aquí, y yo te revelaré cómo puedes hacerlo.

¡Caray, señora mía, el muy bribón estaba tratando de hacerme tragar el anzuelo! Bien es cierto que yo soy de natural pacífico y no me gusta andar jugando de manos, pero cuando alguien me quiere tomar el pelo, ¡ay!, que se me suben los humos y no respondo de mí. Así que de buenas a primeras lo miré a los ojos y le solté un cachetazo que le dejó temblando hasta el ánima. Después lo miré una vez más y le

dije:

—Oye, moro cabrón, si son ciertas tus mañas y tus poderes, ¿por qué no te libras tú mismo de esta jaula?

El Zegrí no supo qué más decir, y con la lengua afuera me pidió disculpas y me rogó que lo llevara ante fray Gregorio.

—¿Te irás a bautizar de una vez? —le pregunté.

—Tú sólo llévame con él —dijo el Zegrí.

Entonces me apresuré a quitarle las últimas sogas, dejamos la sala de tormento y subimos al primer piso. Al entrar al cuarto de fray Gregorio el moro se transformó en un cordero. Sin decir una palabra se echó a los pies del fraile y se puso a llorar como una marrana. Estuvo casi un cuarto de hora chillando a lágrima viva. Cuando al fin se repuso, fray Gregorio le preguntó si por ventura había mudado de opinión. ¿Y sabéis lo que le respondió el muy farsante? Pues que sí, que ahora había visto la luz verdadera, pues estando amarrado al potro de tormento se le había aparecido el mismísimo Alá y le había ordenado hacerse del Cristo.

¡Cielo Santo, mi señora! Ya sabéis que cada cual pinta las cosas a su gusto y habla de la feria tal como le fue en ella. Pero a este moro se le había ido la mano con el embuste. Fray Gregorio lo miró con el rabillo del ojo y arrugó la nariz. Bien se olía la patraña de principio a fin, y yo pensé que lo iría a regañar por ello, o que al menos lo mandaría con la música a otra parte. Pero al parecer ese día andaba bueno y sin ganas de hacer barullo. Entonces lo hizo poner de pie, le echó unas cuantas gotas de agua bendita en la cabeza, lo bautizó en la fe del Cristo y lo dejó marcharse del edificio. Y allá se fue el otro muy campante, libre de la jaula y relamiéndose de alegría.

Y ahora os lo vuelvo a preguntar una vez más: ¿qué demonios gana el Santo Oficio con todo esto? Se cae de maduro que el Zegrí habrá ido hasta su casa, allá se habrá lavado todo el pellejo para quitarse el agua bendita, ¡y al diablo con la fe del Cristo! De seguro en público se dirá cristiano, pero a escondidas volverá con su Mahoma y que me pillen si son magos. Y creedme que no es el único caso. Lo mismo ocurre con judíos y luteranos. El Santo Oficio los mete aquí abajo y les hace cambiar de religión a la fuerza. Pero una vez fuera mudan la piel como las víboras y vuelven a lo suyo.

Pero en fin, ya sabrán lo que hacen los inquisidores, y más vale que vuestro Felipe no se meta en ello, que ya bastante tiene con su oficio. Y ahora tengo que dejaros, señora mía, pues está por ponerse a llover y debo quitar unas ropas que dejé colgadas para secarse. En cuanto pueda os volveré a escribir, aunque acaso tarde un poco, pues hay mucho trabajo aquí por estos días, y cuando llega la noche me siento tan rendido que ni puedo sostener la pluma siquiera. Os deseo un buen día, y hasta la próxima.

CAPÍTULO 9



— Y bien, señora mía, aquí está vuestro amigo Felipe una vez más, encerrado en su cuarto y tratando de componérselas en esto de hacer versos. Hace unas pocas horas he estado en el calabozo del judío Martín, y entre charla y charla me ha dado las primeras lecciones.

Os confieso que todo este asunto no me ha resultado tan sencillo como creía. Ahora mismo llevo unas cuantas horas empeñado en escribir alguna cosilla, y en verdad no he hecho más que enredarme en un berenjenal de palabras. Por momentos me bulle el seso de tanto pensar en esto. Por si no lo sabíais, la cosa tiene sus vueltas, y más aún para vuestro pobre Felipe, que es hombre de pocas luces y apenas entiende la mitad de lo que le dicen. Pero el tal Martín me ha aconsejado tener mucha paciencia y nada de prisa. Él mismo se ha mostrado muy compasivo conmigo y no ha tratado de apresurar los pasos. Por el contrario, tendríais que ver la gracia y las buenas maneras que tiene para enseñarme. Ciertamente es que a veces se encoleriza un poco a causa de mi tozudez. Por ejemplo, cuando algo no me entra en la mollera el pobre se irrita como un chivo, se muerde la lengua, dice que no se puede sacar aceite de las piedras y que acaso un borrico aprendería las lecciones mejor que yo. Pero luego se le pasa el berrinche y sigue adelante, pues se ha jurado enseñarme aunque en ello pierda hasta el último pelo de su cabeza. Además, si me permitís revelaros un secreto, creo que se siente muy solo y precisa de alguien con quien hablar. Tiene esa enfermedad de los que no consiguen dormir por las noches —me ha dicho su nombre pero no consigo recordarlo—, y por eso mi compañía le viene de perillas durante esas

horas.

Como os decía, hace un rato he ido a su calabozo a tomar mi primera lección. Antes me detuve un momento en la cocina, calenté un poco de leche y se la llevé a su celda para aliviarle las tripas. El pobre Martín cogió el tazón y lo bebió casi de un sorbo, pues en los últimos días ha estado muerto de frío a causa de un mal que lo tiene tiritando de la mañana a la noche. Luego, ya más templado y tranquilo, se envolvió en una manta hasta la cabeza y me dijo:

—El arte de la poesía, mi querido Felipe, es un arte de inspiración e imitación.

—Pues ya comenzamos mal —murmuré entre dientes—. ¿Qué diablos quiere decir eso?

—Calma, hombre, calma —susurró el judío—. Tú sólo presta atención y verás cómo de a poco irás comprendiendo.

—Y tú háblame en cristiano, que no soy yo bachiller de Salamanca.

Martín soltó una pequeña sonrisa y dijo:

—Vale, te ruego que me disculpes. Y ahora vamos de una vez con este asunto. En primer lugar, hablemos de la inspiración. Para ser honesto contigo, te diré que en realidad es un concepto algo difícil de explicar con palabras. Sin embargo, si quieres hacerte una idea más o menos sencilla de lo que significa, hazte la cuenta de que es como una especie de cosquilleo. Déjame ven cuando tú tienes hambre y de pronto ves algo sabroso, pongamos por caso un buen guiso, o quizás una pierna de cordero, ¿no sientes una suerte de hormigueo en el estómago?

—Por cierto que sí —contesté.

—Muy bien. La inspiración es algo semejante a ese cosquilleo, aunque no se siente en el estómago sino en el espíritu. Cuando el poeta o el artista ven algo que los maravilla, o algo que los angustia, o tal vez algo que los emociona, sienten esa especie de picazón en el espíritu y de repente les vienen ganas de componer versos, o de pintar, o de hacer música según sea el caso. Por esa razón, lo primero que tú necesitas es algo que te inspire, que te impulse a escribir tus versos.

—¿Algo como qué?

El judío se rascó la barbilla, pensó un momento y luego dijo:

—Mira, desde que el mundo es mundo no ha habido nada más inspirador que una bella mujer. Todos los grandes poetas han tenido alguna. Dante tuvo a Beatriz y Petrarca tuvo a Laura. No importa que luego escribieran sobre la guerra, sobre la primavera o sobre el infierno. En el fondo, siempre le han escrito a esa mujer y estimulados por ella. ¿Tú tienes alguna?

Por supuesto, mi buena señora, en ese preciso momento no pude más que pensar en vos. ¿Quién otra podría despertarme ese cosquilleo del que hablaba el judío? ¿Quién sino vos, que me hacéis temblar hasta el ánima cuando os recuerdo?

—Por cierto que conozco a una —dije entusiasmado—. Y te puedo asegurar que es la más hermosa de todas las mujeres del mundo.

—¡Caramba! —exclamó el judío sorprendido—. Pues me alegro mucho y

enhorabuena para ti. Entonces podría decirse que con eso ya tienes un buen incentivo para empezar a escribir, pues si tanto te gusta y es tan bella como parece, de seguro estimulará tus sentidos y avivará tu genio. Ni una palabra más, mi querido Felipe: escribirás sobre ella y para ella. Como decían los griegos, esa mujer será tu musa inspiradora.

—¿Los griegos? ¿Y qué saben ellos de estas cosas? Yo conocí a un griego una vez, y por cierto que era bastante bruto.

El judío dejó escapar una sonrisa.

—No, hombre, no. Yo hablo de unos griegos que vivieron hace varios siglos. Eran hombres de muchísimo genio, y entre otras cosas pensaron bastante en la poesía y en cómo enseñar el arte de hacer versos. Por ejemplo, ahí tienes a uno de los más famosos de ellos, que se llamaba Platón. Él decía que la inspiración poética era de origen divino, es decir, que es el propio Dios quien nos la mete en el alma de una forma tan desconocida como misteriosa. Aristóteles, otro de esos griegos de que te hablaba, escribió que la inspiración es algo sumamente necesario para hacer poesía, aunque un buen poeta debe valerse de otras muchas cosas además de una musa que lo anime.

—¿Y ese Aristotes o Aristoles, tenía alguna mujer?

—Por cierto que sí —respondió Martín—. Sin embargo, fíjate qué cosa curiosa, él mismo jamás compuso ningún verso en toda su vida. Lo que sí hizo el bueno de Aristóteles fue estudiar concienzudamente los distintos géneros de poesía, las cualidades de cada uno y la manera más adecuada de disponer las palabras dentro de un poema. Dicho de otra forma, nos enseñó cuál es el mejor y más correcto modo de escribir en verso.

Os confieso que no entendí gran cosa de aquello, señora mía, pues ¿cómo diablos puede alguien enseñar a hacer versos cuando él mismo nunca ha escrito uno en toda su vida? No diréis que no suena extraño, ¿verdad? ¿Podría vuestro Felipe acaso enseñar su oficio a otro sin haberlo practicado? ¿Cómo demonios, por ejemplo, adiestrar a un mozo en el manejo del potro, si uno jamás lo ha tenido entre sus manos? Hay cosas que requieren de gran práctica y destreza, y eso únicamente lo tiene quien ha puesto las manos en ello y sabe de qué se trata. No digo yo que los médicos deban sufrir enfermedades en carne propia para saber cómo curarlas, pero el que enseña un oficio tiene que ser ducho en él, pues de lo contrario no hará más que decir puras tonterías. Por eso, a mí me da que ese Aristotes no hacía otra cosa más que engatusar a las gentes. Pero en fin, vuestro Felipe no es quien para hablar mal de esos griegos que, según me dijo el judío Martín, eran gentes de muchas entendederas y se pasaban todo el día pensando.

—Sea como fuere —continuó diciendo el judío—, lo importante no es sólo tener una musa inspiradora, sino también aprender a escribir como se debe. Como te imaginarás, no se trata de coger una pluma y hacer lo que a uno le venga en gana. Todo verso, mi querido Felipe, además de ser bello y elegante, necesita tener un

cierto ritmo y una armonía propios que se aprenden con el estudio y el ejercicio. Por ejemplo, hagamos de cuenta que quieres escribir algo acerca de una mujer. La tienes frente a ti, la estás viendo y su imagen te hace estremecer de la emoción. ¿Qué es lo que más te gusta de ella?

—Pues, todo.

—Sí, lo sé, pero escoge una parte de su figura, la que más te llame la atención.

Yo pensé un momento y luego, con algo de timidez, pregunté:

—¿Los pechos?

—Muy bien, los pechos —consintió el judío—. Ahora veamos, ¿cómo le dirías a una mujer que sus pechos son hermosos?

—¡Pues que sus pechos son hermosos! ¿Qué tal?

—No, no —rió Martín—. Debes decirlo de otro modo. La cuestión es tratar de hacerlo con un poco más de imaginación. Piensa en lo que sientes al ver esos pechos hermosos.

—Hombre, en verdad siento un calorillo aquí abajo...

—Está bien, está bien. Pero ahora debes tratar de poner esa sensación en palabras, y procura ser lo más elegante posible al hacerlo. Recuerda que un verso, ante todo, debe tener buen gusto y refinamiento. Pero vayamos por partes. En primer lugar, piensa en algo con qué comparar sus pechos, algo que te salga del corazón.

Aunque me avergüence decirlo, mi buena señora, os juro que en ese momento sólo atiné a pensar en melones y calabazas. ¿Qué otra cosa si no? Perdonadme que entre en cuestiones un tanto subidas de tono, pero si queréis saber la verdad, de cuantos hombres conozco la mayoría prefiere a la mujer carnosa y con buenos pechos. No sé de nadie que guste de las muy flacas y espigadas, esas que son puro hueso y tienen tetillas de niña que más parecen guisantes. Para mí, cuanto más abultado el escote mejor, que ya bien dicen que al niño de pecho no debe faltarle la comida. Por tales motivos, aunque mi cabeza se retorció buscando otras cosas, yo sólo acertaba a pensar en melones y calabazas. Cuando se lo dije al judío éste me respondió:

—¡Pero no, hombre, debes usar más la fantasía! Fíjate en esto: el sabio griego Empédocles, por ejemplo, gustaba decir que la tarde era «la vejez del día» y, asimismo, hablaba de la propia vejez como «el atardecer de la vida». ¿Lo entiendes? Son formas distintas de referirse a alguna cosa, a condición de que guarden cierta belleza. Y si quieres otro ejemplo, aunque éste es un tanto más complejo, fíjate en esto: no hay una palabra que designe la acción del sol al derramar su luz sobre la tierra; sin embargo, a la acción de echar el grano se le llama «sembrar». Y entonces, ¿qué te parece si unimos ambas cosas y decimos que, al derramar sus rayos, el sol «siembra» su luz sobre la tierra?

—Un momento, un momento —dije—, que ya el seso me da vueltas como un trompo. Estábamos hablando de pechos y ahora tú me sales con eso del sol y de los granos y no sé qué otras zarandajas...

—Es tan sólo un ejemplo, Felipe —dijo Martín—. Estoy tratando de explicarte que hay muchísimas formas diferentes de referirse a una misma cosa. Es sólo cuestión de aguzar un poco el ingenio. Acerca de los pechos de una mujer, pongamos por caso, podrías decir que son como «dos frutos misteriosos que se adivinan bajo la tela del vestido», o que semejan «dos capullos suaves como el pétalo de una flor», o que son «tersos, embriagantes, llenos de ambrosía...».

—¡Qué diablos! ¡Pero yo sólo pienso en melones y calabazas!

—Cálmate, hombre, cálmate —dijo Martín como atolondrado—. Comprendo lo que te ocurre, pero tienes que hacer un esfuerzo y pensar en algo más delicado y bello. Dime una cosa, esa buena mujer de la que me hablaste, ¿a qué se dedica? ¿Es una lavandera? ¿Una campesina? ¿Acaso una moza de burdel?

—¡Válgame Dios! ¡Nada de eso! Es una dama como nunca habrás visto en toda tu vida. Lleva siempre vestidos muy finos y muchas joyas y gran cantidad de adornos. Si quieres saber la verdad, a mí me da que es mujer de familia noble.

El judío me miró tan sorprendido que se le abrieron los ojos como a una lechuza.

—¿De familia noble? —preguntó asombrado—. Bueno, sea como fuere tú sabrás en qué lío te has metido. Pero entonces con más razón. ¿Tú piensas que a una dama como ella podrías decirle que sus pechos son como melones o calabazas?

Yo lo pensé un momento y dije:

—Mira, no quiero meter la pata otra vez, pero tú dijiste que pensara en algo que me saliera del corazón.

—¡Pues sí, pero tu corazón espantaría a una culebra! Ya te he dicho que debes tener más delicadeza. Recuerda que una dama de familia noble no es como una aldeana cualquiera. Debes tratarla con gran cuidado y educación, pues de lo contrario jamás te hará caso. Mira, a las mujeres hay que entrarles por el lado de la cortesía. Es cierto que si tú vas a un burdel en busca de una de esas barraganas de a dos reales la hora, no precisarás de buenas maneras ni nada que se le parezca, pues para ganar sus favores bastará con echarles algún dinero y a otra cosa. Pero con las mujeres refinadas la cuestión es bien diferente. Tú no puedes hablarles con rudeza ni comportarte como un patán. Debes cuidar tu lenguaje, tener un cierto donaire, guardar la compostura. Casualmente, ese Aristóteles del que te hablaba hace un momento decía que los hombres superiores tienden a imitar las acciones bellas, mientras que los hombres vulgares sólo saben de ruindades y bajezas. El verdadero artista, el poeta, el pintor, el músico, sólo busca lo más hermoso y sublime para que sea su modelo. Es por eso que nunca verás a un borrico imitar algo bello.

—Espera un poco —dije—. Entonces no tiene caso seguir adelante. Si de algo estoy seguro es que soy medio borrico.

El judío me miró de arriba abajo y vaciló un instante.

—¡Ay, mi buen Felipe! —suspiró—. Para ser sincero contigo, la verdad es que no has salido muy bien librado en la repartija. Pero si quieres un consejo, no tiene caso desanimarte por ello. Lo que hace que un hombre sea superior no son sus títulos, ni

su dinero, ni sus saberes y ciencias. En verdad, sólo el amor es lo que cuenta. Si una dama está contigo porque eres el príncipe de esto, el conde de aquello, o el marqués de no sé cuántos, ten por seguro que no te ama a ti sino a tus titulachos. Además, créeme, es difícil hallar hombres superiores entre la nobleza. Hay mucho necio inflado como un buey, pero si le quitas el cuero verás que no hay nada debajo. Te lo repito, sólo el amor hace superiores a los hombres.

—Pues de eso tengo de sobra —dije.

—No lo dudo, y me alegro por ello. Pero haz caso de lo que te digo: si quieres hacerte poeta deberás trabajar mucho, empeñarte lo más que puedas y gastar una pluma tras otra hasta que estés en condiciones.

—¿Tú crees que así me escuchará esa dama? Hasta ahora le he escrito varias cartas y nunca me ha respondido ni una palabra. Quizás no le caen en gracia. O tal vez no se da cuenta de cuánto la amo.

—Puede ser —dijo Martín acariciándose la barbilla—. Parece ser condición natural de algunas mujeres el desdeñar a quien las ama. Pero no te preocupes por ello. Aunque sí déjame hacerte una sugerencia: si quieres ganar el corazón de una dama, sea quien sea, no basta sólo con hacer buenos versos.

—¿Qué quieres decir?

—Que también debes mejorar algunas otras cosas. Por ejemplo: vístete mejor, pues con esas ropas que llevas no podrías enamorar ni a una burra. También arréglate esas barbas; a las damas no les agradan los hombres dejados. Ah, y tu boca huele un poco. Te recomiendo que vayas al boticario y le pidas algunas hierbas aromáticas.

—¿Tú crees que con eso será suficiente? Mira que aunque la mona se vista de seda...

—No te desalientes —me interrumpió el judío—. Cierto es que poco favor te ha hecho Natura con esa nariz y esa boca. Pero recuerda, la belleza no está sólo en un par de ojos bonitos, un buen cabello y los dientes sanos. Dicen los sabios que hay dos clases de hermosura: una que es del alma y otra que es del cuerpo. La del cuerpo es pasajera: puedes ser bello a los veinte años, pero a los cuarenta ya tu estómago es un barril, no tienes más cabello y pareces papel viejo de tan arrugado. En cambio, la belleza del alma perdura y puede crecer siempre si llevas una vida virtuosa. Está en el buen entendimiento, en el carácter, en la generosidad, en el sentido común, y te aseguro que todo ello puede tenerlo un hombre cualquiera por más feo que sea. Son esas virtudes las que enamoran a la mujer. Es posible que pueda sentirse atraída por un cuerpo bonito y un rostro de galán, pero eso es sólo materia de gusto y cambia con el tiempo. El verdadero amor, ese que dura toda la vida, se nutre de las cualidades del alma... Y ahora, si no te importa, me ha venido algo de sueño y quisiera echarme un rato. Mañana será un día bastante duro para mí.

—¿Vendrán los inquisidores?

—Así es.

—Pues espero que te sea leve. Buenas noches entonces.

—Buenas noches, Felipe, y gracias por la leche caliente.

Y aquello fue todo, señora mía. Dejé al judío Martín echado en su catre y regresé a mi cuarto a tratar de componer algún verso. Desde entonces estoy aquí, en este quebradero de cabeza que me tiene a maltraer. Os juro que no he vuelto a pensar en melones y calabazas, pero tampoco se me ha ocurrido nada nuevo. En fin, que ya bien dijo el judío que se precisa de mucho esfuerzo y paciencia. Pero os prometo que en cuanto me salga un verso os lo haré conocer, aunque, por supuesto, primero lo llevaré al judío para que le eche una mirada, que no es cuestión de pasar vergüenza por andarse con prisas. Os envío mis saludos y hasta la próxima.

CAPÍTULO 10



Señora mía:

Permitidme empezar esta carta con una humilde pregunta: ¿tenéis hijos acaso? Y si no es así, ¿habéis pensado alguna vez en tenerlos?

Pero calma, no os inquietéis, que vuestro Felipe no pretende ser indiscreto ni mucho menos. Si por ventura os he hecho esta pregunta es porque siempre me ha maravillado el coraje que ponéis vosotras las mujeres en eso de echar hijos al mundo. Va de suyo que el estar preñada será cosa de mucho empeño y paciencia, pero lo que en verdad asombra es la guapeza que ponéis durante el parto. Si Natura os ha hecho flojas y delicadas, a cambio os ha dado más agallas que a una fiera para soportar los suplicios del alumbramiento. Creedme, no imagina uno el mucho trastorno que debéis de padecer en esos días. Primero ese vientre inflado como globo al que debéis arrastrar de aquí para allá durante nueve largos meses. Luego los achaques y malestares que os trae la preñez: que se os hinchan las piernas, que un día tenéis calores, que al otro os cogen las fiebres, que un tercero estáis llena de antojos. Y después de todo aquello viene lo más difícil: de pronto el niño quiere salir y empieza a revolver todo y a patear como una mula. Más tarde rompéis bolsas, comenzáis a empujar como locas mientras vuestro estómago se estira más y más, y sólo después de muchos trajines por fin lográis alumbrar a la criatura, un pequeño mazacote arrugado y lleno de sangre que de seguro os traerá dolores de cabeza durante toda la vida.

¡Por Dios, señora mía, que no quisiera yo estar en vuestro pellejo en esos días! No

en vano se dice aquello de sufrir como una parturienta, ¿verdad? Y por cierto, no hay comadrona que valga para ayudaros en semejantes cuestiones, pues aunque sea la más diestra del pueblo dicen que no hay forma de aliviar el dolor.

Sin embargo, no creáis que sois las únicas en padecer esos trances, que el niño también lleva su parte y bien trabajosa que es. Y si no decidme: ¿por ventura se os ha ocurrido pensar en esa pobre y frágil criatura que sale de vuestras entrañas? Tan sólo imaginad su tierna cabecilla y cuán brutalmente la aplastan los esfuerzos de la madre. Pensad en cuánto ha de sufrir ese crío durante el alumbramiento, pues parece ser que la mollera del niño es blanda como la mantequilla, y que por eso hay tanto loco y degenerado suelto en este mundo, pues a cualquiera se le despachurra el seso en el momento del parto. Con razón dicen por ahí que el primogénito de toda familia, por abrirle el camino al resto, suele ser el más zoquete de todos los hermanos.

Pero seguramente os preguntaréis por qué os hablo de estas cosas, ¿verdad? Pues bien, lo cierto es que vuestro Felipe se admira de cuánto dolor es capaz de aguantar una mujer, y no es mero palabrerío, que ayer mismo sucedió algo que me dejó boquiabierto. Me refiero a cierta mujer a la que he tenido que dar tormento para que confesara, y os puedo jurar que aunque el asunto fue muy duro y trabajoso, la muy brava lo aguantó sin soltar una palabra. Parecía cosa del demonio que pudiera resistir tanto sin abrir la boca, y en un momento hasta me llevé un buen susto.

Pero si no os molesta, dejadme que os hable de aquello con más y mayor detalle, y así veréis que vuestro Felipe no exagera ni se anda con embustes, que si algo ha aprendido de niño es a decir siempre la verdad y no valerse de engaños y gitanerías.

La tal mujer de que os hablo llegó a estas cárceles hace tiempo, acusada de judaizar y de insolentarse con la Iglesia de Roma. Quienes la denunciaron ante el Santo Oficio dijeron haberla visto mudar de camisa los sábados, guardar las pascuas, esconder un candelabro de siete brazos en la buhardilla de su casa y otros ardidés propios de judíos.

Podría juraros que al verla por primera vez casi se me aflojaron los calzones. Es una de esas mujeres flacas y tan secas de carnes que se les ve el nervio a flor de piel. Tiene una mirada profunda de las que ahondan hasta el ánima, pero además le quedan pocos cabellos y parece un andrajo de lo magra que está. Se me hace que debe andar por los cincuenta años, pero está tan maltrecha que juraríais que parece tener cien. Cuando supe que habría que darle tormento, lo primero que me vino a la cabeza fue: esta pobre vieja no dura ni un cuarto de hora. Pero ya veréis el buen chasco que se llevó vuestro Felipe.

Fue el padre Fermín quien estuvo a cargo de la sesión de tormento. Ya os he hablado de él, ¿no es así? Por si no lo recordáis, es aquel fraile de alto copete con el que nunca me he llevado bien, y que anda siempre tan serio y frío que más parece una víbora. Deberíais verlo alguna vez. Tiene cara de chivo irritado y está todo el día con el ceño fruncido, como si lo enojara hasta su propia sombra. Pero según es fama aquí abajo, nadie le lleva ventaja en eso de descubrir herejías. Dicen los otros inquisidores

que es capaz de reconocer a un judío hasta en la manera de caminar, y también he oído que puede olfatearlos como si fuera un sabueso, aunque en mi opinión eso no es tan difícil, pues ya sabéis que las gentes de esa secta siempre huelen al mucho aceite y ajos refritos con que guisan sus comidas.

También estaba fray Gaspar de Torrelaguna, que es uno de esos doctores en derecho canónico de que se vale el Santo Oficio en algunos procesos. ¿Qué os podría decir de él? Pues que es hombre raro por donde se lo mire. Suele venir a estos sótanos de cuando en cuando, y no hay vez en que no ande con tres o cuatro libros bajo el brazo. Habla no sé cuántas lenguas y escribe en otras tantas. Yo alguna vez me he detenido a hablar con él, pues resulta que el fulano vino al mundo allá en Casarrubios del Monte, que es donde ha nacido vuestro Felipillo. Pero de un tiempo a esta parte me da por esquivarlo, pues no puede uno ponerse a hablar de alguna cosa cualquiera, que ya el muy sabihondo le sale con que no es así, y luego le suelta un discurso lleno de cuestiones tan dificultosas que acaba uno sin entender palabra, que de cada diez que dice, ocho no las conoce nadie, y las otras dos parecen invento suyo, pues a fe mía que nunca las he oído en toda mi vida. Fuera de ello no daríais un céntimo por él, pues no se levanta del suelo más que un niño de doce años y para colmo es bastante encorvado. Pero si hay algo que os llamaría la atención, o que acaso os movería a risa, es que el pobre tiene ojos de gallina vieja. ¿Os parece chiste? Pues nada de eso, mi buena señora. Si alguna vez habéis visto a una gallina vieja, sabréis que los ojos se le ponen duros y pierden todo el brillo, como si la pobre ya estuviera muerta hace rato. Pues bien, este fray Gaspar está igual. En lugar de ojos parece tener dos guijarros encajados en el rostro, y tengo para mí que ha de ser de tanto andar entre libros y tratados, pues he oído decir que esos que leen mucho acaban por perder el cabello, se les seca el cerebro y se les ponen los ojos como piedras.

Pero vayamos al caso de una vez. Os hablaba hace un momento de aquella judía y de cuánto ha hecho sudar a vuestro Felipe en la sala de tormento. Cuando la llevé allí, el padre Fermín y fray Gaspar de Torrelaguna la estaban esperando sentados detrás de un escritorio. También había un escribiente para tomar las declaraciones de la mujer, y uno de esos medicastros de cuatro píldoras que manda el Santo Oficio, pues a veces las cosas se ponen feas y hay que echar mano de ellos para que el reo no se vaya al otro mundo.

Y a propósito de médicos, mi señora, dejadme deciros que si yo fuera inquisidor los echaría a patadas de estos sótanos. No es que no hagan falta aquí, sino que la mayoría de las veces resultan peores que la enfermedad. Es milagro que le atinen al problema, cuando no están tan perdidos que recetan una medicina cualquiera con tal de salir del paso. Yo tengo para mí que hay dos clases de médicos en este mundo: unos que no saben nada, y otros que sólo van al bolsillo, pues ya se echa de ver que con tantas pinzas, tijeras, ventosas y yerbajos no hacen más que apresurar la muerte y cobrar por ello. Y si alguna vez por ventura sanan a sus pacientes, no será por ser virtuosos en su oficio, sino porque recetan tales porquerías y pestilencias que las

propias enfermedades huyen del asco.

Pero ya me he vuelto a ir por las ramas. El caso es que mientras yo amarraba a la judía a unos tablones, fray Gaspar de Torrelaguna se acercó a ella, la miró con sus ojos de gallina vieja y le preguntó si estaba dispuesta a confesar sus pecados. La mujer no abrió la boca y negó con la cabeza.

—Hazlo por tu bien, hija mía —le susurró el fraile con voz suave—. Confiesa y evitarás lastimar tu cuerpo. Te prometo que seremos indulgentes contigo.

Pero la judía ni se dio por enterada y siguió tan muda como hasta entonces. Quizás os parezca extraño, pero al final me pareció oírla rezongar entre dientes y bufar alguna que otra palabreja en contra de los inquisidores, como si toda esta cuestión del tormento le importara un rábano. Por cierto, tal vez fuera mi imaginación, pero se la veía tan desgraciada como alma en pena, con esa tristeza de muchos años que tienen algunas mujeres en el rostro. Por salir de dudas la miré a los ojos y noté que había una gran pesadumbre en ellos. No sé bien cómo explicarme, pero de seguro habréis visto alguna vez a esas mujeres ancianas que andan por ahí todas estropeadas y con el rostro hecho jirones. Uno piensa que están así de puro viejas y arrugadas, pero en verdad es de tanto padecer infortunios y desgracias en esta vida. Pues bien, a esta judía se le notaba el mucho sufrimiento, como a esos Cristos que hay en las iglesias y que se apena uno de sólo verles la mirada.

Fray Gaspar volvió a acercarse y le rogó una vez más que hablara. Lo hizo con gran cuidado y mostrándose mucho muy amable. Pero la mujer siguió emperrada y sin soltar prenda. Entonces el padre Fermín, que se había puesto de pie detrás del escritorio, hizo un gesto al escribiente y dijo:

—Tomad nota: visto que la acusada se niega a darnos su confesión, nosotros, máximos jueces de este Santo Tribunal, y por la gracia de Dios, mandamos le sea dado tormento de acuerdo con los modos y formas previstas por los estatutos de la Sagrada Inquisición.

Tras decir esto me miró como quien ve pasar a un perro y me ordenó que comenzara el trabajo. Yo terminé de amarrar a la judía y luego metí una de sus piernas dentro de un aparatejo hecho con dos tablones de roble, de modo tal que la pierna quedó aprisionada entre medio de ellos. El asunto, por si no lo sabíais, consiste en encajar un tercer tablón, y luego ir calzando algunas cuñas a martillazos entre éste y los otros para que vayan apretando la pierna. Ya se echa de ver que es un artilugio bastante sencillo y sin grandes complicaciones, pero en verdad, pocos aparatos hay tan efectivos como éste. Cuando se han puesto las suficientes cuñas entre madera y madera, el hueso de la pierna queda a punto de reventar, y no es raro que a veces lo haga, que ya he visto a más de uno con astillas de hueso a flor de piel.

¡Pero caramba, mi señora! ¡Qué torpeza la mía! Yo hablando de estas cosas tan suelto de cuerpo y como si estuviera en la feria, cuando una dama como vos de seguro se espantará al oír acerca de estos aparatos y de cuánto daño son capaces de causar. Os ruego mil perdones por el descuido, pero es que así son las cosas aquí

abajo. Debo confesaros que al principio hasta yo mismo me hacía mala sangre y me asustaba el solo ver la sala de tormento, pero a fin de cuentas el oficio es el oficio, y creedme que con el tiempo llega uno a familiarizarse con tanto desgarró, torcedura y hueso roto. Además, esto de la tortura no es cosa nueva ni mucho menos. Según me ha contado fray Hernando alguna vez, la Inquisición se vale de ella desde hace muchísimo tiempo, y no por capricho, sino por consejo de sabios y doctores de la Iglesia que han recomendado usarla para hacer cantar a los herejes. Sé de un tal Eymeric o Eymerich, vaya a saber cómo se dice, que hasta escribió un libro diciendo cuándo es necesario torturar a los reos, de qué forma debe hacerse y con qué aparatos según el caso. Creo que su título es algo así como *Manual de los inquisidores*. Y a propósito de ese librito, fray Hernando tiene un ejemplar de su propiedad, y os diré que le es tan útil que jamás se despegó de él. Todo el tiempo lo lleva bajo el brazo, lo pone a su lado mientras come y sospecho que hasta lo debe de guardar bajo la almohada cuando se va a dormir. Dice que allí encuentra todo lo necesario para el buen desempeño de su oficio: los modos y maneras que debe aplicar un inquisidor, las mañas para descubrir a un hereje, las trampas de que suelen valerse algunos y demás cuestiones del proceso inquisitorial. Me ha dicho que, en su opinión, ese tal Eymeric era algo duro en eso de luchar contra las herejías. Parece ser que para él no había peste más horrible que negar al Cristo o rechazar a la Iglesia de Roma, y que por eso elogiaba y aconsejaba la tortura cuando los reos se negaban a confesar. Pero también me dijo que no era el único. Había muchos otros papas y doctores de la Iglesia que recomendaban el uso del tormento, ya en sus bulas y concilios, ya en libros y tratados eruditos. Y si ellos lo hacían por algo será, que no en vano se precisa de tanto estudio y obstinación para llegar a esos cargos.

Por eso os digo, ¿qué podría hacer vuestro Felipe sino inclinar el lomo y cumplir con su trabajo? Para ser honrado con vos, mi buena señora, a mí me repugna esta tarea y bien haría yo en escoger algún otro oficio si pudiera hacerlo, que mejor se estará de buhonero, de pastor o de soldado. Pero si bien se mira, a fin de cuentas éste es un trabajo como cualquier otro, sólo que en ocasiones se hace un tanto duro y pesado, pues manejar los aparatos de tormento es cosa que exige mucho esfuerzo.

Pero en fin, dejad de lado todos estos enredos y permitidme que os siga contando acerca de la judía. Sucede que no bien terminé de asegurarle la pierna al aparato, fray Gaspar de Torrelaguna comenzó a recitar algunas fórmulas y a mover su crucifijo alrededor de las maderas, las sogas y las cuñas. Por si no lo sabíais, eso se hace con el propósito de exorcizarlas, pues se supone que el demonio, en ocasiones, se cuela en la sala de tormento, se apodera de las máquinas y las hace menos dolorosas con el fin de proteger a los herejes. Yo no sé si esto será cierto, ni tampoco si el demonio tendrá la costumbre de andarse entre estos muros cada vez que el Santo Oficio manda torturar a un hereje, pero si no es mentira lo que dicen de sus poderes, ¿porqué entonces no libra a los reos de aquí y les ahorra tantas desgracias? Vaya uno a saberlo.

Pues bien, el caso es que al poco rato fray Gaspar acabó con sus exorcismos, yo

cogí una de las cuñas de madera y la clavé de un solo martillazo entre los tablones. La pobre judía se sacudió de arriba a abajo y cerró los ojos, pero no se le oyó soltar ni el menor suspiro. Aquello me extrañó bastante, pues por lo general este aparatejo hace saltar de dolor a cualquiera. Fray Gaspar y el padre Fermín también se sorprendieron, y a decir verdad hasta el propio escribiente se alarmó, pues alzó la vista de entre sus papeles, miró a la judía y dio un silbido que se oyó hasta el pasillo.

En ese momento fray Gaspar se acercó una vez más a la mujer y volvió a pedirle que confesara. Pero esta vez la judía ni siquiera lo miró a la cara. «¡Santo Dios!», me dije a mí mismo, «esta vieja sí que nos va a dar problemas!». Como vi que el asunto iría para largo, me armé de paciencia y me hice a un lado sin decir una palabra. En eso fray Gaspar se acercó al escritorio y cuchicheó algo a oídos del padre Fermín. No sé qué diablos le estaría diciendo, pero el otro negaba con la cabeza y parecía un poco irritado. Siguieron discutiendo un buen rato, hasta que en un momento el padre Fermín se encolerizó y dio un tan fuerte puñetazo en la mesa que el escribiente debió de sujetar el tintero para que no se volcara. A mí no me extrañó demasiado, pues ya os he dicho que este padre Fermín es hombre de malas pulgas, que todo lo hace rabiar y por cualquier nadería le sube el humo al campanario. Pero fray Gaspar se quedó tan helado al verlo reaccionar de ese modo que casi se le ponen los pelos de punta. Regresó a donde estaba la judía y se quedó mudo.

Entonces el propio padre Fermín se puso de pie, me ordenó que siguiera con el tormento y que esta vez pusiera una cuña más gruesa. Yo le hice caso enseguida, cogí una de medio palmo de ancho y con un golpe seco la hundí entre las maderas. A estas alturas no sé decir si será cosa del diablo, pero la cuestión es que ni aun así la vieja se rindió. ¡Caray, era tan porfiada como un asno! Aunque no lo creáis, después de ello tuve que encajarle una cuña más, y luego otra, hasta que ya la pierna estuvo a punto de reventar. A todo esto fray Gaspar se había hincado de rodillas junto a la vieja y le rogaba que hablara, que tuviera compasión por ella misma y confesara sus herejías, pues sólo de ese modo el Señor podría ayudarla.

—Háblanos de una vez, hija —le decía con la voz ronca—, trata de renegar del pecado y verás cómo tu alma estará más aliviada. Sólo tienes que entregarte a Cristo y estoy seguro de que Él sabrá comprenderte y ayudarte.

Siguió hablándole con gran dulzura y paciencia, mientras le acariciaba la frente y le secaba el sudor con un pañuelo. Deberíais haber visto cómo estaba de acongojado el pobre fraile. Sin ir más lejos, por primera vez tuve la sensación de que sus ojos de gallina vieja tenían algo de brillo. ¡Si hasta parecía a punto de ponerse a llorar! Sé que os parecerá extraño, pero no vayáis a creer que esto es algo inusual entre los inquisidores. A veces, cuando las cosas no van por buen camino, algunos se afligen tanto que llegan a soltar alguna lágrima. Claro que todo va en el carácter y la naturaleza de cada uno. Yo que he visto a muchos de ellos en toda mi vida, os puedo asegurar que cada cual se conduce a su modo frente a los reos. Bien es cierto que algunos son durísimos de corazón, y a éstos no los veréis mover una ceja durante todo

el interrogatorio. Otros se toman el asunto como si fuera un trabajo cualquiera, y bastante fastidioso por cierto, pues vienen aquí a cumplir el horario establecido, liquidan lo suyo más rápido que ligero y al dar la hora de salida ya los veréis con un pie en el estribo del caballo. Pero hay otros más, como este fray Gaspar de Torrelaguna, que se toman demasiado a pecho el oficio y tratan a cada reo con el mayor desvelo. A fe mía que deben de sentir en carne propia el que alguno se niegue a confesar. Pero así son las cosas. Las gentes suelen creer que todos los inquisidores son arrogantes, vanidosos o malvados. Sin embargo, yo que los conozco de cerca, os puedo asegurar que es como dice el refrán: de todo hay en la viña del Señor.

Pues bien, como os relataba hace un momento, fray Gaspar seguía empeñado en lo suyo y tratando de convencer a la mujer de que abandonara su terquedad. Le hablaba de mil maneras distintas, le acariciaba la pierna, rezaba a los cielos para que abriera su alma y otras muchas cosas más, pero, por desgracia, ni con tales modos lograba que la vieja mudara de opinión. Por su parte, el padre Fermín se había puesto tan nervioso que semejaba un perro con rabia enseñando los dientes. Hubo un momento en que pareció estallar de cólera y soltó un grito para acallar a fray Gaspar.

—¡Dejaos de tanta clemencia con esa mujer! —le gritó—. Recordad que es sospechosa de herejía, padre Gaspar. Antes que mostrarnos tan amables con ella, aquí es preciso coger al toro por los cuernos y sanseacabó.

Luego se dirigió hacia mí con ojos de lobo y dijo:

—¡Carcelero! Hacedos de otra cuña y metedla en el aparato.

Yo lo miré extrañado.

—Pero, vuesa merced —respondí—, ya casi no hay sitio para otra cuña más.

—¡Callaos y obedeced!

Os diré que al oír aquello me quedé tieso como una piedra, pues en verdad no quedaba espacio ni para meter una aguja en el aparato. La pierna de la mujer estaba casi del todo aplastada, y entre las maderas y cuerdas que la sujetaban parecía una de esas lonchas de carne que se venden en la feria. Pero al cabo terminé obedeciendo al padre Fermín, así que tomé otra cuña del fondo de una caja, la calcé entre los maderos y le di un martillazo como para derribar a un buey.

Entonces se escuchó un espantoso ruido a hueso quebrado. La pobre vieja arqueó el espinazo como un gato asustado y chilló tan fuerte que me dejó zumbando los oídos durante un buen rato. Como si lo hubiera sentido en carne propia, fray Gaspar se levantó de un salto, miró al padre Fermín con ojos de súplica y le dijo:

—¿No creéis que ya es suficiente, vuesa merced?

—Yo os diré cuándo es suficiente, padre —le regañó el otro.

Si no me equivoco, mi señora, de seguro a estas alturas pensaréis que el padre Fermín es el hombre más cruel del mundo, ¿verdad? Pues bien, no seré yo quien os diga lo contrario. Ya sabéis que no es santo de mi devoción ni mucho menos, y si por mí fuera, que en malos infiernos arda cuando le llegue el turno. Pero he prometido ser honrado con vos, de modo que os explicaré cómo son las cosas en verdad aquí abajo.

Al poner bajo tormento a un reo cualquiera, los inquisidores no se hacen responsables de las desgracias que puedan ocasionarle. Si el pobre infeliz sale con una pierna rota, o el cuero desollado, o alguna rajadura en el lomo, no es al Santo Oficio a quien debe reprocharse, sino al propio reo que se ha negado a confesar lo que le mandan. Así son las leyes aquí y todo el mundo tiene que aceptarlas. Puede que os parezca algo injusto, pero al reo se le avisa de ello desde el primer día, y si aun así es terco y no quiere decir palabra, allá él con sus huesos rotos. Sólo hay algo que el Santo Oficio no debe hacer, y es dar tormento durante más de una hora seguida. Es posible que de cuando en cuando algún juez medio desbocado se pase de la raya, pero en general todos respetan esa orden a rajatabla. Por eso, aunque tengáis por desalmado al padre Fermín por haberse comportado de ese modo, él no hace sino cumplir con las leyes de este reino. Que es duro y riguroso nadie lo discutiría, pero en el fondo está obedeciendo las reglas, y que la vieja se haga cargo si quiere romperse la crisma.

Ahora que, si queréis conocer mi opinión, a mí me parece que no se saca mucho con todo esto. Si un reo es lo bastante duro y consigue no abrir la boca después de una hora de tormento, la Inquisición lo dejará en libertad, lo que significa que el más vicioso de los hombres quedará libre si es corajudo y tiene agallas, mientras que el más santo, si por ventura es débil de pellejo, se condenará para toda la eternidad.

Pero otra vez me he ido del asunto y os he dejado en vilo. Ruego sepáis disculpar mi simpleza una vez más y me dejéis seguir adelante.

Os decía hace un momento que fray Gaspar, al ver que la mujer estaba toda descalabrada, le rogó al padre Fermín que detuviera el tormento, pero éste no le prestó atención y siguió con lo suyo. En verdad la judía ya estaba blanca y había empezado a sudar como una mula. En cuanto a mí, a puro golpe de martillo logré meterle una cuña más entre los maderos, y otra vez la pierna sonó a hueso quebrado. Entonces fray Gaspar se arrimó de nuevo a la mujer y le suplicó que hablara de una vez, que al menos lo hiciera por su familia, pues ya la pierna estaba tan maltrecha y deforme que acaso nunca podría volver a caminar con ella. Mientras tanto yo miraba de reojo al médico y esperaba a que dijera alguna cosa. A mi juicio la mujer estaba muy mala, y creedme que en tantos años de estar aquí abajo se aprende a saber cuándo hay que aflojarle el tiro a estos aparatos. Sin embargo, el matasanos estaba en lo suyo y no abría la boca ni para bostezar. Para colmo, la pobre vieja seguía forcejeando como una loca de atar, daba gritos como un animal y trataba de zafarse de las sogas. Ya se le había puesto la cara como panal de abejas, toda llena de manchones colorados, y empezaba a respirar como si le faltara el aire.

Pero no os aburriré con más detalles, que imagino ya estaréis harta de ellos. El caso es que todo continuó del mismo modo durante un buen rato, hasta que de pronto la judía empezó a boquear como hacen los pescados cuando los sacan del agua, y un segundo después se desmayó en brazos de fray Gaspar. Ahora sí el médico se le acercó, le alzó los párpados, le tomó el pulso, miró la pierna descoyuntada y luego se

volvió hacia el padre Fermín.

—No hay más que hacer, vuesa merced —le dijo.

El otro refunfuñó algo que no alcancé a oír, aunque me figuro que no debió de ser un padrenuestro. Después me ordenó que devolviera a la prisionera a su calabozo, recogió unos papeles del escritorio y salió de allí como alma que lleva el diablo.

En ese momento fray Gaspar miró al médico y le dijo:

—Tengo entendido que sois ducho en el arte de componer huesos, ¿no es así?

—Algo entiendo de ello —respondió el médico.

—Y decidme, ¿creéis que se podrá salvar la pierna de esta mujer?

El otro se tomó su tiempo, revisó a la vieja concienzudamente y al fin respondió:

—Es algo difícil decirlo ahora. Debe tener al menos dos quebraduras, y a su edad el hueso no suelda muy fácil. Habrá que entablillarla y esperar.

—Pues haced todo lo que esté en vuestras manos —le rogó fray Gaspar.

Poco después ambos cogieron sus cosas del escritorio, se dirigieron hacia la puerta y abandonaron la sala.

Y allí quedó vuestro Felipe, fatigado hasta el tuétano y ocupado como siempre en las faenas más incómodas. Tuve que cortar las ligaduras con gran cuidado, luego quitar las cuñas, devolver todo a su sitio, y una vez terminado aquello debí cargar a la judía hasta su calabozo.

Aunque no lo creáis, en mitad del pasillo volvió en sí, de modo que se apoyó en mi hombro y el resto del camino fue cojeando a mi lado. Y eso no es todo, pues, aunque os parezca mentira, ni una sola vez la escuché quejarse de su pierna. Tenía la piel hecha jirones y un trozo de hueso le asomaba por debajo de la rodilla, pero ni aun así se puso a protestar.

Y así se acabó el asunto, con la vieja echada en su catre y vuestro Felipe rendido de cansancio. Si acaso os preguntáis en qué terminará todo esto, pues no tengo idea. Por lo pronto, el Santo Oficio aún no la dejará irse a su casa, pues aunque no haya abierto la boca ni confesado una palabra, no estuvo más de una hora en las máquinas de tormento, y eso significa que pueden llevarla allí una vez más.

Pero lo que yo quería deciros es esto: tal vez ahora mismo el padre Fermín se esté arrancando los cabellos por no haber podido sacarle nada en el interrogatorio. Quién sabe, acaso piense que el demonio la ayudó a resistir el dolor. Sin embargo yo, señora mía, más creo en el coraje de ciertas mujeres, que si son capaces de echar una criatura al mundo y padecer semejantes trances, entonces no habrá nada que les haga mella en esta Tierra.

Y ahora me despido de vos deseando que tengáis un buen día.

CAPÍTULO 11



¿Estáis aburrida, señora mía? ¿Os fastidia recibir todas estas cartas llenas de tonterías y parloteos? Quizá vuestro Felipe os parece un tanto deslenguado y no hace más que fatigar vuestros oídos con tanta hojarasca, como esos loros de las Indias que alborotan el día entero y nunca dicen nada de provecho. O quién sabe, acaso este humilde servidor no os produce más que sueño y bostezos, pues todo el tiempo no hace otra cosa que rumiar sus penas, sus desgracias y sus miserias.

Pues vaya uno a saber. Os confieso que en ocasiones, cuando pienso en que jamás me habéis contestado ni una vez, llego a creer que ni siquiera leéis estas cartas, o peor aún, que ni os molestáis en abrirlas para ver lo que llevan dentro. Tal vez las arrojáis a un cesto no bien llegan a vuestras manos, o quizá las echáis al fuego, o las dejáis olvidadas en un rincón hasta que las comen las polillas. ¡Ah, pobre de vuestro Felipillo si lo despreciáis de ese modo! Yo no busco otra cosa sino aliviar vuestros ratos libres, poner en vuestro espíritu alguna nota de gracia, o a veces de pesadumbre, que así es la vida a fin de cuentas. Por eso os ruego que tengáis un poco más de paciencia con este pobre siervo vuestro. Dejad que sueñe con vos y crea que leéis sus cartas, que toleráis sus necedades, y que pese a ello os divierten las muchas tonterías que salen de su cabeza.

Pero en fin, si aún continuáis aburrida o estáis a desgana, dejadme deciros que tengo un maravilloso remedio para curaros de ello. ¿Queréis saber de qué se trata? Pues bien, nada de pócimas ni brebajes extraños, que eso es cosa de curanderos, boticarios y charlatanes. Yo hablo de cometer un pequeño e inocente pecadillo que al

menos por un rato os dará algo de entretenimiento. ¡Pero caramba, no os asustéis, mi buena señora, que vuestro Felipe jamás os propondría algo indecente! A lo que me refiero, si es que estáis dispuesta, es a oír las conversaciones privadas de los inquisidores. Sí, como lo oís. ¿Os parece una gran locura de mi parte? Pues quizá lo sea, pero dejadme que os lo explique con detalle y acaso os atraiga la idea.

Sucede que en las horas de la tarde, algunos inquisidores suelen reunirse en su despacho, el cual por ventura se halla junto a mi cuarto, y allí se ponen a hablar y a discutir de sus cosas, ya sabéis, asuntos de procesos, expedientes, papeleos y todo lo demás. Es entonces cuando vuestro Felipe, que en ocasiones suele ser algo indiscreto y chismoso, arrima su oreja al muro y se pone a escuchar todo cuanto ocurre del otro lado. ¡Ah, mi atenta señora, no sabéis cuán sabroso resulta aquello algunas veces! Diréis acaso que es falta de educación, que no debe uno entrometerse ni cotillear en los asuntos ajenos. Pues, por cierto que sí, qué duda cabe de ello. Pero decidme una cosa con toda sinceridad: ¿no os intriga saber lo que dicen los inquisidores cuando están a solas? ¿Qué no daríais por conocer sus intimidades y secretillos? Además, no imagináis lo acalorado que se pone aquello algunas tardes. Yo apuesto a que os moriríais por oírlos, pues al fin y al cabo sois mujer, y esa clase de cosas son propias de la parte más débil de vuestro sexo, y no me interpretéis mal, que me refiero a la curiosidad.

Y ahora, si es que estáis de acuerdo, seguidme, venid conmigo y haced de cuenta que entráis a mi cuarto, que presto os mostraré de lo que hablo. Procurad que no os espante tanto cachivache y tanto desperdicio tirado por ahí: ya sabéis que hombre soltero siempre vive en el revoltijo. Y ahora acercaos aquí, poneos junto al muro y apoyad vuestros delicados oídos sobre él. ¿Oís algo?

A mí me parece oír una voz. Sí, por supuesto, es la del padre Fermín. De seguro la reconocería entre miles, pues nadie chilla tan fuerte como él en este edificio. ¿Pero qué cuernos está ocurriendo? Parece que está algo irritado y molesto, ¿verdad? ¿Lo escucháis, mi señora? ¿Alcanzáis a oír sus berrinches y protestas? Os diré que no es raro en él, que suele enfadarse por cualquier nadería y ponerse a gritar como un condenado. ¿Pero a quién diablos está regañando ahora? Oh, sí, parece que es a fray Gaspar de Torrelaguna, aquel de los ojos de gallina vieja de quien ya os he hablado. Si no me equivoco, le ha de estar reprochando su conducta en el interrogatorio de ayer a la judía. ¿Recordáis con qué dureza lo trató en un momento? Si queréis saber la verdad, yo me malicié que esto iría a ocurrir en algún momento, y no por brujo ni agorero, sino porque conozco al padre Fermín y sé que es demasiado cascarrabias como para olvidar el asunto.

Pero escuchad, señora, escuchad por vos misma lo que le está diciendo.

—¡Por todos los cielos, padre Gaspar! El rigor es imprescindible en este oficio. No somos pastores, ni sastres, ni labriegos. Somos inquisidores y debemos hacer las cosas con la severidad que se espera de nosotros. Es por eso que os he mandado llamar. Vi cómo tratasteis a esa judía en el día de ayer, y no me parece que hayáis

sido lo suficientemente severo con ella.

—Pues la verdad es que no lo creí necesario, vuesa merced —dice fray Gaspar—. En mi opinión, esa mujer no podía decirnos nada que ya no supiéramos.

—Pero ése no es el punto. Sucede que necesitamos su confesión. Y eso lo sabéis muy bien, padre: sin una confesión escrita y firmada por el reo no hay proceso que valga.

—Comprendo, vuesa merced, y habéis visto que yo mismo rogué a la mujer que confesara en varias oportunidades. Pero luego temí que algo malo ocurriera. Ya visteis cómo seguía negándose a hablar aun con la pierna destrozada. Me pareció que sería inútil continuar con el tormento. ¿Para qué lastimarla todavía más?

—¡Pero caramba! —Dice el padre Fermín—. ¿Cómo podéis decir semejante cosa? ¿Es que no os preguntasteis por qué razón esa judía era capaz de soportar tanto dolor? ¿Por qué no decía una palabra y hasta se burlaba de nosotros? Pues yo os daré la respuesta: es el diablo, padre Gaspar, el diablo, que es y siempre ha sido el aliado natural de todos los judíos. Quisiera creer que eso lo sabéis muy bien, ¿no es así? ¿O acaso no lleváis años ejerciendo este oficio de inquisidor?

—No es eso, vuesa merced, yo sólo advertí que la mujer estaba demasiado maltrecha y que no tenía caso hacerle más daño.

—¡Esa mujer de la que habláis es sospechosa de crímenes despreciables! Conocéis su expediente de cabo a rabo, ¿no es verdad? Sabréis entonces que ya tuvo un proceso cinco años atrás y que fue reconciliada por los jueces. El Santo Oficio le ha otorgado la gracia de perdonarla. Pero ahora ha incurrido nuevamente en sospecha de herejía. ¿Qué debemos hacer entonces? ¿Pensáis que merece nuestra indulgencia, que nos abrirá su corazón si la tratamos con dulzura?

—Lo que yo creo, vuesa merced, es que no debemos llegar al punto de mutilar al reo. Nuestra labor como inquisidores es obtener su confesión preservando su vida, su integridad física y...

—¡Sí, sí, no necesitáis decirme esas cosas! Conozco mejor que vos los límites de este sagrado oficio. Pero sabéis muy bien que ni vos ni yo podemos evitar que a veces ocurran accidentes. Además, nuestro objetivo es solamente lograr la confesión del reo. Para cuidar de su salud están los médicos que saben lo que hacen. ¡Así que blanduras a otra parte, fray Gaspar! Y ya que viene al caso os diré algo para vuestra información: de seguro habréis oído por ahí que soy hombre desalmado y frío, ¿no es verdad? Pues bien, no hagáis caso de semejantes hablaturías. A mí me duele como a todo el mundo que haya contratiempos de esta clase. No creáis que gozo al ver huesos retorcidos o miembros deshechos. Por el contrario, mi alma se apena profundamente por ello. Pero no estoy dispuesto a detener un juicio por causa de un brazo o una pierna rotos.

Ahora parece que fray Gaspar se ha quedado mudo. ¿Escucháis algo, mi señora? Yo ni siquiera oigo un murmullo de su parte. Quizás el pobre esté acurrucado en su silla y con los ojos mirando al suelo. Me imagino que además estará temblando de

pies a cabeza, pues el padre Fermín es como una fiera salvaje cuando se enfada. Deberíais ver cómo se le ponen los ojos y las venas del cuello. En verdad, cada vez que riñe más vale perderlo que encontrarlo. Y a propósito, no creáis ni una palabra de lo que ha dicho de sí mismo: toda esa perorata de que su alma se apena por los reos no es más que una sarta de embustes. Yo lo conozco desde hace años y sé muy bien de qué pie cojea. Por eso, os aseguro que no querría estar en las sandalias de fray Gaspar en este momento.

Pero ahora guardad silencio, pues creo que han vuelto a hablar. ¿Los escucháis?

—En verdad estoy algo confundido, vuesa merced —murmura fray Gaspar—. Desde hace tiempo mi alma está llena de dudas y preguntas. Cristo nos ha enseñado el perdón, ¿no es verdad? Nos ha exhortado a ser buenos y comprensivos con quienes nos ofenden. Él mismo ha sido ejemplo de ello y lo ha transmitido a sus discípulos. Al propio San Pedro le ha ordenado que absolviera y reconciliara a los pecadores, y no sólo siete veces, sino setenta veces siete. También los Padres de la Iglesia nos enseñaron la doctrina de la persuasión y la caridad. San Dionisio nos pidió dulzura y buen trato hacia los herejes. El mismo Orígenes nos habló de aceptar y condescender con aquel que pensara distinto o que profesara alguna otra fe. Sin embargo, nosotros parecemos haber extraviado el camino de Cristo y de sus seguidores. No perdonamos a nuestros enemigos, sino que los ponemos bajo tormento. No absolvemos a los culpables de herejía, sino que los echamos al fuego...

—No creáis que no os comprendo, fray Gaspar —dice el padre Fermín, que ahora parece estar algo más calmado—, pero lo cierto es que en este oficio debemos ser duros aunque nos pese. No olvidéis nunca que luchamos contra las terribles fuerzas del mal, la mentira, el pecado, la herejía en todas sus formas, y por desgracia en esa lucha no caben medias tintas. Éstas son épocas de gran impiedad. Es cierto que los Padres de la Iglesia aconsejaban el perdón y la gracia, pero ellos ignoraban que el mundo se corrompería de tal forma. En verdad, sólo San Agustín supo comprender lo que sucedería. Él debió enfrentarse a las muchas sectas de su tiempo, vivir en carne propia el terrible flagelo de los nestorianos, los donatistas, los pelagianos. ¿Y sabéis qué remedio aconsejaba el santo con respecto a los herejes? Pues aplastarlos como fuera posible. Por eso, padre Gaspar, dejadme daros un sano consejo: si tanto os aflige el ver torturar a un reo, pensad que no lo estamos atormentando a él, sino al demonio que se halla en su cuerpo. Y en cuanto a echarlos al fuego, ya sabéis que no es la Inquisición la que impone semejante pena: de ello se encarga el brazo secular de la justicia. Y si aún tenéis el alma llena de dudas, tal como acabáis de decir, pensad seriamente en renunciar a vuestro cargo. Este oficio exige disciplina y rigor, y no puede uno andarse con titubeos de ninguna clase.

Ahora los dos se han quedado en silencio otra vez. ¿Oís algo, mi señora? Yo tan sólo percibo unos pasos, y me figuro que deben de ser los del padre Fermín, que andará como león en su jaula sin poder estarse quieto. Vaya que ha sido duro, ¿no creéis? ¡Pedirle a fray Gaspar que renuncie a su cargo! Yo tengo para mí que tantos

años en el oficio de inquisidor le han secado el ánimo y lo han puesto de ese talante. Ya veis lo rezongón que se pone cuando algo le molesta. Pero me pregunto qué pensará el propio fray Gaspar de todo este asunto. Imagino que eso de renunciar no le habrá caído muy en gracia. O tal vez sí. Quizás anda tras alguna excusa para tomar las de Villadiego. ¿Quién sabe? Yo daría cinco sueldos por enterarme de sus pensamientos.

Pero, un momento, me parece oírlo hablar otra vez. Sí, está diciendo algo. ¿Podéis oírlo, señora?

—No lo sé, vuesa merced —susurra ahora fray Gaspar—. Después de todo, ¿cómo estar seguros de que obramos correctamente? ¿No será acaso que nos hemos convertido en bestias feroces?

—¡Luchamos contra bestias feroces, padre Gaspar! —Ruge el padre Fermín—. Está claro que nuestra misión es extirpar a las hienas que se han apoderado de este mundo. Somos cruzados en una batalla que exige hasta nuestro último esfuerzo. Y en cuanto a si obramos correctamente, no tengáis la menor duda de ello. No niego que a veces incurramos en faltas o desafueros, pero no puede una oveja mansa pelear contra un lobo. Tenemos que mostrar dientes, garras y colmillos, pues de otro modo nos harían pedazos. Además, no hacemos justicia humana, padre, hacemos justicia divina. Es Dios mismo quien nos ilumina y guía nuestros pasos. Nunca olvidéis que sólo somos su instrumento, su mísero y humilde instrumento en esta Tierra... Y ahora idos en paz, y aprended a extremar vuestro rigor con los acusados de herejía. Y tened siempre presente que también es hereje quien defiende o se lamenta de la suerte de otro hereje.

¿Y bien, señora mía? ¿Qué opináis de todo esto? Ya sé que os sonará descabellado, pero si queréis la opinión de vuestro Felipe, que para estas cosas tiene olfato de sabueso, os diré que a mi juicio el padre Fermín se comporta de ese modo porque está muerto de miedo. Sí, no os asombréis, que en esta clase de cuestiones difícilmente hable yo por boca de ganso. En verdad, si os digo que está aterrado es porque hace tiempo vengo oyendo ciertos rumores bastante negros acerca de él. He oído por ahí que se le viene encima algo bastante feo. No sé muy bien de qué se trata, pero al parecer está metido en mil enredos con el propio Santo Oficio a causa de ciertos libros que guarda en su biblioteca, y que se rumorea tienen alguna afinidad con la secta luterana. Él mismo ha reconocido que es cierto, y que algunos de esos libros tratan de materias prohibidas por la Inquisición. Pero ha dicho que los tiene para conocer mejor a las gentes de esa secta, pues según dice es propio de todo buen inquisidor el saber cómo piensa un hereje y de dónde le vienen sus patrañas y razonamientos. Aun así, algunos miembros del Santo Oficio le han echado en cara que los tenía mucho antes de ser inquisidor. De modo que ahí está el asunto entre dimes y diretes, y hasta el momento parece que no hay manera de resolverlo. No creáis que se trata de algo sencillo, pues una cosa es juzgar a un reo común y otra muy distinta acusar a un ministro del Santo Oficio. El caso es que tal vez acaben por

abrirle un proceso y, quién sabe, quizás el día de mañana deba enfrentarse a un tribunal.

Por eso creo que está algo asustado. Sería demasiado terrible para él, ¿no os parece? ¿Cómo creéis que le sentaría eso de verse de pronto en el pellejo de un reo? Si por mí fuera que se lo lleve el diablo de una buena vez, pero imaginaos que le abran proceso y deba enfrentarse a un tribunal. ¿Qué hará entonces? ¿Les dirá a los jueces que actúen con la misma dureza con que él se conduce? ¿Y si por ventura lo llevasen a tormento? Imaginad que le arrancan los ojos o le tuestan el trasero. ¿Pedirá que no se anden con lástima y sigan adelante? Quizás es por causa de ello que ahora se muestra tan celoso con su trabajo, pues de esa forma quiere alejar toda sospecha que pueda haber en torno a su persona.

Pero en fin, ya veis cómo son las cosas en esta España, que ni el más santo está libre de pecado. El padre Fermín siempre se ha mostrado muy devoto y fervoroso, hasta tal punto que jamás falta a misa y todo el tiempo lleva al cuello un rosario de cuentas tan grandes como bellotas. Pero no es oro todo lo que reluce, y acaso ahora le echen el guante por esto de los libros. No me tengáis por malicioso, pero la verdad es que ya me gustaría verlo cogido por el fondillo de los calzones y pidiendo clemencia a un tribunal. De gato pasaría a ser ratón, y no me parece que le guste mucho el queso.

De todos modos, ¿os habéis divertido un rato, mi señora? ¿Gozasteis al menos de oír cuchichear a los inquisidores? Os confieso que vuestro Felipillo se entretiene como niño cuando oye hablar a las paredes. Bueno, no es que las paredes hablen como lo haría un cristiano, pero desde que ese judío me ha enseñado a decir las cosas con rodeos, le he tomado el gusto a hablar de ese modo.

Y ahora disculpadme si me despido de vos hasta otro momento, pues hoy ha sido un día de mucho trabajo y vuestro Felipe está rendido de cansancio. Buenas noches.

CAPÍTULO 12



¿Sabéis algo, señora mía? Estando aquí abajo se entera uno de gran cantidad de rumores, habladurías y chismorreos de toda especie. Ya habéis visto cómo los muros hablan, por así decirlo, y de qué modo vuestro Felipe se entera de los muchos secretos y hablillas que hay entre los inquisidores. Pues bien, si aún os sigue picando la curiosidad y queréis saber algo más de todo este oscuro mundillo, aguzad vuestras orejas y preparaos a escuchar algo que seguramente os dejará boquiabierto, o quizás os hará reír a carcajadas, pero que en modo alguno os parecerá una tontería.

Sólo quisiera daros un breve consejo, y es que procuréis leer esta carta a solas, quizás encerrada en vuestra habitación, o tal vez en los jardines de la casa. Pero sea como fuere poneos a cubierto de las miradas indiscretas, pues el caso es que voy a hablaros de algunas cuestiones un tanto indecentes, y de seguro no querréis que os vean enrojecer de vergüenza, ¿no es así?

Pues bien, si ya os habéis procurado un buen sitio y estáis a cubierto, permitidme que comience con la historia. Sucede que hay aquí encerrado en uno de los calabozos un tal Nicolás Valdez, natural del pueblo de Gayanes, que para mayores señas ha sido fraile de la orden de los capuchinos durante veinte largos años. No me preguntéis cómo ha llegado a serlo, que la fortuna tiene sus caprichos, pero el caso es que se ha visto envuelto en tales embrollos que dudo mucho que vuelva a ejercer su oficio.

Cuando lo trajeron aquí, el padre Fermín me alertó de que era uno de esos tantos frailes sectarios y renegados que son como una plaga en estos días. Ya sabéis a qué me refiero, ¿verdad? Ocurre que desde hace tiempo, y vaya uno a saber por qué,

nuestra España está llena de esos frailecillos protestones que rezongan contra la Iglesia de Roma y andan mascullando herejías por todos los suelos del reino. Sin embargo, algún tiempo más tarde me enteré de que eso no era verdad. Si bien aquel Nicolás Valdez es hombre algo levantisco y se opone a la autoridad de Roma, lo cierto es que ha caído en estos calabozos por haber estado en amores con una monja y dejarle un crío de regalo. Pero no creáis que ahí termina la cosa, pues algún tiempo después fue denunciado ante el Santo Oficio por solicitar favores carnales a las confesas de su parroquia, más tarde por haber pervertido a trece de las diecisiete muchachas de un beaterío, y luego no sé por cuántas cosas más que mejor será pasar en silencio. Yo no soy quién para opinar, pero en verdad que se las trae el padrecito, ¿no creéis?

Acaso os preguntaréis cómo es que he sabido tales cosas. ¡Pues porque él mismo me las ha contado! Y lo que es aún peor, lo ha hecho con tan grande osadía y desparpajo que me ha dejado haciendo cruces en el aire. Por cierto, cuando le pregunté por qué diablos me confesaba tales cosas, me miró como extrañado y dijo:

—¿Y por qué no? Todo esto que tú ves aquí no tardará en desaparecer.

—¿Todo qué?

—¡Esto, hombre, el mundo y todo lo que hay sobre él!

Y luego me explicó que se venían grandes calamidades y desgracias para todos, que la Iglesia de Roma sería destruida, que el papa acabaría asado en un horno, que los obispos y cardenales serían degollados, y que justo entonces renacería en la Tierra una nueva Iglesia, mucho más virtuosa que la anterior, que sería la encargada de traer el verdadero amor de Cristo a los hombres.

¡Imaginaos mi espanto, señora mía! Según aquel Nicolás Valdez ya no habría papas, ni concilios, ni bulas, ni nada de eso. Pero además, en aquella nueva Iglesia que vendría, cada fraile y cada monje podrían renunciar al celibato y tener tantos amoríos como les viniera en gana. Curioso, ¿no creéis?

Sin embargo, la cuestión es que este fray Nicolás Valdez ya se adelantó a los tiempos, y en asuntos de mujeres no parece haber dejado títere con cabeza. De sus muchas aventuras amorosas en el beaterío me ha contado algunas con gran detalle y sin la menor timidez. Ya adivino que os gustaría oírlas, ¿no es verdad? Pues entonces prestad atención a vuestro Felipe y os enteraréis de cómo se vive en esos sitios, que no por muy beatos hacen a un lado el vicio algunas veces.

Hace algunos años, fray Nicolás Valdez fue nombrado director espiritual de un beaterío y confesor de todas las beatas. Al principio hacía su trabajo como cualquier otro: todo el santo día dando consejos y tomando confesión a las internas. Pero quiso la suerte que, como gozaba de la opinión de ser hombre sabio y generoso, pronto las muchachas comenzaron a tomar sus palabras y consejos como si vinieran del propio Jesús. Ya sabéis que muchas monjitas son harto ingenuas y se fían de cualquier cosa. Pues bien, habiendo visto este fray Nicolás que era considerado en tanta estima, y que todo lo que decía era tenido poco menos que por santo, no tuvo mejor idea que

aprovecharse de la credulidad de las muchachas para sacarle tajada al asunto. En realidad, muchas de ellas eran bonitas y le calentaban el seso, de modo que el muy pillo ideó una ingeniosa argucia para seducirlas, y nada menos que durante el propio acto de confesión. La artimaña era más o menos así: cada día las hacía entrar al confesionario una por una, escuchaba atentamente sus pecados y luego, cuando ya la monjita le había entregado su alma, fray Nicolás le confiaba haber recibido del Señor un favor muy prodigioso.

—Hija mía —les susurraba a través de la rejilla—, Dios Todopoderoso ha tenido la bondad de aparecerse ante mí en la hostia consagrada, y me ha dicho lo siguiente: «Padre Nicolás, las muchas almas que tú diriges en el beaterío son virtuosas y bienaventuradas. Pero muy en particular la de... (y aquí nombraba a la que tenía frente a sí en ese momento). Ella es tan perfecta que ya ha vencido todas las pasiones terrenales, menos la sensualidad, que mucho la atormenta por ser ella tan joven y saludable y tener gracias naturales que la excitan a los placeres de la carne. Por ello, en premio a su virtud, para que goce de la tranquilidad que no tiene en este mundo y se convierta en una criatura íntegra y ejemplar, te encargo que le concedas una dispensa en mi nombre diciéndole que puede satisfacer su pasión, siempre y cuando lo haga contigo, que eres hombre probadamente virtuoso, y que luego guarde silencio al respecto y no lo diga a nadie, ni aun a otro padre confesor, pues lo que haga no será pecado ante mis ojos, sino una manera de que cesen todas sus inquietudes y pueda su alma adelantar cada día más en el camino de la perfección».

Pícaro el hombre, ¿no creéis? Pues bien, toda esta larga parrafada la utilizó con trece de las diecisiete beatas que fueron a confesarse con él. A las otras cuatro las dejó tranquilas, no por ser generoso ni mucho menos, sino porque tres de ellas eran ancianas y la otra más fea que una lechuza.

El caso es que, pecado va y confesión viene, la mayoría de las muchachas se tragaron el anzuelo y empezaron a tener tratos amorosos con el fraile, y no una vez sino varias, que los asuntos de la carne son como la leche materna: basta que el bebé le coja el gusto a la teta para que ya no quiera soltarla. Así es que en las noches, cuando se apagaban las luces del beaterío, las monjitas dejaban sus cuartos sin echar la llave, fray Nicolás se metía como Pedro por su casa y al rato andaba de cabriolas encima del catre. Por supuesto, hay que decir que muchas de las beatitas se prestaban al juego con el mayor agrado, pues este Nicolás, amén de ser un fogoso varón, es hombre apuesto y muy delicado, tiene una gran cabellera negra, ojos azules y maneras refinadas. Pero además de eso, ¿de qué podían preocuparse las beatas si el mismo Dios Todopoderoso les había concedido su permiso?

Pues bien, así anduvo el fraile a toma y daca durante largo tiempo sin que ninguna de las muchachas dijera esta boca es mía. Pero como siempre ocurre, quiso la fortuna que una de ellas resultara más avispada que las otras. Era la más jovencita de todo el beaterío y llevaba casi tres años de amores con el fraile. Hasta ese momento se había prestado al juego como cualquier otra y con el ardor propio de su

edad. Pero de pronto un día, vaya a saberse por qué misteriosa causa, le empezó a remorder la conciencia y mudó de parecer. Entonces mandó a llamar a un comisario del Santo Oficio, y entre llanto y llanto se despachó de un tirón acerca de las mañas de su padre confesor. A partir de entonces, a fray Nicolás se le dio vuelta la tortilla. La muchacha contó en detalle hasta la última pillería del fraile, incluidos los embustes que decía en el confesionario, y de ese modo lo dejó desplumado como a una gallina. Por defenderse ella misma dijo que nunca había creído cierta la revelación divina, pero que había vivido deshonestamente durante tres años pues su carne era tan débil que no había conseguido evitarlo. Más tarde el comisario del Santo Oficio interrogó una por una a las demás beatas y confirmó el testimonio de la primera. Entonces despachó una guardia a la casa de fray Nicolás, lo cogieron de los pelos de la nariz y lo llevaron a un tribunal, no por lujurioso, que ése no es asunto que importe demasiado a la Inquisición, sino por haber dicho que el fornicio no es pecado a los ojos de Dios.

Pues bien, una vez que el fraile estuvo ante los jueces, le preguntaron lo de siempre: si sabía la causa de su prisión, si se reconocía culpable y varias cosas más que el Santo Oficio pregunta a todo el mundo antes de ir al meollo del asunto. El tal Nicolás no se hizo rogar y confesó que los hechos eran ciertos y que las beatas habían dicho la verdad, pero en cambio se emperró en afirmar que era inocente contra viento y marea. No sé lo que pensaréis vos, pero a mí me recuerda a aquel bobo de Coria que dejó preñadas a su madre y a sus hermanas y después andaba preguntando si aquello era pecado.

La cuestión es que cuando volvieron a preguntarle, fray Nicolás dijo que la revelación de Jesucristo a través de la hostia consagrada había sido enteramente cierta. Entonces el fiscal le preguntó:

—¿Pero creéis que es posible que Dios se revele a través de una hostia consagrada?

—El Señor, tal como sabréis, tiene el poder de revelarse como le venga en gana —respondió fray Nicolás.

—Estoy de acuerdo con vos, padre —le concedió el fiscal—. Pero entonces responded a esta sencilla pregunta, ¿cómo podría el Señor haberse revelado ante vos para concederos semejante dispensa? Según habéis afirmado a este santo tribunal, Él os dio licencia para tener tratos amorosos con las beatas, lo cual está expresamente prohibido por el sexto mandamiento. En consecuencia, decidnos: ¿cómo es posible que el Señor os otorgara permiso nada menos que para violar uno de sus mandamientos?

Fray Nicolás, que no es lerdo, le respondió así:

—Vuesa merced, tengo entendido que hay ciertas ocasiones en que el Señor, que es sabio y generoso, concede a sus hijos la facultad de actuar en contra de los propios mandamientos que Él ha ordenado. Sin ir más lejos, en las Escrituras hallaréis sobrada prueba de ello. Por ejemplo, Dios dejó que Abraham violara el quinto

mandamiento al permitirle quitar la vida a su hijo Isaac. Y también dispensó del séptimo a los israelitas, cuando los dejó que robasen los bienes de los egipcios.

—Sois muy astuto, fray Nicolás —le respondió el fiscal, que desconfiaba hasta de la sombra del fraile—. Sin embargo, no me parece que vuestra opinión sea la correcta. En los casos que acabáis de mencionar, intervienen ciertos misterios sagrados que incumben a la religión y a la esencia de la fe. Y yo sinceramente no creo que pueda decirse lo mismo del vuestro...

—¿Y por qué no? —Lo interrumpió tranquilamente fray Nicolás—. Tengo para mí que, respecto de las muchachas del beaterío, el Señor comprendió que era necesario tranquilizar sus conciencias, apaciguar los apetitos terrenales de esas trece almas virtuosas, y de ese modo conducir las a la perfecta unión con lo divino y lo sagrado.

En ese momento intervino otro de los inquisidores, que no se anduvo con tantos enredos y fue directamente al centro del asunto.

—Veamos, padre Nicolás —le dijo con cierto aire de malicia—. Habéis sostenido que fue el Señor quien os concedió dicha prebenda. Sin embargo, ¿no es bien raro que eligiera para ello justamente a trece jóvenes bien parecidas, y dejara de lado a las tres más viejas y a otra muy fea?

Sin que le temblara el pulso el fraile respondió:

—Lo dicen las Escrituras, vuesa merced: «El Espíritu Santo inspira donde quiere».

Aunque no lo creáis, aquello desconcertó un poco a los jueces. Va de suyo que nadie daba el menor crédito a los embustes de fray Nicolás, y que ninguno se había tragado una sola palabra de lo que había dicho, pero al mismo tiempo no sabían por dónde diablos pillarle el rabo.

El caso es que así continuó el juicio durante un buen rato, con los inquisidores tratando de pescarlo en falta, y fray Nicolás respondiendo según su parecer, siempre echando mano de los textos sagrados, que, como ya os habréis dado cuenta, interpretaba según su antojo y conveniencia. Pero al cabo los jueces ya no aguantaron más las idas y venidas del fraile y resolvieron ponerse más duros. A esas alturas llevaban unas seis horas de preguntar y preguntar en vano, y lo cierto es que a más de uno ya le resonaban las tripas de hambre. Entonces, viendo que fray Nicolás no daba el brazo a torcer, uno de los inquisidores se plantó en seco y le dijo:

—Padre Nicolás, ¿por qué os empeñáis en engañar a este tribunal? Deberíais saber que ninguno de los aquí presentes cree que estéis diciendo la verdad. Por eso, sería más saludable y provechoso para vuestra persona el que confesarais de una vez y os evitarais daños mayores. Sabéis de qué hablo, ¿no es así?

—¡Pero, vuesa merced —protestó el fraile—, os aseguro que todo lo dicho es la pura verdad! Yo nunca engañaría a este tribunal...

Entonces intervino otro de los inquisidores.

—Muy bien —dijo—. La elección es vuestra, padre Nicolás. Hasta ahora hemos

sido tolerantes con vos. Pero si preferís ser quemado como hereje a confesaros mentiroso, este tribunal no puede más que aceptar vuestra decisión.

Como os imaginaréis, mi buena señora, aquello puso fin a tanto rodeo y pareció amansar los bríos de fray Nicolás. Ya sabéis que el verse echado en la hoguera no le gusta a nadie. Sin embargo, el muy tozudo aún buscaba una forma de sacarle tajada al asunto. En un momento se puso de pie, y cuando todo el mundo pensaba que iría a soltar su confesión de cabo a rabo, miró a todos los miembros del tribunal y les rogó que le concedieran un día de tiempo para reflexionar. Los jueces aceptaron la petición de inmediato, pues saben que cuando eso ocurre tienen la mitad de la batalla ganada. Entonces firmaron el permiso, cerraron las actas y lo devolvieron a su celda. Allí estuvo el fraile toda la noche dándole vueltas a la cuestión, tratando de hallarle alguna salida, hasta que a la mañana siguiente regresó a la sala de audiencias, se puso de rodillas frente a los jueces y les dijo:

—Vuestas mercedes, lo sucedido aquí en el día de ayer me ha hecho revisar mi conciencia con más y mayor detenimiento, y debo decir que de resultas de ello me he dado cuenta del espantoso error en el que mi alma había caído hasta hoy. Sin duda, me he comportado como el peor de los ciegos al defender mi inocencia, cuando en verdad debí haberme arrepentido, confesarme culpable y pedir el humilde perdón de este sagrado tribunal. Yo tuve por cierta la aparición del Señor y la dispensa del sexto mandamiento, cuando en realidad se trató de una mera ilusión, un engaño del que he sido víctima a causa de mis torpezas. Mi culpa es como la de los judíos que crucificaron al Cristo por ignorancia, pues como ha dicho San Pablo en sus epístolas: «Si le hubiesen conocido no le habrían crucificado». He pecado, pues, por mero desconocimiento y por haber reputado por verdadero lo que no fue sino una alucinación de mi espíritu.

Los inquisidores se miraron entre sí, murmuraron algunas palabras y luego se volvieron hacia fray Nicolás con más recelos que un usurero genovés. En verdad no era difícil olfatearse la treta del fraile, que a toda costa pretendía caer de pie como un gato. Entonces uno de los jueces le dijo:

—Caramba, padre Nicolás, nos alegramos mucho de oír vuestro testimonio. No cabe duda de que, al habernos ofrecido vuestra confesión, habéis bajado un peldaño de la escalera del quemadero. Pero ahora permitidme daros un consejo: no seáis tonto y bajad los demás. Confesad a este santo tribunal que todo es mentira y también lo que acabáis de decir, y que la única verdad es que fingisteis la revelación del Señor tan sólo para satisfacer vuestra lujuria. En verdad, creemos que no sois un hereje, sino un simple mentiroso. Desde luego esto no os exime de vuestra falta, pero la confesión lisa y llana puede salvaros de una condena mucho mayor.

En ese momento el fraile, que de tonto no tenía un pelo, cayó en la cuenta de que el juez le estaba tendiendo una mano y se echó atrás en su testimonio. Ya se sabe que no todos los días puede uno salvar el pellejo de ese modo. Entonces alzó la cabeza ante el tribunal, agradeció la clemencia de los jueces y dijo:

—Muy bien, vuestras mercedes, supongo que ya no queda nada más por decir. En verdad me habéis cogido en falta y sé reconocer cuando estoy perdido. Sin duda habéis sido muy hábiles en descubrir mis engaños, pues he mentido de principio a fin. Ahora doy gracias a Dios al haber iluminado mi alma y ruego a este sagrado tribunal que tome mi verdadera confesión, la cual firmaré con gusto.

Dicho y hecho, fray Nicolás entregó su confesión a los jueces, firmó las carillas del proceso y luego se le dio sentencia: debía abjurar de todas sus afirmaciones, oír misa cuatro veces a la semana y rezar el padrenuestro veinte veces al día. Para bajarle los ardores amorosos el tribunal le impuso abstenerse de comer carnes rojas, amarrar sus vergüenzas con una cuerda para evitar el paso de la sangre y beber una vez a la semana un preparado de ruibarbo, hojas de amapola, regaliz y mejorana, que según dicen es capaz de quitarle las ganas a un toro en celo. Por supuesto, se le privó de confesar mujeres de por vida, y para asegurarse de que cumpliera todas estas reglas, se le encerró durante cinco años en un convento de los capuchinos de Valencia, a los que pertenecía antes de que lo juzgaran.

Pero entonces, ¿os preguntaréis qué demonios hace encerrado aquí, en los calabozos de la Inquisición? Pues aunque os parezca mentira, él mismo lo ha elegido de ese modo. Cuando supo que tendría que pasarse cinco años de penitencia entre los capuchinos, le rogó a los jueces que le cambiaran la pena y lo enviaran a cualquier cárcel del Santo Oficio por ese mismo período. Los jueces le preguntaron el por qué de semejante elección, que nadie en su sano juicio preferiría un calabozo antes que la compañía de sus propios hermanos de hábito. ¿Y sabéis lo que les respondió fray Nicolás? Pues que ellos mucho sabrían de procesos, leyes y teologías, pero que no tenían idea de lo descarados, escandalosos e insolentes que eran los capuchinos con los frailes de mala conducta como él.

—Yo he sido fraile de esa orden durante muchos años —me explicó un día—, y sé mejor que nadie la caridad que usamos con los descarriados: todos los días los tenemos a pan y agua, los condenamos a ser el último fraile en todos los actos religiosos, les metemos alfileres en el colchón y los azotamos una vez a la semana haciéndolos pasar por entre dos filas de hermanos que les zurrán el lomo a baquetazos. Por eso, mi querido amigo, a mí déjame de conventos. Te aseguro que en estos calabozos se está mejor.

Y eso es todo, mi señora. Ahí está ese fray Nicolás, encerrado entre estos muros desde hace tiempo, y os puedo asegurar que más dócil que un cordero. Por fortuna se le han apagado los fuegos amorosos, aunque a decir verdad, de cuando en cuando hay que darle una ración doble de ese brebaje del que os hablé más arriba.

Es un hombre algo extraño, ¿verdad? En mi opinión, lo más raro de todo es que le diera por conquistar monjitas, que siempre están tapadas hasta el cuello y no despiertan la menor tentación. Yo le he preguntado el por qué de semejantes preferencias, y ¿sabéis lo que me ha respondido? Pues que a él le apetece la hembra tal como ha venido al mundo, sin tantos adornos ni afeites que le ensucien el rostro.

—Mira —me dijo una vez—, en estos tiempos la mujer se ha puesto demasiado coqueta para mi gusto: si la quieres besar te embarras los labios de tanta pintura, si la quieres acariciar está toda llena de ungüentos y cremas, luego se echa tanto perfume que te hace hormigüear las narices y, por fin, si le quitas el vestido no hallarás sino puras maderas, amazones y ballenas que le sostienen el talle. Además, usan tantas lejías para aclararse los cabellos y tantos polvillos en el rostro que de lejos parecen un muro encalado. Pero lo peor del caso es que si les quitas todo eso hallarás debajo a un pajarraco feo, flaco, sin carnes, metido en años y con el pellejo roído por las viruelas. En cambio, las monjitas siempre andan a cara limpia. No se les permite usar coloretos ni arreboles de ninguna clase, de modo que cuando una de ellas es bonita lo es en serio y sin engaños. Además, tampoco es bueno enredarse con mujeres de gran belleza. La hembra, cuando es muy hermosa, acaba por esclavizar al hombre, lo arrastra a la perdición, lo lleva de las narices cual si fuese mula de tiro. Y eso no sucede con las monjitas, pues uno las visita en el convento, se huelga con ellas cuanto quiere y luego si te he visto no me acuerdo...

Vaya frailecito, ¿no os parece? Pero no penséis que es el único que se conduce de ese modo. Aquí entre nosotros, mi señora, cada dos por tres cae en estos calabozos algún frailuco libertino y mujeriego, de esos que andan enhiestos todo el santo día y que al ver una falda se les vuela la sotana. Si echáis una mirada a los conventos y casas de reclusión, veréis a decenas de ellos revoloteando entre las monjitas y dando materia para la murmuración. Pero en donde más le sacan jugo al asunto es en los confesionarios. Cada vez que una mujer va a confesarse, y más aún si es guapa y atractiva, no sabe si del otro lado tiene a un cura o a un donjuán. ¿Que aún os parece cuento? Pues veréis, tanto abundan esos frailecillos de sotana ligera que no hace mucho, en la parroquia de aquí a la vuelta, habían puesto un cartel que rezaba más o menos así: «Por cuanto en esta parroquia, durante la feria de agosto, suelen venir muchos fieles a confesarse, y hay ciertos curas que toman confesión a las mujeres en los fondos de la parroquia, detrás de las arboledas y en horas no convenientes, lo cual puede darse a escándalo, se manda dar fin a esa costumbre, y que de hoy en adelante el acto de confesión sea celebrado en el interior del claustro y en horas prudentes».

Lo cual, señora mía, en buen romance quiere decir que algunos frailes llevaban a las mujeres hacia las arboledas, y so pretexto de confesarlas se revolcaban con ellas que daba gusto. ¿Los podéis imaginar acaso? Figuraos a esos rechonchos y fogosos curitas haciendo el macho cabrío por entre las faldas de las hembras, y las pobrecillas dejándolos hacer, pues luego del fornicio vendría la absolución, que no es pecado hija mía, que Dios nos vigila y nos da su permiso, o como decía uno de esos pillos que nunca faltan, que la fornicación no es pecado si no llega a hacerse siete veces en un día. Vaya picaros, ¿no creéis? Pero así está el mundo y no hay nada que hacerle.

En fin, espero que os hayáis entretenido con mi carta, si es que no os habéis sonrojado con tanto palabrerío subido de tono. Espero volver a escribiros en cuanto pueda hacerlo. Recibid mis buenos deseos y hasta la próxima.

CAPÍTULO 13



¡Por todos los cielos, mi señora! ¡Ha ocurrido una desgracia! ¡Una espantosa desgracia! ¡Disculpad mi agitación al escribiros, pero hoy en la mañana todo este edificio ha amanecido patas arriba! No sé cómo explicaros lo que ha pasado, que aún me siento aturdido y la cabeza me da vueltas y más vueltas, pero creo que si tenéis algo de paciencia y Dios me da su ayuda, acaso podré hacerlo con algún detalle y sin extraviarme demasiado. Sólo espero que no me traicione el pulso al escribir esta carta, y no por torpeza o mala voluntad, sino porque hace horas que mis manos no paran de temblar.

Pues bien, el caso es que me hallaba esta mañana en mi lecho roncando a pierna suelta, pues aún no había amanecido, cuando de pronto sentí que alguien me tomaba del hombro y me zamarreaba con gran fuerza. Al principio creí que se trataba de un sueño, o quizá de una pesadilla, pero al abrir los ojos advertí que era uno de los guardias del edificio que custodian la puerta de entrada. Por lo visto, fuera debía de estar lloviendo a cántaros, pues el pobre tenía los cabellos empapados y le caía el agua por todas partes.

—¡Vamos, levántate! —me gritó a voz en cuello.

—¿Pero qué te ocurre? —Contesté medio dormido—. ¡Déjame dormir, que aún no ha salido el sol!

—¡Vamos, hombre! —Insistió el guardia—. ¡Levántate de una vez y ven a ver lo que hay fuera!

Entonces, visto que la cosa debía de ser de cuidado, salté del catre como un gato,

me eché algunas ropas encima y ambos fuimos corriendo hacia la entrada del edificio. Al abrir la puerta vi una turba de gentes que se apretujaba en medio de la calle. Estaban todos muy agitados, miraban hacia el suelo y chillaban de miedo como si hubieran visto al mismísimo demonio frente a sus propias caras. Entonces caminé hacia allí, me abrí paso entre el grupo a empujones, ¿y qué creéis que vieron mis ojos en medio de la calle? Pues nada menos que el cuerpo de fray Gregorio arrojado sobre la tierra, y bien muerto que estaba el pobre.

¡Dios Santo, mi señora! Os juro que en ese momento se me aflojaron las piernas del susto y casi me voy al suelo. Tuvieron que cogirme de un brazo para evitar que cayera. Una vez más creí que eso sería parte de un sueño, pero un rato después, cuando pude recobrar me, vi con toda crudeza que era cierto. Pese a que aún no había mucha claridad, noté que el cuerpo de fray Gregorio estaba todo enlodado y tenía los cabellos bañados en sangre, como si alguien le hubiera acertado un buen golpe en la mollera. Uno de los que estaban en medio del grupo me contó que una hora atrás, cuando aún estaba oscuro del todo y no había ni un alma alrededor, había visto pasar a cuatro o cinco hombres que se detuvieron frente a las puertas del edificio, arrojaron algo sobre la tierra y siguieron su camino. Al principio creyó que se trataría de algún animal, quizás un cordero o tal vez un puerco no muy grande, pues cada vez que se muere alguno las gentes suelen echarlo lejos de sus casas para evitar el mosquerío y los malos olores. Pero cuando empezó a clarear el día y se acercó a donde estaba el bulto, casi se muere al descubrir que aquello era el cuerpo de un hombre, y peor aún, el de un fraile, pues aunque estaba embarrado de pies a cabeza aún se le adivinaba la sotana. En ese mismo momento el hombre se puso a correr del susto y dio tantos gritos que alarmó a la manzana entera. Presto salieron todos los vecinos a ver lo que ocurría y se quedaron boquiabiertos al encontrar el cadáver. Después alertaron al guardia del edificio, que fue el que me arrancó de la cama, y el resto ya lo sabéis.

¡Virgen Santísima! Os diré que no sé quién espantaba más, si el cuerpo del fraile o el enjambre de gentes que se había formado a su alrededor, pues más de uno se había puesto blanco del susto y parecía un fantasma.

Pero lo peor del caso era el estado en que se hallaba el cadáver del pobre fray Gregorio. ¡Menuda paliza le habrían encajado! Cuando me arrodillé junto a él vi que estaba casi como un espantajo: tenía todo el rostro lleno de moretones y magulladuras, algunos mechones de cabello arrancados de raíz y unos cuantos dientes rotos en la boca. Sin duda lo habían apaleado con saña, pues además, al palparle el pecho y los brazos noté que tenía la sotana hecha jirones y varios huesos descalabrados. Estaba, lo que se dice, hecho un estropajo.

Poco más tarde llegó fray Hernando a la carrera, y al ver al padre Gregorio allí, hecho un revoltijo de barro y sangre, le vinieron tales mareos que casi se desploma sobre la tierra. Alguien trajo unas sales para reavivarlo y por fortuna se compuso enseguida, pero estaba tan aturdido que aún no lograba tenerse en pie. Poco después se inclinó sobre el cuerpo del muerto, lo cogió entre sus brazos y comenzó a besarlo

en la frente mientras le saltaban las lágrimas de los ojos. No imagináis lo acongojado que estaba fray Hernando. No decía una palabra y se aferraba a las ropas de fray Gregorio como si fuera una madre con su hijo. Si no me falla la memoria, creo haberos contado alguna vez que los dos han sido uña y carne desde que trabajan aquí, de modo que ya os imaginaréis el dolor que estaría sintiendo el pobre de fray Hernando. Por cierto, yo lo veía allí, en medio del aguacero, echado con toda su enorme humanidad sobre fray Gregorio, y creedme que también sentía ganas de ponerme a llorar como un niño.

Media hora después llegó un carro tirado por dos bueyes y de él bajaron un médico y su asistente. De mil maneras debieron rogarle a fray Hernando que soltara el cuerpo de su compañero. Cuando al fin pudieron convencerlo, el médico revisó el cadáver de arriba abajo, anotó algunas cosas en una libreta de mano y por fin mandó a que lo subieran al carro, pues, según dijo, él mismo se encargaría de llevarlo al campo santo para que le dieran cristiana sepultura.

¡Caray, mi buena señora! Os podría jurar que aquello fue un golpe durísimo para todo el mundo. El día entero el edificio estuvo lleno de pesares y lamentos, pues, en verdad, el padre Gregorio siempre ha sido amado y tenido en gran estima por todos los que trabajan aquí. Pero además, hubo gran jaleo entre los propios inquisidores, pues a poco de saberse la mala nueva, comenzaron a llegar oleadas de jueces, doctores, escribanos y demás funcionarios del Santo Oficio que no podían creer lo que había sucedido.

Ya en horas del mediodía el edificio entero se había puesto como hormiguero. Todo el mundo hablaba, gritaba y corría como loco de un lado para otro. Más de uno lloriqueaba sin consuelo en algún rincón o en el fondo de algún pasillo. Entretanto, yo no daba abasto con mi trabajo, pues no sólo debía ocuparme de las faenas de siempre, que ya conocéis de sobra, sino también de atender las necesidades de cada uno de los inquisidores, que ve para allá Felipe, que llévame esto, que búscame aquello, que tráeme lo de más allá y todas esas cosillas típicas de mandadero. En una de tantas idas y venidas me enteré de algo que me dejó helado. Pasaba yo a través de uno de los corredores, cuando oí que dos secretarios estaban cuchicheando algo acerca de fray Gregorio y de no sé qué turba de judíos marranos que se la tenían jurada desde hacía tiempo. Os confieso que aquello me picó la curiosidad, así que me paré detrás de un muro, afilé la oreja y los escuché decir que, en realidad, al pobre fray Gregorio se lo habían cargado unos judíos que lo tenían entre ceja y ceja desde hacía rato, y que de algún modo el propio fraile se lo esperaba, pues algunos años atrás, en un proceso por sospechas de herejía, había juzgado y mandado al quemadero a varios de esa secta. Parecía ser que desde entonces algunos judíos habían estado esperando el momento oportuno de cobrarse la cuenta y, si me permitís el atrevimiento, bien que se la cobraron el día de hoy.

Con todo, yo no sé si la historia será verdadera, pues como suelen decir por ahí, los rumores de un pelo cuelgan. Pero si queréis conocer mi humilde opinión, no me

extrañaría que ése fuera el motivo de la paliza. Por desgracia no es la primera vez que sucede algo semejante en estos reinos. Yo sé de un caso parecido que ocurrió en Aragón hace algunos años. Trabajaba allí un inquisidor de nombre Escobedo, a quien, según era fama en toda la ciudad, se le iba la mano en esto de apretarle el cogote a los judíos. Parece ser que el hombre era cruel y despiadado por demás, pues hacía enjaular a todo el mundo ante la menor sospecha, juzgaba a toda prisa y mandaba reos a la hoguera como quien va a comprar el pan. Tales rabias despertó la cosa, y sobre todo entre los judíos más levantiscos, que algunos se armaron de coraje y resolvieron tomarse revancha. Ya se sabe que estos arrebatos de cólera no son buen remedio, pero estas cuestiones siempre despiertan odios y rencores, y cuando eso ocurre no hay medias tintas. El caso es que los judíos no se anduvieron con muchas vueltas y decidieron liquidar al fulano lo antes posible. Sin embargo, resultó que el tal Escobedo tenía a unos cuantos soplones a sueldo en la ciudad, de modo que en unos pocos días se enteró de la que se le venía encima. Con todo, era terco como una mula, así que no sólo se mantuvo en sus trece, sino que además empezó a hacer alardes de su oficio diciendo que él era un instrumento de Dios, que juzgaba guiado por el Espíritu Santo y que los muchos judíos que había mandado a la hoguera en los años anteriores bien quemados que estaban, pues de todos modos eran pecadores y se merecían el infierno. Viendo tal cosa, y tratando de hacerlo entrar en razón, hasta sus propios compañeros le aconsejaron que se largara de la ciudad y no volviera hasta que se aquietaran los ánimos. Pero estaba visto que el tal Escobedo no tenía la menor intención de echarse atrás. Claro está que por las dudas, y para cuidarse el pellejo ante cualquier imprevisto, empezó a llevar una gruesa cota de malla bajo la sotana y un casquete de acero oculto bajo el gorro. Pero a fin de cuentas no le sirvió de mucho, pues ya sabéis cómo suele ser la guadaña de la Parca en estas cuestiones: uno nunca la toma en consideración hasta que se aparece donde menos se la espera. Pues bien, una de tantas mañanas el tal Escobedo se hallaba oyendo misa en una iglesia como todos los días. Estaba arrodillado junto a una columna, y por las dudas tenía una cachiporra apoyada entre las piernas. Todo iba bien y nadie esperaba que hubiera problemas, pero de repente se le acercaron tres hombres por detrás y lo rodearon sin decir palabra. Al verse en medio de ellos, Escobedo trató de coger la cachiporra y levantarse del suelo, pero ya los tenía muy encima y no acertó siquiera a ponerse de pie. La cuestión es que le encajaron un tal garrotazo en la mollera que el casquete de hierro voló por los aires. Luego le dieron un segundo garrotazo que lo dejó sin sentido, y por fin, como para rematar el asunto de una vez por todas, le enterraron un puñal de acero entre las costillas. No necesito deciros que el pobre quedó seco sobre las losas del suelo.

Pero la cosa no terminó allí. Como os imaginaréis, el Santo Oficio no se quedó de brazos cruzados y mandó organizar una redada general en toda la ciudad. En unos pocos días prendieron de los pelos a casi una veintena de hombres —dicen que hasta un sobrino del rey estaba metido en el asunto—, y los arrastraron por las calles

amarrados a una cuerda, a continuación les cortaron las manos, los ahorcaron, trozaron los cadáveres y los pusieron en los sitios públicos a modo de escarmiento para que todo el mundo los viera.

De modo que ya lo veis, mi buena señora, a veces ni siquiera los propios inquisidores se libran. Esto que ha ocurrido con el padre Gregorio ha levantado las fiebres de todo el mundo, hasta tal punto que muchos empiezan a tener miedo por lo que les pueda suceder. Aquí trabajan varios jueces que han despachado a gran cantidad de herejes al otro mundo, y quién sabe cuántos de esos herejes tendrán familiares o amigos que estarán con ganas de venganza, mordiéndose los codos de rabia y esperando el momento oportuno de ajustar sus cuentas en algún callejón oscuro. Es por eso que nadie en todo el edificio ha quedado tranquilo a partir de lo que ha ocurrido. Tanto es así que hoy mismo, poco después del mediodía, el propio padre Fermín hizo llamar a todos los inquisidores, los reunió en un salón y les rogó que en estos días anduvieran con los ojos bien abiertos y pusieran gran cuidado en los sitios adonde fueran a meterse. Además, les ordenó que se mandaran a hacer una cota de malla con el herrero de la ciudad, pues cualquier cosa podría ocurrir a la vuelta de la esquina. También les dijo que evitaran salir de noche, que fueran siempre acompañados por algún criado y que, por las dudas, ya que la muerte podía presentarse en cualquier forma, se hicieran de un cuerno de unicornio, pues según es fama esas cosas tienen virtudes milagrosas para atajar los efectos del veneno.

En cuanto a vuestro Felipe, pues allí lo tenéis, hundido hasta el cuello en todo este berenjenal. Si queréis saber la verdad, yo también me siento algo triste por lo que ha sucedido, pues el padre Gregorio era un hombre generoso y siempre me trataba con gran cariño. Ahora sólo espero que el Señor le dé un buen lugar en el cielo para que pueda descansar a gusto y olvidarse de las miserias de esta Tierra.

Y ahora dejadme haceros una pequeña confidencia, pues si hay algo que me ha tenido a maltraer el día de hoy es el pobre fray Hernando. Por la tarde he ido a su cuarto a conversar un rato con él. Ya estaba casi anocheciendo y se había calmado un poco la agitación del día, de modo que pensé hallarlo un poco más tranquilo. Pero al cruzar la puerta de su cuarto lo hallé sentado en su silla y con los ojos tan irritados que me pareció que habría estado llorando el día entero. No os imagináis la pena que me dio el verlo de ese talante. Ya os he dicho que es un hombre de figura enorme y tan gordo como un buey, ¿no? Pues bien, ahora parecía justamente eso, un gran buey enfermo y achacoso a punto de morir. ¿Habéis visto a algunas de esas bestias cuando están cercanas a la muerte? A fe mía que dan más pena que un cristiano. Se echan sobre algún pedazo de tierra cualquiera, respiran pausado, tienen la mirada perdida y ya ni siquiera se espantan las moscas a coletazos. Jamás los oiréis quejarse ni berrear, pero en sus ojos veréis algo extraño, como una cierta pesadumbre que es anuncio de la muerte.

Pues bien, así estaba el pobre de fray Hernando hoy en la tarde, como un gran buey moribundo, con los mofletes hinchados y el rostro pálido como el de un

ahorcado. Al acercarme a él le pregunté:

—¿Podría hacer algo por vuesa merced?

Al oír mis palabras fray Hernando pareció volver en sí y me sonrió con dulzura, pero era una de esas sonrisas que esconden una gran pena en el alma.

—Estoy desolado, Felipe —me dijo mientras me invitaba a sentarme en una silla—. Tú sabes que yo quería mucho al padre Gregorio. Era de las pocas personas en quien podía confiar en este mundo de engaños y miserias. Es cierto que discutíamos y teníamos algunas diferencias, ¿quién no las tiene en este oficio? Pero él era un hombre sabio y de buenas intenciones.

Yo me acomodé en mi silla y con cierta timidez dije:

—He oído por ahí que lo mataron unos de la secta judía. Dicen que por venganza o algo de esa guisa. ¿Es eso verdad, vuesa merced?

—¿Quién sabe, Felipillo? —Respondió fray Hernando—. Es posible, pero también puede que fueran tan sólo unos rateros a quienes se les fue la mano. En todo caso, si se trató de un grupo de judíos, pues que Dios los perdone. Puedo asegurarte que fray Gregorio jamás ha sido injusto ni ha dictado una condena sin fundamento. No digo que no pudiera cometer errores, pero su intención siempre ha sido buena. Si por desgracia unos pobres pecadores han acabado en la hoguera, puedes confiar en que no ha sido por culpa de fray Gregorio. Él no ha hecho más que cumplir con su deber y con las leyes de este reino —hizo una pequeña pausa para respirar y luego dijo—: Pero en fin, ahora el Señor se lo ha llevado para siempre, y sólo espero que pronto haga lo mismo conmigo.

Fray Hernando hablaba muy despacio y con la voz desgarrada. A cada momento se sonaba las narices con un pañuelo todo arrugado y empapado en lágrimas. Creedme, señora mía, el verlo de ese modo me daba gran tristeza, pues en los años que le conozco jamás lo he visto quejarse de nada, y menos aún pedirle al Señor que se lo lleve de este mundo pues, así como lo veis, siempre ha sido hombre jovial y gozoso de las cosas de la vida.

—Vuesa merced no debe hablar de ese modo —murmuré—. Sólo dice esas cosas porque está apesadumbrado.

—No, Felipillo —dijo fray Hernando—, te aseguro que no es solamente por eso. La muerte del padre Gregorio me ha hecho pensar una vez más en algo que llevo dentro desde hace muchos años...

—¿En qué, vuesa merced? Si puede preguntarse...

Fray Hernando se tomó un respiro y dijo:

—Pues, si quieres saber un secreto de mi parte, la verdad es que yo jamás debí haber sido inquisidor.

—Pero, vuesa merced, ¿qué cosas son ésas?

—Como lo oyes, Felipillo. Sé que te parecerá extraño, pero hace tiempo que vengo pensando en ello. Para ejercer este oficio se necesita de una voluntad y un carácter que yo no tengo. Mis fuerzas flaquean cada vez más. Me siento viejo y

cansado, y a medida que pasa el tiempo me pregunto con mayor insistencia qué es lo que estamos haciendo mal. Dímelo tú, Felipe, dime por qué el Señor se muestra tan ingrato con nosotros. ¿Es que no cumplimos piadosamente nuestras obligaciones? Es posible que yo sea un mal inquisidor y no merezca premio alguno. Sin embargo, para otros que trabajan con gran celo y vigor, como el padre Gregorio, por poner un ejemplo, ¿no hay tampoco recompensas?

Ah, señora mía, líbreme Dios de responder tales preguntillas, que se espanta uno de sólo escucharlas. ¿Cómo demonios podría saber yo de esas cuestiones que son para teólogos y doctores? Si al menos fuera bachiller o licenciado otro gallo cantaría. Pero ya sabéis cuán bruto y corto de genio he venido a este mundo, de modo que miré a fray Hernando, me encogí de hombros y dije:

—Yo no sabría cómo contestar a eso, vuesa merced. Apenas soy el carcelero de aquí...

Fray Hernando me lanzó una mirada llena de compasión y dijo:

—Pues no lo creas, Felipillo. Quizás el Señor revele sus verdades más profundas a las gentes como tú, almas simples y puras cuya fe no está contaminada por la duda y el descreimiento...

Yo casi no entendí lo que decía, que eso de dudar, sólo dudan los que saben, y no vuestro Felipe, que si apenas sabe nada pues qué cuernos va a estar dudando. Pero más allá de esas cuestiones me pareció que fray Hernando debía sentirse muy apenado, y no sólo por la muerte del padre Gregorio, sino también por sus muchas preocupaciones y temores como inquisidor. Poco después me dijo que a veces, en su intimidad, cuando se hallaba solo y abatido por las amarguras de su oficio, se preguntaba una y otra vez acerca de si estaba en la vía correcta, si su trabajo como inquisidor, que trataba de cumplir con la paciencia y celo de un mártir, sería en verdad bueno y saludable para la fe cristiana, o si acaso todo el rebaño de fieles ya se habría perdido y apartado del mensaje original, siendo él sólo una oveja más, tan ciega y extraviada como las otras. Luego me dijo que en ocasiones hablaba con Dios y le preguntaba si su hijo Jesús, o los apóstoles, o los Santos Padres de la Iglesia, verían con buenos ojos el proceder de los jueces y ministros del Santo Oficio. Sabía que la Inquisición era necesaria, que en tiempos de tanta impiedad era preciso mantener la fe y salvar el orden público. ¿Pero no se erraba el camino al combatir la herejía como si de una peligrosa gangrena se tratara? ¿No se estaba devolviendo acaso sangre con sangre, cuando Cristo había enseñado a poner la otra mejilla y a amar a nuestros enemigos? Menudo enredo, ¿no os parece?

—¿Comprendes por qué no quería ser inquisidor? —me preguntó después—. Tantas desgracias, tantos sufrimientos, tantos sinsabores y penurias, ¿y todo para qué? Ahora ya nadie podrá devolvernos al hermano Gregorio... Quizá debí haberme quedado en mi convento y jamás aceptar este cargo.

Luego se calmó un poco, le llevé un vaso de vino y aquello le devolvió algo de color a su rostro. Nos quedamos charlando un rato más, hasta que cerca de una hora

después alguien se asomó a su cuarto y le recordó un compromiso que debía liquidar fuera del edificio. Fray Hernando se puso de pie, me estrechó la mano y salió del cuarto andando a paso de tortuga. Os juro que, de no ser porque debo estar aquí haciendo mis tareas, lo hubiera seguido hasta el fin del mundo si fuera el caso, pues tan maltrecho estaba el pobre y tanto le flaqueaba el andar que temí fuera a derrumbarse por el camino.

De modo que ya lo veis, mi señora, todo esto del padre Gregorio ha causado más de un desvelo entre los inquisidores. Que éste se ha alarmado hasta el tuétano, que el otro se ha puesto a llorar como una Magdalena, que el de más allá deberá andar con pechera de hierro si no quiere que le remachen las costillas de un sablazo. Y el asunto ha quebrado también al pobre de fray Hernando, que le ha dado por tomarse a pecho los entuertos de su oficio y ahora quién sabe por cuánto tiempo andará sufriendo y atormentándose por ahí. Ya veis que en los momentos desgraciados hasta el más piadoso afloja el tiro. Por eso vuestro Felipe nunca se haría sacerdote. A mí que me dejen con lo mío, que es bien sencillo y de pocos tropiezos, pues meterse a cura y luego andar haciéndose preguntas, o perder el sueño, o hacerse mala sangre por si Cristo esto o si Cristo lo otro, eso dejadlo para los demás. En fin, como dicen por ahí, a quien le caiga el sayo que se lo ponga, y la verdad es que a mí el sayo de fraile no me cae ni pintado.

Y ahora me despido de vos y os deseo una dulce noche.

CAPÍTULO 14



«**B**éseme de besos de su boca, porque buenos son sus amores más que el vino».

¿Os gusta, mi señora? Pues me lo ha enseñado el judío Martín hace unos días. Dice que son versos que compuso aquel fray Luis de León de quien ya os he hablado antes, ese que enseñaba en la universidad y escribía poemas y no sé qué otras cosas más que al final lo llevaron a la cárcel.

Por desgracia no recuerdo cómo siguen los versos, pero en verdad que suenan bonitos, ¿no lo creéis? El judío Martín me ha dicho que, en realidad, no los compuso el propio fray Luis, quiero decir, que no salieron de su propia pluma, sino que pertenecen a una obra que se llama *El cantar de los cantares* o algo parecido. Lo que hizo el fraile, que también era sesudo en cuestión de idiomas y lenguas, fue ponerlos en español, pues estaban escritos en hebreo, que es el idioma natural de los judíos. Según dice Martín, fue por ese asunto que la Inquisición lo mandó coger de las orejas y lo tuvo cinco años en un calabozo. Parece cosa de cuento, ¿verdad? Ya se echa de ver que en esos tiempos los jueces no se andaban con vueltas a la hora de pescar herejías. Pero ése no es todo el asunto. El pobre de fray Luis también se metió en líos por escribir no sé qué cuestiones relacionadas con la Biblia. No me preguntéis de qué se trataba exactamente, pero según pude entender, tenía la costumbre de hacer comentarios y anotaciones a las Escrituras, todas ellas muy atinadas y de mucho genio, por supuesto, pero para ello se valía de una Biblia hebrea en vez de una latina, y eso le trajo acusaciones y cacareos de parte de algunos doctores que lo tildaron de judaizante. Me dijo Martín que eran cosas de no mucha importancia, y que en su

opinión eran del todo inocentes, pero el caso es que algunos de los doctores lo denunciaron al Santo Oficio, luego le hicieron proceso por herejía, y de resultas de ello el pobre se tuvo que tragar cinco años a la sombra.

Y a todo esto, ¡caray que son mañosos algunos teólogos! ¿No creéis? Cuando se ponen duros en su oficio no hay huevo al que no le hallen pelo. Y si no decidme: ¿por qué diablos ponerse a regañar porque éste usa una Biblia tal y el otro una Biblia cual? Eso más bien suena a cosa de lunáticos, ¿no os parece? Yo no soy quién para hablar de estas cuestiones, que la única vez que tuve una Biblia entre mis manos fue cuando era monaguillo, y la tomé para arrojársela a un perro que estaba haciendo sus aguas al pie del altar de la Iglesia. Pero decidme una cosa: ¿no es que hay una sola Biblia para todo el mundo? ¿Qué puede tener de diferente si está escrita en latín, en hebreo o en gitano? Según yo sé desde que era niño, parece que el Señor se la dictó a unos fulanos hace muchísimo tiempo y que ellos la copiaron palabra por palabra y letra por letra, de modo que no hay porfía que valga, pues a menos que alguno estuviera borracho, cosa que dudo, pues dicen que eran gentes muy santas, cada uno la escribió parejito y sin cambiar ni una oración. Pero en fin, vaya a saber cómo será este asunto. Sea como fuere, la cuestión es que al pobre de fray Luis le endilgaron la acusación y los años de encierro. Así que ya veis, mi buena señora, en estos reinos más vale cerrar el pico y pasar por mudo antes que abrirlo y ganarse la cárcel.

Pero os hablaba hace un rato del judío Martín, y no por mero capricho, sino porque en la noche de ayer fui a verlo a su calabozo una vez más para que me diera sus clases. Como suelo hacer siempre que puedo, le he llevado un tazón de leche caliente y unos pocos bizcochos que alcancé a coger en los depósitos de la cocina. Y a propósito de ello, espero que la Zunilda nunca descubra la falta, pues de seguro me ganaría una buena paliza de su parte.

Pero volviendo al judío Martín, os diré que al verlo ayer en la noche me llamó la atención la gran palidez de su rostro. No sé yo qué demonios le estará ocurriendo, pero a fe mía que el pobre está cada día más desmejorado y enfermo. Tiene la piel reseca, los ojos llenos de legañas y no para de temblar de la mañana a la noche. Los médicos le han recetado una de esas pócimas curalotodo que le devuelven la vida a un muerto, pero ni aun así ha tenido mejoría. Él mismo asegura que son la humedad y el frío del calabozo los que lo tienen a maltraer, y que mientras no salga de allí no habrá purga ni brebaje que le sirva de remedio. Para colmo de males, cuando entré a la celda estaba dale que dale rascándose todo el pellejo.

—¿Qué te ocurre? —le pregunté—. No me vendrás con que también te ha dado el sarampión, ¿verdad?

—¡Qué sarampión ni qué ocho cuartos! —Rezongó Martín—. ¡Son pulgas! ¡Hay a millares en este catre! Te aseguro que ya no me queda parte del cuerpo sin picadura.

—Pues no deberías quejarte —le dije—. Yo he tenido hasta culebras metidas en el colchón.

El judío sonrió con ganas pero sin dejar de rascarse. Entonces le prometí que al

día siguiente volvería por su colchón, lo sacaría al sol y le echaría un poco de esas lejías que matan a cualquier sabandija por más dura que sea. Martín agradeció el gesto, y mientras seguía rascándose por detrás de las orejas me dijo:

—Pues espero que no te olvides. Un día más y las pulgas me llegarán hasta el hueso.

Yo reí también de la broma y le aseguré que no me olvidaría, que mañana mismo a primera hora estaría allí por su colchón. Pero en realidad, mi señora, no os he escrito para hablaros de estas cosas que imagino tendréis por meras tonterías, sino de algo mucho más serio, y es que ayer mismo, aunque os parezca imposible de creer, vuestro Felipe ha terminado de escribir sus primeros versos. ¡Sí, como lo escucháis! Apuesto a que no os imaginabais semejante sorpresa, ¿no es verdad?

Pues os juro que es cierto. Anoche mismo, bien tarde, luego de haberme roto el seso durante horas y de haber escrito y borroneado no sé cuántas palabrejas, al fin he acabado un pequeño poema. No es gran cosa, por supuesto, y ya adivino vuestra sonrisa al pensar en las muchas locuras y disparates que habrá puesto vuestro Felipe sobre el papel. Pero dispensad a este pobre cristiano de vuestras burlas y no os riáis de sus torpezas, pues como ya sabéis, lo único que pretende es alegraros el corazón.

El caso es que, una vez terminado el poemilla de cabo a rabo, como os decía, fui hacia la cocina por leche y bizcochos y luego salí a todo correr hasta el calabozo de Martín para enseñarle el poema y preguntarle cuál era su opinión. Tan ansioso estaba que casi vuelco la leche por el camino. La cuestión es que al llegar a la celda pasé la leche y los bizcochos por entre los barrotes, y luego le dije:

—Tengo una sorpresa para ti. He terminado un poema.

—¡Enhorabuena! —Exclamó el judío—. ¡Déjame verlo!

Entonces le acerqué el papel, Martín lo cogió por entre los barrotes y se estuvo un buen rato leyéndolo con gran cuidado. Cuando acabó de hacerlo se volvió hacia mí y dijo:

—Tu letra es verdaderamente horrible. Te aconsejo que aprendas a manejar la pluma con más prolijidad.

—Sí, sí —dije con gran ansiedad—, pero olvídate de esas cosas y dime qué te parecen los versos.

El judío enarcó las cejas, los leyó detenidamente una vez más, y se tomó un tiempo para darme una respuesta. Creedme, señora mía, que en ese momento vuestro Felipe se sentía tan inquieto y nervioso como un niño al que han pillado en falta. Una y otra vez yo miraba a Martín a los ojos mientras leía y trataba de adivinarle algún gesto, algún mohín que me dejara entrever lo que pensaba. No sé si era mi imaginación, pero a juzgar por lo que se veía, debo decir que no podía abrigar muchas esperanzas, pues el judío meneaba la cabeza, chasqueaba la lengua, se tomaba la barbilla y seguía dándole vueltas al asunto sin soltar una sola palabra.

Por cierto, ya empezaba a reprocharme yo el haberle ido con semejantes mamarrachos. Me decía a mí mismo: eres un asno, Felipe, convéncete de que no

vales un real como poeta, y mejor vete a hacer tus cosas, que en esto eres más inútil que coger agua en cesto de mimbre.

Entretanto, Martín seguía concentrado y leyendo en silencio, hasta que un momento después alzó los ojos y dijo:

—También debes mejorar la ortografía.

—¿La qué?

—La ortografía. Es el arte de escribir las palabras correctamente y respetando ciertas normas. Por lo que he visto aquí, tú jamás has oído hablar de la letra hache, no sabes la diferencia entre la «c» y la «s», ignoras lo que es un acento y ni siquiera sospechas que existen signos de puntuación.

—¡Déjate de cosas, hombre! —Insistí con algo de fastidio—. Dime de una vez por todas cómo están esos versos.

—¿De veras quieres saberlo? —preguntó Martín.

—¡Diablos, que eres cabeza dura, hombre! ¡Afloja la lengua de una vez!

Entonces el judío se rascó el pellejo de la nuca, respiró hondo un par de veces y luego, con un tono más que prudente, dijo:

—Bueno, si bien se mira, en realidad no están del todo mal. Ha de tenerse en cuenta que eres primerizo, por supuesto. Ciertamente, habrá que dejar de lado las cuestiones técnicas, que eso es para los entendidos. Y a decir verdad, tampoco será conveniente juzgar los aspectos gramaticales, pues veo que ignoras ciertas reglas de uso. Pero si hacemos todo eso a un lado, te diré que..., bueno, aún te falta mucho por aprender, naturalmente..., sin embargo, yo creo que con algo de práctica tal vez..., vamos, que quizá si tuvieras un poco más de..., en fin, tú sabes lo que quiero decir...

—¡No, no lo sé! ¡Tú tienes más vueltas que rocín de noria! ¿Por qué no me dices de una vez lo que te parecen mis versos?

—¡Está bien, hombre, pero no te inquietes! Mira, te diré que, a pesar de todo, los versos tienen bastante vigor y fuerza. Son bien claros y directos, y van al grano sin dar muchas vueltas. Ahora, he visto que también hay algunas cosillas que me resultan algo confusas. Por ejemplo, cuando dices: «vuestrós ojos son como yemas». ¿Qué diablos quieres decir con eso de «yemas»?

—¿No lo sabes? Son esas piedras preciosas que brillan mucho.

—¡Gemas, hombre, gemas! —Gruñó el judío—. Pero en fin, dejemos de lado esas cuestiones. No obstante, deberías preocuparte en poner más atención en las formas. Como ya te he dicho alguna otra vez, debes tratar de pulir tus versos, buscarles la forma más perfecta, rastrear en tu corazón y en tu cabeza la palabra más bella y exacta, y sólo entonces volcarla en el papel, cuando la sientas como si fuera una revelación.

—¡Zas! —Dije con un resoplido—. ¡Otra vez ese cuento de la revelación! Pues si esperamos a que tenga alguna estar mos fritos.

—No, no me has entendido —sonrió el judío—. Para tener una revelación no es cuestión de sentarse a esperar. Es posible, claro está, que te llegue mientras duermes,

o mientras te hallas barriendo los pasillos. Pero las más de las veces no ocurre así. Te aseguro que un poema jamás aparece como por arte de magia. También el poeta debe hacer un esfuerzo y empeñarse. Dime, ¿has oído hablar de Juan de la Cruz?

—Ni en sueños.

—Bueno, en realidad no importa. Es un gran poeta que vive en estos reinos. Alguna vez le preguntaron cómo hacía para escribir con tanta destreza y profundidad, si es que era el propio Dios quien le revelaba las bellísimas palabras con que hacía sus versos. ¿Y sabes lo que respondió? Pues que «algunas me las revela Dios y otras las busco yo mismo». ¿Comprendes ahora lo que quiero decir?

Yo me tomé mi tiempo para contestar.

—Pues me parece que sí —respondí no muy convencido—. Pero, vamos, lo que quiero saber es si ando por buen camino.

—Ya te he dicho que tus versos no están mal, pero aún tienes mucho que aprender.

Yo asentí con la cabeza, me encogí de hombros y luego pedí al judío que me devolviera el papel. Sin embargo, señora mía, vuestro Felipe aún estaba algo atolondrado y tenía una pregunta que le andaba revoloteando el altillo. A decir verdad, no me animaba a hacérsela, pues temía que Martín se burlara de mí a carcajadas. Pero al fin me armé de coraje, alcé el papel con mis versos y mostrándoselo al judío le dije:

—Oye, bien sé yo que estos versos no son gran cosa, pero ¿crees que podría enviárselos a esa dama de la que te he hablado?

Martín dudó un momento, se rascó la frente y luego dijo:

—Bueno, no lo tomes a mal, pero en mi opinión más vale no matarla de un susto. Mira, mi querido y buen Felipe, todo en este mundo lleva su tiempo. Roma no se hizo en un día, y en lo que hace al arte de hacer poemas ocurre otro tanto. Puedes estar seguro de que hay hombres de mucho genio a quienes ha costado años el escribir su primer verso. Por eso tú no debes apresurarte ni pretender hacerlo después de un par de lecciones. Como dice el refrán: no quieras ser maestro antes que discípulo. Yo te aconsejo que, si en verdad no quieres espantar a esa dama, por ahora no le des a conocer tus versos.

Como imaginaréis, mi señora, aquello no me cayó muy en gracia, que uno es hombre y tiene su orgullo después de todo. Por un instante me sentí tan miserable y desgraciado como si hubiera sufrido el peor chasco de mi vida. Imaginaos, ir uno cargado de ilusiones y que de pronto lo derriben de un hondazo. Os confieso que tanto me amargó el asunto que me comporté como el peor de los necios.

—¡Claro! —Le grité al judío—. Tú quieres decir que mis versos no valen un pimiento, ¿verdad? Que son indignos de esa mujer, que pierda mis esperanzas, que los eche al cubo de la basura y mande todo al diablo de una vez. ¿No es así?

—¡Tente, hombre, cálmate! —Me interrumpió Martín—. ¡Que yo nunca he dicho tales cosas! Sólo hablé de mejorar tus versos y pulirlos un poco. Eso es todo.

¡Tonto de mí! En ese momento caí en la cuenta de mi estupidez, y me sentí más ridículo aun por haberme enfadado con el judío. ¡Ay, Felipillo, que nunca aprendes a cerrar el pico a tiempo! Pero por desgracia así soy yo de apresurado, y a veces mi cabeza sólo repara un rato después en las tonterías que ha dicho mi lengua.

—Oye, perdóname —le dije al judío—. Te juro que no quise hablar de ese modo.

—No tengas cuidado —dijo Martín como si nada hubiera ocurrido—. Pero déjame decirte algo: yo no sé quién te habrá encajado en el seso todo ese cuento de que eres indigno para esa mujer, que no vales nada y que mejor sería echar a la basura todo lo que escribes. Pero si realmente lo crees, entonces acabemos con todo este asunto de una vez. Ahora, si quieres hacerme caso, quítate esas ideas de la cabeza. Mira, Felipe, en este mundo cualquiera es digno de cualquiera, y seas quien fueres siempre habrá esperanzas con una mujer. Fíjate en los griegos. Ellos contaban de diosas que se ayuntaban con pastores, de reinas que se volvían locas por algún mancebo del pueblo, ¡y hasta hubo una ninfa que se llegó a enamorar de un toro!

—Buena andaría la pobre...

—Pues así es. Y ahí tienes también a la bella Afrodita, que era la más agraciada y hermosa de todas las diosas del Olimpo. ¿Y sabes con quién se vino a enredar? Pues con Hefesto, el dios más horrible, tullido y deforme que puedas imaginar. De modo que ya ves, con las mujeres nunca se sabe. Hasta el último pelagatos puede conquistar a una reina.

Yo lo miré por el rabillo del ojo y dije:

—¿Tú no me dirás todas esas cosas para hacerme ilusionar, verdad? Pues si es así, no te molestes. Yo he escuchado por ahí que el que vive de ilusiones muere de desengaños.

—¡Filósofo tenemos! —Se burló Martín—. Vamos, déjate de tonterías y no seas porfiado como una mula. Hazme caso y sigue con tus versos, que ya irás mejorando con el tiempo.

Yo bajé los ojos, le agradecí que fuera tan paciente conmigo y que soportara mis muchas cretineces. Y ya estaba a punto de despedirme cuando de pronto recordé algo más.

—Oye —le pregunté—, ¿y qué hay de esa opinión que dicen por ahí, eso de que poeta se nace, que uno ya lo trae en la sangre, y que si la fortuna no lo ha querido así, entonces no hay estudios, ni tratados, ni artificios que valgan?

El judío aspiró una buena bocanada de aire y dijo:

—Hummm... Pues mira, a la verdad no sé qué pueda responderte. Sabe Dios si esa opinión será verdadera o falsa. Pero una cosa es cierta y no hay duda de ello: si tú no pruebas el rábano jamás le conocerás el gusto. Por eso, sigue con tus papeles y tus plumas, esfuérate en escribir lo mejor que puedas, y ya el tiempo dirá si la madera es buena... Ahora, si me disculpas, quisiera regresar a la cama. Me siento muy débil y ya no puedo estar de pie.

—Está bien —dije—. Gracias por tus consejos. Ahora duerme tranquilo, y

recuerda que mañana vendré por tu colchón.

—Buenas noches.

—Buenas noches.

Y aquello fue todo, señora mía. Ya comprenderéis por qué no os envío mis versos en esta oportunidad. Mal que os pese, deberéis aguardar a que vuestro Felipe se haga más diestro en este asunto y pueda escribir algo como Dios manda. Por ahora conformaos con saber que sois quien inspira a este pobre carcelero, esa musa de la que me ha hablado Martín, y que sin el recuerdo de vuestra imagen todo sería más triste y desolado en estos sótanos.

CAPÍTULO 15



Mi querida señora, ¿os he hablado del viejo Ciro alguna vez? Si no ando flojo de memoria, creo que ya os lo mencioné de pasada en una de mis primeras cartas. Era el carcelero que trabajaba en estos sótanos antes de que llegara vuestro Felipe. Como imaginaréis, lo conocí cuando yo apenas era un mozo lerdo y bruto, pero os debo confesar que todo cuanto sé de este oficio lo debo a sus enseñanzas. Ya han pasado muchos años desde que se lo llevó la Parca, y sin embargo os podría jurar que aún hoy se me hace un nudo en la garganta al recordarlo, pues aunque el hombre tenía sus mañas, la verdad es que llegué a quererlo tanto como a mi propio padre. No creáis que era de trato fácil ni mucho menos, que si me tiráis un poco de la lengua os diré que todo lo contrario, pues lo cierto es que tenía el temple nervioso como esos que siempre andan de mal humor y enrojecen por cualquier cosa. Pero en el fondo era como todo el mundo, un pobre mártir a quien la fatalidad había puesto aquí, a sufrir en este horrible infierno.

A decir verdad, ya no recuerdo gran cosa de él, pero si hay algo que jamás se me quitará del seso es lo rudo y macizo que era el viejo Ciro. Aunque no lo creáis, se parecía mucho a un toro de lidia. Tenía el cogote ancho, las manos llenas de callos y durezas, pelos en las orejas y el cuero tan duro como la piedra. De estatura más bien tiraba a pequeño, pero tenía la fuerza de un caballo de tiro en cada brazo. A veces solía jugar conmigo alzándome del pescuezo con una sola mano, y luego me sostenía en el aire un buen rato hasta que se cansaba. Al pobre le faltaba el dedo meñique de la mano izquierda, pues algunos años atrás, mientras daba tormento a un reo de la secta

de Mahoma, éste le había pegado una tal dentellada que se lo había arrancado de un tirón. Por lo demás, bebía como barril sin fondo y comía todo lo que tuviera a mano. Sí, mi buena señora, en eso de llenar las tragaderas no había quién pudiera ganarle. Él solo era capaz de comerse tres gallinas al día, una al desayuno, otra al almuerzo y otra más a la hora de la cena. Iba a cogerlas él mismo en el gallinero, y de sólo oírlas cloquear ya les adivinaba el gusto. Solía decir que la gallina más tierna y sabrosa es la que suele cloquear pausado y sin mucho ruido. Entonces, cuando alguna le parecía buena, se metía en el corral y la atrapaba al vuelo. Después le retorció el gañote, la desplumaba hasta dejarla limpia y luego la ponía a las brasas con algo de miel, azafrán y jugo de limón. No imagináis lo delicioso que era aquello. Otras veces le gustaba prepararlas en puchero, con algo de judías, verduras y unos cuantos pedazos de tocino, y cuando ya la tenía lista y a punto salía al patio y me gritaba: «¡Eh, Felipillo, ven a hincarle el diente a esta gallina que está para relamerse!».

Para deciros la verdad, era un hombre raro el viejo Ciro. Creo que venía de uno de esos pueblitos vascos perdidos entre la montaña, allí donde las mujeres pasan el día entero juntando parvas de heno y los hombres retándose unos a otros para ver quién levanta la piedra más pesada. Por cierto, se me hace que de allí le vendría la fuerza. Todo el tiempo gustaba de hacer pulsos contra los reos de aquí, a veces contra dos o tres al mismo tiempo, y a fe mía que los derrotaba con tanta facilidad que parecía invencible. Bien es cierto que algunos estaban un poco maltrechos de tanto encierro, y que hasta yo podría haberlos vencido aun siendo mozo. Pero una vez lo vi enfrentarse contra un moro bravo y gigantón que tenía el doble de su tamaño. Para colmo era herrero de oficio, y ya sabéis que las gentes de ese gremio tienen más fuerza que un buey de tanto darle al martillo y a la fragua. Además, éste no sólo era fuerte sino también presumido y fanfarrón. Todo el tiempo andaba diciendo que era el hombre más fornido del pueblo, que no había quién pudiera con él, y hasta juraba ser capaz de tirar con un solo brazo de una carreta llena de toneles de vino. Aun así el viejo Ciro no se le acobardó ni mucho menos. Recuerdo que una noche en que hacía mucho calor se fue hasta su calabozo, le golpeó la puerta y sin decir esta boca es mía lo desafió a pulsear. El moro, que por ser algo peligroso estaba engrillado a una de las paredes, le respondió:

—Ahora mismo si quieres. Pero tendrás que quitarme las cadenas para poder hacerlo.

El viejo Ciro dudó un momento, y con razón, que no es muy aconsejable fiarse de la palabra de un moro en algunas circunstancias. Pero luego cogió su llavero de la cintura, entró al calabozo, se acercó hasta el muro en donde estaba el reo y le quitó uno solo de los grillos. Con un brazo libre el moro se arrodilló junto al catre, puso el codo encima del colchón y dijo:

—Hombre, hagámoslo más sabroso y echemos una apuesta. Si yo gano, tú me traerás doble ración de comida y vino durante un mes. ¿Vale?

—Vale —respondió el viejo Ciro—. ¿Y qué hay si tú pierdes?

—Yo no tengo mucho para ofrecerte —le contestó el moro—. Pero si quieres puedo decirte en dónde hallar una lámpara mágica que te hará rico con sólo frotarla.

El viejo Ciro le echó una mirada burlona y se sonrió entre dientes. De sobra conocía la fama de embusteros que tienen los moros, y sabía que el otro estaba tratando de enredarlo con sus cuentos. Entonces se le acercó, le soltó una tremenda bofetada en la cabeza y sin mostrarse ofendido le dijo:

—No quieras tomarme el pelo, moro cabrón. Si tú ganas la apuesta yo haré lo que me pides. Pero si la pierdes..., si la pierdes entonces te harás cristiano.

El moro lo pensó un momento y, como imaginaréis, no pareció muy convencido. Al fin y al cabo, el precio de la apuesta no le era muy provechoso que digamos. Pero el caso es que no tenía nada para ofrecer, y como de todos modos era engreído y estaba hartito confiado en sus fuerzas, terminó por aceptar las condiciones del negocio. Entonces el viejo Ciro se hincó de rodillas a un lado del catre, apretujó su mano contra la del moro y ambos comenzaron el pulso.

Yo estaba allí, señora mía, de pie junto a la puerta del calabozo y con los ojos bien abiertos por las dudas. El viejo Ciro me había llevado para que le hiciera de guardián mientras pulseaba, no fuera a ocurrir que algún fraile trasnochado anduviera por allí a esas horas y armara un escándalo al descubrir al propio carcelero metido en esas cosas. Por esa razón, aunque yo alcanzaba a ver al moro y al viejo desde mi puesto, cada tanto debía echar alguna mirada y vigilar los corredores por si acaso.

Sin embargo, ya sabéis cómo son estas cosas, y sobre todo a los ojos de un niño. Un rato después vuestro Felipillo se había olvidado por completo de los corredores y estaba mirando sin perder detalle el pulso de los dos hombres. Ambos se habían trezado como fieras y ninguno daba el brazo a torcer por nada del mundo. Parecían estar clavados el uno frente al otro como si fueran dos estatuas de piedra hechas de un solo bloque. El pobre moro sudaba a chorros y estaba empapado por el esfuerzo. Tenía la piel atezada como las gentes de ese pueblo, y se notaba de lejos que era hombre nervudo y musculoso. De tanto hacer fuerza apretaba los dientes y arrugaba la nariz como un perro gruñón. En cambio el viejo Ciro estaba firme y duro como una roca. No se le movía un pelo del rostro, aunque a decir verdad tenía las venas del cuello a punto de reventar.

Pues bien, así estuvieron ambos a toma y daca durante casi una hora. ¿Podéis creerlo, señora mía? Casi una hora de romperse el lomo pulseando sin que ninguno aflojara ni cediera un solo palmo. Yo no podía creer que aguantaran tanto ajetreo, que al fin y al cabo hasta un burro de carga precisa descansar de cuando en cuando. Sin embargo, en un momento dado me pareció ver que al moro le empezaban a faltar las fuerzas. Respiraba con alguna agitación, le temblaba el brazo y abría la boca de tal modo que se le veían hasta las muelas. El viejo Ciro también se dio cuenta de ello y aprovechó el momento. Así que aguantó un rato más en esa posición, y cuando vio que el otro ya estaba sin fuelle le dio un tirón con el brazo y lo dejó frito.

El pobre moro quedó descalabrado y echando maldiciones en su lengua. No podía

creer que alguien lo hubiera vencido en asuntos de fuerza, y menos aquel viejo retacón al que doblaba en tamaño. El caso es que llegado el momento de cobrarse la apuesta, el viejo Ciro lo miró y le dijo:

—¿Y? ¿Te harás cristiano de una vez?

Yo esperaba a oír lo que diría el moro, pues a la verdad estaba algo enfadado y se diría que iba a renegar del caso. Pero aun el más embustero y mañoso de los hombres sabe que las apuestas se pagan sin chistar. De modo que no dijo una palabra y asintió con la cabeza. Entonces el viejo Ciro lo devolvió al muro, le puso el otro grillete y salió del calabozo. A la mañana siguiente regresó junto con un ministro del Santo Oficio para dar por sentada la conversión. Una vez que ambos estuvieron dentro de la celda, el moro se puso de rodillas frente el inquisidor y pidió ser bautizado allí mismo en la fe de Cristo. Al terminar la ceremonia se puso de pie, miró al fraile y no sin cierto chiste le dijo:

—En verdad, vuesa merced, la fuerza del Señor me ha convencido.

Y por cierto que no exageraba ni una pizca. A decir verdad, señora mía, el viejo Ciro fue el hombre más fornido que he conocido en mi vida. Tan fuerte era que hasta doblaba el hierro de los grilletes como si fuera mantequilla. En cierta ocasión hasta lo vi acogotar a un mastín con una sola mano, pero eso dejadme contároslo con mayor detalle, pues casi me va la vida en aquella ocasión.

Recuerdo que se trataba de un perrazo enorme que el mismo Ciro había traído aquí para que hiciera de guardián por si las moscas. Era feo como él solo, tenía el pellejo negro azabache y estaba tan huesudo que, con una guadaña puesta en el hocico, hubiera parecido la misma Muerte hecha perro. Con todo, os diré que conmigo andaba de maravilla, pues yo era el encargado de llevarle su comida y solía jugar con él todos los días. Pero con los años el pobre se fue haciendo viejo, y ya sabéis que cuando eso ocurre algunos perros acaban por perder el olfato y ni siquiera reconocen a su dueño. Pues bien, una tarde cualquiera andaba yo por los corredores del sótano barriendo los suelos, cuando de pronto lo hallé mordisqueando un hueso frente a una de las celdas. Estaba metido en lo suyo y muy entretenido con el hueso, pero al cabo me malicié que algo extraño debía de suceder, pues no bien advertió mi presencia echó las orejas hacia atrás, arrugó el hocico y empezó a gruñir como un condenado. ¡Ay Dios, cuánto diente había en esa boca! Yo me quedé tieso como una estatua y sin respirar siquiera. Pero ya bien dicen que el perro es capaz de olfatear el miedo, y aunque yo llevaba unas cuantas semanas sin darme un baño, de seguro el hedor del susto era más fuerte que el de la roña. El caso es que en un momento dejó el hueso y se me vino encima con dentadura y todo. Y allá salió vuestro Felipillo a todo correr con el mastín siguiéndole los pasos de cerca y a mordisco limpio.

Os juro que ni un galgo habría corrido tan rápido como yo en ese trance. La cuestión es que en un santiamén alcancé el muro que da a la calle y lo trepé de un salto, aunque no con mucha fortuna, pues cuando ya estaba a punto de pasar al otro lado, el muy bruto me lanzó una tal dentellada que me rajó la nalga.

Por suerte quedé a salvo y la cosa no pasó a mayores, pero un rato después, cuando el viejo Ciro me vio con aquel desgarró en el fondillo de los calzones y el trasero echando sangre, se arremangó la camisa y sin preguntar nada fue en busca del perro. Poco después lo halló en uno de los corredores del patio bebiendo agua y con el morro todo ensangrentado. Entonces, sin decir esta boca es mía, lo cogió del pescuezo con una sola mano, lo alzó en el aire y lo tuvo a tres palmos del suelo hasta que el pobre animal se quedó sin una gota de aire. Luego fue a la cocina por un cuchillo, le sajó el pescuezo de un solo tajo y colgó la cabeza a la entrada del sótano para meter miedo a los que entraran. Todavía está allí, aunque ya sólo queda el hueso.

Así era el viejo Ciro, mi señora, capaz de ganar cristianos y matar perros con un solo brazo. Sin embargo, al pobre la fuerza no le duró mucho tiempo. Con los años se volvió tan achacoso como una mula vieja, tanto es así que hasta debía usar un braguero para sujetarse las hernias. Si queréis saber mi opinión, creo que empezó a flaquear el día en que, por esas fatalidades que tiene la vida, se vio forzado a dar tormento a su propia ahijada. Sí, como lo escucháis. Por lo que yo pude enterarme, parece ser que la muchacha andaba metida en cuestiones de brujería o algo así, y como el pobre viejo era el encargado de hacer cantar a los reos en ese momento, tuvo que tragarse el mal rato y llevarla a la máquina del potro, luego atarle las sogas y darle a la manija un buen rato hasta que la muchacha confesó sus culpas. A decir verdad, el pobre Ciro hizo todo aquello sin decir palabra, que el oficio es el oficio y aquí no hay parentela que valga. Pero después de aquel día ya no volvió a ser el mismo de antes. Empezó a andar siempre como aturdido y hecho un espantajo. Casi parecía un muerto salido de la sepultura. Cuando terminaba las faenas del día se encerraba en su cuarto y no aparecía hasta la mañana siguiente. Casi no hablaba con nadie y lo único que hacía era quejarse.

—Éste es un trabajo de animales, Felipillo —me repetía a cada rato—. Hazme caso, en cuanto puedas lárgate de aquí.

También solía decir que quería marcharse para siempre de estos sótanos y emplearse en algún otro oficio, pero la verdad es que no sabía hacer otra cosa, y además, ¿quién diablos podría querer a un viejo carcelero enfermo y lleno de achaques? Para colmo de males, por esos días empezó a beber como cuba sin fondo. Ya hacía tiempo que le gustaba darle al trago, pero desde aquel asunto de la ahijada la cosa empezó a ir de mal en peor hasta que se le encarnó el vicio en la sangre. Andaba todo el santo día con una bota de aguardiente amarrada a la cintura y a cada rato se despachaba un trago. A veces la llevaba a la sala de tormentos y empinaba el codo entre paliza y paliza. Decía que la bebida lo ayudaba a resistir el cansancio del trabajo y le daba fuerzas. Pero al cabo de unos meses comenzó a flaquear y fue perdiendo el pulso. Yo empecé a temer que la Parca se le apareciera en cualquier momento.

Las cosas siguieron así hasta que un buen día le sucedió una desgracia. Los inquisidores lo habían mandado a buscar a un reo que vivía en las afueras de la ciudad, pues el guardia encargado de traerlo se había roto una pierna y no podía

caminar. Entonces el viejo Ciro se fue hasta la casa del reo, le amarró las manos con una cuerda y se lo llevó consigo a la rastra. Pero quiso la mala fortuna que en el camino de vuelta empezara a despuntarle el vicio y comenzara a detenerse en cuanto bodegón hallaba a su paso. Cruzaba la puerta junto con el reo, lo dejaba atado a un palo, después se despachaba algunos tragos y por fin seguía adelante. Aquello mismo se repitió en por lo menos cuatro o cinco bodegones. Dicen algunos que al final ya le pagaba copas al propio reo. La cuestión es que, trago aquí, trago allá, después de un rato la cogió buena y la durmió mejor. Quedó echado sobre el mostrador de una taberna de mala muerte y tan dormido que ni un trabucazo le hubiera cortado el sueño. Cuando despertó de la mona, algunas horas más tarde, el reo se le había hecho humo en sus propias narices.

¡Por Dios, mi señora! No imagináis el escándalo que se armó aquí cuando regresó el viejo Ciro. El pobre venía llorando como un niño, pedía clemencia a gritos y hasta se arrodillaba ante los inquisidores. Al final se salvó por un pelo de que lo enjaularan en un calabozo. Pero aquel asunto lo golpeó tan fuerte que nunca más volvió a recuperarse. Algunos días más tarde se puso malo de fiebres y hubo que hacerle guardar cama a la fuerza, pues él mismo quería seguir trabajando a toda costa. El hecho es que durante algunas semanas estuvo que me caigo y me levanto, y pese a que los médicos trataban de reanimarlo a fuerza de baños, sudores y sangrías, estaba claro que el viejo ya no daba más. Había contraído no sé qué enfermedad en el pecho y se quejaba todo el santo día. Se lo pasaba tosiendo de la mañana a la noche, comía cada vez menos y se le empezaron a caer los dientes de debilidad. Un día se levantó de la cama y vomitó un charco de sangre. Esa misma noche, mientras comíamos en la cocina junto con la Zunilda, vi que el viejo se despachaba un plato de aceitunas negras como si nada. Entonces le rogué que aflojara con esas cosas y que se cuidara del estómago, que no estaba para andar comiendo cualquier porquería.

—¡Qué va! —Me dijo como si no le importara en lo más mínimo—. Una aceituna de más o de menos no le hace mal a nadie.

—Pero tú ya te has comido como cuarenta —le dije.

El viejo se encogió de hombros, no dijo una palabra y siguió tragando una aceituna detrás de la otra. Pero al cabo la tripa no le aguantó más, y en un momento empezó a sudar como una burra. Pronto se puso blanco y pareció quedarse sin una gota de aire. La Zunilda, que para esas cosas siempre tiene algún remedio, le preguntó si quería beberse una tisana con miel, que según parece es buena para sanar los dolores de estómago, pero el viejo no pareció siquiera escucharla, se puso de pie y se marchó a dormir a su cuarto.

A la mañana siguiente lo hallé muerto encima del catre. Estaba inflado como un sapo y tenía su bota de aguardiente sujeta entre las manos. Ya se echa de ver que había estado dándole al trago durante toda la noche y que el cuerpo no le había resistido más.

Yo mismo me encargué de enterrarlo esa misma tarde. Con unas maderas construí

una caja a la medida de su cuerpo y lo metí en ella con las mismas ropas con que había muerto. Después cavé una fosa aquí mismo, en los fondos del edificio, y junto con un par de mozuelos que me echaron una mano, alzamos el cajón y lo metimos en la tierra. Creedme que hasta se me cayó una lágrima mientras lo hacía.

Así acabó el viejo Ciro, sin pena ni gloria como dicen por ahí. ¿Y queréis saber algo, mi buena señora? Pues que nadie vino a despedirlo en su última hora. Después de tantos años de trabajar para el Santo Oficio, no apareció ni uno solo de los jueces para darle el saludo final. Sólo fray Hernando se acercó un momento, pronunció algunas palabras y encomendó su alma al cielo para que descansara en paz.

Recuerdo que esa misma noche, mientras me hallaba en mi cuarto acongojado hasta la médula, el propio fray Hernando vino a verme, se sentó en un banquillo a mi lado y dijo:

—Felipillo, ahora que nos hemos quedado sin el viejo Ciro, quizá tú podrías encargarte de su trabajo hasta que consigamos a otro. ¿Qué dices?

Yo me encogí de hombros y contesté que sí. Al fin y al cabo, de tanto ver al viejo ya me sabía el oficio con todas sus mañas y no precisaba de nadie que me guiara. De modo que a la mañana siguiente ya andaba entre los sótanos con mi nuevo oficio hasta que viniera alguno a reemplazarme. Pero luego pasó una semana, y después otra, y otra más, y vuestro Felipe se fue quedando aquí sin darse cuenta siquiera. Nadie más quiso hacerse cargo del trabajo, que no es fácil hallar gentes para este oficio, de modo que al poco tiempo ya me había hecho con el puesto definitivamente. La paga no era buena, que aún hoy mismo es de miseria y no da para mucho, pero yo nunca he sido avaricioso ni he deseado grandes riquezas, y mientras haya casa y comida soy como esos sacristanes que se regocijan cuando hay buena ofrenda.

Y así ocurrió todo aquello, mi señora. Vuestro Felipillo aprendió mucho del viejo Ciro. También, sin quererlo, el pobre me enseñó que en eso del trago hay que andarse con mucha prudencia si es que no quiere uno atraerse enfermedades ni desgracias. Ya habéis visto cuántas debió padecer él mismo a causa de ese asunto. Por eso es que, desde siempre, y aunque no le hago asco al trago, procuro ser templado en el beber y no hacerlo si no hay necesidad. Creedme que la embriaguez es mala consejera, pues suele privar del sentido y la razón a los hombres y los pone malos y enfadosos.

Pero además, el viejo Ciro me enseñó otra cosa importante, y es a no hacer mucho caso de los inquisidores. La mayoría de ellos vienen de familias linajudas y de alto copete, y ya sabéis que esas gentes odian al vulgo como el lagarto a la culebra. No todos son iguales, claro está, y hay algunos como fray Hernando que son más buenos que el pan. Pero los más parecen más engreídos que un pavo real y tratan a todo el mundo como les viene en gana.

—A éstos ni los escuches —me decía el viejo—. Déjalos que cacareen a su antojo, que ya los cogerá la hora final y se los comerán los gusanos como a cualquiera.

En fin, señora mía, ése era el viejo Ciro. Aún lo recuerdo con cariño y de cuando en cuando sueño con él. Pero ya os he aburrido lo suficiente con estas historias, de

modo que pondré punto final a mi carta y os dejaré en paz por esta vez.
Hasta la próxima y buenas noches.

CAPÍTULO 16



¡Cómo son las cosas, mi señora! ¿Recordáis que hace apenas una semana os hablaba del judío Martín? Pues bien, ya hay nuevas sobre su caso, y me temo que no son nada auspiciosas, mal que le pese al pobre. Sin embargo, he de deciros que en cierto modo él mismo se las ha buscado, pues algunos pocos días atrás, harto de verse entre estos muros, pidió ser llevado ante un tribunal para decir lo suyo y acabar con esto de una vez. Sí, como lo escucháis, tal parece que sentía tanta indignación por estar todo este tiempo encerrado que exigió tener una audiencia y plantear su caso ante los jueces. Pero en lugar de ir las cosas por buen camino, al final todo acabó en una espantosa porfía. Os puedo dar fe de ello pues, dado que el judío apenas consigue tenerse en pie por sí mismo, yo debí acompañarlo a la sala de audiencias y presenciar el escándalo de principio a fin. Pero dejadme referiros todo con mayor detalle, que ya veréis hasta dónde llegan las cosas aquí abajo.

Como os decía, cerca de una semana atrás el judío se resolvió a coger el toro por los cuernos y pidió hablar ante un tribunal. Los jueces aceptaron de buena gana, pues cuando un reo se ofrece a dar testimonio por sí mismo no hay que andarse con muchos remilgos. Así que llegó la mañana de la audiencia y me pidieron que fuera a por él a su calabozo. Cuando entré era bien temprano y el sol apenas había asomado en el patio, aunque la celda todavía estaba oscura y debí llevar una lámpara de aceite para ver mejor. Sin mucha prisa desperté al judío, le hice quitar las ropas y ponerse en su lugar unos calzones de lana, un par de medias y una soga de esparto al cuello, que es lo que manda la ley en estos casos. Por supuesto, encima de todo ello debió

colocarse un enorme y feo sambenito, que como sabréis es el hábito que visten los penitentes del Santo Oficio cuando son sospechosos de herejía.

Pues bien, así ataviado lo conduje a través de los pasillos en dirección a la sala de audiencias. Os diré que a medida que avanzábamos el pobre iba de tropiezo en tropiezo y con el resuello dando silbidos. Últimamente ha desmejorado tanto que ya parece ánima del purgatorio. Yo lo cargaba en mis hombros y a cada rato debía detenerme y apoyarlo contra el muro, pues no es sencillo alzar a alguien cuando uno mismo anda con achaques y padecimientos. Para colmo de males, había que eludir a los muchos gatos que andan rondando por aquí. ¿Nunca os he hablado de los gatos, no? Pues la verdad es que los hay a montones en estos sótanos. Casi todos andan panza arriba el día entero y tan gordos como un buey, pues habiendo tanto raterío son los únicos que se benefician. Pero dejadme seguir con lo del judío, que es lo que de verdad importa en toda esta cuestión.

Sucedo que al llegar a la sala todo el asunto de la audiencia se echó a perder sin más. Como imaginaréis, Martín pensaba encontrar allí solamente a los inquisidores y dependientes del Santo Oficio. Pero cuando atravesamos la puerta, ¡Dios Santo y la Virgen! Había allí un tal revuelo de gentes, caballeros, señoras y curiosos que no hubiera cabido un alfiler en toda la sala. No me preguntéis qué diablos hacían en ese lugar, que de seguro estaban de puro chismosos, pero lo cierto es que todos espiaban al judío y cuchicheaban entre sí como viejas de feria. Al verlos Martín se quedó boquiabierto y luego se irritó de tal modo que empezó a gritar como un loco. Tendríais que haberlo escuchado, pues con el resto de voz que le quedaba se despachó contra Dios y María Santísima, dijo que esto era una vergüenza, que se negaba a declarar y que si el tribunal se portaba de manera tan insolente, entonces que lo echaran al fuego y acabaran con toda esta patraña de una vez.

Caray, señora mía, ni yo mismo sé de dónde sacó el coraje para gritar de esa manera, que una hora antes ni abrir la boca podía. Sin embargo, os diré que no le faltaba razón al protestar de ese modo. Por lo que yo sé, el tribunal debe mantener en secreto las audiencias con los reos, que no es cuestión de andar cacareando por ahí todo lo que se habla durante el juicio. Es por eso que el judío se enfadó hasta la médula y comenzó a dar gritos. De seguro pensó que tanto chismoso en la sala no haría sino curiosear y luego desparramar el rumor por toda la ciudad. Y ya sabéis cómo es la gente para estas cosas, que en menos de lo que canta un gallo transforma un chisme en alharaca pública.

Pues bien, tanto chilló y pataleó el judío en aquella sala que al fin los jueces me ordenaron devolverlo a su calabozo de inmediato. Entonces lo volví a cargar sobre mis hombros y lo arrastré como pude a través de los pasillos del sótano, aunque ahora parecía pesar mucho más que antes, y para mayor desgracia no dejaba de temblar de pies a cabeza. Afortunadamente conseguí arreglármelas bastante bien, aunque un guardia tuvo que echarme una mano en los últimos trancos.

Al llegar a la celda Martín se dejó caer sobre el catre, se cubrió con unas mantas y

con la voz aún temblorosa me dijo:

—Infórmale a los jueces que de hoy en adelante no comeré ni beberé nada hasta ser tratado con mayor respeto.

—¿Qué dices? —le pregunté sorprendido—. ¡Déjate de esas cosas, hombre! Sabes que eso no te llevará a nada.

—Tú sólo infórmale —repitió endureciendo la voz.

Yo me hice el desentendido y seguí tratando de convencerlo durante un buen rato, pero os puedo jurar que no hubo manera. Imaginaos, mi buena señora, aquello era en verdad una locura. El pobre está tan flojo de salud que parece anémico, y si además se niega a tragar alimento, de seguro no pasará mucho tiempo y habrá que echarlo a la sepultura. Pero al parecer este Martín es uno de esos judíos tercos y cabezones que prefieren morir de hambre antes que dar el brazo a torcer.

El hecho es que fui corriendo a ver a los jueces y entre jadeo y jadeo les avisé de la decisión del judío. Como era de esperarse, ninguno de ellos se apresuró a responder en el momento, pues si bien es cierto que en estos tribunales algunas cosas andan más rápido que ligero, otras muchas van a paso de tortuga. La cuestión es que ya era algo tarde para tomar la decisión, de modo que los inquisidores prefirieron tomarse su tiempo y dejar todo para el día siguiente. Pero sucede que estábamos a viernes, y como aquí nadie mueve un pelo en sábado y mucho menos en domingo, hubo que aguardar al lunes para que discutieran el asunto.

Mientras tanto, durante todo el fin de semana la salud del judío me tuvo a maltraer. Os puedo asegurar que a cada rato iba yo a su celda y le ofrecía comida, leche, bizcochos, algún trozo de jamón o lo que fuera para llenarle el vientre, pero el muy testarudo se negaba a aceptar nada y seguía emperrado en matarse de hambre. Ya el rostro se le había puesto de un horrible color verdoso y todo su cuerpo era piel y huesos.

—Vamos, come algo —le rogaba yo a cada rato—. Te juro que no diré ni una palabra.

Pero el judío negaba con la cabeza y seguía empacado como un asno. A mí me daba gran pena el verlo en ese estado. Rogaba que llegara el lunes para que volvieran los jueces y le dieran una respuesta. Pero dicen que las desgracias vienen todas juntas, y ha de ser cierto, pues al lunes siguiente los inquisidores se reunieron otra vez y no sé por qué cuernos dejaron el asunto para otra ocasión. Aunque no lo creáis, aquello me dio bastante rabia. «¡Diablos!», pensé para mis adentros, «mientras este pobre infeliz se muere de hambre aquéllos andan papando moscas! ¡Pues claro, que con la panza llena cualquiera se aguanta!». Pero a decir verdad, lo que más me llamaba la atención era que tardaran tanto en decidirse. Casi siempre suelen mostrarse piadosos cuando el reo amenaza con el ayuno, pues entienden que si alguien tiene el coraje de arriesgar su vida, entonces deberá de ser hombre sincero y merecer una mayor indulgencia. Pero el caso es que pasó un día más y tampoco abrieron la boca. Yo entretanto temía cada vez más por la vida del judío Martín. No sería la primera

vez que la tardanza de los jueces acaba en desgracia, y si queréis saber de un caso parecido, recuerdo a cierto moro encerrado aquí abajo que se había negado a tomar alimento hasta que le dieran papel y tinta para hacer su defensa. Cerca de una semana se demoraron los jueces en responder a su petición. Pero cuando yo mismo fui a su calabozo a llevarle la tinta y el papel, lo hallé despatarrado y sin un soplo de vida.

Pero en fin, en cuanto al judío Martín, quiso la fortuna que la cosa no pasara más allá del miércoles. Ese día los jueces resolvieron llamarlo para una nueva audiencia, y esta vez le juraron que no habría tantos moscardones zumbando alrededor. Así que el día convenido lo acompañé una vez más hasta la sala de audiencias, y me quedé parado junto a él por si le daba algún desmayo.

En la sala estaban el padre Fermín, que presidiría la audiencia, fray Hernando, un par de notarios y un doctor en teología de esos que se saben hasta el color de las bragas de María Magdalena. Una vez que Martín se acomodó en su sitio, lo primero que hicieron los jueces fue conminarlo a decir la verdad en todo lo que se le preguntara, sin mentir ni ocultar nada de cuanto hubiera dicho o hecho en contra de la fe cristiana.

—Si así lo haces, hijo mío —le dijo el padre Fermín—, seremos muy piadosos contigo. De lo contrario, este santo tribunal se verá obligado a proceder conforme a derecho. ¿Estás de acuerdo?

Martín respondió que sí, y luego un notario le hizo las preguntas de rigor: su nombre, su domicilio, si sus padres vivían, que dónde se había educado, que quiénes habían sido sus maestros y otras muchas cosas más de esa guisa. El judío respondió a todo sin escatimar ni una palabra. Yo seguía de pie a su lado y me parecía verlo calmado y sereno, pero a decir verdad no me fiaba mucho de ello, pues tal vez se veía así de puro enfermo que estaba. Por las dudas no le quitaba el ojo de encima ni un minuto, no fuera a ser que en algún momento le diera un mareo y se fuera al suelo.

A continuación de ello fray Hernando se le acercó y le dijo que, siendo bautizado en la fe cristiana, tal como ordenaban las leyes del reino, había despreciado la justicia de Dios, ensuciado su alma en el pecado y puesto en escándalo al pueblo al renegar del bautismo y volver a judaizar. Por tales motivos, el santo tribunal de la Inquisición se veía en la infausta obligación de acusarlo de hipócrita, perjurio y hereje impenitente.

No me preguntéis qué significan tales cosas, que vuestro Felipe no sabe un gajo de todo aquello ni le da el seso para entenderlo, pero el caso es que no cayeron muy en gracia al tal Martín, pues en un abrir y cerrar de ojos le subieron las fiebres a la cabeza y enrojeció como un pimiento. Enseguida fray Hernando cogió unos papeles y leyó la declaración de tres testigos que decían haber visto al judío en varias oportunidades rindiendo culto a la secta de Moisés, recitando los salmos en hebreo y pasando frente a una parroquia sin quitarse el sombrero ni hacer la señal de la cruz.

¡Caramba, señora mía! Yo me quedé helado al escuchar todo aquello, pues con mucho menos que eso basta para echar al horno a cualquiera. Pero aun había más.

Según decía otro de los soplones que lo habían denunciado, el tal Martín se dedicaba a fabricar sebo para candelabros de siete velas, que son esos que usan los judíos en sus ceremonias, también guardaba unos cuadernillos en los que escribía proposiciones heréticas, y además solía quitarle el nervio a las piernas de cordero, que también es costumbre de esas gentes.

—Tres testigos han hablado en tu contra —le dijo fray Hernando—. Como tú sabes, eso sólo basta para condenarte y entregarte al brazo secular. Pero en este santo tribunal hacemos gala de prudencia y misericordia. Por eso, hijo mío, te concedemos la gracia de abjurar de tus pecados y reconciliarte con la Santa Madre Iglesia.

Martín se quedó en silencio por un instante, miró fijamente a fray Hernando y luego le espetó:

—Yo no he cometido ninguna falta de las que se me acusa, pero, además, no tengo el menor deseo de reconciliarme con la Santa Madre Iglesia.

No lo creeréis, pero en ese momento pareció que el diablo mismo había hablado por boca de Martín. Dijo aquello de corrido y sin que le temblara una pestaña. Los propios jueces se miraron entre sí como espantados y ninguno se atrevió a decir palabra. En verdad, ni yo mismo daba crédito a mis oídos. «¿Qué demonios le ocurre a este lunático?», pensaba. «¿Acaso no se da cuenta de que se está embarrando hasta el cuello?». No hace falta ser muy listo para ello, pues cualquier borrico sabe que en esta clase de juicios el reo siempre lleva las de perder. Más aún, cuando el Santo Oficio prende a alguno de la secta de Moisés, más vale que el pobre empiece a rezar, pues, como dicen por ahí, judío que entra en la Inquisición casi siempre sale chamuscado. Además, con la denuncia de aquellos tres alcahuetes, no sólo podría salir chamuscado sino más negro que un tizón. Sin embargo, ya lo veis, al negar la acusación el muy tonto se metió en la boca del lobo. Os juro que en ese instante me vinieron ganas de darle un tirón de orejas, uno bien fuerte, como Dios manda, y gritarle que cerrara esa boca de una vez y aceptara los cargos, pues de ese modo se llevaría alguna zurra, o quizás alguna penitencia, pero al menos no iría a parar al quemadero. El caso es que me contuve de hacerlo y no dije una palabra. Entonces el propio fray Hernando, luego de reponerse de la sorpresa, le preguntó:

—¿Estás seguro de lo que dices, hijo mío?

—Estoy seguro —dijo Martín—, completamente seguro.

—Aun así lo repetiré una vez más. ¿Sabes que tres testimonios en tu contra constituyen plena prueba, y que cuando eso ocurre el tribunal no tiene más remedio que declararte culpable de herejía?

—Lo sé perfectamente —volvió a decir Martín.

Fray Hernando retrocedió unos pasos y se dirigió hacia el escritorio donde estaban el padre Fermín y el teólogo. Los tres se quedaron un buen rato parloteando en voz baja y revisando unos papeles. Vaya a saber Dios de qué hablaban, pero de vez en cuando yo los miraba de reojo y a un tiempo rogaba por que fueran piadosos con el judío y no le impusieran un castigo demasiado duro. Mientras tanto espiaba al

propio Martín, que ahora estaba encorvado como un viejo, y me preguntaba si en realidad no sería uno de esos fanáticos que gozan acusándose a sí mismos y marchan a la hoguera con una sonrisa de oreja a oreja. Los hay, señora mía, aunque no lo creáis he conocido a muchos de ellos, y tendríais que ver con qué desenfado se dejan quemar. Pero no me parecía que este Martín fuera de esa clase de patanes. Más bien hacía suponer que los muchos días de ayuno le habrían hecho algo de mella en el seso, o tal vez que habría quedado aturdido por no tragar bocado, pues cuatro o cinco días de hambruna le revuelven las ideas a cualquiera. Sea como fuere, no atinaba a entender su conducta. Es cierto que algunos reos se vuelven locos de remate aquí dentro, pero también hay otros que se fingen tales para zafarse del tormento. ¿De qué calaña era el tal Martín? Pues aun hoy en día no lo sé, pero el caso es que ya me temía yo que anduviera en la luna de Valencia.

Un rato después fray Hernando regresó otra vez donde estaba el judío y le dijo:

—Mira, hijo mío, queremos que tu alma se salve del pecado aun cuando tú mismo te niegues a hacerlo. Es por eso que este santo tribunal te propone que aceptes la asistencia de un abogado defensor.

El judío alzó la vista, dejó escapar un bufido y negó con la cabeza. Aquello me hizo pensar que al menos guardaba una pizca de sensatez. ¿Pensáis que es todo lo contrario, que no hizo más que hundirse en su propia tozudez? Pues si es así estáis errada de cabo a rabo, señora mía. Por si no lo sabíais, aquí todos esos abogados, picapleitos y cagatintas no sirven más que para hacer barullo y complicar las cosas. Deberíais verlos alguna vez, todo el día yendo de comadreo en comadreo por los pasillos sin hacer más que parlotear y llevar grandes carpetones para hacer bulto, pero os puedo asegurar que lo suyo siempre queda en papel mojado. Además, poco podrían hacer aunque quisieran, pues habréis de saber que es el propio tribunal quien los elige, y para colmo no les permite conversar a solas con los reos. Cuando los visitan debe ser en presencia de un inquisidor, o si no de algún secretario que se pasa todo el rato poniendo la oreja para vigilar que no haya tretas ni engaños. Por otra parte, lo cierto es que no le hace que haya abogados aquí abajo, pues la tarea que tienen no es defender al reo sino aconsejarlo sobre la mejor forma de rogar clemencia y misericordia ante los jueces. Por eso Martín hizo bien en rechazar al que le ofrecían. ¡A otro perro con ése hueso, que ningún picapleitos jamás ha librado a nadie de estas jaulas! Más bien se diría que al contrario, pues yo he visto a no pocos reos con la soga al cuello por hacerle demasiado caso a su abogado.

Pues bien, al ver que Martín se negaba a aceptar a un defensor, el padre Fermín se puso algo molesto y comenzó a roer el cabo de una pluma con los dientes. Ya os he dicho que es un tanto quisquilloso y de malas pulgas, y cuando algo lo enfurece le da por mordisquear lo que tenga a la mano. En ese momento vi que se volvía hacia el teólogo y le hablaba al oído. Luego miró al judío una vez más y le preguntó:

—¿Te declaras inocente, entonces?

—Dios sabe que lo soy —contestó Martín.

—Muy bien. En tal caso, responde la siguiente pregunta a este santo tribunal: ¿fuiste bautizado en la fe de Cristo, verdad?

—Sí, es verdad.

—Bien. También sabrás que todo aquel que alguna vez haya sido ungido en la fe cristiana está obligado por ello mismo a cumplir y observar lo que prometió en el bautismo, ¿no es cierto?

—Es cierto —dijo Martín, y con un resto de voz agregó—: pero yo, como muchos otros judíos en estos reinos, hemos sido bautizados a la fuerza y no por nuestra voluntad. Por ese motivo, luego del bautismo acepté y recibí de mis hermanos la *teuila*...

Otra vez todos se quedaron helados. «¡Cielo Santo», pensé yo, «este necio quiere que lo achicharren hoy mismo!». Creedme que ahora se había metido en un lío peor que el anterior. Os preguntaréis qué es aquello de la *teuila*, ¿no es verdad? Pues se trata de una de esas mañas que tienen los judíos para volver a su ley aun después de recibir el bautismo cristiano. Ya sabéis que muchos, tras haber sido cristianados suelen renegar de ello y volver a la secta de Moisés. Pues bien, se dice que para hacerlo van en secreto con uno de sus maestros y le piden hacer la *teuila*. Entonces el maestro escoge un río cercano, y allí el converso se quita las ropas y entra en el agua. Después se le frota el cuerpo con barro y arena, sobre todo en las manos, el pecho y la frente, que es donde ha recibido el agua bendita del bautismo. Luego el propio maestro le corta las uñas de las manos y de los pies hasta la encarnadura, le afeita la cabeza y le ordena sumergirse en el río por tres veces, mientras otros que están allí hacen ruegos y cantan plegarias en su lengua. Por fin, cuando el otro sale del agua hace unas cuantas reverencias, le entregan ropas nuevas y listo el pollo: con eso vuelve a ser tan judío como antes. Ésa es la *teuila*, señora mía, y no creáis que sólo es cosa de judíos, que entre moros también sucede otro tanto. Después del bautismo, si quieren quitarse al Cristo de encima, van a un sitio que llaman el desbautizadero y allí se lavan, dicen unas cuantas oraciones y vuelven a convertirse en moros.

Y a propósito, curiosa ocurrencia, ¿no creéis? Como si bastara con un simple remojón para sacarse al Cristo de encima. Sin embargo, no vayáis a creer que es algo raro en estos tiempos. He visto a muchos judíos salir de una iglesia bautizados y correr a darse un chapuzón para librarse del agua bendita. Y lo mismo hacen con los niños de pecho. Después del bautismo sus madres los meten en una pileta y les friegan todo el cuerpecito con agua y jabón para quitarles toda huella de cristianismo. Si me perdonáis la broma, señora, vuestro Felipe se imagina a esas pobres criaturillas empapadas, luego retorcidas como sábanas y por fin colgadas de una cuerda para secarse. Pero dejando las tonterías aparte, esto es cosa de todos los días entre los judíos. Y el asunto es más serio de lo que parece, pues no sólo entre judíos se acostumbra a hacerlo, sino también entre esos cristianos chiflados que se pasan a la secta de Moisés, que los hay aunque os parezca mentira, aunque a éstos, además de meterlos a un río, los obligan a despellejarse una parte del miembro como hacen a los

judíos cuando nacen.

Pues bien, la cuestión es que Martín reconoció haber recibido la *teuila* de sus hermanos, y a fe mía que eso fue como si se cavara su propia tumba. Habré de deciros, sin embargo, que había obrado con cierta astucia al confesar ese artificio. De ese modo quedaba inocente de todo pecado, pues va de suyo que sólo puede pecar quien ha abrazado el cristianismo. Pero, por desgracia, con eso no salvaba el pellejo ni mucho menos, pues ahora se ganaba una acusación por herejía.

Fray Hernando se adelantó hacia el judío, abrió su *Manual de los inquisidores*, ese que lleva encima a todas partes, y leyó:

—Dice el doctor Eymeric: «Los cristianos que se han pasado al judaísmo y los judíos que, tras haberse convertido al cristianismo, regresan al cabo de algún tiempo a la execrable secta judaica, son herejes y se les debe considerar como tales. Tanto unos como otros han renegado de la fe cristiana que habían abrazado por el bautismo. Si quieren abjurar del rito judaico pero no aceptan abjurar del judaísmo ni hacer penitencia, serán perseguidos a título de herejes impenitentes por los obispos y los inquisidores, quienes los entregarán al brazo secular para que los quemem».

Luego cerró el libro, miró una vez más a Martín y dijo:

—Creo que has entendido lo suficiente de lo que he leído, ¿no es así? Pues bien, ahora dile a este santo tribunal, ¿estás dispuesto a abjurar de tus creencias?

—No lo estoy —respondió Martín.

—Pero, hijo, ¿eres consciente de que el no hacerlo te acarreará el castigo del fuego?

—Lo soy plenamente. Pero no tengo ninguna falta de la que abjurar. Soy judío, he nacido judío y nunca podría violar ni traicionar la ley de Moisés, ni aun si ello me fuera impuesto por la fuerza.

—¿Cómo que no podrías? —Intervino el padre Fermín—. Ya lo has hecho una vez al dejarte bautizar en la fe cristiana.

—He recibido el bautismo bajo amenaza de exilio, como todos mis hermanos judíos en esta tierra. De no haberlo hecho habría sido expulsado, obligado a abandonar todo, mi familia, mis bienes, mi trabajo, y después condenado a vagar como un paria hasta el fin de mis días... En aquel momento decidí aceptarlo y fingirme cristiano. Pero en este momento prefiero tener mi alma en paz, aunque mi cuerpo padezca y deba sufrir el castigo...

En eso Martín trató de ponerse de pie, aunque le fue imposible hacerlo. Me tendió una mano para que lo ayudara, pero los jueces me habían prohibido tocarlo a menos que estuviera a punto de caer al suelo.

—Aunque deba sufrir el castigo —repitió mientras se dejaba caer de nuevo en la silla—. Pero yo me pregunto, ¿por qué hacéis todo esto, señores jueces? ¿Por qué en los reinos de España el Santo Oficio de la Inquisición se empeña en maltratar y destruir a quienes profesan la religión judía? ¿Creéis que acaso vuestro Señor Jesucristo, que hubo nacido de padre y madre judíos, hubiera querido tal cosa?

El padre Fermín iba a contestarle pero dudó un momento, como si el judío lo hubiese puesto en un brete con sus preguntas. Entonces se volvió hacia el teólogo y lo miró como pidiéndole auxilio, o al menos como rogándole que contestara por él y le sacara las castañas del fuego. El teólogo se le arrimó al oído y durante un momento ambos discutieron entre sí en voz baja mientras revolvían algunos papeles que había sobre el escritorio. Martín los miraba desde su silla y esperaba la respuesta. Os confieso que a mí también me picaba la curiosidad. ¿Qué demonios estarían cuchicheando aquellos dos? El caso es que cuando terminaron de hacerlo, el padre Fermín se volvió hacia el judío y le dijo:

—Lo que has preguntado no es competencia de este santo tribunal. No estamos aquí para cuestionar ni reprochar nada al Santo Oficio de la Inquisición, sino para juzgarte por el delito de herejía.

En otras palabras, mi buena señora, echó a un lado el asunto y se lavó las manos, como dicen que hizo ese Pilatos con el pobre de Jesús cuando se lo llevaron para enjuiciarlo.

La cuestión es que el judío no se dio por vencido con la respuesta del padre Fermín. Hizo un gesto como si se estrujara el seso y luego dijo:

—Señores, yo sólo soy un hombre común, un hombre común y honrado que no ha querido aceptar una mentira infamante. Sois vosotros los que estáis viviendo en el engaño. Sabéis que la fe jamás entrará por la fuerza en el corazón de un hombre, y sin embargo obligáis a todo el mundo a decirse cristiano y a renegar de sus propias creencias y las de sus ancestros, pues de lo contrario echáis sus huesos a la hoguera. ¿Quién de nosotros es el equivocado? Decidme, por favor, ¿quién de nosotros?

En eso intervino el teólogo por primera vez. Tendríais que haber visto cómo se arrellanó sobre el respaldo de su silla, respiró hondo y habló con una voz tan fría y destemplada que parecía no dirigirse a nadie en toda la sala.

—El reo está olvidando que es miembro de la secta judaica —dijo sin quitar la vista del escritorio—, y por tanto es culpable del mayor crimen que pueda concebir hombre alguno, ya que los judíos negaron y luego asesinaron a nuestro Señor Jesucristo.

—¡Nosotros no matamos a Jesús! —le replicó Martín algo enfadado—. En todo caso podréis culparnos de no haberlo reconocido. Pero no fueron los judíos los asesinos de Cristo.

—El reo no tiene excusa alguna —volvió a decir el teólogo—, pues el pueblo judío vio una y cien veces los milagros y prodigios que hizo Jesús, y que nadie más podría haber hecho sino quien fuera el Hijo de Dios enviado a esta Tierra. Ya lo dicen las Escrituras: «no hay peor ciego que el que no quiere ver».

En eso noté que el padre Fermín le hacía una seña al teólogo para que dejara de hablar y de dar tantas explicaciones. Fue un gesto apenas con el rabillo del ojo, pero el otro cerró la boca de inmediato y volvió a estudiar sus papeles. No me preguntéis por qué sucedió aquello, pero sospecho que el padre Fermín no deseaba enredarse en

asuntos de esa clase. Os diré que, por lo general, los inquisidores tratan de evitar las cuestiones teológicas durante un juicio, y no por ignorantes, que de ese negocio conocen bastante, sino porque a veces hay reos un tanto pillos que se meten a hablar de esas cosas para demorar lo más posible la duración del proceso. Nada de ingenios ni bachillerías, suele decir el padre Fermín, que aquí se viene a juzgar y punto.

Pues bien, luego de haber callado al teólogo, el propio padre Fermín se volvió hacia el judío y sin mucha alharaca le dijo:

—De modo, pues, que no estás dispuesto a abjurar, ¿no es así?

Martín negó con la cabeza.

—Muy bien —continuó el padre Fermín—, entonces este santo tribunal procederá conforme a derecho.

Después leyó unos papeles que le alcanzó el notario, estampó su firma en ellos y por fin se retiró de la sala junto con fray Hernando y el teólogo.

Y bien, señora mía, ¿qué pensáis de todo esto? Ya se echa de ver que todo juicio tiene sus volteretas, y más aún para el reo, que siempre se lleva la peor parte. Pero si hacéis a un lado todo eso, ¿qué opináis de la conducta del judío Martín? Quizá penséis que actuó de forma sensata, o que no tenía otro camino que escoger y por eso se mantuvo en lo suyo. Pues bien, lo que yo puedo deciros al respecto es que en ese momento rabiaba por darle un buen pellizco allí donde ya sabéis. Quería echarle en cara lo muy cretino que había sido al quedarse mudo y dejar que los jueces lo desplumaran a su antojo. ¿No os parece que se comportó como un tonto?

Pero el caso es que en ese momento se veía tan fatigado y maltrecho que no tuve ánimos para decirle una palabra. Tan sólo lo cogí por los hombros y con gran cuidado lo ayudé a ponerse de pie. Luego se apoyó sobre mi espalda, abandonamos la sala y marchamos rumbo a su calabozo.

En el trayecto el pobre iba que me caigo y me levanto. Sudaba como una mula de tiro, aunque tenía las carnes tan frías que parecía un cadáver. Yo iba en silencio a su lado y mordiéndome los labios, pero en un momento no aguanté más, tragué saliva y le dije:

—¡Eres un cabrón! ¡Buena la has hecho! ¿Por qué cuernos te enfrentaste a los jueces? ¿No sabes que te has enterrado hasta el cogote?

Pero el judío se encogió de hombros y no dijo una palabra. Seguimos hasta su calabozo y una vez allí lo recosté sobre su catre, le puse unas mantas encima, pues comenzaba a tiritar del frío, y antes de retirarme le dije que enviaría un médico a su celda. Cuando estaba por cerrarle la puerta me chistó, sacó su cabeza de entre las mantas y dijo:

—No olvides venir esta noche para tu lección.

CAPÍTULO 17



Mi dulce y admirada señora, ¿os asombraría saber que aquí abajo las paredes hablan? No, no creáis que es una broma que os hace vuestro Felipe, aunque así lo parezca. Sucede que algunas noches, si arrimáis vuestra oreja al muro y aguzáis un poco el oído, sentiréis tal cantidad de ruidos, ecos, retumbos y golpes que os parecerá que las propias paredes están hablando entre sí.

Cuando yo era un mozo recién llegado aquí, recuerdo que me aterraba el escuchar semejantes cosas. El viejo Ciro siempre se reía de ello y aprovechaba la ocasión para asustarme. Decía que esos ruidos provenían de las almas de los muertos que vagaban de noche entre los pasillos. Después se ponía a contar historias de aparecidos, leyendas de fantasmas y cuentos de herejes que volvían del infierno para castigar a quienes los habían juzgado. Os juro que al oírlo casi me lo hacía en los calzones del miedo. Pero algunos años más tarde supe lo que ocurría en verdad. Aquellos ruidos no venían de ningún fantasma ni mucho menos. Los que en realidad hacían el barullo eran los propios reos, que por las noches solían comunicarse de calabozo a calabozo dando golpes en los muros. Sí, mi buena señora, ése era todo el secreto de este asunto. Cuando daban las diez y todo el mundo se disponía a dormir, algunos empezaban a batir las paredes con un guijarro o con algún pedazo de metal, y con eso parloteaban de una celda a otra para contarse sus cosas. No me preguntéis de qué misterioso alfabeto se valían para hacerlo, que aún hoy mismo lo ignoro, pero si no ando errado me figuro que debían de usar una cierta cantidad de golpes por cada letra. Por ejemplo, un golpe para la «a», dos para la «b», tres para la «c» y así con

todo el resto. Como ya os imaginaréis, con semejante método a veces tardaban horas en decirse «aquí estoy». Pero tiempo es lo que sobra en estos sótanos. El problema era que algunas noches la conversación se ponía más que tediosa y nadie lograba pegar un ojo con tanto alboroto.

Y no creáis que la cosa se ha acabado. Por cierto, justamente ayer por la noche dos reos se enzarzaron a comadrear con tanta insistencia que terminaron por sacarme de mis casillas. Dios sabe que soy paciente con estas cosas, pero ya eran las dos de la mañana y los muy pillos seguían dale que te pego al muro sin dejar dormir a nadie. Entonces me harté de oír tanto jaleo, salté de la cama como un gato y fui corriendo hasta el calabozo de uno de ellos.

—¡Eh, tú! —Le grité a través del ventanuco—. ¡Acaba de una vez con eso, hombre! Y si no, dime lo que quieres contarle al otro y yo mismo iré a decírselo.

El pobre se quedó tan mudo como si hubiera visto al mismo diablo. Tal vez pensó que le daría alguna zurra por hacer tanto bullicio, pero al ver que yo no traía esa intención se le bajó el susto y me dijo:

—Pues..., es ese moro que está a dos calabozos de aquí... Sé que ha tenido una audiencia esta mañana con los jueces y quería saber cómo le ha ido en ella...

—¿Si yo hablo con él dejarás de hacer tanto ruido?

El reo agachó la cabeza y dijo:

—Pues si tú quieres te prometo que no molestaré más.

—Vale.

Entonces corrí hasta el calabozo del otro, que al oírme llegar por poco se muere del susto, y le pregunté en qué andaba lo suyo con los jueces. Después regresé a donde estaba el primero y le dije:

—Pues todo mal, hombre. Dice que el asunto no puede ir peor. Que los jueces lo enredaron con sus preguntas y que él no supo qué demonios responder. También me dijo que, según cree, no le quedan muchas esperanzas de conseguir una nueva audiencia. Parece que el tribunal se ha puesto duro con su caso y no hay mucho más que hacer. ¿Te das por satisfecho?

El reo asintió con la cabeza y yo dije:

—Muy bien, entonces ve a acostarte de una buena vez y deja dormir al resto.

Después de esto regresé a mi cuarto y me eché en la cama, pero había quedado tan aturdido que casi no pude volver a dormirme. Para colmo de males, en los pocos ratos en que logré conciliar el sueño me vinieron tantas pesadillas a la cabeza que pasé la noche entera de susto en susto. ¿Vos tenéis pesadillas, mi señora? Yo os confieso que las tengo a cada rato, y casi siempre son del mismo talante: suelo soñar con lobos enormes que me persiguen a través de un bosque todo lleno de zanjones y arbustos espinosos. La mayoría de las veces son dos o tres lobos, pero hay noches en que se trata de una jauría entera que me persigue con sus dientes afilados como puñales. En mi sueño yo soy sólo un niño pequeño que apenas puede correr, pues ando descalzo entre las espigas y mis piernas están tan flojas que se hunden en el

barro de los zanjones. Poco a poco la jauría se me va acercando, y en un momento casi puedo sentir el horrible aliento de los lobos en mis narices. Pero cuando la jauría está a punto de echárseme encima, entonces me despierto de repente sudado como un caballo y muerto de miedo. Luego vuelvo a dormirme y una vez más tengo la misma pesadilla, con los mismos lobos y el mismo bosque. Y así una y otra vez durante horas hasta que la noche se acaba. Os juro que al despertarme a la mañana siguiente me siento tan rendido que hasta daría uno de mis brazos por quedarme echado en el catre. ¡Ah, suelo pensar entre mí, qué bueno sería tomarse un descanso y roncar a pierna suelta hasta el mediodía! Pero ya veis, el ocio y la buena vida no se han hecho para nosotros, los pobres desdichados de esta Tierra. Cada mañana hay que levantarse a trabajar, ya sea en otoño o en primavera, en sábado o en domingo, y así hasta el día del juicio final, o tal vez hasta que el Señor nos mande llamar a su lado, que ya bien dicen que sólo con la muerte halla descanso el pobre.

Y ahora dejadme haceros una pregunta: ¿por qué creéis que las gentes tienen sueños y pesadillas? Es extraño, ¿verdad? ¿No os muerde la curiosidad algo tan raro como ver personas y cosas mientras estáis durmiendo?

Cierta vez le pregunté acerca de ello a fray Hernando y me contó que, en la Antigüedad, los sabios de no sé qué país de Oriente decían que a través de los sueños podía uno tener visiones, igual que esos magos de hoy en día que ven el futuro en una bola de cristal o en las entrañas de una cabra. Afirmaban que por medio de los sueños era posible adivinar si habría guerras, si el rey moriría de un resfriado, si el país tendría lluvias o sequías, y todas esas cosas que siempre inquietan a los gobernantes. Vaya a saber Dios si será cierto, pero yo me figuro que algo de verdad habrá en eso de adivinar el futuro a través de los sueños, pues, ¿no os ha ocurrido alguna vez el soñar con alguien a quien no veis hace mucho y al otro día encontrarlo en el mercado? Sin embargo, fray Hernando me dijo que todo aquello no eran más que patrañas sin sentido, cuentos de pueblos paganos e ignorantes, pues en realidad los sueños son como mensajes que nos envía el Señor, maneras en que el Altísimo habla a sus fieles de las cosas del alma y del espíritu.

¿Y vos qué opináis de todo ello, mi señora? Yo por mi parte os diré que las palabras de fray Hernando me alarmaron un poco. Si es verdad que el Señor nos habla a través de los sueños, entonces vuestro Felipe no debe de ser más que un miserable pecador lleno de vicios. ¿Os preguntáis por qué digo tal cosa? Pues porque, aquí entre nosotros, desde que era un muchacho suelo tener algunos sueños tan indecentes y lujuriosos que hasta me da vergüenza el confesarlo. Veo señoras ligeras de ropas, damiselas con sus encantos al aire, mujeres como Dios las trajo al mundo y demás cosas parecidas. Pero ahí no acaba el asunto. A veces suele ocurrir que vuestro Felipe tiene caricias y tocamientos con alguna de ellas como si fuera en la vida real. Y otras son peores aún, pues me veo en situaciones tan escabrosas que prefiero pasarlas por alto para no ofender vuestros oídos. Creedme que en esos momentos despierta uno con tales pajarillos en la cabeza que debe echarse un cubo de agua fría

para aquietar sus ardores.

Y ahora respondedme a esta cuestión: ¿creéis por ventura que será el Señor quien pone tales cosas en nuestras cabezas? En mi humilde opinión, más bien parece cosa del demonio, que mucho ha de entretenerse mortificándonos con esa clase de jugarretas.

Pero a decir verdad, yo no creo ni una cosa ni la otra. Para mí el asunto es más sencillo y nada tiene que ver con dioses ni demonios. En realidad, si queréis saber de dónde provienen los sueños, pues entonces deberéis fijaros en qué habéis comido la noche anterior. Sí, mi buena señora, aunque os parezca una gran tontería, llevo mucho pensando en ello y cada vez me convenzo más de estar en lo cierto. Y si no me creéis, pues mirad lo que suele ocurrir durante la cena: si os habéis atragantado con alguna vianda, o si algún plato os ha caído mal al estómago, pues de seguro tendréis pesadillas por la noche. Si por el contrario no habéis probado nada y os vais a la cama con hambre, entonces soñaréis con ricos pucheros, pasteles dulces o grandes filetes de ternera. Aquí, cada vez que la Zunilda guisa pemiles de cerdo, longanizas o morcillas, o cuando prepara sopas con mucha sal, grasa y tocino, vuestro Felipe sueña con toneles y toneles de agua para apagar la sed. Y lo mismo sucede cuando come frituras, aunque entonces le da por soñar que se ahoga y despierta con las tripas retorcidas.

Y ahora, ¿preguntaréis qué ocurre cuando se tienen sueños pecaminosos? ¡Pues muy sencillo! Si uno sueña con damas, señoras o mujerzuelas, de seguro es porque habrá comido mucho picante en la cena, que ya se sabe lo muy ardientes que resultan algunos pimientos, guindillas y morrones.

Y a propósito de sueños, mi estimada señora, ¿os animáis a decir con qué cosas suele soñar una dama? Va de suyo que la pregunta es algo atrevida y no tenéis que contestarla si la juzgáis inoportuna, pero os confieso que me muero por saber la respuesta. ¿Acaso vosotras también tenéis sueños amorosos? ¿Os veis en los brazos de algún caballero, o quizás en situaciones un tanto más licenciosas? ¿Pensáis en algún apuesto príncipe? ¿Os atrevéis a hacer en sueños lo que nunca osaríais hacer despierta? Os confieso que estoy más que intrigado por saber de esas cosas y otras muchas. Pero no tengáis cuidado, que por más bruto que sea vuestro Felipe jamás podría obligaros a contar semejantes intimidades.

Sea como fuere, os diré que yo soy hombre de mucho soñar, que no por tonto el Señor me ha hecho incapaz de esas cosas. Ya os he hablado de mis pesadillas, pero no todos son malos sueños en la mente de vuestro Felipe. Cuando he comido sano y la Zunilda no ha guisado ni frituras, ni pimientos, ni tocinos, me voy a la cama y doy en soñar casi siempre con aquel pueblito de Asturias en que pasé mi niñez. No me preguntéis la razón de ello. Tal vez sea porque en esos años vuestro Felipe era un mozuelo muy alegre y feliz, dichoso de andar y corretear en aquellos campos, y no como ahora, que se ha vuelto un pobre y desgraciado carcelero que vive encerrado entre estos muros, y que nada tiene en el mundo sino un catre miserable, algunas

pocas ropas y aquel rosario que fray Hernando le regaló hace tiempo.

Pero además, en aquellos sueños casi siempre aparece mi madre. La veo sentada en una pequeña silla y tejiendo esclavinas que luego regala al párroco del lugar, o a veces está fregando las ropas y tendiéndolas al sol, o preparando riquísimos pastelillos con mermelada, o sonriendo porque yo he dicho alguna tontería que le ha causado gracia. También está mi padre, que despierta a la hora en que cantan los gallos y sale a ordeñar sus cabras y luego vuelve con enormes vasijas de leche para hacer su mantequilla. A veces, en medio del sueño, se me aparecen algunos borricos que había en la casa, sobre todo uno muy lanudo y orejón que siempre estaba lleno de abrojos y que parecía un cristiano piadoso, pues andaba cojo de una pata y al caminar iba haciendo reverencias con la cabeza. Y también veo el enorme pino al que solía treparme de niño, y a mi perro pastor, y la soledad del pueblo, y las montañas, y el silencio de la tarde.

Caramba, señora mía, parece que vuestro Felipe se ha puesto algo latoso, ¿no creéis? Pues entonces irá siendo hora de terminar esta carta, antes de que empiece a derramar lágrimas sobre ella. Y ya que de sueños hemos hablado, os deseo los mejores para esta noche. Soñad con ricos vestidos, con grandes palacios, con una vida llena de buenos augurios y felicidades, pero si no es mucha molestia y tenéis un pequeño rinconcillo en medio del sueño, dejad que vuestro Felipe se cuele por él, que nada lo haría más dichoso que el estar en vuestra cabecilla al menos por un rato. Buenas noches.

CAPÍTULO 18



Señora mía, ¡qué penoso mundo es este en que vivimos! ¿No lo creéis así? Tantas molestias que se ha tomado el Señor para crearlo, tantos afanes en moldear la Tierra, en crear las aguas, la luz, los animales, las plantas, y sin embargo le ha salido tan miserable y desparejo que bien podría haberse ahorrado todo el trabajo.

¿Pensáis que exagero acaso, o que tales opiniones no son propias de un buen cristiano? Ya bien sé que el Santo Oficio podría cogerme de los pelos por decir semejantes cosas. Pero creedme que no estoy hablando de puro charlatán ni mucho menos. Este mundo es una locura, señora mía, y si no fijaos en el hombre mismo. ¿Alguna vez habéis visto criatura más tonta, necia y perturbada? No os aburriré hablando de lo muy asnos que parecen algunos, que para ejemplo basta y sobra quien os escribe estas líneas. Pero decidme una cosa, ¿por qué además de asnos nos ha hecho débiles, mezquinos, defectuosos, y por sobre todas las cosas, tristes?

Sí, mi dulce señora, aunque no hayáis reparado nunca en ello, lo cierto es que somos las criaturas más tristes de la Creación, por no decir las únicas, pues jamás he visto llorar de pena a una mula o afligirse a una gallina. Cierto es que de cuando en cuando reímos un poco y hasta parecemos dichosos, pero nuestras alegrías duran lo que un suspiro, y para colmo, a medida que nos hacemos viejos sólo llegan cada muerte de obispo. Además, nadie en toda la redondez de la Tierra está a salvo de sufrir penurias. Vuestro Felipe, que ha visto algo de este mundo, no sabe de hombre alguno que no tenga el alma llena de pesares o que no los arrastre a sus espaldas como un buey tira de un carro. Y no os dejéis engañar por una de esas tantas jaranas

en las que el vulgo ríe a carcajadas, bebe la noche entera y danza como un arlequín, pues a la mañana siguiente se acaba el jolgorio y todo el mundo regresa a sus miserias, a sus dolores y a sus desgracias.

Pero no temáis, por todos los cielos, que no voy a fastidiaros hablando de estas cosas que a nadie interesan un comino. Lo que quisiera contaros hoy, si es que estáis dispuesta a oír mis tonterías nuevamente, es algo que sucedió a fray Hernando hace mucho, algo en verdad terrible y desdichado, pues de ese modo veréis que ni siquiera el hombre más piadoso está libre de sufrir en este mundo.

Si no me engaña la memoria, todo ocurrió un invierno hace muchísimo tiempo, cuando yo aún era un niño y oficiaba de monaguillo en su parroquia. Recordáis que vuestro Felipe fue monaguillo alguna vez, ¿verdad? Bruto como ninguno, por supuesto, pero monaguillo al fin. Pues bien, cierta mañana me encontraba yo haciendo mis labores en la parroquia —ya sabéis, barriendo el suelo, llenando las vinajeras, lustrando las campanas y esas cosillas propias de todo mandadero—, cuando fray Hernando me mandó a llamar y me pidió que lo acompañara hasta un pueblito cercano, pues tenía que dar la extremaunción a un enfermo que ya casi estaba con una pata en el otro lado. Era la primera vez que yo iría a presenciar tal cosa, de modo que ya podréis imaginar mi turbación al enterarme. El caso es que me armé de coraje, pedí una mula de alquiler a un establo vecino, puse en una bolsa de cuero las cosas que fray Hernando me indicó para la ceremonia y luego dejamos la parroquia en dirección al pueblo.

Recuerdo que anduvimos un buen rato por caminos de tierra y pedregullo. No podría deciros cuánto, pero el sitio debía de quedar bastante lejos pues a mí me dolían las piernas de tanto caminar. Fray Hernando iba sentado sobre la mula cogido de las crines y montando a la mujeriega, que es con ambas piernas a un lado del animal. La pobre bestia tenía una pata algo machucada, por lo que andaba con mucha dificultad, pero con todo era de andar pasilargo y yo tenía que apretar el tranco para seguirla.

La cuestión es que después de mucho andar y andar por fin llegamos al sitio indicado. Era uno de esos pueblecitos miserables que suelen alzarse en las afueras de la ciudad, un lugar de callejas tan estrechas que si dos burritos se encontraran en dirección contraria no podrían pasar uno junto al otro. Fray Hernando detuvo a la mula frente a una casita pequeña y sucia, hecha de barro y trozos de paja que le colgaban de la techumbre.

—Aquí es —me dijo mientras bajaba de la mula.

Yo casi no podía creerlo, pues tan destartalada estaba aquella casucha que parecía cosa de milagro el que vivieran gentes allí.

Luego tomó sus cosas, golpeó los maderos de la puerta y al rato apareció una mujer cincuentona, algo seca de carnes, con los cabellos grises y la mirada extraviada. ¡Por la Virgen Santísima, señora mía! La pobre se veía tan maltrecha y cansada que parecía un cadáver listo para la sepultura. Tenía los ojos húmedos de lágrimas y a cada rato se secaba el rostro con un pañuelo arrugado. Saludó a fray

Hernando con una ligera reverencia y luego nos hizo pasar a la casa.

El interior estaba casi a oscuras. Sólo había prendida una pequeña lamparilla de aceite que dejaba adivinar algunas cosas, tan pocas que me llamó grandemente la atención la miseria de esas pobres gentes. Alcancé a ver una mesa vieja, un tacho en el que ardían algunos carbones, botellas vacías y unos pocos trozos de pan duro llenos de moscas. Sobre una de las paredes había una ristra de ajos colgada de un clavo, quizá para espantar a los malos espíritus, porque las gentes de pueblo suelen ser bastante crédulas en esas cuestiones. El aire olía a algunos yerbajos medicinales que se quemaban entre los carbones, sin duda para alivio del enfermo.

—¿Dónde está? —preguntó fray Hernando.

Sin decir una palabra la mujer señaló un rincón de la casa al que apenas llegaba la luz. Allí había un catre de hierro vencido por los años, y sobre él descansaba el moribundo cubierto por una tan raída manta que era puro agujero. Nos acercamos despacio y sin hacer ruido, pero cuando arrimamos la lamparilla al catre sentí que el corazón se me iba a saltar del pecho. ¡Virgen Santísima! Cuál fue mi sorpresa al ver que el enfermo era un niño, un pobre niño de mi edad o poco menos, aunque se hallaba tan raquítico y desmejorado que parecía casi un anciano. Me figuro yo que debía de estar tísico o algo por el estilo, pues tenía las cuencas de los ojos hundidas y la piel de un verde amarillento. Además, había manchones de sangre dispersos por todo el suelo.

Fray Hernando me tomó del hombro y ambos nos acercamos al niño. Con la penumbra de las velas el pobrecillo se veía casi como un fantasma. Creo que apenas respiraba, pues debajo de la manta que le cubría hasta el pecho casi no había movimiento. Pero lo más horrible de todo eran sus ojos. Había miedo en ellos. Un miedo tan espantoso que me producía escalofríos en todo el espinazo. Creo que sabía que se estaba muriendo y por ello sus ojos parecían los de un becerrillo asustado que ha perdido al rebaño. Aquella fue la primera vez que vuestro Felipe sintió una gran tristeza en el alma.

Poco después fray Hernando se sentó junto al niño, tomó el saco de cuero que yo había traído conmigo y extrajo algunos pocos lienzos y un caldero con aceite. Luego mojó los lienzos en el aceite y empezó a pasarlos sobre el pecho del niño, mientras decía unas fórmulas y oraciones que él se sabe para estas cosas. De vez en cuando el chiquillo parecía tiritar bajo la manta, pero no abría la boca ni hacía gesto alguno, como si ya se hubiera abandonado a la muerte y nada le importara en este mundo.

En cuanto a fray Hernando, no sé si acaso era mi propio susto, pero en verdad lo veía yo más agobiado y serio que nunca. De cuando en cuando lo espiaba por el rabillo del ojo y me parecía que estaba a punto de ponerse a llorar de tristeza. Ya sabéis que de tanto andar en estos menesteres algunos curas se vuelven algo fríos. Pero él estaba nervioso, le temblaban las manos y más de una vez se le cortó la voz en medio de sus rezos.

Mientras tanto, la mujer tomaba una de las manitas del niño y apoyaba su boca

sobre ella como si la besara. Yo la oía murmurar entre dientes, quizás una plegaria o algo así, aunque tal vez sólo estuviera llorando de pena al ver que su hijo se le iba de este mundo. A cada rato le mojaba la frente con un paño de agua fría, o le soplabla el cuello para aliviarle el mucho calor que le daba el estarse tapado con las mantas. Recuerdo haberme preguntado dónde estaría su esposo en ese momento. Quizás andaría trabajando en el campo y doblando el lomo bajo el sol, pues así es la vida de las gentes humildes, que ni aun cuando se le está muriendo el crío puede el hombre abandonar sus labores. Sin embargo, también pensé que acaso la mujer fuera viuda, o soltera, o dejada por la mano de Dios, pues aquí sobran las que se ayuntan con esos ganapanes que vienen para la época de las cosechas, les hacen hijos y después se mandan a mudar. El caso es que, de haber sido ése el caso, la pobre se quedaría sola en este mundo. Imaginaos qué desgracia, mañana o tal vez pasado enterraría a su hijo, y después ya no tendría más fuerzas para seguir viviendo. Quizás ella misma se echaría en su catre a esperar la muerte.

La cuestión es que un rato después fray Hernando acabó con su tarea. Recogió sus cosas, las fue metiendo poco a poco en el saco de cuero y luego se puso de pie. En ese entonces no era tan gordo como lo es ahora, pero recuerdo que le costó tanto esfuerzo ponerse de pie que debió apoyar sus manos sobre mí. Después echó una mirada al niño por última vez, en silencio, y luego empezó a caminar hacia la puerta de salida. Antes de abrirla se volvió hacia la mujer y le dijo:

—Que el Señor alivie tu pena, hija mía.

La pobre anciana le acercó una pequeña bolsa con unos pocos bocadillos de mazapán a modo de agradecimiento, pues nada más que eso tenía para ofrecerle, pero fray Hernando los rechazó amablemente y le pidió que los guardara para sí misma. Después le estrechó las manos, la besó en la frente con gran dulzura y poco después él y yo dejamos la casa. No lo creeréis, pero al ver a la mujer quedarse sola y con los ojos llenos de lágrimas, sentí que se me partía el corazón.

Ah, mi señora, cuán ingrato es contemplar a una madre sufriendo por su hijo. Además, la pobre ya no tenía ilusiones de que el pequeño recobrarla la salud. Según supe más tarde, varios niños del pueblo habían muerto en esos días por causa de un brote de tisis. Empezaban teniendo calenturas, después ahogos al respirar, cansancio, dolores en el pecho, y al cabo de una semana los pobrecillos morían sin remedio. Por esa razón es que la mujer estaba tan acongojada, pues como sabréis, lo peor del caso es perder las esperanzas. Pero dejadme continuar adelante, que ahí no termina la cosa.

En el camino de regreso advertí que fray Hernando continuaba muy triste por lo del niño. Por alguna extraña razón, me parecía que estaba de peor talante que otras veces. Ya os he dicho que los frailes suelen estar acostumbrados a estas cuestiones: todo el santo día andan entre velorios, lutos y honras fúnebres, y eso les acaba por templar el alma aunque no quieran, como esos médicos que, de tanto presenciar llagas, desgarros o magulladuras de toda especie, ya no se alarman al ver una herida llena de sangre o un brazo retorcido. Pero esta vez fray Hernando se veía más

acongojado que de costumbre. A mí me daba gran pena el verlo de ese modo, pero aun así no me animaba a abrir la boca, pues ya sabéis las muchas tonterías que suelen decirse en esos momentos, y más aún viniendo de alguien como yo, que amén de tonto era sólo un niño aturdido y sin una pizca de seso.

Durante un buen tramo continuamos así, los dos en silencio y con la mirada fija en el camino, pero cuando llegamos a la parroquia y fray Hernando bajó de la mula, yo no pude aguantarme más y tomándolo de la sotana le pregunté por qué estaba tan triste. Él me miró a los ojos con mucha ternura, acarició mis mejillas y susurró:

—El muchacho que has visto es mi hijo...

¡Válgame Dios! Yo me quedé helado ante aquella confesión. ¿Os lo podéis imaginar, mi señora? Si bien se mira, hoy en día cualquiera sabe que muchos frailes andan en amoríos con las señoras del pueblo, y algunos hasta tienen hijos o nietos que ni siquiera ocultan. Pero en aquellos años yo era un mozo inocente y jamás había pensado que el propio fray Hernando estuviera metido en esas cosas. Nunca fue de esos frailes mujeriegos a quienes les hierva la sotana y mandan al diablo el celibato ante cualquier falda. Más bien diría que al contrario. Desde el primer día en que lo conocí se había conducido siempre como un santo y había vivido entregado a su oficio mañana, tarde y noche. Yo había visto a cientos de mujeres ir a confesarse con él, o asistir a misa especialmente para oír sus sermones, pues aunque ya era algo obeso algunas no dejaban de mirarlo con cierta galantería. Pero fray Hernando jamás había puesto un ojo en ellas ni se había pasado de la raya. Sin embargo, ya veis cómo son las cosas: no hay hombre en este mundo, por más piadoso que sea, que hoy o mañana no tenga un pequeño resbalón. Al fin y al cabo también somos de carne, y ya se sabe que toda carne flaquea si la tentación es grande.

La cuestión es que aquella misma tarde fray Hernando me llevó a la sacristía, y mientras veíamos caer el sol me confesó cómo había sucedido todo aquello. Aún hoy me pregunto por qué se despacharía conmigo de esa forma. Yo no era más que un simple monaguillo corto de luces, y sin embargo, esa tarde me habló como un penitente a su padre confesor. Imaginad a vuestro Felipillo metido allí, con sus ojos de niño inocente y oyendo a aquel hombre contar sus pecados. ¿Quién sabe? Tal vez procuraba darme una lección, hablarme de las muchas trampas y desvelos que acosan a los hombres de fe, o quizá simplemente se hallaba tan abrumado por el dolor que buscaba consolar sus penas con alguien, con quien fuera, aun con el diablo mismo si hubiese sido el caso.

Lo que me dijo entonces fue más o menos así. Muchos años atrás, aquella mujer que habíamos visto en la casa, cuyo nombre era Aldonza, solía asistir devotamente a las misas que celebraba fray Hernando en su parroquia. Por esos años era una mujer muy bella y su cuerpo aún no tenía las redondeces que yo había visto aquel día. Día tras día iba a misa, comulgaba cada dos por tres, asistía a todas las ceremonias y cada tanto se confesaba con el padre Hernando. Al parecer, hacía poco tiempo había tenido un desengaño amoroso con cierto muchachote del pueblo, y ya sabéis cómo pone eso

a las mujeres, que cuando pierden a un festejante se pasan lloriqueando el día entero. Como imaginaréis, fray Hernando era una especie de consuelo para sus desgracias. Dado que era muy generoso y tomaba su oficio con gran devoción, siempre se detenía a hablar con ella y la aconsejaba con mucho tino y dulzura. Pero además, recordad que en esos años él era un hombre apuesto, con una voz grave y modales de caballero, que son cosas que una mujer siempre admira en un hombre por más fraile que sea.

Por su parte, según me confesó, el propio fray Hernando empezó a verse atraído por la belleza de la mujer. Trataba de resistirse y pensar en otras cosas, pero cuando estaba tras la rejilla del confesionario, no podía dejar de espiarle el rostro y sentir un cosquilleo en todo el espinazo. Otras veces no aguantaba más y la miraba a los ojos de tal forma que ella bajaba la vista y se le enrojecía hasta el alma, pues aun cuando se sentía atraída por él, la pobre Aldonza estaba tan avergonzada como nunca lo había estado. Imaginad las cosas que pasarían por su cabeza. ¿Habría algo más en las miradas del padre? ¿En aquellas palabras tiernas que le decía a modo de consuelo? ¿Era posible que él...? En fin, el asunto es que cada vez que oía la voz de fray Hernando y miraba sus manos suaves y blancas, todo se le revolvía en el cuerpo y temblaba como un pajarillo asustado.

Con el tiempo, mi atenta señora, la buena de Aldonza empezó a confesarse cada vez más seguido. Que un pecadillo aquí, que otro más allá, la cuestión era estar lo más cerca posible del padre confesor. El caso es que uno de aquellos días se le soltó un poco la lengua y entre palabra y palabra le confesó que había estado teniendo pensamientos impuros con cierto hombre del pueblo. Por supuesto, se caía de maduro que hablaba del propio fray Hernando, pues aunque no había dado su nombre lo pintaba de cuerpo entero. Y así lo entendió el fraile también, pero hizo oídos sordos y le mandó rezar una veintena de padrenuestros.

Pasaron algunos meses entre dimes y diretes. Fray Hernando se atormentaba como un Cristo al ver a la mujer. Se le desbocaba el pulso, rogaba a los cielos y pedía fortaleza para no caer en las tentaciones. Una y otra vez se repetía que el solo hecho de pensar en ella debía de ser un crimen, un horrible crimen a los ojos de Dios.

Pero ya sabéis cómo suelen terminar estas cosas: tanto va el cántaro a la fuente que al final se hace pedazos. Una de aquellas tardes Aldonza había ido al confesionario y se hallaba revelando sus pecados y descubriendo su alma. Del otro lado de la rejilla fray Hernando la escuchaba con la devoción propia del caso, pero en el fondo su cabeza era un hervidero de pasión amorosa. Hubo un momento en que ya no soportó un minuto más el estarse callado, y entonces cogió su crucifijo, pidió perdón al cielo y se lo metió en el bolsillo. Luego apoyó sus manos sobre la rejilla, hizo callar a Aldonza y le dijo:

—Mujer, ya no puedo más...

Por cierto, otra en su lugar hubiera salido volando del confesionario, pero Aldonza se quedó quietecita en su asiento, bajó los ojos y no dijo una palabra. Más

tarde, cuando todos los fieles se retiraron de la parroquia, fray Hernando la acompañó hasta su casa. Durante todo el trayecto ninguno de los dos abrió la boca, y no porque no hubiera nada que decirse, sino porque ambos tenían la lengua tiesa de tanto miedo. Pero cuando entraron a la casa de ella, ¡ay, señora mía! ¡Cubrid vuestros oídos, y cubridlos con ambas manos, pues lo que allí ocurrió escandalizaría hasta a una moza de burdel!

Como podéis imaginar, no voy a contaros aquello con pelos y señales, que no son ésas las cosas que deba escuchar una dama. Pero si ya habéis vivido un poco y conocéis el alma humana, os resultará sencillo imaginar lo que ocurrió allí dentro. Sólo pensad en aquellos dos fogosos amantes que han estado esperando ese momento durante meses. Pensad en fray Hernando, que nunca jamás había tocado carne de mujer. Y pensad en la pobre Aldonza, que de pronto tenía en sus brazos a quien había estado deseando por tanto tiempo. En fin, que hasta vuestro Felipe se acalora de sólo imaginarlo. La cuestión es que hicieron de las suyas, y lo mismo a la semana siguiente, y a la otra y a la otra, hasta que llegó un buen día en que Aldonza apareció en la parroquia, se plantó ante fray Hernando y le dijo:

—Estoy preñada.

Al oír aquello fray Hernando sintió que se le aflojaban las piernas y casi se va al suelo. Tanto se estremeció que tumbó un cáliz repleto de vino y echó a perder un platillo con hostias. Cuando al fin pudo recomponerse cogió a Aldonza de la mano, la llevó hacia un lugar apartado y le preguntó desde cuándo tenía aquello, que si estaba segura, que si acaso no podría tratarse de una simple hinchazón, y en fin, todas esas cosas que diría un fraile si de pronto le viniesen con semejante noticia.

El hecho es que pasaron los meses, el vientre de la mujer siguió hinchándose cada vez más y ya no hubo faja que le disimulara el bulto. En el pueblo todo el mundo se preguntaba quién diablos sería el padre del niño, pues a la buena de Aldonza no se le conocían novios ni amantes ni galanes, tan modosilla era la pobre. Sin embargo, no había dudas de que esa barriga estaba ocupada por alguien. Para esquivar el asunto ella misma decía que estaba enferma de no sé qué vísceras. Pero como imaginaréis, nadie era tan tonto como para tragarse el cuento. Algunos se burlaban de ella y la apodaban la Virgen María, pues al parecer había concebido sin pecado.

En cuanto al pobre de fray Hernando, estaba como salido de las casillas. En un momento hasta llegó a pensar en hacerse de la secta luterana, pues allí los curas pueden casarse y tener hijos como cualquiera. Pero siempre había pertenecido a la Iglesia de Roma y por nada del mundo iría a abandonarla.

Y así fueron las cosas hasta que un día ella se apareció en la parroquia desesperada, llorando a lágrima viva y rogando a los cielos que alguien la ayudara en su trance. Debía de andar por el séptimo mes y ya el vientre le reventaba de tan hinchado y lleno. Entonces fray Hernando no lo dudó ni un minuto más y se resolvió a coger al toro por los cuernos y poner remedio a la situación. Por cierto, otro cura más pillo de seguro hubiera negado el asunto y echado a la mujer a patadas de la

iglesia. Pero fray Hernando nunca ha sido un hombre dado a huir de sus deberes. Ese mismo día esperó a que todos los fieles se marcharan, tomó a Aldonza de la mano y la condujo a la sacristía. Entonces miró a la mujer a los ojos y le dijo:

—Mujer, yo soy un siervo de Dios, y por lo tanto no puedo abandonar el sacerdocio. Pero también soy hombre, y como hombre debo hacerme responsable de mis acciones. Esa criatura que llevas dentro de ti no se quedará sin padre. Por eso te pregunto ahora: ¿deseas casarte conmigo?

Aldonza lo miró espantada hasta la médula. Dado que a esas alturas el crío ya le pesaba bastante en el vientre, tuvo que sentarse en un banco para no irse al suelo. ¿Cómo había dicho el fraile? ¿Casarse? ¡Pero si los curas no pueden ayuntarse en matrimonio! Sin embargo, estaba tan aturdida que no lo pensó demasiado. Además, no era cuestión de rechazar una oferta semejante, que al fin y al cabo el fraile sabría lo que estaba diciendo. De modo que se apresuró a decir que sí, que con toda su alma, que era lo único que deseaba en este mundo y todos esos cumplidos que suelen recitar las casamenteras.

Entonces fray Hernando la llevó hacia un pequeño altar, encendió unas velas allí mismo, se calzó ropas de ceremonia y comenzó por decir un breve sermón. Después se preguntó a sí mismo si estaba dispuesto a tomar a aquella mujer como su esposa y se respondió que sí. Más tarde le hizo la misma pregunta a ella, que respondió de igual modo. Y por fin, tras darse la bendición a sí mismo y a la buena de Aldonza, ambos se declararon en matrimonio a los ojos de Dios. No me preguntéis si luego fray Hernando besó a la novia...

¡Ah, señora mía! Creo saber lo que estaréis pensando en este momento. De seguro todo esto os parecerá una gran locura, ¿no es así? Pues dejadme deciros que no lo es tanto. Aunque os cueste creerlo, hay muchos sacerdotes que se enmaridan en secreto de esa forma. Algunos hasta se hacen casar por otro fraile amigo y luego le devuelven el favor si es que se da el caso. Por supuesto, la mayoría no pueden cumplir los deberes del maridaje ni tener mucha vida en común con sus esposas, pero a los ojos del Señor están casados como cualquier hijo de vecino y eso es lo que importa. Lo malo es cuando los pesca el Santo Oficio. Pero ése ya es otro cantar.

La cuestión es que fray Hernando y Aldonza siguieron con sus vidas, él metido en sus cosas y ella esperando al crío, que nació al poco tiempo y fue bautizado como Dios manda. Los esposos se veían cada tanto, pues los deberes religiosos de cualquier fraile son muchos y no permiten grandes distracciones, pero aun así se llevaban bien y se amaban con gran celo, que es lo que importa en cualquier matrimonio.

Y bien, señora mía, así fueron las cosas en esa ocasión. Aquella tarde fray Hernando me lo confió todo de un tirón. A cada momento debía detenerse, pues le saltaban algunas lágrimas y se le ahogaba el pecho del dolor. Yo lo escuchaba casi horrorizado. Pensad que las entendederas de un monaguillo son bien cortas, y más aún cuando oyen por primera vez los descarríos de un fraile. Sin embargo, en el fondo yo sentía que fray Hernando había actuado con mucho coraje. Otro hubiera

despachado a la mujer y si te he visto no me acuerdo. Pero él fue valiente y se jugó el pellejo al darse en matrimonio. Ante Dios, la pobre Aldonza no quedaría sin marido ni el niño sin padre, aunque ante la ley de los hombres, que poco sabe de las cosas del amor, aquello fuera un crimen horrible.

Cuando acabó de hablar, fray Hernando me palmeó los hombros y dijo:

—Ahora ya sabes mi secreto, Felipillo.

Al día siguiente supimos que el niño, después de un ataque de fiebres, había muerto la noche anterior.

CAPÍTULO 19



¿Creéis en la fatalidad, señora mía? ¿Pensáis que todo en este mundo se halla escrito en un libro, tal como dicen los moros? ¿O diríais que no hay nada de eso, que son puras patrañas, y que la vida es algo así como un juego de naipes en el que alguien ha revuelto el mazo y es la suerte quien decide los tantos?

No me preguntéis a mí, que ésas son cosas de filósofos y yo apenas sé contar hasta cinco ayudándome con los dedos. Pero si tuviera que daros mi opinión, os diría que a mi juicio la fatalidad existe, por mucho que nos pese a los hombres, y no sólo os diría eso, sino también que jamás se cansa de perseguir a los buenos y a los pobres.

Os preguntaréis por qué hablo de estas cosas, ¿verdad? Pues porque hoy mismo, señora mía, la suerte se ha ensañado duramente con vuestro pobre Felipe, y le ha jugado una tan mala pasada que difícilmente pueda algún día quitarla de su cabeza. Quizás os fastidie oír de ello, pero dejadme contaros lo que sucedió para que juzguéis por vos misma.

Todo comenzó esta mañana bien temprano. Tras desayunarme algunos bocadillos dulces en la cocina, fray Hernando me mandó llamar para que fuera a la sala de tormento, pues según dijo había que apretarle el gañote a cierto prisionero que se negaba a dar confesión. Como ya sabréis, eso es cosa de todos los días, pero esta vez el asunto me cogió por sorpresa y ya veréis el ingrato chasco que se llevó vuestro Felipe.

El hecho es que acabé mi desayuno, tomé mis cosas y marché hacia el sótano del edificio, no sin antes maldecir por enésima vez este oficio propio de burros, pues con

los años uno se pone cada vez más achacoso y holgazán, y aun peor si se trata de manejar los aparatos de tortura, que son tan toscos y pesados que le rompen el lomo a cualquiera.

En estas maldiciones estaba cuando entré a la sala de tormento y de repente me quedé helado del espanto. ¿A que no sabéis quién estaba allí, de pie junto a fray Hernando, con las manos engrilladas a la espalda y la cabeza inclinada hacia el suelo? Pues el mismísimo judío Martín. Sí, mi buena señora, el mismo que viste y calza. Os confieso que al verlo en ese instante me temblaron las piernas como a un cordero recién nacido. Yo apenas alcanzaba a verle la mitad del rostro, pues sólo había una débil lamparilla de aceite colgando del muro, pero os podría jurar que parecía una de esas almas en pena que se ven de noche cerca de los cementerios.

«¡Ah, las fatalidades de esta vida! —Pensé para mis adentros—. ¡Tan bueno y paciente que ha sido el judío conmigo y ahora tener que darle tormento! ¿Por qué el Señor me hace esto a mí, su humilde siervo que nada de malo ha hecho en este mundo?».

El caso es que, al ver que yo me encontraba en la sala, el judío levantó la cabeza y me miró un tanto aturdido. Me pareció notar que tenía los ojos extraviados, como si no vieran hacia ninguna parte, o que estaba tan atontado que ni siquiera podía reconocer mi presencia en medio de la oscuridad. Tal vez no se esperaba encontrarme en ese sitio de mala muerte, o acaso estaba pensando en las muchas noches en que nos habíamos visto en su celda, o en los versos que me enseñaba con tanta paciencia, o en aquellos tazones de leche caliente que le llevaba yo a escondidas para que se le templaran las tripas. La cuestión es que volvió a mirar hacia el suelo y se quedó así por un buen rato.

¿Me creeríais si os digo que estaba más desmejorado que nunca? No quisiera mentiros, pero me pareció que debajo de sus ropas el pobre debía de ser piel y huesos, como esos que enferman de no sé qué fiebres y después de un tiempo se vuelven tan secos y descarnados que parecen hechos de raíces de árboles. Para colmo de males andaba descalzo y tiritaba de pies a cabeza, pues el suelo de tierra estaba algo húmedo y de seguro se le metía el frío por la planta de los pies. Os diré que aquí abajo el frío aprieta más de la cuenta y es difícil de soportar, sobre todo en época de invierno, pues algunas noches suele colarse el sereno a través de los ventanucos y a la mañana siguiente hasta los propios aparatos amanecen todos cubiertos de escarcha. Quizás os parezca una gran tontería de mi parte, pero al ver al judío así, aguardando el mal trago que le esperaba y temblando como un perro mojado, pensé que al darle tormento al menos se le calentarían un poco las carnes. Ya sabéis que el mucho dolor os pone a bullir la sangre, y he visto a algunos en este sitio que aun en pleno invierno acaban sudando a chorros.

Un segundo después fray Hernando me hizo una seña para que pusiera al reo en condiciones de recibir tormento. Sin decir una palabra me acerqué a donde estaba Martín, le quité los grillos y lo hice recostar sobre la cama del potro. El pobre seguía

temblando del frío y le castañeteaban los pocos dientes que tenía en la boca. Una vez echado sobre los tablones del aparato le amarré las muñecas y los tobillos con sogas de cuero, y luego me quedé esperando las órdenes de los inquisidores.

¡Ay, señora! Creedme que no me atrevía siquiera a mirar al judío a los ojos. Nunca antes me he sentido tan avergonzado y miserable en toda mi vida, pues una cosa es llevar a tormento a un reo desconocido, o acaso a alguno al que sólo habéis visto unas pocas veces metido en su calabozo, pero otra muy distinta era hacerlo con este Martín, que tan generosamente se había comportado conmigo desde el principio. De pronto me vino a la cabeza el recuerdo del viejo Ciro. ¿Os acordáis de él, verdad? Pues bien, mientras anudaba a Martín recordé aquella vez en que el pobre viejo tuvo que dar tormento a su propia ahijada y verla retorcerse de dolor. Imaginaos, estar allí escuchando sus gritos y sus quejidos, y aun así teniendo que hacer oídos sordos y darle vueltas a la rueda del potro como si se tratara de un extraño. Aquello debió de haber sido duro, ¿no creéis? Ya se echa de ver la razón de que el pobre quedara hecho una miseria después de todo aquello. Dicho sea de paso, yo muchas veces me he preguntado qué sentiría el viejo en sus últimos años. Él jamás gustaba de abrir la boca sobre aquel asunto ni yo me animaba a preguntarle, no fuera a ser que le revolviera la herida, pero de seguro el recuerdo le pesaría en el alma tanto como una piedra. En este oficio nuestro se ven muchas cosas y uno acaba por volverse frío como el acero, que ya bien dicen que el hombre es criatura de costumbres, aunque a decir verdad hay ciertos momentos en los que incluso el más curtido flaquea.

Pues bien, en estas cosas pensaba vuestro Felipe cuando entró a la sala el padre Fermín, seguido por un médico y un escribiente a quien no le alcanzaban las manos, pues en una traía un montón de carpetas, folios y cuartillas, y en la otra llevaba un soberbio tintero haciendo equilibrio para que no se le escurriera de entre los dedos. Junto con fray Hernando todos se acomodaron tras un escritorio, mientras el escribiente se ocupaba de poner orden entre sus papeles y le sacaba filo a su pluma con una cuchilla. Entretanto, yo daba los últimos toques al aparato y terminaba de liarle las cuerdas al judío, que a esas alturas ya se había puesto como hollejo de uva tinta de lo amaratado que estaba.

En un momento creí ver que movía los labios como si tratara de hablar. Entonces me puse de espaldas a los inquisidores, y simulando que ajustaba unas cuerdas, me acerqué a su boca y lo escuché decir:

—«Aquesto todo agora ya se encierra, por desventura mía, en la fría, desierta y dura tierra».

—¿Fray Luis? —le pregunté.

—No —respondió el judío en medio de sus tiritonas—, son versos de Garcilaso.

Yo no sabía quién era ese tal Garcilaso, y aun cuando aquellos versos me parecieron muy bonitos, no creí oportuno el ponerme a averiguarlo, que no estaba el horno para bollos en ese momento. Pero a cambio de ello, ahora que me había arrimado aún más al judío, vi que en su rostro estaba pintada la imagen de la muerte

misma. Era un rostro cadavérico, señora mía, igual al de esos muertos a los que preparan para el velatorio y les empolvan el pellejo, les amarran la quijada y les cubren las narices con trocillos de algodón para que no les salgan fuera los mocos.

Como pude traté de serenar al judío y hacerle la estancia más llevadera, así que le puse una mano sobre el pecho, que estaba frío como el hielo, y después le eché algo de aliento sobre la piel del cogote para que se le calentara un poco. En ese mismo momento, aprovechando que los inquisidores discutían de algún asunto entre ellos, me acerqué una vez más al oído de Martín y en voz baja le dije:

—Tengo que hacer mi trabajo...

El pobre entreabrió los ojos y dejó escapar un bufido.

—Tú no tienes la culpa de esto —susurró entre dientes, y con el aliento cortado agregó—: Haz lo que tengas que hacer...

En eso el padre Fermín golpeó el escritorio con sus manos para acallar el murmullo y después se puso a recitar todo ese largo formulario que dicen los jueces al empezar una sesión de tormento: que el Santo Oficio no se hace responsable de esto o aquello, que tortura conforme a los decretos de no sé qué papa, y que sólo el reo deberá hacerse cargo de cualquier herida o despellejadura que sufra durante la sesión. Después leyó un folio con los detalles del caso, y aunque no comprendí mucho de lo que hablaba, me pareció entender que el tribunal había resuelto poner al judío bajo tormento por haberse negado a dar el nombre de otros miembros de su secta. Luego siguió otra larga perorata de casi un cuarto de hora en la que el padre Fermín habló de actas y bulas y documentos, pues ya sabéis que los inquisidores son muy puntillosos en esas cuestiones. Entretanto, fray Hernando no quitaba ojo a cuanto decía el padre Fermín, pues una de sus funciones era vigilar que todo el proceso llegara a buen puerto.

Al cabo de un rato el padre Fermín se detuvo, miró al judío y le preguntó:

—Por última vez, ¿está el reo dispuesto a confesar ante este santo tribunal?

Martín movió la cabeza de un lado a otro y no dijo una palabra.

Entonces fray Hernando se puso de pie, rodeó el escritorio de los jueces y caminó hacia la mesa del potro de tormento. Llevaba entre las manos un rosario de nácar y un pequeño botellín repleto de agua bendita. Ya os he contado alguna vez que antes de cada sesión, el Santo Oficio manda echar unas pocas gotas de ese líquido sobre los aparatos de tortura, pues se dice que en ocasiones el mismísimo diablo se apodera de ellos y los hace menos dolorosos para aliviarle el sufrimiento a los herejes. Pues bien, fray Hernando roció los aparatos de cabo a rabo, cuidando bien de que el agua bendita salpicara el hierro, las cuerdas y los maderos, y cuando acabó de hacerlo se volvió hacia mí y me ordenó que empezara de una vez con el trabajo.

Primero que nada, tal como indican las reglas, hubo que echar mano de eso que llaman tormento del agua. Yo cogí un paño de lino delgado, lo metí bien apelotonado en la boca de Martín y luego empecé a echarle agua poco a poco en las narices y en la propia boca. Por si no lo sabíais, y aunque no sean éstas las cosas que deba saber una

dama, esta ingeniosa tortura se usa mucho en estos días. Consiste en hacer que el reo, al verse obligado a respirar por la boca, empiece a tragarse el paño de lino cual si fuera un trozo de pan. Cuanta más agua se le echa en la boca, tanto más va tragando el paño, de tal suerte que acaba metiéndosele a través del garguero hasta que se hace un nudo. Llega un momento en que el reo ya no tiene más aire y es preciso quitarle el paño para evitar que se ahogue. Os diré que a veces el asunto se torna un poco peligroso, pues la telilla se mete tan adentro que llega a pegarse en los pulmones del reo, y cuando eso ocurre aparece toda sanguinolenta y no es raro que el pobre infeliz se muera durante la operación.

Por fortuna esta vez las cosas no pasaron a mayores, aunque a decir verdad el judío las pasó canutas durante un buen rato. Al tragar tanta agua el paño comenzó a atorarle el garguero y por un momento estuvo a punto de ahogarse. Dio unas cuantas sacudidas y trató en vano de escupir el lienzo, que cada vez se le iba más adentro, hasta que el propio fray Hernando, al ver que ya era suficiente, me ordenó quitarle el trapo de la boca.

Una vez que el judío pudo respirar de nuevo y le volvió el alma al cuerpo, el propio fray Hernando volvió a preguntarle si hablaría de una vez por todas, pero el otro siguió tan mudo como una piedra y volvió a menear la cabeza negándose a decir palabra. Sólo jadeaba y tosía con tanta fuerza que de milagro no le reventaron los pulmones.

Sé lo que estaréis pensando en este momento, mi muy indignada señora: que no es ésta la clase de cosas que deba oír una dama como vos, pues no se trata más que de atrocidades propias de verdugos. Y tenéis razón, por supuesto. Es bien cierto que vuestro Felipe no debería obligaros a escuchar tan espantosas y amargas historias, que al fin y al cabo los oídos de una mujer no se han hecho sino para recibir halagos y galanterías. Pero confío en que sabréis disculparme por todo esto, pues si os hablo de tales crudezas no es por capricho sino por necesidad, que mucho me ha entristecido todo este asunto del judío y sólo con vos mi alma puede aliviar su pena.

Pues bien, al ver que el reo continuaba negándose a decir palabra, el padre Fermín, que es muy receloso de su trabajo y no suele andarse con grandes rodeos, me ordenó que empezara a girar la manija del potro. Yo di los últimos toques al aparato y me aseguré de que el judío tuviera las muñecas y tobillos bien sujetos a las cuerdas, pues una mala ligadura es capaz de morder la carne y quebrar el hueso. Os diré que en verdad toda esta máquina parece hecha en el mismísimo infierno. Vaya a saber Dios quién pueda haber inventado semejante artefacto horrible que espanta de sólo mirarlo. Por si nunca habéis visto alguno, y en verdad espero que jamás tengáis que hacerlo, es como una enorme cama hecha de tablones en los que el reo es acostado boca arriba y atado a cada extremo por los tobillos y las muñecas. De esa manera todo el cuerpo queda estirado cuan largo es y en una postura hartamente desventajosa. Pero además, la cuerda que lía las muñecas está amarrada a un gran rodillo provisto de una manija, de modo que al ponerla a dar vueltas, el pellejo del reo se atiranta cada vez

más, se le hunde el costillar entre los pulmones, la carne se desgarrar y, si el pobre no habla ni confiesa a tiempo, o si acaso no le ha caído en suerte un juez piadoso, hasta puede que le acaben por estallar los huesos.

Yo estaba listo para comenzar mi trabajo, pero antes de accionar el aparato miré una vez más al judío Martín. El pobre estaba pálido y se le cortaba el aliento a cada rato, pues cuando uno está tumbado en el potro se le hace muy difícil tragar una bocanada de aire. Yo pensaba para mis adentros que todo aquello era una desgracia, que la fortuna se había ensañado más de la cuenta con el judío, pues el pobre tuvo mala pata desde el mismísimo instante en que había caído en estos sótanos. Por otra parte, y aunque os parezca una tontería, me reprochaba a mí mismo el no haberme enterado antes de que lo pondrían bajo tormento. La razón es bien sencilla, aunque merece una explicación. Sucede que existen algunos artilugios secretos para aliviar el dolor de los reos cuando van a tormento. El viejo Ciro me enseñó alguna vez a preparar ciertas pócimas que sirven de adormidera: son como una suerte de brebajes que aturden el seso, ablandan las entendederas del reo y lo dejan tan atontado que apenas siente el dolor. Recuerdo que él mismo los preparaba a escondidas con algunas gotas de vinagre, un poco de mirra amarga y ciertos yerbajos que arrancaba de una huerta de aquí cerca. Después los cocía un buen rato a fuego de horno y una vez a punto, a cambio de algunos dineros, los daba a beber a los reos antes de la sesión de tortura. Creedme que su efecto es milagroso y la receta es tan sencilla que hasta un niño podría prepararla. Pero ya veis, todo este asunto me había cogido tan de sorpresa que no tuve tiempo de hacer nada.

Y ahora sí, mi dulce y sufrida señora, preparad vuestros oídos, afinadlos bien y armaos de paciencia, pues de una vez por todas voy a contaros con pelos y señales todo cuanto sucedió allí abajo.

Después de hurgar por enésima vez entre sus papeles, con esas manos huesudas que Dios le ha dado, el padre Fermín me indicó que empezara de una vez el trabajo en el potro. Flaco favor le hacía yo a este Martín, pero a fin de cuentas el oficio es el oficio y no era ése el momento de andarse con recelos, que si a uno le espanta este trabajo más vale hacerse tendero.

De modo que me armé de coraje, cogí el cabo de la manija y comencé a darle vueltas. El cuerpo del judío se puso duro y soltó un gemido. En ese mismo instante, sin dejar que le volviera el resuello, fray Hernando y el padre Fermín comenzaron a hacerle preguntas, pero Martín, que estaba estirado como pieza de cordero, ni siquiera parecía entender una palabra de lo que le decían. Ambos frailes insistían en que confesara la verdad, que no se buscara más dolores ni padeceres en el potro, y que no era propósito de este santo tribunal hacer daño al reo ni mortificarlo, pues semejantes cosas no agradan a los ojos de Dios, aunque el silencio y el pecado son aún peores. «Debes hablar —le dijo el padre Fermín—, pues de lo contrario se ordenará dar otra vuelta de cuerda». Martín siguió sin abrir la boca y se le repitió que dijera la verdad, pero otra vez se quedó en silencio y me vi forzado a girar la manija un cuarto de

vuelta más.

Ahora le temblaba la quijada y empezaba a sudar. Entonces los jueces volvieron a preguntarle y esta vez el judío trató de hablar, entreabrió los labios reseco y dijo que él era inocente, que no merecía esos tormentos: «No señores jueces —murmuró entre dientes—, que yo no soy pecador, que no lo soy a los ojos de Dios y por ello estoy sereno con mi conciencia». Pero los jueces no se dieron por satisfechos y otra vez lo conminaron a decir la verdad. Fray Hernando se puso a su lado, le acarició el pecho con dulzura y le dijo: «Habla Martín, que el Señor te perdonará, ábrenos tu corazón y evitarás mayores sufrimientos». Y el judío que no, que suéntenme de una vez, quítenme estas sogas que me hacen mucho daño, yo no soy ni jamás he sido culpable de nada, mi conciencia está limpia. Luego el padre Fermín, que parecía algo irritado, me ordenó que le apretara aún más las cuerdas, y mientras tanto se volvió una vez más hacia el judío y le dijo: «Tú eres reo de herejía, lo has confesado ya, has dicho que renegaste del bautismo cristiano y que practicabas en secreto la ley de Moisés, y ahora debes revelarnos el nombre de otros herejes». Martín sacudió la cabeza de un lado a otro y dijo: «Yo soy inocente, quítenme estas sogas por el amor de Dios, me duelen mucho las piernas, quítenme estas sogas». Fray Hernando y el padre Fermín insistieron al mismo tiempo: «Habla, di la verdad y salvarás tu alma, no quieras verte en peores trances de los que estás ahora, que deseamos ser piadosos contigo y no queremos causarte daño». Yo tuve que dar un cuarto de vuelta más al aparato, y entonces el judío empezó a jadear como un animal desesperado, pues en aquella posición las costillas se clavaban como agujas en el pecho y no dejan pasar el aire. «Habla de una vez —le repitió el padre Fermín—, debes decirnos todo cuanto sabes». Pero Martín tenía el resuello entrecortado y apenas se le oía pedir misericordia, que suéntenme ya, que no siento las piernas, no voy a hablar, sólo Dios es quien juzga a los hombres, las cuerdas, las cuerdas me hacen daño, ya no siento las piernas...

Mientras tanto el pobre escribiente, que andaba apurado entre tanto papeleo, no se daba un respiro y trataba de anotar todo cuanto decía Martín. Sé que os parecerá extraño, pero en los registros de cada proceso debe constar hasta el último reniego del prisionero: que si ha dicho ¡ay!, que si ha soltado alguna palabrota, que si ha llamado por su madre o pedido por su abuela, o si al cabo ha tosido, tragado, vomitado o lo que cuernos haga.

Yo entretanto miraba a fray Hernando y buscaba algo de clemencia en sus ojos. Rogaba al cielo para que se apiadara del pobre Martín y detuviera el interrogatorio de una vez por todas. Pero ya sabéis cómo es el asunto aquí abajo: mal que le pese, un fraile debe observar las reglas y hacer su trabajo como cualquier otro, sin chistar ni decir palabra, que para algo le han dado el puesto y no para andar haciendo el rebelde. En un momento eché una rápida ojeada al padre Fermín, que en ese preciso instante estaba reconviniendo al escribiente, y me pareció advertir que él también se hallaba algo fastidiado por todo este asunto. Se le notaba la mirada algo nerviosa y parecía estar fuera de sí. No quisiera engañaros, mi buena señora, pero a mí me da

que deben de ser esos problemas de los que ya os he hablado antes. Desde hace algún tiempo anda todo el día como gato enjaulado y está siempre de rezongo en rezongo. O tal vez le pesaba demasiado su tarea de inquisidor. A veces ocurre que los ministros del Santo Oficio están a disgusto con la paga, o tienen sus apuros como cualquier cristiano, o ese día se han levantado con el pie izquierdo y andan de mal humor por vaya a saber qué asuntos que más vale pasar en silencio. Sin embargo, aquí todo el mundo tiene que hacer a un lado sus cuestiones y obedecer las reglas.

Y a propósito, ¿sabéis qué piensa vuestro Felipe algunas veces? Pues que en este oficio todos nos pasamos la vida agachando el lomo y obedeciendo a algún otro que está por encima, y no os hablo solamente de mí, que vuestro Felipe no cuenta para nada, sino de los propios jueces como fray Hernando, que debe someterse al padre Fermín, y del propio padre Fermín, que de seguro debe hacerlo ante el inquisidor general, y del inquisidor general, que tiene que servir al papa, y si viene al caso también del propio papa, que vaya a saber uno ante quién tendrá que aborregarse. Así son las cosas en este mundo. Pero eso, mi señora, es harina de otro costal, y más vale que no os siga enredando con tanto cacareo.

Pues bien, al ver que Martín seguía emperrado en callarse la boca, el padre Fermín se acercó a él y le dijo:

—Vamos, dinos el nombre de los otros que han judaizado. No tiene sentido que los ocultes. ¿Fue acaso José Cabello? ¿Arturo Silva? ¿Abraham Zeballos? ¿Isabel Valdés?

Así continuó dando una lista de nombres, todos ellos de supuestos judíos, hasta que mencionó el de un tal Pedro Sánchez, y entonces Martín dio un respingo y abrió los ojos sorprendido.

—¡Ah! —Dijo el padre Fermín—. A ése lo conoces, ¿verdad? Pues dime si ha judaizado al igual que tú. ¡Dímelo!

Pero el judío no respondió nada, así que el padre Fermín, que ahora resoplaba como potro cansado, se volvió hacia mí y mandó seguir con el asunto. A esas alturas yo andaba con la lengua seca de tanto esfuerzo, de modo que bebí unos tragos de agua, me eché un poco en las manos para humedecerlas y volví a cogerle el cabo a la máquina. Durante un buen rato seguí apretando el soguerío y viendo cómo el pobre Martín se retorció como una lombriz. Tenía un gesto de horror y de espanto en el rostro. La lengua le colgaba fuera de la boca y se la mordía a cada rato, de tal suerte que le había empezado a chorrear por las mejillas una espuma hecha de sangre. El pobre volteaba los ojos hacia atrás y respiraba con la boca abierta, como si quisiera tragarse todo el aire a bocanadas. Mientras tanto los inquisidores volvían a preguntarle lo mismo y el judío repetía que no y que no, que ya no soporto más el dolor, mátenme si quieren, no siento las piernas, no puedo respirar, no puedo, no puedo...

En un momento dado, el médico se puso de pie y caminó hacia la mesa del potro. Tendríais que haberlo visto: iba altanero como una garza, que ya sabéis lo creídos que

son algunos de estos matasanos. El hecho es que se inclinó sobre Martín, le palmeó las costillas, le tomó el pulso y lo miró de pies a cabeza. Después se llevó una mano a la barbilla y mirando al padre Fermín dijo:

—Vuesa merced, el reo ya no está en condiciones de recibir más tormento.

—¿Lo habéis revisado a conciencia? —le preguntó el padre Fermín.

—Completamente, vuesa merced.

Entonces el padre Fermín se volvió hacia el escribiente, le hizo un gesto con ambas manos y luego dijo en voz alta:

—Muy bien. Habida cuenta del consejo médico, y tal como ordenan los estatutos de la Santa Inquisición, este tribunal manda que se dé por concluida la presente sesión de tormento.

¡Por la Virgen Santísima! No imagináis cuánto me alivió aquello. No sólo porque el padre Fermín detuvo de una vez el interrogatorio, sino porque había ordenado la *conclusión* del tormento. Habéis de saber que los inquisidores sólo pueden torturar una sola vez, pero en ocasiones, cuando no están muy satisfechos con lo que ha confesado el reo, tan sólo ordenan la *suspensión* de la tortura, de modo que puedan reanudarla en otro momento las veces que se les antoje. El padre Fermín había mandado que se concluyera la tortura y eso significaba que no habría otra vez. Sin embargo, miró al escribiente y le dijo:

—Haced que lleven al reo de vuelta a su calabozo. Veremos si algún tiempo más allí dentro le azuza la inteligencia.

De inmediato yo destrabé el rodillo de la máquina, chillaron las juntas de hierro y se aflojaron las cuerdas. El pobre Martín se encogió como un renacuajo y profirió tal grito que temblaron los muros. Así, hecho un ovillo, quedó acurrucado sobre sí mismo y tratando de recuperar el aliento. Estaba pálido como un pescado, aunque tenía las muñecas y los tobillos morados de sangre y la piel mordida por las cuerdas.

Después de que todo el mundo abandonó la sala, me cargué al judío sobre la espalda y a duras penas lo llevé hasta su calabozo. ¡Ay, señora, cuán descuajeringado estaba el pobre infeliz! Con mucho cuidado lo hice acostar sobre su catre, que estaba frío como el hielo, y fui por un tazón de leche caliente y unas cuantas compresas de vinagre para aliviarle las magulladuras. Cuando regresé al calabozo vi que estaba tiritando como un niño, de modo que lo arropé bien con unas mantas de lana, me senté a su lado y le acerqué el tazón de leche a la boca.

—Bébetelo esto —le dije—. Le he puesto unas cuantas gotas de aguardiente para hacerte entrar en calor.

El judío alzó la cabeza y a duras penas consiguió beber algunos sorbos, ya que estaba todo machucado y le temblaban hasta los pelos. Luego de eso cogí la botella de vinagre, mojé unos trapos y se los puse en las heridas de los pies y las muñecas. A esa hora ya se estaba haciendo de noche y no se oía ruido alguno en los pasillos del edificio.

Cuando acabó de beber toda la leche, Martín se cubrió con las mantas hasta la

cabeza, de modo que sólo le quedó un pequeño hueco por donde respirar.

—Gracias por la bebida —susurró—. En verdad me ha calentado bastante las tripas.

Yo lo miré a los ojos y casi rezongando le dije:

—Tú sigue haciéndote el porfiado con los jueces y ya no tendrás tripas que calentar. ¿Por qué diablos no hablaste allá abajo?

—Eso ya no importa —contestó Martín—. De todos modos ya estoy perdido.

—¿Qué dices, hombre? ¿Acaso se te ha enfriado el seso? Mira que yo me tengo por bruto, pero en esto tú me llevas ventaja. Eres tan terco como una mula. Y si no mírate un poco. Si hubieras hablado no estarías todo reventado como ahora.

—¿Hablar? —Repitió Martín—. ¿Y de qué? Ellos querían los nombres de otros judíos, y si se los hubiera dado ahora estarían tras ellos para arrestarlos. Doy gracias a Dios que me ha dado fuerzas para no abrir la boca.

Se detuvo un instante para tomar un poco de aire y después dijo:

—¿Sabes?, en un momento estuve a punto de soltar la lengua y decir todo lo que me pedían. En verdad es extraño eso de estar ahí amarrado en el potro. Al principio creí que podría soportar el dolor y estaba decidido a no decir palabra. Me pareció que el aparato no era tan duro como lo pintan por ahí. Pero cuando tú diste la segunda vuelta a la manija, pensé que la máquina me iría a arrancar los brazos. Ya no aguantaba ni un minuto más y quería hablar, quería decirles a gritos todo lo que sabía. Pero después, a la tercera vuelta de manija el dolor se hizo tan horrible que ya no pensé en nada más. La cabeza me empezó a dar vueltas y ni siquiera entendía lo que me preguntaban los jueces. Sólo quería que me quitaran las sogas y me sacaran de allí. O que me mataran de una vez...

Martín dijo todo aquello a media voz, casi jadeando y apenas asomado entre las mantas. Noté que estaba muy cansado, y que necesitaba dormir acaso un día entero si fuera posible. Entonces me puse de pie y le dije:

—Ahora trata de dormir un poco. Yo volveré mañana temprano y veré si puedo hacerme de algún ungüento para curarte las heridas. Por ahora las compresas de vinagre te aliviarán bastante.

—Gracias por la leche otra vez —murmuró el judío, y cuando yo estaba por salir del calabozo chistó y dijo:

—¡Eh! ¿Cómo sigues con tus versos?

Yo me encogí de hombros.

—¡Joder, hombre, que es difícil! —murmuré—. Pero te prometo que un día de éstos lo voy a dominar.

Y así acabaron las cosas, mi buena señora. Me despedí del judío y fui a mi cuarto a descansar, que bastante fatigado estaba con tantos trajines. Tengo muchas cosas más para contaros de todo esto, pequeñas cuestiones que me han quedado en el tintero como quien dice, pero ya se ha hecho tarde y bastante habéis tenido con esta carta.

Espero escribiros nuevamente en cuanto pueda hacerlo. Os envío mis saludos.

CAPÍTULO 20



Mi estimada señora:

Llevo casi dos noches sin pegar un ojo. Sé que no es ésta la mejor manera de empezar una carta. Quizás hubiera sido más apropiado el ofreceros mis respetos, el preguntar por vuestra salud, el decir cuán grato es escribiros una vez más, o cualquiera de esas formulillas que usan quienes saben de estas cosas. Pero confío en que a estas alturas ya os habréis acostumbrado a las muchas torpezas de vuestro Felipe.

El caso es que no he podido conciliar el sueño en dos noches, y ello a causa de este maldito asunto del judío Martín, que me ha empezado a revolver la mollera más de la cuenta y me ha puesto los ojos como de lechuza.

Y ahora decidme una cosa, por el amor de Dios: ¿qué clase de lunático pensáis que ha de ser este judío? ¿Por qué diablos se emperrea tanto en sus creencias y no quiere abrir la boca por nada del mundo? A mi juicio, bien haría en hacerse cristiano de una vez, dejar que lo bautizaran como a todos en estos reinos y sanseacabó, que con eso se evitaría tantos males y penurias aquí abajo. Pero ya veis, el muy terco sigue en lo suyo como si nada ocurriera y parece no importarle un rábano que lo encarcelen, lo torturen o lo echen al fuego.

Para deciros la verdad, hasta el día de hoy yo lo tenía por hombre de genio, pero ahora se me antoja que ha perdido la cordura y no sabe siquiera dónde se encuentra. Por eso os lo pregunto una vez más: ¿no será que el pobre ha perdido el juicio? He oído por ahí que esos que leen demasiado terminan por coger un mal incurable, pues según parece, de tanto estudiar y andar entre libros se les seca la médula del seso y

enferman de por vida. No me preguntéis si será cierto, pero quizás este Martín, de tanto usar el cerebro y de tanto instruirse ha acabado trastornándose y viendo fantasías en cualquier parte. Sin ir más lejos, recuerdo que alguna vez él mismo me dijo que todos los poetas, eruditos y hombres de letras tienen el cerebro tan embotado como el de un borracho y son incapaces de ver las cosas con la claridad necesaria. ¿No será acaso que está así de tanto quemarse las pestañas entre libros? Pues vaya uno a saber.

De algo no tengo la menor duda, y es que ha de ser corajudo como un potro salvaje, pues que yo sepa no cualquiera sale airoso de las máquinas de tormento. Si me disculpáis la osadía, esos que ya sabéis los debe de tener muy bien puestos, que otro en su lugar habría cantado hasta el avemaria con tal de librarse de la tortura.

Sea como fuere, os confieso que el pobre me da mucha pena y que quisiera verlo libre cuanto antes de este trance. No os asombréis de lo que digo, que las gentes de nuestro gremio también tienen su corazoncillo, y a veces nos duele tanto la desgracia ajena que acaba uno sintiéndola como propia. No hay duda de que vuestro Felipe es la mar de bruto, pero en ocasiones también es concienzudo y se apena como el que más cuando alguno de los prisioneros está pasando un mal rato.

Y si no me creéis, dejadme contaros lo que sucedió hace algún tiempo con una tal María Núñez, natural de Utrera, que fue traída aquí por sospechas de herejía y quedó encerrada en uno de los calabozos del fondo.

La tal María era una muchacha joven y bastante bonita, o al menos así me lo parecía a mí en ese momento. Tenía una hermana mayor llamada Francisca, quien justo el año anterior había sido hallada culpable de herejía y quemada en un auto de fe. En aquel momento, al ser puesta bajo tortura, Francisca había confesado sus pecados y dicho que en una oportunidad, al hablar de sus opiniones con María, ésta no se había mostrado en desacuerdo ni dicho nada en contra. Quizá diréis que callaba de puro inocente, pero aquello bastó para tenerla por sospechosa, y en menos de lo que canta un gallo el Santo Oficio mandó arrancarla de su casa y traerla de inmediato.

Así fue como la tal María llegó a estos sótanos. Ya desde el primer momento la pobre andaba desconsolada y gritando, y no sólo por quedar en manos de la Inquisición, que eso a nadie le cae en gracia, sino porque además venía preñada de ocho meses y andaba con todos los modos de una primeriza.

Tendríais que haber visto lo que parecía. Ya sabéis cómo se pone la hembra cuando está encinta, y más aún cuando le sucede por primera vez: que sufre de vómitos, que tiene náuseas, que se siente asustada, que le duele hasta el pelo. Pero amén de todo aquello, María estaba tan sensible que rompía a llorar por cualquier nadería. Os juro que a mí se me partía el ánimo de verla en ese estado. Cada vez que le llevaba la comida a su celda trataba de calmarla: «Tranquilízate, mujer —le decía a través del ventanuco—, que ya te cambiarán de celda y te enviarán a un médico».

La cuestión es que pasó el tiempo y al cabo de un mes María rompió aguas y alumbró a una criatura. Yo mismo la ayudé en los trabajos del parto, pues quiso la

fortuna que ocurriera de madrugada y a esas horas no hay ningún médico a quien recurrir en estos sótanos. Ya os imaginaréis a vuestro aturdido Felipillo haciendo de comadrona, atendiendo a la madre como Dios manda y cuidando hasta el menor detalle, pero aunque os parezca mentira me las compuse bastante bien, que todo se aprende en esta vida si hay voluntad. En cuanto al niño, nació hecho un manojito de sangre y era tan pequeño y esmirriado que parecía un renacuajo de esos que se ven en los pozos de agua estancada. Todo él estaba muy raquítrico y había que hacerle mamar la leche a la fuerza, pues el pobrecillo se veía tan débil que no parecía tener siquiera deseos de coger la teta de su madre.

Por extraño que os parezca, los jueces no suspendieron la prisión de María luego del parto. Antes bien al contrario: le quitaron al crío a los diez días y lo llevaron con las hermanas de la Caridad, mientras que a la pobre mujer la mudaron a otro calabozo igual de feo que el anterior. Sin embargo, quiso la suerte que, de entre tantas desgracias, allí tuviera como acompañante a una joven muy compasiva que la socorrió en todo momento. Fue como un milagro, pues María estaba en muy mal estado y no podía valerse por sí misma ni para hacer sus necesidades.

Pero ya sabéis cómo son las cosas: no mucho tiempo después, los jueces me ordenaron sacarla de su calabozo y llevarla a la sala de tormento. María aún no estaba repuesta de los dolores del parto, así que os podréis imaginar cuán delicado tenía el pellejo. Tuve que recostarla con gran cuidado sobre la mesa del potro, amarrarle las manos y los pies y hacer el trabajo aun a mi pesar. Una vez comenzada la faena traté de girar el cabo de la manija sin hacer demasiada fuerza. Pero estas máquinas son duras aun con el más leve tirón, y como además la muchacha al principio no quería soltar prenda, tuve que apretarle los cordeles con más vigor todavía. Así estuvo durante algunos minutos, pero luego se hizo tan grande la tirantez que las sogas le penetraron en los huesos y se le debió de reventar alguna entraña, pues comenzó a echar sangre por la boca y las narices.

Viendo aquello, por supuesto, los jueces me ordenaron que la devolviera a su calabozo. Yo obedecí de inmediato y la llevé hacia allá, seguido por un médico que, una vez en la celda, la revisó de pies a cabeza y trató de sanarle las heridas. Doy fe de que el hombre hizo lo que estuvo en sus manos, pero la pobre María había quedado tan maltrecha por el tormento que ya estaba en manos de Dios. Tres días después murió en su calabozo.

No imagináis mi turbación ante aquella muerte. Vuestro Felipe de pronto se vio tan acongojado que apenas logró reponerse en varios días. Estuve sin habla casi una semana entera y hasta el menor trabajo me fatigaba. Tanto me había encariñado con aquella buena muchacha que, en los meses siguientes, solía ir una vez por semana al cementerio para llevarle algunas flores a su tumba.

Pero algún tiempo después caí en la cuenta de lo que estaba haciendo y me dije a mí mismo: «Estas cosas no son para ti, Felipillo; tú eres un carcelero de la Inquisición, y en este oficio más vale no andar sufriendo por el alma de nadie».

Y así es, mi buena señora. Por duro que parezca decirlo, no debe uno hacerse mala sangre por nadie en este oficio. Imaginad si no: ¿qué pasaría si un buen día el matarife le tomara cariño a sus puercos? ¿O si el vendedor de pescado empezara a congraciarse con los peces? ¿O si el fabricante de trampas para ratones de pronto se doliera de esos pobres bicharracos? No, señora mía, cuando no hay remedio, mejor es escapar a la enfermedad. Por eso desde entonces me prometí nunca más simpatizar demasiado con los reos, que jamás se sabe cuándo tendrá uno que ser el verdugo con ellos.

Pero ya veis, ahora yo mismo he quebrado mi promesa y hecho buenas migas con este Martín, y maldito el momento en que se me ocurrió hacerlo, que ahora me duele hasta el ánimo de verlo tan maltrecho.

Y a propósito del judío, dejadme haceros una pregunta que me ha estado rondando estos días: ¿no os parece un tanto injusto que un hombre como él deba quedarse enjaulado en estos calabozos? Bien está eso de que los pillos y malandrines vayan a dar a prisión, que ya bastante barullo meten en la ciudad con sus atracos y raterías, pero a fe mía que este Martín no es bicho de esa calaña. Si está encerrado aquí es por ser judío y nada más, que eso a mí me tiene sin cuidado. Ya adivino lo que diréis: que los judíos son gentes perversas, que no creen en el Señor, y que en las noches salen a robar criaturas que después pasan a cuchillo y las dan como ofrenda al diablo. Vale, pero si queréis saber la verdad, a mí todo eso no me parecen más que habladurías que inventa el pueblo, que yo jamás he visto que ocurran semejantes cosas. Acaso también diréis que los judíos son avaros y tienen tanto aprecio por el dinero que hasta venderían a sus propias madres. Sin embargo, yo he conocido algunos tan generosos que os darían hasta el calzón.

Así es, señora mía, no entiendo yo por qué todo el mundo dice pestes de los judíos. En mi humilde opinión, las gentes de esa secta no son viles, ni perros, ni ninguno de esos motes que les pone el populacho. Que algunos de ellos son mala gente no hay duda, pero con los cristianos sucede lo mismo: a muchos más vale perderlos que encontrarlos.

Bien es verdad que yo no entiendo ni jota de estas cosas, pero me da que al fin y al cabo lo que cuenta no es la religión de cada uno, que eso se elige, sino la bondad y nobleza de alma, que vienen con la leche de la madre. En otras palabras, y si me permitís el comentario, yo que he visto algo de mundo puedo deciros que nadie es malo por ser judío, moro o luterano, pues al final todos somos hijos del mismo Dios. Lo que ocurre es que cada cual lo llama a su modo o le pone el nombre que se le antoja, y eso irrita a las gentes, las hace odiarse entre sí y hasta las lleva a hacerse la guerra.

Vuestro Felipe no se crea un problema por tales cuestiones. Si alguien me pide un favor, o busca refugio, o quiere ayuntarse conmigo, no le ando espiando el ojo para ver si es de esta o aquella creencia. Lo que cuenta es que tenga buen corazón y con eso basta y sobra. Ahí tenéis al propio Martín. ¿Qué más da que sea judío? Por mí

puede rezarle al dios que le venga en gana, mudar de camisa los viernes y no probar jamás la carne de cerdo, que eso no lo hace malvado ni mucho menos. En cambio, hay otros que presumen de cristianos y se dicen tan justos como el mismo Cristo, cuando en el fondo son de tan mala entraña que a una legua se les adivina la hilacha. Y si no fijaos en el padre Fermín, que se sabe los Evangelios de cabo a rabo y anda con tantas cruces encima que parece un cementerio, pero si le miráis el ánima bien de cerca veréis que es tan rastrero como una serpiente.

Lo que cuenta es la buena madera, señora mía, y de eso el judío Martín tiene de sobra.

Y ahora os envío mis saludos y os agradezco vuestra atención al leer esta carta, que si ha sido algo tonta o fastidiosa para vos, al menos me ha dado la oportunidad de contaros mis penas en este momento. Buenas noches y que tengáis dulces sueños.

CAPÍTULO 21



Señora mía:

Os escribo esta vez para hablaros de algo extraño que ha sucedido hoy por la tarde y que, a fuer de ser honesto con vos, me ha dejado bastante inquieto. No os alarméis, que no se trata de una desgracia ni es cosa de gran cuidado, pero os ruego que al menos tengáis la paciencia de escuchar a vuestro Felipe, que si no fuera por vos no tendría a nadie a quien contar sus tonterías.

Pues bien, sucede que esta misma tarde, luego de acabar mis faenas, me acerqué al cuarto de fray Hernando asaltado por un pensamiento que me viene rondando el seso desde hace días. Tras picar a la puerta con mucho cuidado, pues fray Hernando me ha enseñado a ser discreto y moderado en estas cosas, entré al cuarto y lo vi atareado entre tanto papeleo y tantos expedientes que pensé en regresar en otro momento. Ya se sabe que no es bueno importunar a un inquisidor en horas de trabajo, pues a veces tienen algún asunto delicado entre manos y el menor estorbo los lleva a distraerse. Por eso, giré sobre mis pasos y me dispuse a marcharme sin decir palabra, pero cuando el fraile alzó sus ojos y advirtió mi presencia, hizo a un lado su pluma y sus papeles y me recibió con gran amabilidad.

—Adelante, Felipillo —me dijo con una sonrisa en los labios—. ¿Qué te trae por aquí a estas horas?

Ya os he dicho que había ido hasta allí por un asunto importante, o al menos para mí lo era, pero os confieso que en ese momento se me enredaron las ideas en la cabeza y no supe por dónde comenzar a hablar. Temía que fray Hernando se ofuscara

conmigo, o tal vez que me sacara cogido de los pelos, pues lo que venía a decirle era un tanto embarazoso y quizá no fuera ése el mejor momento de hacerlo. Me quedé parado como un tonto y sin abrir la boca, mientras el bueno de fray Hernando me observaba extrañado. Pero no iba a estarme así todo el día, de modo que junté fuerzas y de un tirón le dije:

—Es sobre el judío Martín, vuesa merced. Quisiera hablaros acerca de él.

Fray Hernando arrugó el ceño en un gesto de curiosidad, dejó su pluma y sus papeles y luego se acomodó en el respaldo de la silla.

—¿Del judío Martín? —Repitió con cierta preocupación—. ¿Qué ha sucedido con él? ¿Es que ha habido algún inconveniente acaso? Por Dios, Felipillo, no me dirás que otra vez se ha puesto malo de fiebres, ¿verdad?

—No, no es eso —respondí—. Vuesa merced puede quedarse tranquilo. A decir verdad sigue algo enfermo y tiene achaques todos los días. Pero no es a causa de ello que he venido a hablaros.

—¿Entonces?

—Bueno, es que..., supongo que vuesa merced sabrá disculpar mi atrevimiento, pero sucede que en estos días he estado pensando un poco acerca de él. Ya sé que soy un poco atolondrado y lerdo para algunas cosas. Vuesa merced siempre lo dice y en ello tiene toda la razón del mundo. Pero es que hay algo que, en mi humilde opinión, está mal en todo esto. No es que yo quiera meterme en cosas que no me importan, pero...

—¡Vamos, hombre, ve al grano de una vez y no des tantas vueltas!

—Está bien, vuesa merced. Lo que quiero decir es que, a mi entender, ese judío es buena gente y que yo sepa nunca ha hecho nada malo en toda su vida. Puede que tenga sus astucias como cualquier hijo de vecino, pero yo creo que sería incapaz de hacerle daño a una mosca. Por eso, no es que quiera meterme en asuntos de la Inquisición, que líbreme Dios de semejante insolencia, pero ¿no cree vuesa merced que el Santo Oficio debería ser un poco más piadoso con él?

Dije todo aquello sin tomar aliento y suplicando al cielo que me diera las palabras justas. Cuando acabé de hablar, fray Hernando me miró algo aturdido y con un gesto extraño. Por un minuto creí que me haría colgar de las orejas por haber dicho semejante disparate. Pero ya os he dicho que es hombre generoso y nunca se comportaría así conmigo. El caso es que dejó escapar una de esas sonrisas bonachonas que le salen de vez en cuando y con toda tranquilidad me preguntó:

—¿Tú crees que el Santo Oficio debería dejarlo libre, Felipe?

En ese momento no abrí la boca, pues la pregunta me había cogido por sorpresa y no sabía qué responder. Pero de pronto noté que me subían los calores al rostro, me puse rojo de vergüenza y mirando al suelo dije:

—Bueno, la verdad es que yo no diría tanto, vuesa merced. Nunca he comprendido mucho de estas cuestiones, pero...

—Mira, mi buen Felipillo —me interrumpió fray Hernando—, no pienses que no

te entiendo, pero si quieres que te lo diga de un modo sencillo, éste es un asunto como cualquier otro a los ojos de la Inquisición. Yo comprendo que para ti ese tal Martín parezca un hombre bueno y de provecho, y acaso tengas razón. Pero la verdad es que no estamos aquí para juzgar esa clase de cosas. Martín pertenece a la secta judaica, y para un tribunal del Santo Oficio eso constituye una herejía que debe ser juzgada y castigada. Además, tú mismo has visto que le hemos dado la oportunidad de retractarse en varias ocasiones, y sin embargo él no ha querido aprovecharlas.

—Sí, vuesa merced, yo mismo no entiendo cómo ha sido tan terco.

—Sus razones tendrá, mi querido Felipillo. Pero ésa es otra cuestión. El caso es que cuando un reo obra de ese modo, el tribunal se ve obligado a tomar las medidas pertinentes. Es cierto que a veces son un tanto duras, para qué negarlo, pero créeme que no hay otra salida. Si quieres saber algo, a mí me duele en el alma que ocurran las cosas de ese modo. Preferiría no tener que lidiar con este oficio tan ingrato y lleno de amarguras. Pero muchas veces tenemos que hacer cosas que nos disgustan. Somos inquisidores, cumplimos órdenes de la Santa Madre Iglesia y tratamos de hacerlo lo mejor posible. Y en cuanto a ese Martín, mal te pese, no olvides que además es un relapso.

—¿Un qué?

—Un relapso, alguien que ha cometido herejía por dos veces.

—¿Y eso es muy malo, vuesa merced?

—Por cierto que lo es. De hecho, a los ojos de la Iglesia es un crimen horrible. Mira, para que puedas entenderlo mejor, cuando un reo ha caído en herejía y ésta no es muy grave, o lo ha hecho por desconocimiento, el Santo Oficio puede reconciliarlo y hasta dejarlo en libertad, pues la mayoría de las veces el pecador lo es por mera ignorancia. Pero las cosas cambian del todo en caso de que sea relapso, es decir, cuando vuelve a cometer esa misma herejía por segunda vez, pues ya se le ha advertido de su error. Para decirlo con otras palabras, es como si tú le robaras dinero a alguien. Si nunca has robado antes, y resulta que te arrepientes de hacerlo y además tu alma es sincera en ello, entonces los jueces podrán comprender tu error y concederte el perdón. Pero si luego de ello robas por segunda vez, eso es un delito más serio y debes recibir castigo.

—Comprendo, vuesa merced.

—Seguro que sí —dijo fray Hernando—. Y para que lo entiendas mejor, aprovechando que ya estás aquí, déjame contarte la historia de Lot. ¿Has oído hablar de Lot?

Como imaginaréis, mi señora, yo jamás había escuchado ese nombre en toda mi vida, de modo que negué con la cabeza y me dispuse a escuchar con suma atención.

Fray Hernando me contó que ese tal Lot era un viejo que vivió hace muchísimo tiempo en un lugar muy lejano, y que por esas cosas del destino tuvo la desgracia de caer en pecado por dos veces. Según decía la historia, Lot era padre de dos hijas que vivían junto con él y que ya estaban en edad de tener críos. Pero resulta que en todo

el pueblo no había varón alguno que pudiera ayuntarse con las muchachas, de modo que las muy atrevidas, aunque no lo creáis, resolvieron tener hijos con su propio padre a fin de no perder la descendencia. Zorras las muchachas, ¿verdad? Pues bien, sucede que una noche bien oscura y sin que Lot se diera cuenta, la mayor de ellas lo emborrachó hasta la raja, luego tuvo amores carnales con él y así quedó preñada. Yo sé que tal vez os parecerá indecente, pero según me dijo fray Hernando, al viejo Lot se le perdonó aquella falta, pues el pobre infeliz había pecado sin saberlo y llevado por la embriaguez. Sin embargo, la cosa no terminó allí. Al poco tiempo la hija menor hizo lo mismo que su hermana: esperó a que se hiciera de noche, dio de beber un tonel de vino a su padre, y cuando el otro cogió la mona se echó a dormir con él. Todo ocurrió de igual modo que la vez anterior, pero en este caso, según me contó fray Hernando, no hubo perdón alguno para el viejo Lot, pues él ya sabía de los efectos del vino y debería haberse negado a beber por segunda vez.

—¿Lo comprendes, Felipillo? —Preguntó fray Hernando al acabar la historia—. Hay quien peca por desconocimiento y por lo tanto merece nuestro perdón y nuestra misericordia. Pero quien cae en falta por segunda vez, a sabiendas de lo que ha hecho, ése debe ser castigado con todo el rigor que mandan las leyes. Ese Martín de quien me hablas es un hereje relapso. Ya ha cometido una vez el delito de judaizar. Si se arrepintiera de ello y aceptara la fe católica, la Santa Madre Iglesia podría concederle los sacramentos de la penitencia y la Eucaristía. Pero aun cuando se le ha señalado su error y se le ha pedido que abjure de sus creencias, él se ha negado a hacerlo, con lo cual persiste en la herejía.

¡Caray, mi señora, que son endiabladas estas cosas! Con razón debe uno estudiar no sé cuántos años para llegar a inquisidor. Os debo confesar que entendí a medias lo que decía fray Hernando, pero a decir verdad, todo aquello me tenía sin cuidado en ese momento. Lo que vuestro Felipe quería saber era qué demonios iría a ocurrir con Martín después de tanto barullo. En verdad, ya me figuraba yo que nada bueno le podría suceder, pues lo cierto es que el pobre está comprometido hasta el tuétano y sólo por milagro podría salvarse. Pero acaso fray Hernando supiera alguna cosa que yo ignoraba, o quizá tendría alguna luz de esperanza que llevarle al pobre judío. Con algo de temor le pregunté:

—Y entonces, vuesa merced, ¿qué pasará con el tal Martín?

Fray Hernando se levantó de su silla con tan grande esfuerzo que me recordó a una vaca preñada. Luego caminó hacia la ventana arrastrando los pies, y una vez allí se volvió hacia donde yo estaba quieto.

—El fuego —dijo a media voz—. Me temo que le espera el fuego...

Yo me quedé helado al oír aquello. Fray Hernando regresó a su escritorio con la misma pesadez, abrió uno de los cajones y sacó su *Manual de los inquisidores*, ese librito del que ya os he hablado antes y que siempre lleva consigo a todas partes. Lo abrió con gran cuidado, buscó alguna cosa entre sus páginas y luego dijo:

—Por si quieres saberlo, Felipillo, que nunca está de más aprender de estas cosas,

dice el gran Eymeric acerca de los judíos: «Aquellos que no acepten abjurar del rito judaico serán perseguidos a título de herejes impenitentes por los obispos y por los inquisidores, quienes los entregarán al brazo secular para que los queme». Primera parte, cuestión 17.

De lo poco que logré entender de todo aquello, colegí que el judío estaba frito y sin remedio. Pero vuestro Felipe debe tener algo de vasco en la sangre, pues como una mula terca volví a insistir:

—Pero, vuesa merced, ¿no hay nada que pueda hacerse para salvarle el pellejo?

Fray Hernando se echó de nuevo en su silla y dijo:

—Me temo que no, Felipillo. Y lo peor del caso es que él mismo se niega a salvarse. Yo he ido a su celda varias veces a hablarle, a tratar de sacarlo de su error. Pero créeme que no hay caso: jamás dará el brazo a torcer ni aceptará reconciliarse con la Iglesia católica.

De manera que así son las cosas, mi estimada señora. El destino ha puesto las cartas de ese modo y no hay vuelta que darle. En otras palabras, eso quiere decir que ya este pobre judío tiene los días contados, y según me lo parece, ni hasta el más avisado brujo podría salvarlo de la Parca.

Sin embargo, ya me parece adivinar lo que diréis: que él mismo se ha cavado su propia sepultura, que no es más que un obstinado y un necio, y que bien podría haberse evitado tantos percances con sólo hacerse cristiano. Pues os diré que acaso tengáis razón en ello. Pero desde que el mundo es mundo unos nacen con buena estrella y otros con mala sombra, y si no estoy muy errado, se me hace que este judío es uno de estos últimos. Ya os he contado alguna vez que, desde el primer día en que llegó a estos calabozos, el pobre traía a la Parca dibujada en el rostro, y para esas cosas vuestro Felipe tiene el ojo tan ducho como esos que tiran la baraja y adivinan la suerte.

Pues bien, visto que nada más tenía que hacer en el cuarto de fray Hernando, hice una reverencia y empecé a caminar hacia la puerta. Pero cuando estaba a punto de abrirla oí la voz del fraile a mis espaldas:

—¿Y tú, Felipillo? —Me preguntó a bocajarro—. ¿Se puede saber qué diablos te traes entre manos?

—No comprendo, vuesa merced.

—Ese judío —insistió fray Hernando—. ¿Por qué de pronto tienes tanto interés en él? Que yo sepa tú siempre has hecho tu trabajo sin decir palabra ni preguntar por nadie, y ahora resulta que andas husmeando, quieres saber, te preocupas por él. Vamos, dime a qué viene tanta curiosidad.

Una vez más me vi en aprietos, mi buena señora. En principio no sabía si confesarme ante fray Hernando, pues tal vez no le gustara mucho el hecho de que yo anduviera haciendo amistad con un reo de la Inquisición. Pero luego lo pensé mejor y me resolví a contarle todo el asunto, pues la verdad es que nunca le he ocultado la menor confidencia de mi parte ni tengo intenciones de hacerlo. Entonces, como mejor

pude y no sin cierto gusanillo que me corría por entre las tripas, le hablé de los versos que hacía el judío Martín, de cómo procuraba enseñarme a escribirlos y de todas esas cuestiones que ya sabéis de sobra.

Cuando acabé de hablar, fray Hernando me miró extrañado y un tanto receloso.

—¿Dices que ese judío te ha enseñado a hacer versos? —preguntó frunciendo el ceño.

—Eso intenta, vuesa merced, aunque yo soy bastante lerdo en aprender.

—Y dime, ¿de qué cosas hablan esos versos?

—Pues de todo un poco, vuesa merced —dije encogiéndome de hombros—. Pero más que nada hablan de amoríos, de las cosas del corazón, de las pasiones del espíritu... Vamos, de todo lo que suelen hablar los poetas de oficio...

—Y no hablarán de cuestiones pecaminosas, ¿no es así? Quiero decir, ¿ese judío no te habrá calentado el cerebro con todas esas ideas de la carne y el deseo y la lujuria?

Yo negué aquello con gran firmeza y dejé bien claro que no, que de ninguna manera, que si bien era cierto que los versos del judío muchas veces hablaban de los asuntos del amor, la verdad es que siempre lo hacían con gran cuidado y sin ofender el pudor de nadie. También le dije que, en mi opinión, las cuestiones licenciosas estaban bien para hablar en la feria o bromear entre compinches, que allí nadie se enfadaría por oír algún chisme subido de tono. Pero que entre poetas la cosa era diferente, y tal como me había enseñado el propio Martín, lo que contaba allí era la decencia y las buenas maneras.

Con todo, fray Hernando no pareció fiarse mucho de mi respuesta. Quizá sospechaba que el judío, aprovechándose de mi cortedad de genio, me estaría metiendo cosas raras en la cabeza sin que yo me diera cuenta.

—Y dime una cosa —volvió a preguntar—. ¿Entre verso y verso no te ha hablado de todas esas cuestiones de la secta judaica? ¿Aquello de que Jesucristo no es el hijo de Dios, o de que María no pudo haber concebido sin pecado, o de que el papa de Roma es el demonio mismo?

—Por supuesto que no, vuesa merced —respondí bien seguro—. Yo mismo no lo hubiera permitido. Pero además el judío Martín es muy respetuoso en cuestiones de religión. Jamás me ha dicho nada de aquello.

Fray Hernando se tomó un pequeño respiro y luego dijo:

—Mira, Felipillo, no pienses que quiero arruinarte el estofado, pero si quieres conocer mi opinión, todo esto no me huele nada bien. Tú ya sabes que los judíos son mañosos y muy astutos, ¿no es verdad? Pues bien, no sería nada raro que éste buscara trabar amistad contigo, que se mostrara generoso y amigable, y después, cuando ya se hubiera ganado tu confianza, tratara de usarte para escaparse de aquí o algo parecido. Sé que te parecerá extraño, pero ha llegado a ocurrir algunas veces que...

Yo no me aguanté más y dije:

—¡Pero vuesa merced! ¡Martín jamás me pediría tales cosas! Y si por ventura lo

hiciera, vuesa merced podría tener por cierto que yo nunca le haría caso.

—Lo sé, Felipillo, lo sé —concedió fray Hernando—. Yo no estoy diciendo que las cosas vayan a suceder de esa manera. Sabes que confío en ti absolutamente. Pero déjame darte un buen consejo: procura no acercarte demasiado a ese judío, que no te ande llenando el seso con sus tonterías. Además, no olvides que el Santo Oficio prohíbe ayudar, socorrer o defender a cualquier hereje.

Hizo una pausa, cogió una vez más su libro del escritorio y dijo:

—Fíjate en esto, el *Manual* de Eymeric dice lo siguiente: «El que visita con frecuencia al hereje encarcelado, cuchichea con él o le trae víveres es sospechoso de ser su bienhechor y su discípulo». Lo mismo para quien «se lamenta mucho de la captura o la muerte de un hereje». Y así también «el que declara que un hereje ha sido injustamente condenado». Primera parte, cuestión 26.

Aquello me dejó boqueando como pez fuera del agua. Imaginaos, por más que aquel judío me fuera de gran confianza, yo nunca había pensado en ayudarlo a huir de estos sótanos ni nada que se pareciera, que eso sería una gran locura por mi parte y me llevaría a la ruina. Tampoco se me había cruzado por la cabeza aquello de hacerme de su secta ni mucho menos. ¡Líbreme Dios de semejante disparate! ¿Volverme judío yo, que a diario veo lo mal que lo pasan esas gentes en estos reinos y en qué grande infortunio acaba la mayoría? No, mi estimada señora, que vuestro Felipe será un mentecato sin remedio, pero jamás le ha dado por tragar vidrio.

—Vuesa merced puede estarse más que tranquilo acerca del judío —dije—. Lo más que he hecho es llevarle de cuando en cuando algún tazón de leche caliente a su celda...

Fray Hernando me miró de reojo y con algo de enfado preguntó:

—¿Leche a su celda? ¿Le has llevado leche a su celda, Felipe?

—Sí, vuesa merced, es para que al pobrecito se le calienten un poco las tripas. ¿Está mal que lo haya hecho?

—¡Ay, Felipillo! —suspiró—. ¿Cómo se te ocurre tal cosa? Si por ventura te pillara alguien del Santo Oficio, da por seguro de que te arrancarían los pelos uno por uno. Por esta vez yo haré la vista gorda y no diré nada, pero hazme el favor de terminar con eso, no vaya a ser que te metas en problemas.

Yo asentí con la cabeza y prometí no andarme con locuras. Entonces fray Hernando volvió a ponerse de pie, me miró de un modo algo extraño y dijo:

—Y ahora, Felipillo, cambiando de tema, dime una cosa: ¿a qué viene ese asunto de escribir versos? ¡Por todos los cielos, hijo! A ti nunca te han importado esa clase de cosas...

Debo confesaros que en ese momento me sonrojé como un niño y estuve a punto de salir huyendo del cuarto. Imaginaos, de pronto me veía cogido entre dos fuegos: por un lado no quería engañar a fray Hernando, que me hubiera cortado la lengua antes de hacerlo. Pero al mismo tiempo temía hablarle de vos, mi buena señora, pues acaso el fraile se disgustaría conmigo por andar metido en esas cosas y descuidar el

trabajo. Menudo aprieto, ¿no creéis? Quisiera saber qué habríais hecho vos en mi lugar. Pero me temo que eso será imposible en tanto no os dignéis a escribirme, lo cual ya juzgo harto difícil a estas alturas. De modo que pasaré de largo semejante desgracia y os diré lo que hice yo: respiré hondo, me encomendé al Señor y largué todo el asunto de un tirón. Sí, señora mía, le hablé de vos, de vuestra hermosura, de cómo os he visto alguna vez andando por las calles y de las muchas cartas que os he enviado desde entonces.

Cuando terminé de hablar, fray Hernando se rascó la cabeza y me dijo:

—¿De modo que todo esto es por una dama?

—Pues sí, vuesa merced, y es la dama más hermosa y agraciada que se haya visto jamás en estos reinos. Tiene un rostro como de ángel, una figura que es maravilla verla, dos ojos bellísimos, el cabello...

Mientras yo hablaba de vuestras virtudes, fray Hernando arrugaba el ceño y me miraba de forma tan extraña que me llamó la atención. No sé si aquello le causaba alguna cierta picardía, o si en realidad le era un tanto enfadoso a sus oídos. Ya sabéis que algunos frailes no toleran oír hablar de los encantos femeninos, pues con aquello del celibato se les pone a arder la sotana y les resulta un suplicio. Pero ¡al diablo con ello!, me dije a mí mismo. Si ya él me había contado sus desventuras con aquella mujer del pueblo, ¿por qué no habría yo de hacer otro tanto? De modo que seguí parloteando durante un buen rato y sin callarme el menor detalle. Cuando acabé de hablar, fray Hernando apoyó sus gordas manos sobre el escritorio y me dijo:

—Bien, Felipillo, está visto que amas mucho a esa mujer, ¿no es así?

Yo no me atreví a decir tanto, y no porque no os amara con toda el alma, señora mía, que ya sabéis hasta dónde llegan mi devoción y mi cariño hacia vos, sino por el mucho recato que a veces tiene vuestro Felipe, que no gusta de andar ventilando aquellas cuestiones a los cuatro vientos.

—¡Vamos! —Insistió fray Hernando—. ¡Si hasta lo traes pintado en la frente!

Entonces ya no pude callarme y le confesé mi amor hacia vos con todas las letras.

—¡Pues, con razón! —Exclamó el fraile en un suspiro—. Ya decía yo que de un tiempo a esta parte estabas más atontado que de costumbre. Porque a decir verdad, mi querido Felipillo, desde hace unos meses andas como nave al garete... Pero no creas que te culpo por ello. Aquí entre nosotros, ya sabes que yo también he querido a una mujer, y conozco muy bien lo que se siente en esos casos: de seguro tendrás dolores en el pecho, andarás falto de sueño y estarás más sensible que nunca. Pero en fin, si así son las cosas, pues mejor para ti. A decir verdad, era tiempo de que abrieras tu corazón de una buena vez. Ya lo dicen las propias Escrituras: no es bueno que el hombre esté solo. Sin embargo, con respecto a eso de hacerte poeta, ¿qué mosca te ha picado? ¿Acaso quieres perder el poco seso que tienes?

—No comprendo, vuesa merced. ¿Por qué lo dice?

Fray Hernando se tomó un respiro y explicó:

—Mira, Felipe, te diré que en verdad la poesía es algo muy bello y virtuoso. ¿Qué

duda cabe? Nos hace la vida más llevadera, consuela nuestra soledad y es deleite y regocijo del alma. Pero los poetas son hombres muy desdichados, cuando no medio locos de remate. Andan siempre con la mente revuelta, perdidos en algún delirio e incapaces de ver o juzgar las cosas con claridad. Además, es un oficio que sólo da para morir de hambre. No hay poeta rico, sino más bien al revés: todos son pobres y menesterosos, y la mayoría no tiene un maravedí partido al medio.

—Yo no busco hacerme rico, vuesa merced.

—Lo sé, lo sé, Felipillo. Pero no olvides que con algo hay que llenar el vientre. Y además, si acaso esa dama te correspondiera y algún día os juntarais en matrimonio, ¿con qué viviríais, con qué pagaríais el techo y la comida? Porque si quieres saber la verdad, hijo mío, muchas mujeres adoran la poesía mientras están de novias, pero cuando se casan olvidan el asunto y miran más el bolsillo: que quiero un vestido nuevo, que llévame de paseo en coche, que me gusta este o aquel collar que le he visto a la vecina.

—Vuesa merced habla como si hubiera estado casado varias veces.

—No —rió fray Hernando—. Es que la mujer es así desde que el mundo es mundo. Pero ésa es otra cuestión. El caso es, ¿has pensado tú en todo eso?

—Pues, en verdad, vuesa merced, jamás se me ha pasado por la cabeza —dije.

—Entonces hazme caso y ándate con mucha cautela. Está bien eso de fomentar las cosas del espíritu, pero si no llenas la panza con algo no tendrás espíritu que fomentar. Si quieres seguir con ese asunto de los versos, pues adelante, pero nunca descuides el trabajo si no quieres morirte de hambre.

Y aquello fue todo, mi señora. Resulta que fui al cuarto de fray Hernando para hablar del judío y acabé recibiendo un sermón sobre las miserias de los poetas y las virtudes del trabajo. Es bastante curioso, ¿no creéis? Quiero decir, que algo tan bello como la poesía os haga pasar tantas hambrunas, mientras que sólo podáis llenar la tripa haciendo trabajos tan miserables como este de carcelero. A mi juicio el Señor se ha equivocado al planear las cosas de ese modo. Bueno sería poder ganarnos el pan con aquello que os gusta hacer, aunque también dicen los frailes que venimos a este mundo a sufrir, pues no sé qué pecado cometieron Adán y Eva y todos debemos pagarlo. En fin, que ya habrá otra vida, tal como dicen los curas, y al menos espero ser poeta a mis anchas en ella, y no un pobre carcelero como me ha tocado en esta de ahora.

Os envío mis cordiales saludos y prometo volver a escribiros en breve.

CAPÍTULO 22



¡Feliz Año Nuevo, señora mía! Aquí os escribe vuestro Felipe una vez más para enviaros sus saludos y enhorabuenas. ¿Cómo estáis recibiendo el nuevo año que comienza? Apuesto a que os hallaréis en vuestra casa con muchísimos invitados y que de seguro ya habréis gozado de buena comida, de buena fiesta y mucha música.

Dejadme adivinar en la cena habréis comenzado con ensaladas y melones de invierno, luego os habréis hartado con pollos y gallinas, perdices con almendras, arroz espolvoreado con azúcar y piernas de carnero, más tarde confituras y turrone, y por fin una buena taza de chocolate de Indias, que según dicen nada hay más provechoso para una buena digestión. Después de esto habréis danzado, ¿no es así? Pues vale, que ya bien dicen que luego del yantar viene el danzar. Acaso ahora mismo estaréis yendo de meneos por el salón, llevada por algún caballero a quien, si me permitís decirlo con todas las letras, le envidio la mucha fortuna de teneros tan de cerca. Pero al cabo no habré de quejarme de mi suerte, que cada uno a lo suyo y todos contentos. En verdad, mucho me alegro por vos, que os merecéis divertirlos y festejar el nuevo año como Dios manda.

En cuanto a vuestro Felipe, no hay mucho que decir de nuevo. Ya os imaginaréis que aquí abajo sigue todo igual, tan reposado y quieto como ha estado siempre. Éste no es sitio para andarse de jaranas ni celebraciones, no hay que repetirlo. En verdad, todo está tan mudo como un cementerio y no se oye sino alguna gritería venida de fuera, o acaso el sonido de alguno de esos triquitraques y petardos con que juegan los niños en esta época del año. Amén de ello, casi nadie ha quedado en el edificio. La

mayoría del personal se ha ido de festejo con los suyos, de modo que sólo estamos aquí algunos pocos guardias, que deben quedarse a vigilar las entradas, y yo mismo, que no tengo más familia en este mundo que estos muros de piedra y algún que otro gato que anda por los corredores. Hasta la propia Zunilda se ha ido a casa de su hermana a recibir el nuevo año. Tanto es así que yo mismo he tenido que arreglármelas para la cena. Y no creáis que he salido tan malparado, que con ser algo torpe y aturdido al menos me las compongo en asuntos de cocina. Me he preparado una buena sopa con trocitos de jamón, que acaso no será manjar de reyes pero alivia la tripa, y a fe mía que con eso es suficiente, pues como dice esa coplilla que anda por las calles:

Siete virtudes
tienen las sopas:
quitan el hambre
y dan poca sed,
hacen dormir
y digerir,
nunca enfadan,
siempre agradan
y crían la cara colorada.

Pero ya me he ido por las ramas con esta tontería. Disculpadme, señora, pero es sólo que estoy algo triste y sin mucho ánimo este día, pues en verdad es grande aflicción el estarse aquí dentro encerrado como un perro mientras fuera todo el mundo se divierte y danza y bebe hasta quedar dormido. Por si queréis saberlo, tan menguado me hallo que hace poco rato, cuando dieron las doce de la noche, me hice de una botella de vino y dos tazones y salí de ronda por los pasillos del edificio a charlar con los reos. Es algo que suelo hacer cada año para estas fechas, pues si bien se mira, nunca está de más aliviarle la estancia a los pobres diablos que están aquí dentro. Pero además, a qué negarlo, vuestro Felipe mismo sentía deseos de comadrear un poco, no por ser muy dado a esas cosas, que más bien es huraño y corto de lengua, sino por lo muy solo que se sentía esta noche y cuánto ansiaba alguna compañía.

La cuestión es que, botella en mano, me largué a andar de celda en celda brindando con los reos y dándoles algún consuelo, nada del otro mundo por cierto, pero siempre cae bien alguna palabreja de aliento cuando se está pasando un mal rato.

En una de mis rondas pasé por el calabozo del judío Martín, pero al asomarme y espiar a través del ventanuco vi que estaba muy dormido y preferí no interrumpirle el sueño. ¡Ay, señora! El pobre ha estado desmejorando bastante en estos días. Creo que le han dado fiebres tercianas o algo parecido, pues a cada tercer día le dan calenturas muy fuertes y no hay yerba ni medicina que logre bajárselas. Además, de un mes a esta parte se ha puesto tan flaco y huesudo que, si se muriera ahora, los gusanos no tendrían qué roerle. Por eso lo dejé con lo suyo y pasé de largo hacia otras celdas.

Poco más adelante me llevé un buen chasco que no esperaba. Por si no os lo he contado ya, habréis de saber que de entre los reos llegados en la última tanda hay un

tal Ginés, judío de religión, que por mayores señas hiede como un cochino, y tengo para mí que ha de ser por los muchos ajos refritos con que las gentes de esa secta guisan sus comidas. Pues bien, el caso es que me arrimé a su celda, y como vi que estaba sentado sobre su catre, alcé el tazón de vino y le dije:

—¡Eh, hombre, feliz año para ti!

El tal Ginés me miró de reojo, bufó como un toro cansado y volvió a lo suyo sin abrir la boca. Yo me quedé tieso y sin saber qué hacer. Pensé que lo habría cogido en mal momento, o que sería uno de esos tantos cascarrabias que ni en tiempo de fiestas se les aligera el mal genio. Por salirme de dudas le volví a gritar.

—¡Eh, te he dicho feliz Año Nuevo!

Entonces el muy ladino se volvió una vez más hacia mí, y con cara de malas pulgas dijo:

—¡Qué año nuevo ni qué ocho cuartos! ¿No sabes que para nosotros los judíos el año comienza en otras fechas?

Yo me quedé mudo y pensé que me estaría tomando el pelo. ¿Qué es eso de empezar el año en otras fechas? Pero entonces el tal Ginés se puso de pie, caminó hacia la puerta y acercando los ojos al ventanuco se puso a decirme no sé qué sutilezas sobre los judíos, que visto que ellos no tenían al Cristo como el verdadero hijo de Dios, entonces no hacían caso de la fecha de su nacimiento, y que para contar los años se valían de otras cuestiones mucho más antiguas que vaya a saber Dios de dónde vendrían, y que por ese motivo las gentes de esa nación ya iban por el año cinco mil y no sé cuántos, y otros muchos argumentos y razonamientos que no entendí del todo pero que, si queréis saber mi opinión, me huelen a patraña de principio a fin.

—Oye, que no me estarás gastando una broma, ¿verdad? —le pregunté.

El judío se encogió de hombros, como si aquello le importara un rábano, y así como había venido se volvió hacia su catre sin decir palabra.

—Está bien —le dije—, tú te pierdes la bebida...

Luego seguí camino hacia otros calabozos y anduve de trago en trago con el resto de los prisioneros. ¡Caray, señora mía, qué triste y callado estaba todo aquello! La mayoría de los reos estaban en silencio o roncaban a pierna suelta, aunque de cuando en cuando se oía a alguno rezando plegarias o cantando algún villancico de Navidad. Como sea, toda vez que vuestro Felipe se aparecía en algún calabozo era más que bienvenido. Imaginaos, cualquier compañía aquí es una bendición del cielo, y harto más si trae un poco de vino con que enjuagar el garguero. Por cierto, salvo el judío del que os hablé más atrás, nadie rechazó el convite y hasta hubo alguno que se acordó de mi madre cuando le saqué el tazón.

Y a propósito, curioso este asunto de la bebida, ¿no creéis? Siempre me ha llamado la atención el efecto que causa en las gentes, y lo bien distinto que es según el individuo. Hay quien puede beberse un barril entero sin achisparse siquiera, mientras que otro es capaz de pescarse una merluza con solo arrimar el labio. Va de

suyo que algunos son más fuertes que otros, y en eso no hay discusión. Pero lo que en verdad me extraña es la mudanza de genio que provoca el vino en las gentes. Ya habréis visto que, cuando la bebida se sube a la cabeza, tanto hay quien se alegra como quien se aflige, pero también quien se duerme como una marmota, quien le da por decir tonterías y quien se pone a gritar y dar golpes a su vecino. Tengo para mí que va en el carácter de cada uno: si sois jocosos el vino os avivará aún más, si sois tristes os amargará luego, y si sois tontos os hará decir tonterías, aunque si ese tonto es vuestro Felipe, de seguro no precisará de trago alguno para hacerlo, que ya bastantes majaderías le salen a pico seco.

Pero otra vez me he ido por las ramas, mi estimada señora. Os hablaba ahora de los reos que están aquí, y de cuánto se alegraron al verme llegar con la bebida. Es duro pasar las fiestas aquí abajo, ¿no creéis? Mientras fuera las gentes van de jarana en jarana, riendo y bailando como locos, los pobres que están encerrados aquí abajo sufren como una marrana. Os juro que si estuviera en mi mano los dejaría salir de sus calabozos, que al menos por esta noche se fueran a sus casas, que se hartaran de comer y beber, que se holgaran un buen rato con sus mujeres y que luego regresaran.

Pero ¿qué diablos estoy diciendo, si yo mismo estoy tan prisionero como ellos? Bien es cierto que podría salir de aquí a mi antojo, largarme a donde me viniera en gana y celebrar el Año Nuevo como se debe. Pero ¿a qué demonios, si no hay alma en este mundo con quien pueda hacerlo? Vuestro Felipe está más solo que un perro, no tiene padres, no tiene hermanos, no tiene ni un mísero deudo, ni ahijado, ni compadre con quien alzar una copa y decir la buenaventura. Pero en fin, que tampoco tiene caso el andar de gimoteos aquí abajo, pues a fe mía que al resto le va mucho peor. Y a propósito de ello, dejadme contaros de otro reo al que visité esta noche, el cual hallé tan desgraciado y maltrecho que hasta un mendigo se consideraría conde a su lado.

En verdad, ni tan siquiera sé su nombre, pues desde que está encerrado en estos sótanos casi no ha abierto la boca ni me ha dado las gracias cuando le llevo su comida. Lo que sé deciros es que el pobre está tan descuidado y sucio que hasta el pellejo se le ha vuelto negro de roña. Grande falta le haría una buena jabonadura, por cierto. Tiene las crenchas del pelo tan largas que le cuelgan sobre los hombros, y os diré sin faltar a la verdad que sólo por milagro no le anda revoloteando un enjambre de moscas en torno a la cabeza.

Cuando me asomé a su calabozo vi que estaba echado en un rincón, hurgando con sus dedos entre el pelo y luego llevándose las manos a la boca. Aquello me extrañó un tanto, así que lo espí con más cuidado y... ¡válgame Dios! ¿Sabéis lo que hacía el muy cochino? ¡Pues se estaba espulgando los piojos y después se los comía!

Ya os he dicho que aquí abajo más de uno está flojo del seso, pero sin duda éste se llevaba la palma. Yo he oído de gentes que comen desperdicios, pan duro, guisotes podridos o queso en mal estado, que cuando el estómago aprieta no es cuestión de andarse con caprichos. Pero zamparse un piojo tras otro, ¡eso sí que es estar de

remate! Por quitarle esas costumbres le dije:

—¡Eh, tú, deja ya esas porquerías!

Él me miró extrañado y preguntó:

—¿Qué porquerías?

—¡Los piojos, hombre, te estás comiendo tus piojos!

—¿Y qué hay de malo? —volvió a preguntar—. Si ellos nos comen a nosotros, ¿por qué no habremos nosotros de comerlos a ellos?

¡Por todos los cielos! ¿Qué hubierais respondido vos en mi lugar, mi señora? Ya se echaba de ver que el hombre no estaba en sus cabales, y cuando eso ocurre más vale seguirle el juego. Por eso le mostré el tazón con el vino y dije:

—Vale, hombre, tú sabrás lo que haces. Pero entonces ven a echarte un trago, así por lo menos tendrás con qué bajar esos bichos...

Ni corto ni perezoso se arrimó a la puerta, cogió el tazón de vino y se lo tragó de un sorbo hasta relamerse las barbas. Después le deseé un feliz año y seguí mi camino.

Y en fin, aquí está vuestro Felipe una vez más, viendo pasar las horas y aguardando a que acabe la noche, que mañana amanecerá Dios y veremos. Como ya os habréis dado cuenta, días como éstos no me son de gran provecho, y si por mí fuera los haría quitar del calendario, pues más vale acortar el año antes que pasar fechas como éstas, que le recuerdan a uno las muchas desgracias que le toca vivir.

¿Y qué hay de vos, señora mía? ¿También os ponen mala estos días? Tengo por cierto y averiguado que la mujer es harto floja en estas cuestiones. La época de fiestas la pone mucho muy sensible y la hace llorar por cualquier tontería. Sin embargo, se me hace que vos no padecéis esos trances. Sois joven, hermosa, llena de vida, y de seguro os sobran amigos y pretendientes con quienes celebrar las fiestas y divertirlos. Ahora mismo estaréis recibiendo el año de buen talante, con mucha risa y alboroto, que es como Dios manda, y sin preocuparos mucho por las miserias de este mundo. ¡Ah, cuánto daría yo por estar allí!

Y ahora os dejo de una vez, mi señora. Continudad festejando y gozando de esta velada, y no hagáis caso de los lamentos de este pobre tonto que no harán más que arruinaros la fiesta. Os deseo un feliz año y hasta la próxima.

CAPÍTULO 23



Mi buena señora:

No os alarméis si os escribo con cierta inquietud, pero es que hoy en la mañana ha habido aquí un revuelo de mil demonios. Para no andarme con demasiadas vueltas os lo diré de una buena vez: ¿recordáis a fray Gaspar de Torrelaguna, aquel de los ojos de gallina vieja? Pues bien, esta misma madrugada el Santo Oficio lo ha mandado prender de las orejas y luego lo ha encerrado en uno de los calabozos del fondo. ¿Pensaréis que acaso ha cometido algún crimen, o que ha insultado al papa, o que lo han pillado teniendo tratos amorosos con alguna hembra de la ciudad? Pues nada de eso. En realidad, ¡al muy cabrón le han descubierto que es judío hasta la médula! Sí, como lo escucháis, tan judío como un candelabro de siete velas.

Sé que os parecerá increíble, pero si queréis saber algo, ya decía yo que este fraile se traía algo raro bajo la sotana. Desde el primer día en que llegó aquí tuve la sensación de que era un hombre extraño. Creo haberos contado alguna vez que es harto callado, quizás un poco tímido y manso como un cordero. Más aún, con esos ojos de gallina vieja se parece a un pobre animalillo asustado, una suerte de esclavo de esos que arriman el lomo para que el amo les dé de latigazos. Pero si algo he aprendido en todos estos años es a no fiarme con facilidad de las apariencias. No es raro que en el fondo esa clase de gentes sea de gran cuidado, quiero decir, que con ellos nunca se sabe por dónde saltará la liebre, que hoy los veréis tan resignados y humildes, tan míseros como una carmelita descalza, y resulta que mañana os enteráis de que apuñalaron al rey por unos cuantos maravedíes. A decir verdad, yo no digo

que este fray Gaspar sea de esos que matan por oficio ni mucho menos, pero desde que lo vi por primera vez me dije a mí mismo: aquí hay gato encerrado. Y ahí tenéis, bien calladito que se tenía eso de la secta judaica. ¿Quién iba a sospechar semejante cosa?

Por si os interesa saberlo, quien lo delató fue su propio criado, un chiquillo que lo asistía en algunas faenas y menesteres. Al parecer, todo comenzó algunas noches atrás, cuando el pequeño sorprendió a fray Gaspar orinando sobre una bacinilla de latón que guardaba en su cuarto. No sé por qué penoso descuido el fraile había dejado la puerta a medio cerrar, pero la cuestión es que el chiquillo acertó a pasar por allí, oyó que el fraile estaba haciendo sus aguas menores y se puso a espiarlo de pura curiosidad, que ya sabéis cómo son los niños con esas cosas. El hecho es que algo le llamó la atención entre las vergüenzas de fray Gaspar, y tanto se asustó por ello que fue corriendo hasta una iglesia vecina, hizo despertar al párroco y con la lengua afuera le contó lo que había visto. Ni corto ni perezoso el párroco denunció el asunto al Santo Oficio, y a la mañana siguiente fray Gaspar se halló de pronto entre una cuadrilla de guardias que lo trajeron hasta aquí a empellones. Poco más tarde, al llegar los inquisidores, le hicieron levantarse las faldas de la sotana y mostrar lo que había debajo. ¿Y qué creéis que vieron? Pues que no tenía pellejo alguno allí donde ya sabéis, quiero decir, lo traía al aire, todo pelado como hacen los judíos, que lo llevan de ese modo porque así lo mandan sus leyes, aunque vaya a saber Dios de dónde habrán sacado una costumbre semejante.

No imagináis el terrible escándalo que se armó aquí abajo cuando lo trajeron para encerrarlo. Venía el fraile engrillado hasta la coronilla y todo hecho una furia entre los guardias. Mientras lo empujaban a través de los pasillos, él, que siempre ha sido parco y reposado, empezó a zamarrearse y a gritar como un loco: «¡Todos seréis castigados por Jehová! —Decía con todas sus fuerzas—. ¡Ya vendrá el verdadero Mesías a liberarnos! ¡La Iglesia de Roma será consumida por el fuego!». Los frailes que lo veían pasar se santiguaban como si fuera el día del Juicio Final. Además, fray Gaspar tenía la cara encendida como un tizón ardiente, y a fe mía que parecía tener pintado al mismo diablo en los ojos. Os diré que nunca en mi vida he visto hombre tan arrebatado y fuera de sí, que hasta me daban escalofríos de sólo mirarlo.

Cuando por fin lo echaron dentro del calabozo quedó chillando por un buen rato. Poco más tarde vi venir al padre Fermín hecho una furia. Pasó frente a mí como alma que lleva el diablo, se metió en la celda de fray Gaspar y cerró la puerta de un golpe. Al rato apareció fray Hernando y detrás de él llegaron otros inquisidores alertados por la gritería. Deberíais haber visto lo que parecía aquello: de un lado el padre Fermín y fray Gaspar a puerta cerrada, y vaya a saber Dios lo que estaría ocurriendo allí dentro, y del otro toda la frailería plantada frente al calabozo, afilando el oído y espiando como chusma de feria.

Vuestro Felipe, que también es algo indiscreto, se hallaba mezclado entre el grupo de curiosos, de modo que no se perdió ni una pizca de todo aquello. Os diré que

durante algunos minutos no se oyó nada al otro lado de la puerta. Muchos frailes murmuraban entre ellos y se preguntaban qué podrían estarse diciendo aquellos dos. Pero un rato después la puerta del calabozo se abrió de golpe y todos vimos a fray Gaspar hincado de rodillas, envuelto como una marmota junto al muro y con tal mueca de susto en los ojos que parecía haber visto al mismo Satanás en persona. A un lado de él estaba parado el padre Fermín irritado hasta la médula. ¡Si lo hubierais visto, señora mía! Echaba fuego por los ojos, le temblaba el labio a causa de los nervios y miraba a fray Gaspar como si quisiera comérselo crudo.

Ya os he dicho en alguna ocasión que el padre Fermín es de esos que cuando se enfadan más vale no hacerles frente. A mí se me hace que debe andar seco de bilis, pues cuando pierde los estribos se pone más morado que una ciruela, todo el rostro se le llena de manchas y es milagro que no le estallen las venas del cogote. Pues bien, así estaba hoy en la mañana, de pie junto a fray Gaspar y echando humo como una caldera. Para colmo de males, parece que esta vez se había cabreado más de la cuenta, pues no es ningún secreto que desde hacía algún tiempo tenía a fray Gaspar entre ceja y ceja y quería cocinarlo vivo. No me preguntéis la razón, que tal vez sea una simple cuestión de celos, o una de esas tantas rencillas que suele haber entre frailes inquisidores, pero el hecho es que desde hacía unos meses ambos se llevaban como perro y gato.

Pues bien, la cuestión es que al abrirse la puerta del calabozo, nos pareció a todos que el padre Fermín estaba como un gallo de pelea a punto de lanzar su picotazo. Volvió su rostro hacia donde estaban los inquisidores, señaló a fray Gaspar con el dedo y vociferó:

—¡Este hombre que veis aquí, señores frailes, es un miserable canalla! ¡Un maldito perro judío que ha tenido la osadía de usurpar las vestiduras de Nuestro Señor Jesucristo! ¿No estáis de acuerdo en que merece el peor de los castigos?

Algunos de los frailes se miraron entre sí medio aturdidos y asintieron con la cabeza. A decir verdad, el asunto los había cogido un poco por sorpresa, pues la mayoría había salido del catre hacía apenas un rato y aún andaban de bostezo en bostezo y cabeceando de sueño. Pero haciendo a un lado esa cuestión, todos miraban a fray Gaspar como se mira a un zorro que acaba de entrar a un gallinero y tiene el hocico repleto de plumas. Ya os imaginaréis que entre inquisidores no hay nada peor que un renegado. A nadie le hace gracia el hecho de que un judío ande vistiendo las ropas del Santo Oficio y paseándose como Pedro por su casa. Por esa razón, cuando el padre Fermín terminó de acusar a fray Gaspar, todo el resto de los inquisidores se puso a maldecirlo y a tacharlo de marrano, de serpiente, de traidor y de otras cosas que mejor me callo por no ofender vuestros oídos.

Sin embargo, dejadme haceros una breve confidencia, pues en este pequeño mundillo no todo es como parece en un principio. Habéis de saber que aquí dentro, casi nadie anda en buenos términos con el padre Fermín. Todo el mundo lo odia, y creedme que hay razones de sobra para ello, pues con ese mal genio que tiene

cualquiera querría atizarle una buena tunda. No obstante, todos los inquisidores le seguían la corriente y asentían a lo que él decía, pues delante de ellos tenían algo peor aún: ese fray Gaspar era un judío, y no hay peor deshonra que esa para un miembro del Santo Oficio.

—¡Miradlo! ¡Miradlo bien señores frailes! —Seguía aullando el padre Fermín—. ¡Este Judas ha traicionado a la Iglesia católica y nos ha traicionado a todos nosotros!

Os juro que en ese momento casi toda la frailería estaba como hechizada ante lo que decía el padre Fermín. Puede que el hombre sea algo duro y ya os lo he repetido hasta el cansancio, pero, en verdad, si hay algo que reconocerle, es que tiene un coraje a prueba de todo para enfrentarse a los herejes. Y lo digo porque nunca faltan inquisidores que se acobardan frente a algunos reos cuando sospechan que el diablo está detrás de ellos. En cambio el padre Fermín jamás tiene miedo ni se echa atrás de ningún modo, así tenga que vérselas cara a cara con el mismísimo Satanás. Por esa razón todos lo miraban con gran veneración, como si fuera un matasanos que viene a luchar contra una enfermedad indómita.

Entretanto, fray Gaspar de Torrelaguna seguía hincado de rodillas junto al muro y hecho una Magdalena. Sus ojos de gallina vieja ahora parecían los de un ratoncillo muerto de miedo. Miraba hacia todos lados rogando clemencia, que alguien se apiadara de sus desgracias, pero al mismo tiempo estaba tan avergonzado que se alzaba el cuello de la sotana para cubrirse el rostro.

—¡Sí, señores frailes! —Continuó el padre Fermín—. ¡Este perro judío se ha burlado de nuestra Santa Madre Iglesia! ¡Pero ha sido tan vil que, además, se ha traicionado a sí mismo y a su propia secta! Sí, fray Gaspar —le dijo con toda su furia—, os habéis traicionado a vos mismo pues siendo judío habéis vivido como cristiano, y eso también es un crimen a los ojos del judaísmo. ¿Lo sabíais acaso? Supongo que sí, ¿verdad? Sois inquisidor y sabéis que el Santo Oficio también debe juzgar y castigar a los judíos que se oponen a su propia fe. En consecuencia, ¡sois culpable no de uno sino de dos crímenes horrendos!

¿Habéis oído, mi señora? Quizás os preguntéis qué quiso decir con eso el padre Fermín. Por mi parte, os confieso que no entendí palabra, aunque eso no es cosa de extrañar, pues ya sabéis que tengo el entendimiento tan estropeado que ni poniéndome la cabeza bajo una prensa y dándole vueltas conseguiríais sacarme algún jugo. Pero, por fortuna, fray Hernando tuvo el buen tino de aclarármelo más tarde. Me explicó que, en cierto modo, la Iglesia católica tolera el rito judaico tal como aparece en las Escrituras, pues en él están muchos de los cimientos que han hecho la fe cristiana. Ya sabéis: en la Biblia se habla de cómo empezó el mundo con todo ese cuentillo de Adán y Eva, se enumera a los profetas y se anuncia que algún día vendrá el Hijo de Dios a la Tierra. Por eso, y siempre según la Iglesia, corromper la ley judaica es también una herejía. Fray Hernando me dijo que hubo algunos papas que mandaron quemar libros judíos porque contenían muchos errores y herejías contra el propio judaísmo. Por eso, la Iglesia católica manda que ningún judío pueda mudar sus

leyes ni ritos, excepto si quiere hacerse cristiano.

Suena curioso, ¿no creéis? Según lo entiende vuestro Felipe, si un pobre diablo es judío y persiste en serlo, el Santo Oficio lo mandará al quemadero sin discusión. Pero si ese mismo judío rompe con sus leyes, o las altera, o las revuelve a su antojo, ¡pues entonces tampoco se evitará el suplicio del fuego! Se diría que parece un trabalenguas, ¿verdad? Pues imaginad cuánto debió de quebrarse el seso Felipe hasta que al fin pudo comprenderlo.

Y ahora dejadme seguir adelante, que ya os he dado demasiadas vueltas con este asunto.

El caso es que el padre Fermín seguía irritado como un chivo y largando humo por las narices. Pero en un momento se contuvo, dejó de chillar y permitió que fray Gaspar dijera lo suyo. Tal vez quería que el fraile se humillara ante los demás inquisidores, que hablara por sí mismo y quedaran al desnudo sus propios pecados. Pero entonces ocurrió algo muy extraño. Todo el mundo esperaba que fray Gaspar se pusiera a decir blasfemias, que maldijera al padre Fermín por tenerlo allí frente a todos como si fuera un perro apaleado, o tal vez que empezara a protestar contra Dios y María Santísima por ser tratado como un reo de la peor estofa. Pero en cambio le mudó la color del rostro, se puso tan pálido como el marfil y los ojos de gallina vieja se le llenaron de lágrimas.

—Yo no tengo la culpa de todo esto —dijo como una virgen suplicante—. He pecado sin maldad y obligado por las circunstancias...

El padre Fermín, que no se esperaba semejante mudanza de carácter, lo miró con el ceño fruncido y le preguntó:

—¿Qué queréis decir con eso?

Fray Gaspar iba a decir algo, pero en ese momento se dejó vencer por su propio peso y quedó sentado en el suelo con la espalda apoyada contra el muro. Yo trataba de asomar el cogote entre los frailes para espiarle el rostro, pero la luz era algo escasa y no conseguía verlo con mucha claridad. Además, el pobre estaba tan asustado que hundía la cabeza entre los hombros como si fuera una tortuga.

Pero un minuto después oímos que empezaba a murmurar algo en voz muy baja, y entonces todos nos arrimamos un poco a la puerta de la celda para escuchar mejor. Os confieso que en un principio no entendí gran cosa de lo que decía el fraile, tan maltrecho estaba que apenas le quedaba aliento para hablar. Pero luego me fui abriendo paso entre los frailes, paré las orejas como hacen los burros y alcancé a oír bastante. Lo que dijo el pobre fraile, señora mía, casi me parte el alma de tristeza, y si no fuera porque estaba todo en penumbra y apenas distinguía al resto de los inquisidores, diría lo mismo de todos ellos, salvo quizá del padre Fermín, que como ya sabéis tiene pellejo de víbora y no se conmueve por nada.

Comenzó a contar fray Gaspar que cuando niño vivía en la ciudad de Toledo junto con sus dos padres y un tío llamado Simón. Todos ellos venían de familia judía de varias generaciones, aunque estaban bautizados en la fe cristiana tal como mandan

las leyes de estos reinos. Desde mucho tiempo atrás vivían en la judería del barrio, apretados como enjambre de moscas y sin mucha fortuna, pues las finanzas de la familia iban cuesta abajo desde que a los judíos se les habían quitado sus haciendas y sus negocios. Más tarde las cosas empeoraron aun más hasta volverse negras. Los cristianos viejos de la ciudad empezaron a tratarlos como a perros. Decían que ningún judío converso era de fiar, que todos se habían bautizado por conveniencia y que aún se podía oler la peste judía por las calles del barrio. La cosa pasó a mayores cuando empezaron a apedrear las casas de las familias judías, a echarles bosta de caballo en los muros y a dejar cabezas de puerco ensartadas en hierros y clavadas frente a las puertas.

Como era de esperarse, un día el Santo Oficio metió mano en el asunto y los judíos empezaron a marchar por centenares hacia las mazmorras. El propio Gaspar, una noche, vio cómo su padre y su madre eran prendidos a la fuerza por una guardia del Santo Oficio y arrastrados a prisión. A la mañana siguiente, junto a su tío Simón, salió en busca de sus padres y anduvo varios días de aquí para allá tratando de saber algo acerca de ellos. Ambos iban al palacio de la Inquisición, golpeaban puertas, pedían hablar con los ministros del Santo Oficio, esperaban horas y horas y pasaban noches enteras bajo el frío y la lluvia aguardando alguna respuesta. Pero transcurrieron los meses y no hubo ninguna noticia. Ya habían movido cielo y tierra y no quedaba nadie a quien preguntar ni sitio al que dirigirse. Un día el pequeño Gaspar, que había salido a comprar unos panes, regresó a su casa y descubrió que su tío Simón no estaba en ella. Al preguntar a los vecinos le dijeron que, algunas horas atrás, una cuadrilla del Santo Oficio mandada por un inquisidor de nombre Teruel se había metido en la casa y llevado al tío Simón a rastras. Entonces el muchacho salió disparado hacia el palacio inquisitorial y una vez más anduvo como aturdido preguntando a Dios y María Santísima. Trató de hallar al inquisidor Teruel, recorrió los pasillos, detuvo a cuanto fraile se le cruzó en el camino, pero nadie sabía una palabra o trataban de sacárselo de encima. En un momento dado se echó sobre un banco, rendido de cansancio, y estaba a punto de quedarse dormido cuando acertó a pasar por allí un sacerdote y le preguntó qué estaba haciendo. Con lágrimas en los ojos el pequeño Gaspar le habló de su tío y de sus padres y le rogó que lo llevara con ellos. Pero el sacerdote se disculpó y con buenas maneras le dijo: «Yo no puedo hacer nada, hijo. Pero no te preocupes, vuelve a tu casa y confía en la justicia inquisitorial, que tus parientes están seguros y en manos de Dios».

De ahí en adelante el pequeño Gaspar se pasó meses sin saber qué hacer, viviendo en un cobertizo abandonado y ganando una pocas monedas gracias a un zapatero amigo de la familia que lo tomó como aprendiz.

Así fue transcurriendo el tiempo, hasta que casi tres años más tarde el Santo Oficio organizó un auto de fe en la plaza de la ciudad. El pequeño Gaspar fue a presenciarlo y se mezcló entre el gentío mientras los inquisidores leían las sentencias, mandaban a dar azotes y escarmentaban a varios reos de menor pena. Pero cuando

llegó el momento de quemar a los más peligrosos, ¡ay, señora!, el pobre muchacho casi se muere al ver a sus padres y a su tío entre el grupo de los condenados. Los tres estaban flacos, ojerosos y con la mirada perdida. Gaspar gritó como un loco y trató de abrirse paso entre la muchedumbre, pero los guardias lo prendieron del cogote y lo obligaron a mantenerse detrás del vallado. Desde allí vio cómo ataban a sus parientes a los postes, les cubrían la cabeza con una capucha negra y encendían el fuego. Imaginaos la desesperación de ese pobre niño en aquel trance, ver quemarse a sus propios padres sin poder hacer nada. La cuestión es que al fin, cuando se apagaron las últimas llamas y todo el mundo abandonó la plaza, Gaspar trepó hacia los postes, cogió unos cuantos puñados de ceniza de cada uno de sus parientes y los metió en un saquillo de cuero que traía consigo.

Tras haber hecho aquello dejó la plaza y comenzó a andar por las calles del pueblo como atontado. Así estuvo varios días, yendo de aquí para allá sin importarle el rumbo, que cuando uno anda con penas en el alma no le hace adónde va, hasta que cerca de una semana después recobró el juicio y de repente sintió un miedo horrible a sufrir el mismo destino de sus padres y su tío. Aún no se le quitaban de la cabeza sus cuerpos achicharrados en la plaza. Pero, además, se daba cuenta de que él también era un converso, un sospechoso a los ojos de muchos, y que si aún la Inquisición no lo había mandado prender y echado a las cárceles, de seguro no tardaría mucho en hacerlo. Estaba solo, asustado, no tenía dinero para largarse del país, y noche a noche temía ser despertado con una lanza en el cogote empuñada por un guardián del Santo Oficio. Pensó que de ahí en adelante, y mientras no mudaran las leyes en España, viviría muerto de miedo, teniendo que inventar mil patrañas y ocultando su condición de judío a todo el mundo. Además, ¿cómo demonios iría a ganarse el pan? Ya sabéis que las leyes de aquí no permiten que ningún converso entre en la milicia, ni en el gobierno, ni en muchos otros sitios, de modo que si la fortuna no le echaba una mano o no aprendía a valerse por sí mismo, de seguro acabaría de mendigo en una plaza.

Pues bien, en tales cuestiones pensaba Gaspar, ya con el agua al cuello como se dice por ahí, cuando se le ocurrió que el mejor refugio para él sería bajo una sotana. Era un disparate, para qué negarlo, pero bien es cierto que algunos males no os dan elección, y si no mirad a quien padece de gangrena, que si la enfermedad le ha afectado una pierna pues hay que aserrarla hasta el hueso para salvar el resto del cuerpo. Además, como fraile nadie podría reconocerlo, y si venía al caso trataría de escalar posiciones y llegar a ministro del Santo Oficio, pues entre otras cosas se había hecho la promesa de ayudar a los otros judíos que cayesen en manos de la Inquisición.

Así pues, pasado algún tiempo logró meterse en un seminario de curas, estudió duro por muchos años y, como era hombre despierto y de mucho genio para los libros, al fin salió hecho un sacerdote como Dios manda, si es que vale la expresión en este caso. Con el tiempo vino a parar aquí como inquisidor sin que nadie sospechara de él. Pero ya sabéis que la suerte tiene sus rodeos: tuvo que ponerse a

orinar esa noche en una bacinilla, justamente cuando su criado pasaba por delante del cuarto, y eso lo condujo a la ruina.

De modo que así es la historia, señora mía. Cuando fray Gaspar acabó de contarla, se había hecho tal silencio aquí abajo que podía oírse a los ratones mordisqueando la viguería del edificio. Todo el mundo estaba boquiabierto, de tal suerte que un enjambre de moscas no hubiera hallado mejor refugio en que guarecerse. Pero quien vino a romper el hechizo fue, cuándo no, el padre Fermín, que al parecer no se había tragado ni una pizca de la historia.

—¡Mentira! —Rugió a oídos de fray Gaspar—. ¡Todo lo que habéis contado no es más que una vulgar mentira para obtener nuestra clemencia! —Y volviéndose una vez más hacia los otros inquisidores, agregó—: ¡No os dejéis engañar por este lobo que se disfraza de oveja! ¡Ya nos ha engañado una vez disfrazándose de cristiano!

Entonces se oyó una vez más la voz de fray Gaspar:

—No, vuesa merced. Todo lo que he dicho es la pura verdad. Lo juro. Me vi forzado a hacer todo aquello por salvar la vida. Pero yo jamás he querido ofender a la fe cristiana...

—¿A no? —Le preguntó el padre Fermín como si lo hubiera pillado en falta—. ¿Y no habéis dicho vos mismo, señor fraile, que os hicisteis inquisidor para ayudar a los judíos? ¿Cómo llamáis a eso sino ofender y mancillar a la fe cristiana? Habéis tenido la insolencia de poneros las vestiduras de Cristo para entorpecer al Santo Oficio y así ayudar a los herejes de vuestra secta. ¿No es eso ofender a la fe cristiana? Ahora me explico por qué habíais tenido tantos reparos cuando interrogamos a aquella judía...

Fray Gaspar trató de responder, pero el padre Fermín se había puesto tan colérico y fuera de sí que no lo dejaba hablar.

—¡Sí, señor fraile! ¡Vuestro crimen es horrible! ¡La Santa Madre Iglesia os ha dado todo, una casa, una posición en la sociedad, estudios, vestido, y vos lo habéis devuelto con una traición, una miserable traición que es un insulto a Cristo, a la Iglesia y a todos sus fieles! ¡Para colmo, queréis justificaros mediante un vil engaño! ¡Sois un perro infame, un hereje se os mire por donde se os mire!

En ese momento fray Gaspar alzó la cabeza y vi que sus ojos estaban enrojecidos de ira. Había cambiado la expresión de su rostro en un santiamén, como esas víboras que mudan el pellejo de la noche a la mañana, y ahora le había dado tal rabieta que hasta le torcía el gesto de la cara. Os confieso que me asustó el verlo de ese modo, pues el hombre que es manso, ese que nunca veréis arrebatarse ni perder los estribos, suele guardar en su alma una tal furia contenida que más vale no andar cerca cuando estalla.

—¡Sí! —Gritó fray Gaspar a voz en cuello—. ¡Sí, soy culpable! ¡Soy culpable de eso y mucho más! ¿Y queréis saber por qué lo hice? ¡Pues por venganza, porque vosotros sois los verdaderos perros infames! ¡Estáis ciegos y vuestra ceguera os ha convertido en asesinos! ¿No habéis pensado nunca en vuestros propios crímenes?

¡Diezmasteis a familias enteras, habéis sembrado el miedo entre el pueblo común, enviasteis al fuego a muchos inocentes! ¿Y os decís agentes de Dios? ¿A eso llamáis una religión de dulzura y caridad? ¡Pues eso es una gran mentira!

—Os recuerdo que, si la consideráis una mentira, habéis sido partícipe de ella — le dijo el padre Fermín con gran frialdad.

Pero fray Gaspar no pareció escucharlo y siguió con lo suyo:

—¡No sois más que farsantes, señores frailes, farsantes desde el papa de Roma hasta el último ministro de la Inquisición! ¡Y si yo he llevado esta vida miserable bajo una sotana es porque habéis destrozado a mi familia, como a la de tantos en este reino! ¡Vosotros sois los criminales, la verdadera raza de víboras, el demonio mismo!

Las palabras de fray Gaspar quedaron retumbando entre los muros de la celda como si hubiera temblado la Tierra. Ahora lloraba como una marrana, pero al mismo tiempo se reía de una forma extraña, diabólica, con la risa de los locos. Todos los frailes se hacían cruces como desesperados.

Mientras tanto, el padre Fermín lo miraba sin dar crédito a sus ojos. De seguro no se había esperado semejante arrebatado de furia, y a decir verdad, estaba más nervioso que hembra malcasada. Pero astuto como es, que en eso no hay quien le saque ventaja, se sobrepuso a los gritos de fray Gaspar y le dijo:

—¿Habláis de crímenes, señor fraile? Pues yo os diré quién es el verdadero criminal: ¡los judíos, que han cometido el más grande crimen de la historia al matar al Hijo de Dios!

—¡Eso no es verdad! —Rugió fray Gaspar—. Jesús era judío e hijo de judíos, fueron las gentes de ese pueblo quienes lo acompañaron hasta el último momento, fueron ellos quienes se convirtieron en sus apóstoles y transmitieron sus enseñanzas. Los verdaderos asesinos de Cristo fueron los romanos. Fueron ellos quienes lo ataron a la cruz, quienes le clavaron sus lanzas y se jugaron sus ropas en una miserable apuesta. Y sin embargo vosotros, inquisidores, jamás perseguisteis ni encarcelasteis a los romanos. Nunca los habéis juzgado como a los verdaderos asesinos de Cristo, sino al contrario: ¡habéis hecho de Roma nada menos que el centro de toda la cristiandad! Y además adoráis la cruz, precisamente el instrumento con que los romanos torturaron a Cristo. Si yo fuera cristiano odiaría ese objeto.

—Caramba —dijo el padre Fermín con una leve sonrisa entre dientes—, eso mismo solían decir en otros tiempos los maniqueos. ¿Qué ocurre fray Gaspar? ¿Es que también sois partidario de la herejía maniquea?

En ese momento el fraile empezó a toser sin pausa. Estuvo así un buen rato mientras el padre Fermín se despachaba a gusto y lo tildaba de marrano, traidor, impuro y todas esas cosas, incluido lo de maniqueo, que vaya a saber Dios lo que será.

Poco después fray Gaspar recuperó la voz y dijo:

—¿Impuro? ¿Me habéis llamado impuro? Decidme entonces quién hay limpio de sangre en estos reinos. ¿Quién no tiene en su familia a un converso, a un judío, a un

moro, o si acaso a una puta vieja? ¡Si hasta al propio rey le alcanza parte de ello! ¿O ignoráis que Fernando el Católico era de ascendencia judía? ¿Y no lo era también el padre Torquemada? ¿No lo sois vos, por ventura, padre Fermín?

—No intentéis engañarnos —dijo el otro—. Sabéis muy bien que todos éstos son chismes que inventan los propios judíos. Aquí en España sólo hay una religión, la verdadera religión de Cristo. Las demás no cuentan.

Pero fray Gaspar no quería dar el brazo a torcer.

—¿Dijisteis la verdadera religión, señor inquisidor? —preguntó—. Pero entonces, ¿por qué no triunfa sobre las demás? ¿Por qué la imponéis a través del hierro y el fuego? ¿Acaso no debe llegar al corazón de los hombres por medio de la enseñanza y el amor?

El padre Fermín se quedó mudo un instante, y a fe mía que todo el mundo se sorprendió de ello. En ese momento pensé que fray Gaspar lo habría puesto en algún aprieto y el otro no sabría qué responderle. Pero ya sabéis que un inquisidor es hombre de gran astucia y rara vez alguien lo pilla desprevenido.

—Señor fraile —dijo el padre Fermín con gran calma—, es cierto que a veces debemos actuar con mano de hierro. ¿Qué duda cabe de ello? Pero no nos enfrentamos a un simple enemigo. Luchamos contra el más nefasto y cruel de todos: el demonio. ¡El mismo demonio que alimenta a todas las religiones falsas del mundo y que anida en vuestra alma de judío!

Ahora fue el pobre fraile quien se quedó sin palabras. Si lo hubierais visto no habríais dado ni un céntimo por él. Estaba acurrucado sobre sí mismo, sudando a chorros y temblando de pies a cabeza. Entonces el padre Fermín aprovechó el momento, se volvió hacia el resto de los inquisidores y les dijo:

—Muy bien, señores frailes, aquí ya no queda nada más que decir. Vosotros mismos lo habéis oído: este infame gusano ha confesado todos sus crímenes y sois testigos de esa confesión. Por lo tanto, ordeno que sea entregado de inmediato al brazo secular de la justicia.

¡Virgen Santísima! Aquello provocó un gran revuelo entre la frailería. Ya sabéis que las herejías más graves se pagan con el fuego, ¿verdad? Sin embargo, no es el Santo Oficio quien condena a los reos a semejante castigo: tan sólo los pone en manos de la justicia secular, que es quien lleva a cabo el asunto. Pero aquí el padre Fermín se estaba saltando un paso. Lo que quiero deciros, mi señora, es que para echar al fuego a un reo antes hay que abrirle un proceso, juzgarlo como Dios manda y sólo si es hallado culpable se lo entrega al brazo secular para ser quemado. Sin embargo, el padre Fermín se quiso ahorrar el juicio, el proceso y la condena, lo que en buen romance quiere decir que mandó al cuerno las leyes y si te he visto no me acuerdo.

Pero si queréis saber algo más extraño todavía, aun cuando todos los frailes se miraron entre sí como espantados, ninguno se atrevió a decir esta boca es mía, que tanto miedo le tienen todos al padre Fermín. Sólo fray Hernando le rezongó un poco:

—Vuesa merced —dijo con gran cuidado—, el reo debería ser sometido a proceso tal como es costumbre en estos casos.

Pero el otro le lanzó una mirada tan llena de veneno que más parecía la de un basilisco, esos bicharracos espantosos que, según dicen, matan con sólo mirar a las gentes a los ojos.

—¿Qué os sucede, señor fraile? —Le contestó el padre Fermín—. ¿Acaso tenéis miedo de algo? ¿No seréis acaso también vos de la secta judaica?

Aquello me enfadó hasta las tripas, mi señora, pues a mí ese padre Fermín me podrá decir lo que se le antoje, pero lo que es a fray Hernando, más vale que no le ande faltando el respeto si no quiere recibir un escobazo. Además, aunque sea el superior aquí abajo no tiene por qué andar pisoteando a quien le venga en gana. Os juro que al oír aquello me vinieron ganas de cogerlo del cuello y retorcerle el gañote hasta dejarlo como pelele de feria. Pero vuestro Felipe se contuvo como pudo, apretó los dientes y trató de dejar pasar el asunto.

—¿De qué proceso me habláis, señor fraile? —Siguió diciendo el padre Fermín—. ¿No habéis escuchado vos mismo la confesión del reo? ¿No habéis sido testigo, vos y todos los demás inquisidores, de lo que ha dicho este perro judío? ¿No lo escuchasteis blasfemar hasta el cansancio acaso? ¿Por qué desperdiciar tiempo con un proceso?

—Pero vuesa merced, Eymeric dice en su *Manual*...

—¿Qué *Manual* ni qué ocho cuartos! —Rugió el padre Fermín—. ¡Dejaos de esas tonterías ahora y actuad, que no estamos aquí para andar con papeleos!

Después se encaminó hacia la escalera a paso rápido, pero antes de abandonar el sótano se plantó sobre sus sandalias, dio media vuelta y dijo:

—Antes de que finalice la semana, quiero que este reo sea entregado al brazo secular de la justicia. ¿Habéis entendido, señores frailes?

Se oyó un murmullo entre los presentes, algunos asintieron con la cabeza y luego uno a uno fueron dejando el sótano para regresar a sus cosas. Al pasar frente a mí, fray Hernando soltó un bufido y le oí decir:

—Esto no va a quedar así. Juro que esto no va a quedar así...

Y con eso acabó el asunto, señora mía. Yo quedé solo frente a la celda de fray Gaspar y echando llave a su puerta. Por el ventanuco lo vi tenderse en el suelo y ponerse a llorar como un niño.

No sé lo que pensaréis de este enredo, pero a mí se me hace que en todo este asunto debe de haber gato encerrado. Cierto es que a fray Gaspar lo han pillado en herejía, y de las peores, por cierto. Pero el querer mandarlo al fuego sin proceso alguno me parece una demasía. Quizás al padre Fermín se le ha ido la mano con el rigor. ¿O será que anda con cola de paja por algún oscuro motivo? En fin, que todo este asunto me tiene más que intrigado. ¿A vos no, señora mía? Pues veremos en qué demonios acaba, si es que no termina el pobre fraile asado a la brasa. Por mi parte, prometo teneros al tanto de lo que vaya sucediendo. Y ahora me despido, que ya es

tarde y mis ojos se cierran de cansancio. Buenas noches.

CAPÍTULO 24



¡Ay, señora mía! Cuánta desgracia cabe en este mundo nuestro, ¿no os parece? Perdonadme que comience hablando de este modo, pero es que no puedo quitarme de la cabeza todo este condenado asunto de fray Gaspar de Torrelaguna, y menos aún de lo que ha hecho el padre Fermín, que si hasta hoy me parecía un hombre sin corazón, ahora se me hace que es un canalla de la peor especie.

¡Por todos los cielos! ¿Qué lo habrá llevado a ensañarse tanto con fray Gaspar? Él sabe muy bien que si el fraile es conducido a juicio terminará cocinado en el horno. De ello no hay la menor duda, pues, con tamaña herejía como la que ha cometido, no hay milagro en esta Tierra que lo salve de la hoguera. Sin embargo, se ha emperrado en saltarse un paso y ya quiere verlo convertido en cenizas. Creedme que no entiendo semejante crueldad, que ni la hiena más hambrienta es capaz de tanto daño.

Pero una vez más os ruego mil perdones, que no os he escrito esta carta para hablaros de tan lamentables desgracias. A decir verdad, a veces pienso que vuestro Felipe os debe resultar un tanto molesto con sus muchas penas e infortunios: que hoy le han roto el alma a éste, que ayer el otro ha estado enfermo de fiebres, que mañana el de más allá irá a la sala de tormento, y otras muchas penurias que os deben de resultar la mar de fastidiosas. ¡Caramba, señora mía! Debo pareceros una vieja chillona, ¿verdad?

Es por eso que hoy, si me lo permitís, quisiera hablaros de otras cuestiones, de algo que os alegre el corazón y dé algún placer a vuestros sentidos, como esos pastelillos dulces que se comen tras el almuerzo y os regocijan el paladar.

Pues bien, ¿sabíais que vuestro Felipe también se encarga de cuidar los jardines? Pues aunque os suene extraño así es. En los fondos de este edificio hay unos bellísimos jardines repletos de azucenas, jazmines, violetas y otras muchas flores hermosas, y vuestro Felipe es quien se ocupa de llevarles agua todos los días, de ver que estén rozagantes y de atenderlas como ellas se merecen. No vayáis a creer que es tarea sencilla, pues hay flores que son tan delicadas como una dama y se necesita de buena mano y mucha paciencia para cuidarlas. Debe uno saber cuándo es buen momento de plantar un brote, cómo remover la tierra, cómo echarle el abono, qué cantidad de agua necesita cada semilla y todos esos pequeños secretillos propios de un buen jardinero.

Pero os decía que la cosa no es nada fácil, y creedme que no exagero, pues algunos capullos suelen tener más vueltas que moza en edad de casarse. Sin ir más lejos, las rosas, por ejemplo, precisan de mucho sol y gran cantidad de agua: no debéis abandonarlas ni descuidarlas un solo día, pues se marchitan con demasiada facilidad. También están las azaleas, que requieren de grandes cantidades de agua, pero al contrario de lo que sucede con las rosas, debéis protegerlas mucho de la luz del sol, pues tienen los pétalos tan frágiles que podrían quemarse al menor descuido. Por fortuna también hay de las que no dan mucho trabajo, como el jazmín por ejemplo, cuya flor es tan noble que madura donde la plantéis y en casi cualquier época del año. Y también están las que no crecen ni de milagro, como la mandrágora por ejemplo, que ni prendiéndole una vela a cada santo lograréis hacerla brotar. He oído decir por ahí que es planta propia del demonio y que sólo crece bajo los maderos de un patíbulo, pues necesita del semen de un ahorcado para alimentar sus raíces. Sé que tal vez esto os suene a cuento de viejas, pero ya sabéis que a algunos reos, en el momento de ser ahorcados, se les pone el miembro duro y hasta suelen echar afuera un poco de simiente. Vaya a saber Dios por qué ocurrirá semejante cosa, pero es fama que las raíces de la mandrágora sólo se alimentan de esperma humano, y que por eso crecen únicamente en esos sitios.

Pero en fin, lo cierto es que vuestro Felipe se encarga de cuidar los jardines, trata a sus florecillas con gran dulzura y, si queréis saber la verdad, se siente muy orgulloso de ellas. Es grato verlas crecer en primavera y sentir sus perfumes, como también lo es el descubrir un nuevo pimpollo cada día, o gozar del color de los pétalos, o ver cómo se arriman algunas mariposas a chupar de las flores.

Quizás os reiréis de mí, pero a veces hablo con algunas de ellas y les cuento mis penas, o les digo que están encantadoras y que han crecido muy guapas este año, o les hablo de vos y les explico que sois tan hermosa como la más hermosa de ellas, y entonces se ponen más bonitas y más rozagantes aún.

Pero no sólo tenemos jardín aquí detrás, sino también un pequeño huerto lleno de plantas de pimiento, laurel, azafrán, perejil y otros muchos condimentos de cocina, pues algunos de los frailes son un tanto glotones y gustan de sazonar sus comidas con toda clase de especias. Al igual que las flores, muchas de estas plantas son harto

delicadas y lleva tiempo y grandes cuidados el mantenerlas saludables. Sin embargo, no es vuestro Felipe el que se encarga de ello. Quien las atiende como se debe y hasta se desvive por ellas es la Zunilda, y en verdad lo hace con tanto celo y detalle que no me deja siquiera acercarme a verlas.

Pero, caray, os había prometido hablar de cosas alegres, animaros el corazón con alguna historia que os hiciera gracia, y sin embargo, ahora que os hablo de mis jardines no puedo evitar mencionaros algo que ocurrió hoy en la tarde, que si bien no es la muerte de nadie tampoco se trata de una tontería.

Sucede que me hallaba regando mis flores, como siempre, cuando de pronto alcé los ojos y advertí que fray Hernando estaba paseándose bajo las galerías del patio. Debo confesaros que aquello me llamó grandemente la atención, pues por lo general a esas horas anda demasiado atareado con sus cuestiones y no tiene mucho tiempo para entretenerse dando paseillos. Además, me pareció que debía de estar algo inquieto, pues caminaba mirando al suelo y parecía morderse la lengua de tanto murmurar entre dientes. En cierto momento se desvió de su camino y vino hacia donde yo estaba, como si quisiera distraerse un poco de sus asuntos.

—¿Vuesa merced aquí a estas horas? —le pregunté con algo de curiosidad.

—He salido a respirar un poco, Felipillo —me respondió con una voz algo extraña.

Yo de inmediato me malicié que algo debía de andar rodándole el seso, pues lo conozco de sobra y de sólo verlo ya sé dónde le aprieta el zapato. En ese momento se agachó a mirar unas flores como distraído, me hizo alguna pregunta sin importancia y a fe mía que ni siquiera oyó la respuesta. Entonces me di cuenta de que algo muy fiero debía estar sucediendo, pues cuando eso ocurre fray Hernando suele arrugar el gesto de tal modo que es imposible no percatarse de ello. A decir verdad, en un principio no me animé a preguntarle, que a veces más vale quedarse con la boca cerrada y no zamarrear el avispero. Sin embargo, tal mala espina me dio aquello que al fin no pude aguantarme y le dije:

—Vuesa merced sabrá disculpar mi atrevimiento, pero ¿ha ocurrido algo malo?

Fray Hernando apartó su mirada de las flores y me observó extrañado, como si temiera hablar de cuestiones reservadas a su oficio. Yo entretanto pensé que debía de tratarse de uno de esos enredos con que se las ven los inquisidores de vez en cuando, y que por eso juzgaba inútil andarse con explicaciones, ya que no es vuestro Felipe hombre que sepa entender y mucho menos desentrañar semejantes asuntos. Sin embargo, me equivocaba de cabo a rabo.

—El padre Fermín —dijo de pronto fray Hernando—. Se trata de él, Felipillo. Tú has visto lo que ocurrió ayer en la mañana con fray Gaspar, ¿verdad? Pues bien, quizá no debería decirte esto, pero a mi juicio se comportó como un verdadero cretino. Nadie mejor que él sabe que todos los reos, sean quienes fueren, tienen derecho a un proceso judicial, y sin embargo se emperró en negárselo a fray Gaspar. Yo ignoro por qué lo habrá hecho así, pero no puedo dejar que eso ocurra sin abrir la boca... Es por

eso que estoy preocupado, Felipe. En verdad no sé qué actitud tomar respecto del padre Fermín.

Luego se quedó en silencio un instante y por fin agregó:

—Sé que es una pregunta tonta, Felipillo, pero ¿qué harías tú en mi lugar?

Yo no dudé ni un instante y dije:

—Le rebanaría el pescuezo, vuesa merced.

—¡Felipe! —Gruñó fray Hernando—. ¡Haz el favor de no decir esas cosas! ¡Ya te tengo dicho que eres muy grande hablador e irrespetuoso con tus superiores! Además, yo no me refiero a eso. Hablo de plantear el caso del padre Fermín ante un tribunal, quiero decir, denunciar al Santo Oficio que ha violado las reglas.

—¡Caray, vuesa merced! Pero ¿qué pasaría si se lo denunciara?

—Ésa es precisamente la cuestión —respondió fray Hernando—. Si todo transcurriera con normalidad, el Santo Oficio debería abrirle un proceso, luego investigaría el caso, y de hallarlo culpable tal vez podría quitarle su cargo. También es posible que se lo condenara a una pena mayor, como ir a galeras, por ejemplo.

—¿A galeras? ¡Pero eso sería terrible, vuesa merced!

—Por cierto que sí —dijo fray Hernando—. Pero lo que él ha hecho también lo es.

¡Caramba, mi buena señora! ¿Habéis escuchado lo que dijo fray Hernando? Por si no lo sabíais, mandar a un hombre a galeras significa encadenarlo en los fondos de un barco, allí donde van los remeros, que por lo general son esclavos del reino, y obligarlo a remar día y noche hasta que cumpla su pena, que a veces alcanza los diez años. Dicen que no hay peor castigo en toda la redondez del mundo. Imaginaos, todo el santo día engrillado a unos maderos, muerto de hambre y de sueño, con un verdugo que os sacude el lomo ante el menor descuido y teniendo que remar en medio del océano. Con razón hay quienes prefieren quedarse en un calabozo, por más oscuro y mugriento que sea, antes que vérselas en semejante situación.

De todas maneras, os diré que aquello me sobresaltó bastante, pues imaginar al padre Fermín enfrentando a un tribunal del Santo Oficio no es algo que se me haya ocurrido jamás. Y eso de que podrían quitarle el cargo y enviarlo a galeras, pues menos aún, que ni en sueños se me ha pasado por la cabeza.

—Con todo respeto, vuesa merced —dije—, la verdad es que bien merecida se tendría tal cosa el padre Fermín. Aunque, si por mí fuera, ya mismo lo haría meter en uno de estos calabozos hasta que se le pudrieran las carnes.

Fray Hernando se disgustó una vez más por mi insolencia y me dio un ligero tirón de orejas.

—¡Qué boca tienes! —rezongó—. ¿Acaso no has oído lo que te acabo de decir? Presta atención porque ésta es la última vez que te lo digo: el padre Fermín es un ministro de la Inquisición, y como tal debe ser tratado con el mayor respeto.

Yo bajé la vista y me disculpé de inmediato.

—Lo siento, vuesa merced. Juro que no volveré a abrir la boca. Pero si vuesa

merced quiere saber la verdad, el padre Fermín siempre ha sido un hombre malvado conmigo y me ha tratado como a un perro.

—Eso no importa, Felipe —dijo fray Hernando—. Ya te he dicho más de una vez que no tienes que hacerte mala sangre por esas cuestiones. Déjalo a él con sus cosas y tú ocúpate de las tuyas. Además, sabes que Cristo nos enseña a ofrecer la otra mejilla y a perdonar a quienes nos ofenden.

—Lo sé, vuesa merced, pero es que a veces resulta tan difícil...

Poco después fray Hernando me contó que todo este asunto del padre Fermín lo tenía a maltraer desde hacía algunos días, pues denunciarlo ante un tribunal del Santo Oficio no era algo tan sencillo como pudiera suponerse. Estaba claro que había violado las reglas y que era necesario dar aviso de ello a las autoridades. Así lo mandaban los propios estatutos de la Inquisición. Pero la verdad es que el pobre fray Hernando se hallaba en un brete, que creo que así le llaman cuando uno debe hacer algo y no sabe hacia dónde ir.

—Aquí entre nosotros, Felipillo —me dijo en un momento—, tengo miedo de que me salga el tiro por la culata.

—¿Qué quiere decir vuesa merced?

Fray Hernando se pasó una mano por la cabeza y murmuró:

—Arreglos, Felipe, hablo de arreglos...

Y luego, en voz baja por si algún curioso anduviera poniendo la oreja en las cercanías, me recordó que el padre Fermín era, como quien dice, un pez muy gordo dentro de las filas del Santo Oficio. Como ya os he contado alguna vez, viene de una de esas familias linajudas de España, ya sabéis, gentes de alto copete, marquesuchos, condesillos y gentilhombres que siempre andan revoloteando las cortes, besándole el trasero a su majestad y yendo al queso como las moscas a la miel. Sin ir más lejos, tengo entendido que fue nombrado inquisidor gracias a ciertas influencias de un tío allegado al mismísimo rey, lo que no debe espantar a nadie, pues en esta España de hoy en día, como dice el refrán, quien a buen árbol se arrima, buena sombra le cobija. Y por cierto, ya podréis imaginaros cómo es todo entre esas gentes: que un favorcillo por aquí y otro por allá, que vos cerráis el pico y yo hago la vista gorda, que os doy un titulacho a cambio de vuestros dineros, y todas esas pillerías de que se valen aquellos señores de cuando en cuando. Es por eso que fray Hernando tiene sus temores, y hace bien, pues denunciar al padre Fermín ante el Santo Oficio es como jugar con fuego en medio de un polvorín. ¿Quién dice que el propio fray Hernando no acabe pagando los platos rotos? Sin embargo, el quedarse de brazos cruzados tampoco le hace la menor gracia.

—En verdad no sé qué hacer, Felipe, no sé qué demonios hacer con toda esta cuestión.

No acabó de decir aquello cuando alguien lo llamó desde una de las ventanas del edificio y le pidió que fuera hacia allá por no sé qué expedientes en los que estaba trabajando.

—Bueno, ahora debo irme, Felipillo —me dijo—. Ya veré cómo salir de este condenado asunto. Quizás el buen Dios me eche una mano para poder decidir... En cuanto a ti, espero que no se te ocurra andar chismorreando por ahí acerca de todo esto.

—Vuesa merced puede irse tranquilo —dije—, que antes me haría quemar la lengua.

Poco después se marchó a cumplir con sus menesteres, mientras yo me quedé junto a mis plantas y mis flores pensando en lo afortunado que es vuestro Felipe, que si a veces trabaja como un burro y no gana siquiera para comprar ropa, al menos no tiene que vérselas con tantos embrollos y dificultades.

Espinoso asunto este del padre Fermín, ¿no creéis? Ciertamente, no cabe duda de que ha sido injusto y duro con fray Gaspar, y en ello le irá su ganancia. Pero decidme una cosa: ¿os habéis puesto a pensar en su conciencia? El hombre honrado vive tan sólo con la merced que Dios le ha hecho. No precisa de más ni tiene que andar hurtando ni pisando a los otros para obtener beneficio. En cambio el malvado necesita de los demás para ganarse el sustento, y nunca estará satisfecho, pues siempre habrá algo que tengan los otros y él codicie como el lobo a las ovejas. Pero en el fondo, según creo, se le ha de tener lástima por lo mucho que padece y lo poco que goza. Yo apostaría lo que fuera a que el padre Fermín no consigue dormir tranquilo ni un minuto, pues, en verdad, sólo duerme en paz quien tiene la conciencia limpia, y no aquel que anda con el ánimo sucia o esconde algún pecado en las entrañas. Ahí tenéis a vuestro Felipe, que no será el hombre más virtuoso del mundo, pero todas las noches se echa en su camastro, se arropa bien bajo las mantas, siente una dulce fatiga por su día de trabajo y se duerme como una marmota hasta la mañana siguiente, roncando tan fuerte que hace retumbar los muros del edificio.

Y ahora me despido de vos, señora mía, y si no es gran molestia os ruego que recéis alguna plegaria por fray Hernando, que se ha metido hasta el cuello en este asunto y bastante la necesita. Os confieso que no quisiera estar en sus sandalias en estos días. Ese padre Fermín es yerba mala y quien se meta con él debe andarse con mucho cuidado. Pero alguna vez alguien tendrá que bajarle los humos, y en verdad espero que fray Hernando pueda juntar el suficiente coraje para hacerlo. Buenas noches.

CAPÍTULO 25



Mi buena y estimada señora:

Os escribo una vez más después de casi tres semanas de silencio. No penséis que me he olvidado de vos ni mucho menos, que aunque mi cabeza deseara hacerlo alguna vez, mi propio corazón se lo impediría. Lo que ha ocurrido, en realidad, es que vuestro Felipe ha tenido mucho que hacer y ha estado tan atareado en estos días que no ha podido siquiera tener un rato para enviaros unas líneas.

Creedme que ha habido mucho que trabajar aquí abajo en las últimas semanas, pues, por si ya no estabais enterada, habrá un auto de fe el mes próximo y, como suele ser costumbre en estos casos, todo se ha puesto patas arriba en este edificio. Supongo que ya imaginaréis cuántas labores demanda esta clase de cosas, y no sólo a los ministros y a los inquisidores, que deben apresurar todo el papeleo y dictar las sentencias a los prisioneros, sino también a cuanto oficial, escribano y secretario ande rondando por estos pasillos. Y por cierto, en lo que a mí se refiere, casi no ha pasado un día sin andar de faena en faena: que hoy hay que limpiar los corredores, que mañana dar tormento a este o aquel reo, que pasado es preciso reparar la manija del potro que ya se quiebra de tan podrida. Os juro que debe uno darse maña para todo al mismo tiempo. Además, podría juraros que es tarea harto fatigosa, y más aún para el pobre de vuestro Felipe, que ya está lejos de ser un mozo y le chillan las junturas de los huesos cuando se esfuerza demasiado.

Con todo, mi atenta señora, no he querido dejar de contaros algunas cosillas que ocurren por aquí. Por eso, hace unos momentos he hecho a un lado mis tareas y me he

dicho: «Cálmate, Felipillo, tómate un respiro y coge la pluma para escribirle a esa buena dama». Quizás os parezca que lo que voy a contaros es algo tonto, pero os ruego vuestra comprensión y paciencia, pues a los ojos de vuestro Felipe, que anda falto de amores y afectos, la cosa no deja de tener su interés.

Pues bien, todo el asunto comenzó hace algunos días, cuando un juez del Santo Oficio mandó prender a una banda de brujos y hechiceros que andaban haciendo de las suyas en las afueras del pueblo. Parece que la cuestión era de mucho fuste, pues, por lo que he podido saber, algunos de ellos estaban en tratos con el demonio, hacían sacrificios de animales y preparaban hechizos para hacer daño a las gentes, que vaya uno a saber si darán resultado, pero que asustar, asustan.

El caso es que luego de una redada los trajeron a todos a estos calabozos, y tendríais que haber visto el desfile de locos que parecía aquello. Dicen que de todo hay en la viña del Señor, y a fe mía que ha de ser cierto, pues entre los reos no había solamente hombres, mujeres, ancianos y familias enteras, lo que ya es decir, sino también un robusto y manso macho cabrío, algo viejo y tuerto de un ojo, que los guardias trajeron con una soga amarrada al cuello y luego encerraron en las caballerizas del fondo por orden del padre Fermín.

¿Os preguntaréis qué cuernos hacía ese pobre animal mezclado entre los prisioneros? Pues según parece, y yo sólo os repito lo que escucho por ahí, dicen que andaba en tratos amorosos con algunas de las mujeres del grupo. Sí, señora mía, quizás el asunto os mueva a risa, o tal vez os parezca un embuste de pies a cabeza, pero dicen que algunas noches el mismo Satán se apoderaba del cabrón y después se ayuntaba con las hembras del grupo, una por una, hasta servir las a todas.

No me preguntéis si semejante historia será cierta, pero si queréis conocer mi opinión al respecto, os diré que la cosa no me sorprende demasiado. Ésta no es la primera vez que oigo de esa costumbre de liarse con animales que tienen algunos, y sobre todo los pastorcillos que suelen andar solos por la campiña, para quienes, a falta de mujer, buenas son las ovejas. Sin ir más lejos, no hace mucho quemaron en la plaza de aquí al enamorado de una burra, y poco después se supo de otro que solía solazarse con una cabra en una de las cuevas que hay fuera de la ciudad. ¡Caray, señora mía, cuánto loco suelto hay en este mundo! ¡Como si no hubiera mujeres de tres al cuarto en cualquier burdel!

En cuanto al pobre cabrón de que os hablaba, allí ha quedado en el fondo del edificio, con una soga atada al cuello y pastando como si nada ocurriera. Dicen que el Santo Oficio también le abrirá un proceso, aunque a mí eso me huele a patraña inventada por algún fraile que ha querido tomarle el pelo a los tontos como vuestro Felipe. Sea como fuere, a veces me acerco hasta las caballerizas a darle una ojeada, me quedo mirándolo por un rato y me vienen ganas de decirle: «¡Animal del demonio, mírate lo feo que eres, y sin embargo has tenido más hembras que yo en este mundo!».

Pero en fin, que no es de este asunto de lo que quería hablaros en realidad. Sucede

que entre el grupo de brujos y milagreros que llegaron aquí, hay una niña tan dulce y hermosa como nunca he visto en mi vida. Es muy pequeñita aún, me da que debe de andar por los doce o trece años de edad, pero ya se nota que será muy guapa cuando esté en edad de tener amoríos. Por lo que he podido escuchar, la pobrecita ha caído en el saco junto con los demás por sospechas de brujería o algo parecido, pero estoy seguro de que si la vierais de cerca os parecería de todo menos una bruja, pues, puede que vuestro Felipe se equivoque de cabo a rabo, pero la verdad es que de cuantas hechiceras ha visto en su vida, y en este oficio se ven a cada rato, casi todas ellas eran viejas encorvadas, feas como un chivo, llenas de piojos hasta en el sobaco y con tantos pelos en la barbilla que más parecían un guardia de infantería. En cambio esta niña es un sol por donde la miréis. Tiene dos ojillos dulcísimos, la piel muy blanca y los cabellos rubios como la miel, y a fe mía que es su color natural, no como esas damas que por pura coquetería se aclaran el cabello con aceites y lejías y más parecen escoba que mujer.

No sé si será verdad, pero uno de los guardias que trajo a la niña me ha dicho que en el pueblo donde vivía era conocida por sus poderes para entenderse con los animales, como esas gentes que, según dicen, tienen la virtud de hablar con los gatos y los perros y hacer que les obedezcan. Os confieso que para vuestro Felipe ésas no son más que habladurías, chismes que salen de entre la imaginación del vulgo, pero amén de ello me recuerda que allá en la tierra de Asturias, cuando yo era niño, corría el rumor de que algunas mozas tenían la virtud de entenderse con los lobos y hablarles como si fueran cristianos. Si no me traiciona el seso creo que las llamaban *peeiras* o algo parecido. Eran muchachitas sencillas y vivían como cualquier hijo de vecino, pero de cuando en cuando se iban a los bosques a mezclarse entre las manadas de lobos, cuidaban de los cachorros y andaban hermanadas entre ellos como si fueran de la familia.

Pero disculpadme si me he ido por las ramas con esta historia. La cuestión es que hace unos pocos días, cuando entré en la celda de la niña por primera vez, la pobre se asustó tanto que dio un brinco hacia atrás y fue a acurrucarse bajo el camastro. Allí se quedó quietecita y temblando como si hubiera visto a un espantajo. Yo mismo di un paso atrás y me quedé quieto junto a la puerta esperando que se calmara.

—No temas, bonita —le dije—, que sólo vengo a traer tu comida y a barrer un poco.

Pero la niña siguió tan asustada como al principio y no se movió de su rincón. Creedme que no supe cómo diablos comportarme en ese momento. Ya imaginaréis lo torpe y rudo que es vuestro Felipe para esos menesteres. Para animarla a salir de su escondite le mostré el plato de comida y el cuenco de agua, pero ni siquiera de ese modo logré convencerla. Tanto miedo tenía que hasta cerraba los ojos para no verme.

¡Ay, señora! No creáis que no comprendía yo a la pobrecilla. Poneos en su lugar por un instante y pensad que sois una niña pequeña e inocente. A esa edad no conocéis los males del mundo ni sabéis de crueldades ni bellaquerías. Pero de pronto

alguien os arranca de vuestra casa y os lleva a un calabozo oscuro y lleno de humedad. ¡Cómo no tener miedo! Y para colmo de males, quien viene a traeros la ración de comida es un hombre como vuestro Felipe, que es feo y no tiene modales, y a los ojos de cualquier niño debe de parecer poco menos que un ogro.

Pues bien, así estaba la niña de la que os hablo, mirándome desde el otro lado del camastro y temblando como un pajarillo recién nacido. Si la hubierais visto en ese momento, hecha un ovillo y con la mitad del rostro asomando por detrás de las mantas, de seguro os habría parecido una bonita muñeca, o tal vez un pequeño ángel de cabellos rubios, como esos que hay pintados en los muros de las iglesias.

Os imaginaréis que a esas alturas vuestro Felipe ya se sentía un tonto, de pie junto a la puerta del calabozo y sin saber qué demonios hacer con la niña. Por salir del paso y decir algo le pregunté:

—¿Cómo te llamas, chiquilla?

La niña no pareció siquiera oírme y miró hacia otro lado.

—Vamos —insistí—, ¿es que no vas a decirme ni tu nombre? Pues bien, entonces yo te diré el mío: me llamo Felipe, aunque si tú quieres puedes llamarme Felipillo, que no me molesta. Debes recordarlo bien, pues si en algún momento quieres algo sólo tienes que asomarte al ventanuco y gritar: «¡Eh, Felipillo, quiero agua, o tráeme una manta, o ven a contarme alguna historia!». Y entonces te prometo que tu Felipillo dejará todo cuanto esté haciendo y vendrá aquí corriendo como un galgo. ¿Vale?

Esta vez la niña tampoco abrió la boca, aunque dos o tres veces me espió por el rabillo del ojo y luego volvió a esconder la mirada.

—Muy bien —le dije entonces—, ahora debo marcharme a hacer mis cosas. Aquí te dejo tu comida. Pruébala y verás lo sabrosa que está. La ha hecho la Zunilda, que guisa de maravilla y como nadie en el mundo.

Luego dejé el plato de comida sobre una mesilla y me volví hacia la puerta.

—Y recuerda —dije antes de salir—, tú sólo grita: ¡Felipillo!, y en un santiamén tu Felipillo estará aquí para lo que gustes.

Luego cerré la puerta y seguí con lo mío. Y aquello fue todo, mi buena señora. Os podría jurar que la niña esa me ha dejado con el corazón dando brincos. Lástima que la pobrecilla esté tan asustada, pero quizás en algún momento se le vaya el miedo y se anime a hablar conmigo. Rogad a Dios que así sea, pues sería bueno para vuestro Felipe el tener una pequeña amiguita con quien hablar de cuando en cuando. Y ahora me despido de vos hasta la próxima carta, deseando que tengáis un buen día.

CAPÍTULO 26



Mi querida señora:

¿Podrías creer lo que ha ocurrido? Dicen que otra vez anda el diablo metiendo su cola y haciendo de las suyas por ahí. No me preguntéis si es cierto: ya sabéis que vuestro Felipe es desconfiado y no cree mucho en esas cosas. Pero según he oído el Maligno ha vuelto a rondar por estos trigos de Dios, y os puedo asegurar que este asunto ha puesto más que nerviosa a toda la frailería.

Por fortuna esta vez la cosa no es aquí, sino en un pequeño convento de la ciudad cuyo nombre será mejor que me guarde, pues ya sabréis entender que se dice el pecado pero no el pecador. Al parecer, algunas de las monjitas de allí han caído en trances demoníacos y hasta ahora no hay quien pueda sacarlas de ellos. Tengo entendido que la cosa es bien grave y tiene a maltraer a todo el mundo, pues algunas de ellas se comportan con tanta insolencia y desvergüenza que menos parecen monjas que mujerzuelas. Pero será mejor que os cuente todo con pelos y señales, que de seguro seréis mujer curiosa y os estaréis mordiendo las uñas por conocer el asunto hasta el menor detalle.

Pues bien, comenzaré por deciros que yo me acabo de enterar hoy en la tarde, cuando estaba limpiando las caballerizas del fondo y de pronto oí que fray Hernando me llamaba para que fuera a su cuarto. Presto dejé todo echado por ahí, salí corriendo hacia allá y apenas crucé la puerta me figuré que algo malo debía de estar sucediendo, pues el fraile andaba con tal destemplanza en el alma que parecía a punto de enfermarse. Deberíais haber visto su rostro. Estaba amargado, tenía el ceño

fruncido y no dejaba de morderse los labios. ¡Caray, señora mía! Yo conozco a fray Hernando y sé que cuando se muerde los labios es porque algún mal bicho le anda picando. El caso es que al verme se puso de pie, caminó unos pasos hacia mí y dijo:

—Siéntate, Felipillo. Hay algo que debo decirte.

Luego se inclinó y me palmeó las mejillas, tal como solía hacer cuando yo apenas era un niño. Sentí que tenía las manos húmedas y calientes.

—Estoy desolado, Felipillo —empezó a decir—. Tú sabes que ya soy un hombre viejo y que he luchado toda mi vida contra las miserias de este mundo. Sin embargo, fuera todo es indecencia y maldad...

—¿Pero qué sucede, vuesa merced?

—Algo terrible, Felipillo, algo terrible.

Y luego, con gran paciencia y esfuerzo me contó que algunos días atrás, en ese convento del que os acabo de hablar, se tuvo noticia de la aparición de varias monjas endemoniadas que pusieron en vilo a todo el mundo. A decir verdad la cosa no era nueva, pues cada tanto se sabía de alguna monjita fervorosa a la que el diablo se le había metido en las entrañas para hacer de las suyas. Pero esta vez el asunto era más grave que de costumbre, pues casi todo el convento había caído en manos de Satán. De la noche a la mañana empezaron a despertar las novicias a gritos y enredadas entre las sábanas. Algunas se veían presas de sacudidas y vómitos, otras escupían sangre, o decían blasfemias, o se echaban al suelo y se retorcían como culebras. Fue la propia madre superiora quien dio aviso a las autoridades, y al rato cayó todo un ejército de frailes para tratar de atajar el entuerto. Eran de esos echacuervos que saben de estas cosas, y según parece tuvieron que darle muy duro al asunto, pues algunas de las monjas estaban demasiado graves y tenían al diablo prendido como una garrapata. Dice fray Hernando que al ver todo aquello los frailes pidieron tal ración de agua bendita que hubo que traerla en jarras, tazones y cacerolas. Después las metieron a todas juntas dentro de una sala, echaron cerrojo a la puerta y comenzaron la tarea.

Lo que hicieron allí fue lo usual en estos casos. Primero las hundieron hasta el cuello en agua bendita, luego les hicieron exorcismos a troche y moche y finalmente les refregaron sus crucifijos por todo el pellejo. Ya os imaginaréis lo fastidioso que debió de ser aquello. Pero por desgracia tanto jaleo no sirvió para nada. Al cabo las monjitas seguían con sus ataques y no había cómo detenerlas. Entonces, tal parece que empezó una batalla de rompe y rasga. Los frailes las obligaron a sentarse en unas sillas, hicieron traer sogas y las amarraron a todas con las manos a la espalda. Pero he aquí que, mientras lo hacían, de golpe y porrazo una de ellas se abalanzó encima de un fraile y comenzó a besarlo con tal desvergüenza que más parecía una barragana. Otra cogió a uno por la sotana y trató de arrancársela de un tirón. Y hasta hubo una tercera que se quitó ella misma los hábitos y de pronto quedó como Dios la trajo al mundo.

Entretanto, los curas seguían dale que te pego agitando sus cruces y rogando al Señor que echara a los demonios. En un momento dado una de las monjitas cayó al

suelo y se puso a hablar con tal voz de marimacho que todos se echaron atrás asustados hasta la médula. Alguien dijo que la pobre, sin duda alguna, y en razón de aquella voz tan recia, debía de tener al demonio alojado en las mismísimas cuerdas vocales. Entonces la alzaron del suelo entre varios, le quitaron los hábitos y un fraile empezó a palparla de pies a cabeza. No lo creeréis, pero según dice fray Hernando, le hallaron siete demonios escondidos en distintas partes del cuerpo. Uno de ellos, como ya era de sospecharse, lo tenía en la garganta, otro en el hígado, otro bajo la segunda costilla del lado derecho, otro más en un dedo del pie izquierdo, y el resto en otros sitios que prefiero guardarme, aunque ya os los podréis imaginar. La pobrecita pedía a gritos que la ayudaran y decía sentir mordiscos en las vísceras, como si los diablos se la estuviesen comiendo por dentro. Al final le dieron una adormidera por la fuerza, y aunque eso no la curó del todo, al menos pudieron amansarla bastante.

Y bien, así están todas hasta el día de hoy, señora mía, y tal parece que el asunto va para largo, pues hasta les han hecho sangrías, purgas y enemas y con todo ello no han logrado ponerles el menor remedio. Dice fray Hernando que ni aun a coscorrones se han calmado las monjitas. A su juicio, aquello significa que el demonio las tiene bien sujetas y que para liberarlas tal vez haya que echar mano de otros métodos.

—¿Otros métodos, vuesa merced? —le pregunté yo—. ¿Qué otros métodos?

—Me es odioso el sólo pensarlo, Felipillo —contestó fray Hernando—. Pero si nada se ha logrado con purgas, azotes y exorcismos, quizá no quede otro remedio más que el fuego...

¡Caray, señora mía! ¡No quisiera yo estar en la piel de esas monjitas en este momento!

Poco después fray Hernando me advirtió que anduviera con gran cuidado en estos días, pues cuando el diablo anda cerca nunca se sabe por dónde saltará la liebre. Tal vez un día se le ocurra colarse en estos mismos sótanos, que aquí devotos no le faltan, y entonces tendremos jaleo para rato, pues con tanto hereje encerrado el demonio podrá hacer buena cosecha y llevarse su ganancia.

—Mientras tanto, Felipillo —insistió fray Hernando—, ándate con gran cuidado. Abre bien los ojos, guarda prudencia y sobre todo hazte de algún buen crucifijo por si acaso el fulano se te cruza en el camino. No olvides que el diablo es astuto y donde menos se piensa aparece con sus mañas.

—Vuesa merced puede ir tranquilo —le respondí—, que a mí ese de los cuernos me tiene sin cuidado.

Y ahora dejadme decir algo, mi querida señora. Ignoro en qué acabará este condenado asunto de las monjitas del convento, pero aquí entre nosotros, si queréis saber mi opinión, yo no me trago aquel cuento de los demonios. Para vuestro Felipe todas esas muchachas no están poseídas ni nada que se le parezca. ¡A otro perro con ese hueso! Lo que ocurre es que se les ha aflojado el seso de tantos ayunos, vigiliias y privaciones. Sí, como lo escucháis. A veces las pobres monjitas pasan demasiado tiempo encerradas en sus cuartuchos y con el aire tan recargado de inciensos que no

se envenenan de puro milagro. Además, suele hacer mucho calor en esos sitios, lo cual es pernicioso y acaba por ablandarles el cerebro. ¿Cómo no esperar entonces que enfermen y tengan alucinaciones?

Yo recuerdo a una tal Antonia que pasó por ese mismo trance algunos años atrás. Era una muchacha de buena familia y educada en la universidad, pero se había dedicado con tal fervor a la oración y las mortificaciones del ayuno que al fin le hirvió el seso y cayó en delirios. Mañana, tarde y noche se lo pasaba hablando sola, decía ver el futuro y hasta se titulaba esposa de Cristo. Sí, señora mía, la pobre andaba jurando a los cuatro vientos que se había dado en maridaje al Señor, y no de cualquier modo, sino con dote, anillo, vestido blanco y todo el repertorio. A veces iba por las calles hablando en voz alta, y al preguntársele por qué hacía aquello, sin haber nadie alrededor, la muy suelta de cuerpo decía que estaba conversando con la Virgen María, quien la acompañaba siempre por ser la esposa de su Hijo. Tanto revuelo levantó el asunto que al fin la Inquisición decidió echar mano del caso y le abrió un proceso. Pero las cosas no resultaron nada sencillas. Después de muchas vueltas, papeleos y testimonios, los jueces no consiguieron ponerse de acuerdo en el resultado. Para algunos, la muchacha tenía dotes de santa, aunque para otros no era sino una pobre cabeza hueca sin remedio. La cuestión es que, santa o loca de remate, al cabo de un tiempo quedó libre de culpa y cargo. Pero una vez fuera volvió a sus fantasías, y esta vez peor que antes, pues ahora andaba anunciando a todo el mundo que esperaba un hijo de su Esposo. ¿Podéis creerlo? ¡Un hijo del propio Jesús! Por supuesto, esta vez los jueces no se anduvieron con rodeos y la mandaron encerrar de nuevo. No me preguntéis qué ha sido de ella, pues le perdí el rastro, pero sospecho que aún seguirá entre rejas y tan chalada como siempre.

En fin, ya veis cómo a veces los ardores religiosos le secan el cerebro a cualquiera. Por esa razón, y volviendo a aquellas monjitas de que os hablaba hace un momento, no me extrañaría que tantas fatigas y martirios les hayan puesto a volar la imaginación. Ya sabéis que la vida en un convento es dura y llena de sacrificios, y más aún cuando se trata de hermanas jóvenes. Pensad en esas pobres muchachitas que en la primavera de sus vidas, cuando la mujer debiera andar removiendo sus faldas, se las aparta de su familia y se las encierra en un convento a vestir santos. Imaginad a esas jovencitas, que de seguro gustarían de andar de paseo entre los varones, ir a fiestas, bailar, ponerse vestidos y pintarse, y sin embargo se las obliga a estar el día entero encerradas entre cuatro muros, tejiendo mañanitas, haciendo jaleas, fregando los suelos y rezando un padrenuestro a cada santo. Decidme vos, que sois mujer, si no os volveríais loca y empezaríais a tener delirios, chifladuras, arranques de furia y esas cosas. Por eso, ¿cómo no esperar que se retuerzan los cabellos y anden a gritos? ¿Cómo evitar que tengan calenturas o que se echen en brazos de los frailes y traten de besarlos? La hembra, señora mía, se ha hecho para tener varón al lado, y si no lo tiene empezará a desvariar, se le marchitarán las carnes y acabará como hoja seca.

Es por eso que vuestro Felipe no cree en exorcismos. De nada sirven las pócimas milagrosas, el agua bendita o todo ese rosario de fórmulas que recitan los echacuervos. Si algo precisan aquellas monjitas, en realidad, es tener alguna alegría de vez en cuando. Y si no fijaos en las mozas de burdel: que yo sepa jamás ha habido ninguna poseída entre ellas, y no por ser unas santas, que bien lejos están de la virtud, sino porque el tener varón al lado las pone de mejor talante y evita que se anden con tantas fantasías.

Y ahora me despido de vos, que ya han dado las once y me ha venido algo de sueño. Prometo escribiros en cuanto pueda, y mientras tanto no olvidéis a vuestro Felipe, que siempre os recuerda con cariño y no pierde las esperanzas de recibir carta vuestra alguna vez.

CAPÍTULO 27



Mi estimada señora:

¡Cómo sois vosotras las mujeres, que ya de niñas os mostráis recatadas y desconfiadas a más no poder! ¿Recordáis por ventura a la niña rubia de la que os he hablado no hace mucho? Pues bien, aunque os parezca mentira, toda esta semana he vuelto a ir a su calabozo una y otra vez a llevarle la comida, y será que la pobrecita es muda o que yo andaré con sordera, pero lo cierto es que en todo este tiempo no me ha hecho caso ni me ha dicho palabra alguna.

Cada vez que entro a su celda, todo lo que hace al verme es acurrucarse encima del camastro, envolverse entre las mantas y mirarme de reajo hasta que me marchó. Yo comprendo que aún debe de estar algo asustada y recelosa, pero creedme que vuestro Felipe ha hecho hasta lo imposible por ganar su confianza. Mientras le sirvo su comida procuro hablarle con suavidad y mostrarme generoso, aunque ni siquiera de ese modo he conseguido hacer migas con ella. Por cierto, de vez en cuando me escurro hasta la cocina y robo algunos dulces y confituras para llevárselos. No creáis que es tarea sencilla, pues la Zunilda es harto celosa de cuanto tiene en la despensa y vuestro Felipe debe apelar a toda su picardía para hurtarle algún bocadillo. Pero en verdad he hallado la manera de hacerlo: suelo entrar de puntillas para que no me escuche y sacarle de a pedacitos, nunca una pieza entera, pues de ese modo piensa que son ratones y no me echa la culpa de lo que falta. Después me voy hasta la celda de la niña y se los dejo en la mesilla junto a su comida. ¡Y si vierais lo mucho que le apetecen! La muy pilluela espera a que yo deje el calabozo y luego se los come todos

sin dejar una pizca. Pero lo que es hablarme, pues ni que hubiera hecho voto de silencio.

Y a propósito de todo esto, hoy por la tarde he estado un rato con fray Hernando y me he enterado de algunas cosas acerca de la niña. Me ha dicho que su nombre es Margarita y que, tal como ya os he contado antes, está encerrada aquí por andar metida en cuestiones de adivinación y brujería. Os preguntaréis qué de cierto podrá haber en todo ello, siendo que una niña tan pequeña es incapaz de meterse en tales cosas, y mucho menos con algún grado de malicia. Pero al parecer los vecinos que hicieron la denuncia dijeron que ella y su abuela practicaban las artes de la hechicería en su propia casa, que vendían pócimas para envenenar a las gentes, y que algunas noches la anciana mandaba a la niña al cementerio del pueblo en busca de cabellos y otros menesteres para cocinar sus brebajes.

Yo me quedé aturdido al oír semejantes cosas.

—Pero, vuesa merced —pregunté—, ¿todo eso es cierto o serán cuentos que inventa el populacho?

Fray Hernando se acarició la cabeza y dijo:

—Estamos aquí para averiguarlo, Felipe. A decir verdad, no me extrañaría que la mitad de la historia fueran sólo rumores. Como tú dices, a veces la chusma gusta de exagerar un poco esta clase de cosas. Pero de todos modos tenemos que investigar el asunto y saber si la niña y su abuela andaban en algo indebido.

¡Válgame Dios, señora mía! Yo me quedé tieso como un madero al oír aquello. Será que vuestro Felipe es muy mentecato, pero ¿cuánto de malo podría haber hecho una criatura tan pequeña y adorable como esta Margarita? A mí se me hace que la maldad viene con los años, que es cosa de gentes maduras como quien dice, y que si un niño por ventura anda metido en algún entuerto, pues no lo hará por malo sino por travieso. Cuando mencioné esto a fray Hernando me respondió:

—Pues en verdad hablas con razón, Felipillo. Es cierto que los niños tienen el alma pura y libre de todo pecado, aunque algunos teólogos piensen lo contrario. Sin embargo, a causa de su misma inocencia, muchos a veces se extravían al querer imitar a sus mayores. En tal caso, lo mejor es atajarlos de entrada.

—Pero esta niña, vuesa merced, a mí no me parece que tenga el alma extraviada.

—Yo nunca he dicho que la tuviera, Felipe. Sólo digo que las malas influencias pueden destruir la pureza de un niño y llevarlo por mal camino. La pequeña Margarita ha tenido la desgracia de vivir entre gentes ruines y alejadas de Dios. Por eso nosotros, ministros del Señor, tenemos la obligación de indagar hasta donde sea posible y rescatarla del mal si es que ha caído en él.

Después me contó que Margarita se había criado huérfana de padre y madre desde muy pequeña. A decir verdad, de su padre nadie sabía si estaba vivo o muerto, pues luego de preñar a la madre se había mudado del pueblo y jamás se habían vuelto a tener noticias de él. En cuanto a la pobre madre, había muerto de sobreparto al segundo día de tener a la niña. Desde entonces Margarita vivía con su abuela en un

vecindario de mal nombre y peor calaña. Para colmo de males, la abuela ya estaba demasiado vieja y según los dichos de los vecinos tenía el seso muy estropeado por los años. Lo de sus brujerías era sabido por todo el mundo, pues aunque la anciana anduviera floja del entendimiento, era fama que sus polvillos y bebedizos no tenían igual en la región. En lo que hace a Margarita, según los mismos vecinos, era una niña como cualquier otra, pero la fortuna la había puesto bajo la mano de aquella vieja desquiciada que la estaba llevando por mal camino. Según parece le daba encargos menores tales como hacerse de algún sapo, cuidar del hornillo mientras preparaba alguna pócima, llegarse hasta la casa de algún fulano a entregarle un filtro amoroso, y también aquello de ir a los cementerios, aunque vaya a saber si esto último será cierto.

La cuestión es que algún vecino descontento había chismorreado los asuntos de la vieja al Santo Oficio, y como a veces pagan justos por pecadores, la niña también había caído en la redada. A mí me pareció que aquello era injusto, así que miré a fray Hernando y le dije:

—Pero, vuesa merced, ¿la pobrecilla tiene que estar encerrada en un calabozo?

—Por ahora no hay otro remedio, Felipe —me contestó el fraile—. Pero tú no debes preocuparte, yo estoy seguro de que las cosas no pasarán a mayores con esa niña. Tal vez la abuela se lleve algún castigo, pero Margarita pronto quedará libre y volverá a su casa. Lo que necesita la niña es hallar alguien que la guíe y le enseñe el buen camino de Dios. Como toda muchacha joven es un espíritu débil y no sabe orientarse por sí sola. Por eso precisa de alguien a su lado, de algún maestro que la trate como se debe en estos casos. Ya sabes, así como se fajan las piernas del niño para que crezcan derechas, también hay que fajarle el seso para que no se le desvíen las ideas.

—¿Y vuesa merced no podría encargarse de ella?

Fray Hernando dejó escapar un suspiro.

—Por desgracia no me es posible, Felipe —dijo—. Yo podría aconsejarla como se debe y procuraría enderezar su alma, con mano de hierro si fuera necesario. Pero ya sabes que mis tareas como inquisidor me lo impiden. Aquí hay demasiado trabajo y no me es posible ocuparme de otras cosas.

Yo me lamenté de ello, pues de seguro fray Hernando habría sido un buen tutor para la niña y sabría cómo llevarla. Quizás os parezca algo duro eso de andarse con mano de hierro, pero a fe mía que toda criatura necesita de alguna zorra de cuando en cuando. No digo yo que le hagáis temblar la nuca de un mamporro, o que le hundáis el trasero de un puntapié, o que le deis de palmetazos en el lomo como si fuera bestia de tiro, pero, como solía decir mi madre, un buen tirón de orejas a tiempo ayuda a que los niños no se vuelvan insolentes y respondones.

—¿Y por ahora, vuesa merced? —pregunté—. ¿Qué le irá a ocurrir a la niña?

—Pues lo de siempre, supongo —respondió fray Hernando—. Estará aquí algunos días más, los jueces le harán unas pocas preguntas y después dictarán una

sentencia. Lo más probable es que acaben por enviarla a un convento o a una casa de ejercicios.

Luego me explicó que en esos sitios de seguro Margarita hallaría una vida llena de afecto y rectitud, cual si estuviera entre una gran familia. Si acaso su alma ya no estaba perdida para siempre, no tardaría en recobrar la buena senda y tal vez hasta podría convertirse en una fiel esclava del Señor.

—Quédate tranquilo, Felipillo —agregó fray Hernando—. Las hermanas de la caridad son buena gente y saben cómo tratar a las niñas huérfanas como Margarita.

A la verdad, señora mía, vuestro Felipe escuchó aquello y se quedó de todo menos tranquilo. ¿Queréis saber por qué? Pues muy sencillo: desde siempre he oído cosas funestas y desagradables acerca de los conventos para niñas. Hay quien dice que allí las tratan como a perros, que las apalean a cada rato y que hasta les meten purgantes en la sopa cuando se portan mal. También he oído que algunas de las monjas parecen sargentos de caballería, lo cual, dicho sea de paso, os diré que no me extraña gran cosa, pues cuando una mujer ha vivido tanto tiempo encerrada y sin varón, se le termina por secar el ánimo y se vuelve mala como una hiena. También dicen que algunas monjitas se toman la cosa al revés, y de tanto estar enclaustradas se vuelven tan patialegres como una moza de burdel. Yo recuerdo a una tal sor Agustina a la que una vez pescaron mezclada con un cura a través de los barrotes de una ventana, y a partir de entonces mandaron fijar púas de hierro en todas las ventanas del convento. Pero sin duda lo peor de estos lugares es el encierro en que tienen a las reclusas. Y si no, imaginaos a una niña como Margarita, enclaustrada todo el santo día entre esos muros y no haciendo más que recitar salmos y tejer mañanitas. Con razón dicen que muchas le toman tanta ojeriza a los conventos que aprovechan el menor descuido para escabullirse.

Pero en fin, vuestro Felipe no es quién para andar metiéndose en esas cosas, que ya bastante tiene con lo suyo. Sin embargo, y en mi opinión, lo peor del caso es que la niña deba enfrentarse a un tribunal del Santo Oficio. Yo creo que eso no le haría ningún bien a la pobrecilla. Imaginadla sentada frente a un grupo de jueces: de seguro no pararía de temblar ni un minuto y se pondría a llorar a lágrima viva. Cuando pregunté a fray Hernando si él mismo formaría parte del tribunal, me respondió que sí, lo cual debo confesaros que me dejó algo más tranquilo. Pero luego tuve un pensamiento funesto.

—¿Y el padre Fermín? —Dije con algo de temor—. ¿También él será parte del tribunal?

—Pues me temo que sí —volvió a responder fray Hernando.

Luego se quedó en silencio por un instante y después agregó:

—A propósito de él..., finalmente lo he denunciado ante el Santo Oficio...

—¡Bravo, vuesa merced! —Dije saltando de alegría—. ¡Ahora sí que tendrá su merecido!

—Calma, Felipe, calma —dijo fray Hernando—. Todavía no sabemos en qué

pueda acabar todo esto. Yo solamente he cumplido con mi deber. Ahora espero que Dios y el Santo Oficio hagan el resto...

Luego cambiamos algunas palabras sin importancia y por fin cada uno regresó a lo suyo. Y eso fue todo lo que ocurrió. Vuestro Felipe quedó algo triste por la suerte que correría la niña Margarita, aunque se alegró de que fray Hernando por fin decidiera acusar al padre Fermín ante el Santo Oficio. Así es la vida, señora mía, toda hecha de tristezas y alegrías que se suceden una detrás de la otra. Pero mejor cierro la boca y termino esta carta de una vez, que cuando vuestro Felipe se pone a hablar demasiado lo más seguro es que le salgan tonterías y disparates. Recibid mis saludos una vez más y tened buenas noches.

CAPÍTULO 28



Mi muy dignísima señora:

Os escribo esta carta rendido de cansancio y casi con un pie en el camastro. Ya es muy tarde y éste ha sido un día de mucho trabajo para vuestro Felipe, puesto que, según ya os he dicho en alguna otra ocasión, en un par de días más el Santo Oficio llevará a cabo un auto de fe en la plaza de la ciudad, y todo debe estar listo y en condiciones para entonces. Imagino que ya os habréis enterado, ¿no es verdad? Debo suponer que sí, pues desde hace una semana anda por las calles una cuadrilla de pregoneros avisando del asunto, y además han pegado un sinfín de cartelones sobre todos los muros y edificios de la ciudad.

Tal parece que la cosa va a ser muy grande esta vez. Según he oído de boca de algunos frailes, se espera que vaya todo el pueblo a presenciarlo, pues ya sabéis que el Santo Oficio quiere que las gentes, y sobre todo los niños, vean con sus propios ojos el escarmiento que se da a los herejes, y que luego aprendan lo malo de andar desviándose o rechazando las cosas que manda la Iglesia.

¿Iréis vos también a presenciarlo? Os confieso que vuestro Felipe sería el hombre más feliz del mundo si pudiera veros allí, aunque sólo fuera de lejos, pues seguramente estaréis en uno de esos palcos que ocupan las autoridades y las gentes de buena posición, quizá rodeada de príncipes, de marqueses, de obispos y de todos esos linajudos que nunca pierden ocasión de mostrar el copete. De cualquier modo, me sentiría yo más que afortunado si pudiera contemplaros otra vez, y no creáis que vuestro Felipe se irá a comportar como un patán yendo a treparse a las gradas del

palco, o acaso tratando de saludaros desde abajo. ¡Líbreme Dios de haceros pasar semejante papelón! Os juro que me quedaré quietecito y sin abrir la boca. Pero al menos podré ver vuestro hermoso rostro, observar una vez más vuestros cabellos, recrearme con vuestra figura de princesa, y creedme que eso será más que suficiente para alegrar mi espíritu.

Y ahora decidme: ¿habéis presenciado un auto de fe alguna vez? Debo pensar que ya lo habéis hecho, pues a decir verdad, en los últimos años ha habido de sobra en estos reinos. No obstante, si por ventura jamás habéis estado en uno de ellos, permitidme daros un par de pequeños y humildes consejos que acaso os serán de mucha ayuda.

En primer lugar, no bien lleguéis al sitio procuraos un asiento cómodo y con buena vista, pues a veces la multitud lleva pancartas y banderolas y eso impide ver el espectáculo como se debe. Pero en segundo lugar, y lo que es más importante aún, empeñaos en que vuestro asiento se halle lo más cercano posible a la escalerilla del palco. ¿Preguntaréis por qué vuestro Felipe os aconseja tal precaución? Pues muy sencillo, mi buena señora, sucede que habrá quema de herejes en la plaza, y os puedo asegurar que el cuero chamuscado huele tan mal como orín de mofeta. Yo mismo he visto descomponerse a más de una dama a causa de los malos olores. Algunas se desmayan en su mismo asiento y debe un caballero sacarlas en brazos y llevarlas con algún doctor para que las reanime. A otras les suceden cosas aun peores, en especial si han comido alguna vianda en las últimas horas, y deben salir envueltas en una mantilla para evitar la vergüenza pública. Por eso os recomiendo un sitio vecino a la escalerilla, pues de ese modo, si estáis en problemas o tenéis algún apuro, Dios no lo permita, podréis dejar el palco sin hacer mucho alboroto ni llamar la atención de nadie. Y si por acaso no lograsteis haceros de un lugar así, entonces hacedme caso y llevaos algún frasco de perfume o algún pequeño lienzo bañado en agua de rosas, que de seguro os ayudará a disimular las muchas pestilencias del aire.

Y ahora, volviendo a vuestro Felipe, os contaba hace un momento que hubo mucho que hacer en el día de hoy, pues el Santo Oficio suele ser muy celoso y cuidar hasta el último detalle cuando se trata de ceremonias públicas.

Ya desde bien temprano comenzaron las faenas en el edificio. Yo me levanté con la salida del sol, después me puse algunas ropas de trabajo y así nomás salí a hacer mis faenas. Por cierto, antes me detuve un rato en la cocina a tomar algún bocado, pues no se puede trabajar con la tripa vacía, y una vez saciado el estómago marché hacia los depósitos del edificio en busca de algunas cuantas banderolas, festones, guirnaldas y otras tantas chucherías con que se suelen adornar los palcos en estos casos. Por desgracia hubo que remendar algunas cosas, pues estaban guardadas allí desde hacía tiempo y la mayoría de ellas tenían tan grandes agujeros de polilla que en algunos hasta podía meter el puño entero. Por suerte la Zunilda se ocupó del asunto y dejó todo como nuevo, que también se da maña para estas cosas.

Más tarde, entre las nueve y las diez de la mañana, llegaron algunos padres

confesores y anduvieron de celda en celda oyendo la confesión de los prisioneros. ¡Ay, señora mía, cuán ingrato es aquel oficio algunas veces! Uno se hace a la idea de que los confesores son frailes rechonchos que van al confesionario de cuando en cuando, se echan tras la rejilla a oír pecados entre bostezo y bostezo, luego mandan a recitar no sé cuántos padrenuestros y con ello se ganan el sueldo. Pero aquello sólo ocurre en iglesias y parroquias. A decir verdad, aquí la cosa es bien diferente. La mayoría de los reos que irán al auto de fe, y en especial aquellos que están condenados al fuego, en vez de confesarse rompen a llorar y cogen tantos berrinches que alertan a la manzana entera. Hoy mismo por la mañana, tal era el escándalo aquí dentro que todo el edificio parecía un enorme gallinero. Os puedo jurar que no había lugar desde el que no se oyesen lamentos y lloriqueos.

Poco después, fray Hernando recorrió los calabozos uno por uno y habló personalmente con los reos. Ya sabéis que muchos de los condenados a muerte son herejes que se niegan a abrazar la fe cristiana, pero sucede que a veces, cuando ven que el fuego les anda cerca, algunos de ellos se atemorizan tanto que al fin mudan de opinión. En ese caso, el Santo Oficio les aligera la condena según las circunstancias. Por eso fray Hernando los visitó a todos, les habló concienzudamente y los incitó a abjurar de sus pecados. Pero salvo dos de ellos, ninguno quiso dar el brazo a torcer.

Hacia la hora del mediodía vuestro Felipe se encargó de llevar su ración de comida a cada uno de los prisioneros. También allí se ven rostros de espanto que le erizan a uno los cabellos, aunque la mayoría están como perdidos en otro mundo y apenas prestan atención a la comida. Hay otros que se toman el asunto con mucha calma y devoran todo como si fuera un convite de fiesta. Alguno hay que no prueba bocado, pero en cambio traga tanta agua como para apagar un incendio. Y están aquellos de tripa floja que de sólo ver la comida se les revuelve el estómago y echan todo fuera. No imagináis cuántas celdas hubo que andar limpiando a cubo y estropajo, y os puedo asegurar que ésa es la peor faena que un hombre pueda tener en este mundo.

Pero ahí no terminó la cosa ni mucho menos. Todo el santo día siguió a trancas y barrancas y yo metido hasta el cuello entre tanto preparativo. A media tarde hubo que ir hasta el cementerio a desenterrar algunos cuerpos, pues ya sabéis que cuando se muere un reo de herejía, el proceso en su contra sigue adelante como cualquier otro, y si por ventura el pobre fiambre es hallado culpable, entonces el Santo Oficio ordena echar fuera el cadáver para quemarlo como Dios manda. Si queréis saber mi opinión, os confieso que a mí tal costumbre no me acaba de entrar en el seso, pues yo estaré errado hasta la médula, pero para mí cuando alguien se muere bien muerto que está, y dígame lo que se diga pero no tiene caso andar revolviendo su tumba para matarlo de nuevo. Pero, ya os he repetido hasta el cansancio que el Santo Oficio tiene sus maneras de hacer y Felipe no es quién para andar discutiendo.

El caso es que hubo que desenterrar a unos cuantos cadáveres, siete en total, y como el sepulturero andaba con catarro desde hacía una semana, el padre Fermín no

tuvo mejor idea que endilgarme el trabajo a mí. ¡Ay, señora mía, y todo por unos cuantos maravedíes que no alcanzan ni para llenar una bota de vino! Pero en fin, que no puede uno andarse con protestas en este oficio, así que cogí la pala y a cavar.

No imagináis cuán desagradable es esa tarea. Se ve uno como las hienas, que hacen su agosto desenterrando cadáveres para luego roerles el hueso y comer la carroña. Para colmo de males, algunos de los fulanos llevaban tantos años de muertos y estaban tan podridos que sus huesos se me hacían polvo entre los dedos.

A propósito, mientras cavaba me vino a la memoria el caso de un tal Zenobio, natural de Alcalá de Henares, que tuvo la desdicha de estirar la pata en medio de un juicio. Dos años después de aquello el Santo Oficio lo halló culpable de herejía, de modo que un juez mandó a desenterrar los huesos y echarlos a la hoguera. Sin embargo, los parientes del tal Zenobio apelaron al juez, movieron cielo y tierra y consiguieron enterrar de nuevo los huesos. Más tarde el Santo Oficio halló nuevas pruebas del caso y ordenó volver a desenterrar el cadáver. Pero una vez más la parentela del muerto cuestionó el asunto, llegó hasta el Inquisidor General y logró hacerse con la osamenta. Ya sé que os parecerá cuento de viejas, pero lo cierto es que algún tiempo después aparecieron otras pruebas y vuelta a sacar el cadáver. No me preguntéis en qué acabó todo aquello, pues tengo entendido que la cosa aún no ha terminado, y por ahí andan los huesos del pobre Zenobio, de aquí para allá sin que nadie ponga remedio al asunto.

Pero dejadme seguir adelante con lo mío. Al regresar del cementerio me hice de una navaja, una brocha, un trozo de jabón y un poco de agua caliente. Como si nada tuviera que hacer, vuestro Felipe también debe encargarse de afeitarse a los reos, asearles el rostro y dejarlos bien peripuestos pues, vaya uno a saber por qué endemoniada razón, el Santo Oficio quiere que estén presentables a la hora de ser achicharrados. Me llevó casi dos horas enteras el barbear a cada uno de ellos, pues, por si no lo sabíais, también hay que rasurarles la cabeza hasta dejarlos sin un solo cabello.

Dejé para el último de todos al judío Martín. En verdad no quería tener que andarme con prisas, y de ser posible detenerme a charlar un rato con él para darle ánimos y contarle algunas cosas. Entonces, cuando ya había acabado con el resto, cogí mis cosas y me dirigí hacia su calabozo. Os confieso que esperaba hallarlo un tanto desmejorado, pues como ya os he dicho ha estado bastante enfermo en las últimas semanas y no ha tenido mejoría. Pero lo cierto es que cuando entré a su celda casi me voy al suelo del susto. Martín estaba echado boca arriba sobre su catre y tenía los ojos abiertos como una lechuza. Os juro que por un momento se me heló la sangre al verlo de ese modo. «¡Zas —me dije—, éste ya no cuenta más el cuento!». Pero enseguida vi que alzaba la cabeza y me miraba a los ojos, y os puedo asegurar que justo entonces me volvió el alma al cuerpo. De todos modos, se veía que el pobre estaba ya con un pie del otro lado. A una legua se notaba el poco resto de vida que parecía quedarle. Estaba más flaco que un palillo de dientes, ojeroso, y con la carne

tan apretada al hueso que parecía esqueleto. Yo fingí no hacer caso de ello y traté de hablarle como si nada.

—Vengo a afeitarte —le dije en voz baja.

Martín sonrió apenas y trató de erguirse en el catre. Yo dejé la navaja y el cuenco de agua sobre una mesilla y le di una mano para que se acomodara mejor.

—Pareces algo cansado —me dijo mientras lo alzaba de los sobacos.

Os juro que en ese momento no atiné a responder nada. Qué caprichoso este judío, ¿no creéis? Cierto es que yo andaba bastante fatigado y no debía de tener buena cara, pero me hizo algo de gracia que lo dijera él mismo, que a esas alturas ya estaba hecho una ruina y se veía peor que un muerto. Por salir del paso le dije:

—Es que ha habido mucho que hacer el día de hoy... Martín no dijo nada y levantó su rostro para que lo afeitara. Yo hundí la brocha en el agua, hice algo de espuma y luego empecé a enjabonarle el rostro. El judío sintió el roce del agua tibia en las mejillas y cerró los ojos encantado, regodeándose como un gato al que le estuvieran haciendo cosquillas en el lomo. Habéis de saber, mi señora, que no sólo vosotras gustáis de mimos y caricias. A un hombre también le agradan los arrumacos, y a falta de una dama que se los brinde, bueno es al menos dejarse acariciar por una brocha suave y mojada en agua tibia. Martín estaba como arrobado al sentir el jabón en su rostro, y no era para menos, que ya el pobre llevaba no sé cuánto tiempo olvidado de esas cosas.

Luego, poco a poco empecé a rasurarle las barbas con gran cuidado y sin decir palabra. No quería distraerlo de esa pequeña felicidad, acaso la última que le restaba en este mundo. Pensad que un día más y ya el pobre sería un montón de cenizas. Pero a decir verdad, en medio de todo aquello había algo que me daba vueltas en la cabeza y no me dejaba tranquilo un minuto. Hubo un momento en que ya no pude aguantarme, así que aparté la navaja, quité un resto de jabón de sus mejillas y exclamé:

—Oye, a mí no me parece que tú estés demasiado cuerdo.

—¿Qué quieres decir? —preguntó el judío.

—Pues, que no te entiendo, hombre.

Martín se sorprendió un poco del tono de mi voz y abrió los ojos para mirarme.

—¿Qué es lo que no entiendes? —preguntó arrugando el ceño.

—¡A ti, por todos los cielos, y a esa tozudez de burro que tienes! ¡Déjate de tonterías y hazte cristiano de una vez por todas! ¿O no te das cuenta de que no hay necesidad de jugarte el pellejo en todo este asunto? Mira, una vez alguien me dijo que en esta vida más vale holgarse y vivir como Dios manda antes que andar sufriendo en vano. Ya la Parca se ocupará de llamarte cuando sea el tiempo, que de eso nunca se olvida, pero mientras tanto consérvate vivito y coleando, pues no hay peor cosa que andarse uno mismo buscando estirar la pata antes de tiempo.

—Hablas con gracia —murmuró el judío con una ligera sonrisa entre los labios—. Pero no creas que es tan sencillo...

—¡Hombre, peor es que te cocinen en la hoguera!

En ese momento Martín se hizo el desentendido y mudó de conversación.

—Creo que tu navaja está algo desafilada —dijo con tono distraído—. ¿A cuántos reos has afeitado hoy?

Yo me encogí de hombros, algo desconcertado por la pregunta.

—Pues, en verdad, he perdido la cuenta —dije mientras procuraba afilar la hoja sobre una tira de cuero—. Pero ¿a qué viene esa pregunta? No trates de escabullirte de mí, que te acabo de decir algo. Me has oído, ¿verdad?

—Tienes razón —dijo el judío—. Te ruego que me disculpes. Pero es que en verdad no tiene caso hablar de todo ese asunto.

—Para mí sí lo tiene —dije endureciendo un poco la voz—. Y no trates de escaparte otra vez. ¿Quieres saber una cosa? La verdad es que muchas veces no comprendo lo que dices, o se me hace que debes estar algo chalado, no lo sé. Recuerdo que cuando llegaste aquí los padres me advirtieron que no me acercara mucho a tu celda, pues decían que tenías al diablo metido en el cuerpo y que eso te daba no sé qué poderes extraños. Te diré algo: yo no creo mucho en demonios, pero que tú llevas oculto algo bajo la manga, eso no me lo quitarás nunca de la cabeza.

Martín rió con ganas.

—¡El diablo en el cuerpo! —exclamó—. ¿Te dijeron que yo tenía al mismísimo diablo metido en el cuerpo? Pues dile a esos frailes que si yo tuviera al diablo conmigo no estaría aquí, encerrado como una rata y con un pie en el fuego.

Yo no pude más que reírme de aquel asunto, y creo que por un momento el judío llegó a olvidarse del mal trago que le esperaba al día siguiente. Pero aquello duró lo que un suspiro.

—Oye, Martín —le dije tratando de convencerlo—, ¿por qué no te quitas de una vez esas ideas de la cabeza y vives como todo el mundo? Tú eres un hombre joven y tienes mucho seso para andar perdiéndolo entre un montón de carbones. Si quieres puedo llamar a fray Hernando ahora mismo y decirle que estás dispuesto a arrepentirte. Estoy seguro de que él vendría con mucho gusto. ¡Vamos, hazlo de una vez, que tantas letras tiene un no como un sí, y que nadie se ha muerto jamás por mudar de opinión, y que si te avienes a dar al traste con eso de la judería, de seguro salvarás el pellejo y al diablo con todo este asunto!

Pero tal como era de esperar, Martín no estuvo de acuerdo con aquello y negó con la cabeza.

—Eres un buen amigo, Felipe —dijo palmeándome el brazo—. Créeme que te hablo con el corazón. Pero no es de ese modo como ocurren las cosas. La fe es algo muy íntimo y sagrado. Yo he nacido por la gracia de Jehová, a él le he entregado mi vida y mi espíritu, y esa clase de cosas no se cambian así como así. Es lo mismo que si tú quisieras mudar tu cabeza por otra. Además, hazte la cuenta de que yo lo hiciera de todos modos, que un día me levantara con el ánimo torcido y rechazara la ley de Moisés para dejarme bautizar en la fe de Cristo. ¿Qué ocurriría entonces? El Santo

Oficio me libraría del fuego, por supuesto, pero aún me mantendría en la cárcel por el hecho de haber judaizado. ¿Cuánto tiempo? ¿Cinco años? ¿Ocho? ¿Diez? Y cuando al fin quedase libre, ¿qué sería de mí? Tú sabes que quienes han sido reos de la Inquisición viven peor que animales, son como cadáveres a quienes todo el mundo desprecia y hace a un lado. Quien ha sido hereje tiene el alma sucia y corrompida a los ojos de la Iglesia. Además, nadie le presta ayuda, se le quitan sus bienes, se deshonra a su familia, se le prohíbe trabajar en oficios públicos... Y en cuanto a mí, tan sólo mírame: no soy tan joven como dices, y para colmo estoy demasiado enfermo. Creo que estos meses en prisión me han convertido en un estropajo...

¡Caramba, mi señora! Os debo confesar que aquello me dejó sin habla. Por desgracia era verdad lo que decía el judío acerca de los herejes. ¿Por qué negarlo si todo el mundo lo sabe? Quien ha sido reo de la Inquisición acaba sus días peor que un gusano. Y creedme que no hay modo de evitarlo, que ya bastante suerte tendrá si tal deshonra no alcanza a sus hijos, nietos, bisnietos y demás parentela, pues nadie se libra cuando ha habido un hereje en la familia. Por eso preferí no abrir la boca y seguir con lo mío, que ya demasiados problemas me da el andar siempre con la lengua suelta.

Pero a decir verdad, algo me había quedado revoloteando en la mollera. Entre tanto y tanto palabrerío, Martín me había llamado su *amigo*. ¿Lo habéis oído, no es verdad? Acaso os parezca algo tonto por mi parte, pero la verdad es que nunca antes me habían llamado de ese modo. Es cierto que vuestro Felipe es algo arisco al trato con las gentes: le cuesta hacer buenas migas con cualquiera y suele enfurruñarse un poco cada vez que alguien se le acerca demasiado. Pero también lo es que el oficio no ayuda mucho. La gente suele huir de los carceleros y verdugos como de la peste misma. Ya el viejo Ciro me lo decía a cada rato: «Olvídate de hacer amigos en este oficio. Te aseguro que todo el mundo nos ve como a leprosos». Recuerdo que él mismo, cuando iba de compras a la feria, debía hacerse de alguna varilla de madera o de algún trozo de caña para señalar las mercancías, pues ningún tendero le dejaba siquiera pellizcar una nuez con las manos. Tampoco nadie lo tocaba a él, ni le palmeaba el hombro, ni mucho menos le estrechaban la mano, pues por ahí andaban algunas habladurías que decían que rozar a un carcelero traía mala suerte de por vida. Y no creáis que las cosas han cambiado mucho hoy en día. Yo mismo, cuando voy al mercado, noto que algunas gentes me miran por el rabillo del ojo y hasta llegan a santiguarse como si fuera el diablo en persona. Por eso jamás he hecho amistad con nadie en la ciudad. Pero ya veis las vueltas de la vida: uno nunca sabe por dónde irá a saltar la liebre. Tenía que ser este judío el que me llamara su amigo, y creedme que aquello me sonó tan extraño y desusado que hasta me puse rojo de vergüenza.

En ésas pensaba cuando de pronto el judío murmuró:

—¿Qué cosas tiene el destino, ¿verdad?

—¿De qué hablas? —le pregunté.

—¡Pues de ti y de mí, hombre! Tú eres un carcelero del Santo Oficio y yo soy un

reo de herejía, ¿no es así?

—¿Y qué con eso?

—Pues que parece una gran broma —dijo Martín—. Se supone que deberíamos andar como perro y gato, y sin embargo tú me tratas bien y hasta procuras salvarme el pellejo. Se me hace que es a ti a quien le falta un tornillo.

—¡Oye, que no todos los carceleros son mala gente!

Martín volvió a reír y luego se quedó en silencio. Yo seguí haciendo mi trabajo como si nada hasta que acabé de rasurarle las barbas y luego dije:

—Ahora debo afeitarte las cejas.

—¿Las cejas? ¿Y eso por qué?

—Pues no me lo preguntes a mí. Es la costumbre en estos casos. Y ahora quédate quietecito si no quieres que te haga alguna tajadura en la frente.

El judío se encogió de hombros y permitió que le enjabonara y rasurara las cejas. Luego le corté los cabellos hasta dejarlo sin un pelo y con eso terminé el trabajo. En buen momento, pues ya me dolían las manos del cansancio.

—Lávate un poco y quítate los restos de jabón —le dije al terminar—. Y luego recuéstate, que parece necesitarlo bastante.

Martín se pasó las manos por la calva, después se echó un poco de agua en el rostro y en la cabeza y por fin se recostó una vez más sobre el catre. Me figuré que debía de estar muy cansado, pues al apoyar la cabeza sobre la almohada soltó tal suspiro que más parecía exhalación de muerto. Yo lo arropé bien, cogí mis cosas y dejé la celda para que durmiera a sus anchas. Antes de cruzar la puerta lo miré y le dije en voz baja:

—Hasta mañana... Y gracias.

—¿Gracias por qué? —preguntó el judío medio dormido.

—Por haberme llamado tu amigo...

CAPÍTULO 29



Mi estimada y atenta señora:

Ahora es casi medianoche y estoy aquí, encerrado en mi cuarto y haciendo un enorme esfuerzo por mantenerme despierto. No he querido echarme a dormir sin contaros algunas cosas que han sucedido, aunque tal vez me traicione el sueño en algún momento y deba dejar esta carta a la mitad. Además, estoy bastante apenado por algo que ha ocurrido hace un momento, pero de ello, si es que Dios me da fuerzas para terminar esta carta, os hablaré algunas líneas más adelante.

Por ahora dejadme hablaros de una pequeña tontería que ocurrió hace unas pocas horas, aunque vuestro Felipe se llevó un buen susto a causa de ello.

Sucede que había ido yo a la cocina a comer mi cena como siempre, cuando de pronto vi que algo extraño le sucedía a la Zunilda. Estaba inquieta y parecía que alguna cosa rara le anduviera picando. Mientras servía la comida bufaba como un toro salvaje y a cada rato me espiaba con algo de malicia. Yo pensé que debía de andar con sus cosas, ya sabéis, algún entripado que la tendría a mal traer, o quizás ese asunto que les viene a las mujeres una vez al mes y las pone más irritables que un chivo. La cuestión es que hubo un momento en que no aguanté más la curiosidad y quise salirme de dudas.

—Oye, mujer, ¿qué diablos te sucede que andas de ese modo? —le pregunté.

La Zunilda se secó las manos en el delantal, me miró a los ojos y dijo:

—Hombre, no lo sé, pero juraría por la Virgen Santísima que aquí está ocurriendo algo raro...

—¿A qué te refieres con algo raro?

—La alacena, Felipe, que hace ya tiempo que me andan faltando algunos dulces y rosquillas de allí.

¡Por todos los cielos, pensé yo, de modo que la muy ladina ya había descubierto el asunto! ¿Lo recordáis, no es así, mi señora? Hablo de esos dulces y pastelillos que suelo robar de la cocina para llevárselos a la niña Margarita. Ya pensaba yo que había logrado burlar a la Zunilda con ese asuntillo, pero al parecer me equivocaba de pies a cabeza.

Pues bien, como imaginaréis, me hice el desentendido y puse cara de tonto, que en eso no me faltan destrezas, pero a la vez sentí tal vergüenza que los mofletes se me pusieron rojos como pimientos. «Te han pillado, Felipillo —me dije para mis adentros—, a ver cómo diablos sales de ésta». Y ya estaba pensando en qué mentirilla decirle, o en cómo librarme del escarmiento, cuando la Zunilda se volvió de espaldas, cogió un fuentón de arroz con tocino y mientras venía hacia la mesa dijo:

—Quiero que consigas unas maderas y unos clavos.

—¿Y eso para qué, mujer? —le pregunté con algo de temor.

—¡Pues por los ratones, hombre! ¿O tú qué crees? No pueden ser más que ratones los que andan robando los dulces. Tráete madera y clavos para tapar los agujeros de la alacena. ¡Y date prisa, que hay tanto bicherío aquí abajo que un día nos comerán hasta las sillas!

¡Uf, señora mía! No imagináis el alivio que sintió vuestro Felipe. Al oír aquello respiré de nuevo y me volvieron los colores al rostro. Gracias a Dios la artimaña de los ratones había funcionado de maravilla y estaba a cubierto. Pero a decir verdad, aquello me dejó algo inquieto y pensando que de ahora en adelante me tendré que andar con más cuidado en esto de coger pastelillos.

Y ahora sí, dejadme hablaros de otros asuntos más importantes. Debo deciros que el arroz con tocino de la Zunilda estaba delicioso y para lamerse los dedos, pero lo cierto es que vuestro Felipe casi no tuvo hambre esta noche y apenas alcanzó a probar bocado. Por más que trataba de hacerlo, no podía quitarme de la cabeza al judío Martín y lo que le esperaba al día siguiente. Ya sé lo que diréis: que os tengo hasta la coronilla con toda esta cuestión, pero la verdad es que ni yo mismo logro hacerla a un lado. Es muy curioso, ¿no creéis? A mi edad he visto tantas desgracias como nadie, más condenados al fuego que los que el diablo mismo ha visto en los infiernos, y sin embargo este judío me ha hecho tanta mella que se me quiebra el ánima cuando pienso en él. Si hasta me he figurado que es como un hermano para mí. Ya habéis visto con qué paciencia me ha enseñado sus versos, y ni siquiera se enfadó conmigo en aquella ocasión en que tuve que darle tormento. A fe mía que es la primera vez que me siento dolido por la suerte de algún reo. Además, Martín me llamó su «amigo», y eso es algo que no se olvida con facilidad.

Pues bien, como os decía poco antes, no estaba con mucho apetito esta noche, así que dejé la comida por la mitad, fui a mi cuarto y sin quitarme la camisa ni los

pantalones me arrojé sobre el catre. Estaba rendido de cansancio, pero por más que trataba de hacerlo no conseguía pegar un ojo. Empecé a dar vueltas y más vueltas, me senté sobre la cama, apretujé las sábanas, llené la almohada de mordiscos y todo aquello que suelo hacer cuando no me viene el sueño, hasta que ya no pude más, di lumbre a unas velas y sin hacer ruido me fui hasta la celda del judío.

Ya eran cerca de las once, de modo que todo el mundo roncaba a pierna suelta y apenas se oía a algún que otro reo desvelado cuchicheando de sus cosas con el vecino de al lado. En el camino me detuve en la cocina, calenté al fuego un poco de leche y después robé algunas almendras que la Zunilda tiene guardadas detrás de unos frascos, aunque vuestro Felipe ya le había descubierto el escondite hacía tiempo. Más tarde seguí hasta el calabozo del judío y una vez allí lo espí a través del ventanuco. Vi que estaba echado sobre el catre, de modo que golpeé la puerta con mucha suavidad.

—¿Quién es? —preguntó el judío con la voz enronquecida por el sueño.

—Soy yo, hombre, Felipe. ¿A quién diablos esperabas? ¿Al papa de Roma?

Martín se revolvió entre las sábanas, luego se puso de pie con alguna dificultad y a duras penas se arrimó al ventanuco.

—¿Qué quieres a estas horas? —me preguntó.

—Aquí tienes un poco de leche caliente y algunas almendras —respondí mientras los pasaba a través del hueco—. Me figuro que te gustarán las almendras, ¿verdad?

—Pues, para serte sincero me caen algo pesadas. Pero no tengas cuidado, si a uno lo van a tostar al día siguiente, qué puede importar un empacho, ¿no crees?

Yo me encogí de hombros y pensé que no le faltaba razón, pero al mismo tiempo os confieso que me dio mucha curiosidad el verlo tan tranquilo. No estaba alarmado ni temblando de pies a cabeza, que es lo que le sucede a la mayoría en estos trances. Por el contrario, Martín parecía un Cristo de tan manso que estaba. Yo sentía gran interés por saber qué demonios le pasaría por las mientes en ese momento. Y si no, decidme: ¿qué sentiríais vos, mi señora, si por la mañana os fueran a echar al quemadero? Pero temía hablar del asunto, pues como dicen las gentes por allí, no se ha de mentar la soga en casa del ahorcado. Sin embargo, ya sabéis que vuestro Felipe es incapaz de cerrar el pico, de modo que junté fuerzas y me animé a preguntarle.

—Oye, ¿no tienes miedo por lo de mañana?

Martín se quedó algo pensativo junto al ventanuco. Bebía su leche despacio, sorbo a sorbo, y se tragaba las almendras una detrás de la otra casi sin masticarlas, no por muerto de hambre, sino por faltarle muelas con que hacerlo. Yo lo miraba a través del ventanuco, apenas alumbrado por el candil, y os juro que me daban escalofríos de verlo tan encorvado, maltrecho y raquítrico. Tenía los labios amoratados, la cara huesuda y unas manchas negras en el pescuezo.

—¿Que si tengo miedo? —preguntó—. ¿Y tú qué crees?

—Pues a fe mía que no lo sé, pero yo en tu lugar estaría temblando como perro mojado.

El judío quiso reírse, pero justo en ese momento se le atascó una almendra en el gañote y empezó a toser. Cuando por fin logró calmarse un poco dijo:

—Mira, mi buen Felipe, yo sé que te parecerá un poco extraño, pero en estos días le he ido perdiendo el miedo a todo este asunto. Al principio, cuando llegué a estos sótanos, estaba tan acobardado que me asustaba con sólo oír la voz de los inquisidores. Pero luego mi alma se fue acostumbrando a la negrura de estas paredes y ya no sentí más miedo. ¿Sabes? He tenido mucho tiempo para pensar en estos meses, tiempo de serenar mi espíritu como nunca antes, y entre otras cosas, casi sin quererlo, me han venido a la memoria unos versos que aprendí de niño y que me han sido más que provechosos en estos días. Son de un tal Juan de la Cruz, un fraile de los carmelitas que le dio por escribir poesía. ¿Te gustaría oírlos?

—Por cierto que sí, hombre.

—Pues bien, dicen así:

En una noche oscura
con ansias, en amores inflamada,
¡Oh dichosa ventura!,
salí sin ser notada,
estando ya mi casa sosegada.

—¿Y eso con qué se come? —pregunté.

El judío enarcó las cejas, aprovechó para beber otro sorbo de leche y dijo:

—El alma, mi buen amigo Felipe, estos versos hablan del alma. Fray Juan nos dice que el alma humana, que está presa de los apetitos e imperfecciones del cuerpo, que vive en medio de las ruindades y bajezas de este mundo, consigue en un momento dado desprenderse de ellas y abandonarlas. Emerge del cuerpo como alguien que sale de una estrecha cárcel, como quien pasa de la oscuridad de la noche a la claridad del día. Es un largo camino lleno de tormentas, por cierto. Existen infinitas aflicciones y angustias en medio, pero el amor a Dios y la voluntad son como dos antorchas que nos van guiando por el camino apropiado. Pueden pasar muchos años, pero al fin, cuando logramos atravesar ese muro, nuestra alma consigue librarse de los empachos del mundo, se une a Dios para siempre y ya no habrá sufrimientos que puedan afectarla. ¿Comprendes de lo que hablo?

Para decirnos la verdad, mi señora, no me alcanzaba el seso para tanto, que todo aquello más bien parecía cosa de doctores y licenciados. Pero me dio curiosidad eso de librar al ánima del sufrimiento. ¿Quién no querría tal cosa, no creéis? Vivir sin pesadumbre, quitarse las penas de encima, aliviar la tristeza. ¿No os parece algo más que deseable? Sin embargo, una cosa es decirlo y otra es hacerlo, que ya sabéis cuánto hay del dicho al hecho en estas cuestiones.

—Todo muy bonito —dije—, pero ¿cómo diablos lo haces para conseguir eso que has dicho?

—¿Te refieres a librar el alma del cuerpo?

—¿A qué otra cosa si no? —dije yo.

Antes de responder el judío se pasó una mano por la calva, aspiró tanto aire que le crujieron los pulmones y luego dijo:

—Pues, mira, el propio Juan de la Cruz nos enseña el modo de hacerlo. Escucha esto:

Para venir a gustarlo todo,
no quieras tener gusto en nada;
para venir a poseerlo todo,
no quieras poseer algo en nada;
para venir a serlo todo,
no quieras ser algo en nada.

—Ahora sí que estoy mareado —dije—. Haz el favor de explicarte, hombre.

—Es muy sencillo, Felipe —respondió el judío—. Como tú sabes, el hombre es una criatura codiciosa por naturaleza. Todo el tiempo anda en busca de tesoros, honores, placeres, riquezas, y nunca hay nada que logre conformarlo. Cuando tiene cien maravedíes quiere doscientos, cuando se ha convertido en marqués desea ser príncipe y cuando es príncipe busca hacerse rey. Por eso, jamás estará en paz consigo mismo, a menos que aprenda a dominar sus deseos, que son la fuente de todas sus desgracias. Fray Juan nos pide que renunciemos a los tesoros, a las riquezas y a los placeres. Dice que sólo de ese modo alcanzaremos el goce pleno y la verdadera comunión con Dios. Dicho de otro modo, si tu alma nada codicia en este mundo, entonces tampoco habrá nada que pueda atormentarla.

—Creo que ya voy oliendo el puchero —dije—. Tú quieres decir que, por ejemplo, si a mi alma le gusta darle al trago, nunca habrá suficiente para que se calme. Yo podré echarme al garguero un tonel de vino por día, que mañana volverá a pedirme, a menos que ella misma abandone el vicio, ¿no es así?

—Pues, no es el mejor ejemplo, pero por ahí anda la cosa.

—¿Y tú? —volví a preguntar—. Déjame ver si te he entendido: si no tienes miedo de morir, ¿será porque ya no codicias nada en esta vida?

—Algo así —respondió Martín.

—¿Quieres decir que ya no codicias un buen vino, una cama mullida, una buena hembra?

—Pues en verdad ya no —dijo el judío—. Pero no creas que es algo sencillo. No se purifica un alma con rezar veinte avemarías. En verdad hacen falta muchos cuidados y ejercicios. Como te imaginarás, yo he tenido tiempo más que suficiente en estos días. Es extraño, pero el encierro lo acerca a uno a su propio corazón y le hace ver cosas que nunca había visto antes. Ahora puedo decir que mi alma está serena y en paz con Dios. Por eso ya no sufre por las cosas de esta vida.

—¡Joder, hombre! Perdóname que te lo diga, pero es la primera vez que oigo a alguien decir esas cosas. En otras palabras, te importa un rábano que te quemem.

El judío se encogió de hombros, me devolvió el tazón vacío y después apoyó la quijada sobre el agujero del ventanuco. Estaba más sereno y la leche le había

entibiado un poco las tripas.

—No es que me importe un rábano —dijo—. La vida es algo muy valioso y no debe uno andar desperdiciándola por ahí. Lo que sucede es que no siento miedo ni angustia frente a la muerte, pues, como dice fray Juan, mi casa está sosegada...

Yo me recosté contra la puerta de la celda, me crucé de brazos y no dije una palabra. Aún me daban vueltas en la cabeza los versos de ese fray Juan, las palabras del judío y toda esa cuestión del alma, de la noche oscura y del modo de quitarse las penas de encima.

—Bueno, tú sabrás lo que estás haciendo —dije—, que para eso has leído tanto.

El judío se rascó la oreja y sonrió.

—No, Felipillo —dijo—, aunque tú no lo creas, todas esas cosas no se aprenden en los libros. Es cierto que este poemilla de fray Juan me ha abierto un poco los ojos, pero las cuestiones del espíritu se aprenden a través del sufrimiento diario y a fuerza de sentir el dolor en carne propia. Por cierto, yo creo haber aprendido más sobre mi alma en estos calabozos que en todos los libros que he leído en mi vida. Y déjame decirte algo que acaso te parecerá extraño: tú mismo, ahí como te ves, seguramente eres más sabio que muchos doctores y estudiosos que se han pasado la vida leyendo. Fíjate si no: en tu vida has atravesado por muchas penurias y has visto gran cantidad de miserias aquí abajo, ¿no es así? Pues bien, otro en tu lugar de seguro se habría vuelto frío y desalmado. Sin embargo, tú eres un hombre sensible, compasivo y generoso, y créeme que eso es propio de hombres sabios.

—¿De veras crees eso?

—Pues sí, hombre, estoy seguro de ello. También es cierto que te falla un poco el ingenio, ¿para qué negarlo? Pero eso es lo de menos.

¡Caray con este Martín! ¿Habéis oído, señora mía? Después de tantos años vuestro Felipe viene a enterarse de que es un hombre sabio. La cosa tiene su gracia, ¿no creéis? ¡Y yo que me tenía por asno sin remedio! Pero no os alarméis, que no lo voy a andar cacareando por allí ni haciendo alarde de tal cosa. Según me ha dicho el propio Martín, es de sabios el ser prudente y evitar la fanfarronería.

—Bueno, hombre, te agradezco el cumplido aunque no me lo merezca —le dije—. Y ahora vuélvete a la cama. No es que quiera dejarte, pero a mí me da que si sigues de pie te irás al suelo en cualquier momento.

Entonces el judío me agradeció la leche y las almendras, regresó a la cama y antes de echarse en ella me dijo:

—Ve tranquilo a hacer tus cosas, y no te inquietes por mí, que ya bastante tienes con lo tuyo.

Yo le di las buenas noches, regresé a mi cuarto andando despacio, y una vez allí, aunque me avergüence decirlo, me puse a llorar como un niño. Sí, señora mía, lloré como una Magdalena hasta que no me quedaron lágrimas en los ojos. ¡Qué tonto es vuestro Felipe algunas veces!

Pero en fin, luego me recobré de ello y comencé a escribiros esta carta, que

espero no tengáis por aburrida, pues aunque no lo parezca me ha hecho muy bien el hacerlo. Ahora me ha venido el sueño y voy a terminar, pero antes quisiera pedir os un pequeño favor. ¿Habéis pensado ya en ir al auto de fe? Como ya sabéis, me daría una gran felicidad el veros allí, aunque sólo fuera de lejos. Por si os interesa, yo iré vestido con camisa blanca y gorra negra, aunque llevaré un pañuelo marrón al cuello para que sepáis quién soy. Nada será más grato para mí que me dediquéis una inclinación de cabeza, o un saludo, o una breve mirada, que de seguro os parecerá poca cosa pero será el mejor tesoro para mí. Pensad en ello, señora mía, y en cuánto de bueno podréis hacer con sólo un pequeño gesto. Os doy las buenas noches y ruego a Dios el que os acordéis de mí.

CAPÍTULO 30



¿Qué ha ocurrido, señora mía? ¿No habéis podido asistir al auto de fe? Os confieso que mis ojos se han cansado de buscaros una y otra vez entre los palcos, he mirado y vuelto a mirar entre la muchedumbre entera, he curioseado sin pausa en los balcones de las casas vecinas, y sin embargo no os he podido hallar por ningún sitio. Decidme: ¿no estaréis enferma acaso, o habréis tenido alguna debilidad? ¿O es que por ventura ni siquiera os interesan estas cuestiones? En mi opinión, no me figuro cómo podría ser esto último, pues en los años que llevo ejerciendo este oficio no sé de nadie en toda España a quien disguste presenciar una ceremonia de esta clase.

Sea como fuere, dejadme deciros que os habéis perdido algo mayúsculo en el día de ayer. Pero no debéis inquietaros por ello, pues si tenéis algo de paciencia y buena voluntad, yo mismo podría contaros lo sucedido en la plaza, y a fe mía que puedo hacerlo con tanto detalle que será como si vos misma hubierais estado allí.

¿Me permitiréis hacerlo entonces? Pues bien, acomodaos en algún buen sillón, tened a mano alguna jarra con agua y haceos de unos cuantos bizcochos, pues el relato será largo y quizás os entre un poco de hambre mientras leéis.

Muy bien, como imaginaréis, ya desde bien temprano comenzaron los jaleos aquí abajo. La mayoría de los inquisidores andaban como gato escaldado corriendo de un lado a otro. El mismo padre Fermín estaba que le salían chispas de los ojos. Gritaba como un condenado y amenazaba a todo el mundo con rebanarle el cogote si algo no llegaba a estar en su sitio. El resto de la frailería volaba de aquí para allá con sus cosas, que falta sellar un expediente, que se ha perdido la sentencia de aquel reo, que

al otro le han mudado la pena por azote y galeras, que el de más allá ha presentado no sé qué recurso y hay que volver a juzgarlo, y en fin, todas esas cuestiones de última hora que nunca faltan en los autos de fe. En cuanto a los propios reos, tendríais que ver cómo estaban los pobres. Cuando llegaron los guardias y los sacaron de sus celdas, hubo tanto barullo como en la fiesta de Carnestolendas. Más de uno devolvió hasta las tripas, otro salió verde del susto, y hasta me han dicho de un moro que se ensució en los calzones mientras lo llevaban escalera arriba.

También ocurrió una desgracia que nadie se esperaba. ¿Recordáis a aquella judía tan brava como una fiera que aguantó la tortura sin chistar una vez? Creo que ya os hablé de ella hace algún tiempo. Pues bien, la pobre tenía sentencia de fuego para el día de hoy, pero cuando los guardias fueron por ella a su calabozo la hallaron colgada del techo. Sí, mi buena señora, aunque os parezca difícil de creer, ella misma se había hecho una soga con hilachas de jubón, la había amarrado a la viguería y luego trepado a un banquillo para ahorcarse. Parece cosa de engaño, ¿no creéis? Quiero decir, tantas agallas para resistir el tormento y sin embargo no soportó que la llevaran al quemadero. Aunque si bien se mira, ¿quién podría saberlo en realidad? Tal vez la muy pilla quiso burlarse de los inquisidores y se mató ella misma para no darles el gusto. Vaya uno a saber.

Poco antes de las nueve de la mañana salió de aquí todo el cortejo de inquisidores, obispos, secretarios, guardias y reos. Debo deciros que entre todos hacían una buena cantidad, pues que yo recuerde éste de hoy ha sido uno de los autos de fe más importantes que se han hecho en los últimos años. Si las cuentas no me fallan, había casi medio centenar de reos condenados, la mayoría por delitos menores como blasfemar, que es algo así como echar pestes contra Dios y María Santísima, otros por cometer bigamia, que es ponerle cuernos a la mujer de uno con alguna otra hembra, y los demás por cuestiones de esa guisa. A todos ellos se les mandaría a la cárcel, se les condenaría a penitencias varias o una buena azotaina, según la gravedad de cada caso. Pero además de éstos iban quince condenados al fuego, que es como decir la cereza del postre, aunque en verdad sólo ocho de ellos marchaban a la par del resto, pues los otros siete, tal como os he contado en otra parte, eran de esos cadáveres que el Santo Oficio halla culpables de herejía y hace quemar después de muertos.

En el mismo instante en que el cortejo abandonó el edificio, empezaron a resonar campanas en toda la ciudad llamando a las gentes a la plaza. Vuestro Felipe aprovechó la oportunidad para colarse entre los últimos de la fila, justo detrás de los reos y los soldados que marchaban en fila, aunque para deciros la verdad, aquél era un sitio poco envidiable, pues habéis de saber que a unos pasos delante de mí venía una pobre mula cargando los despojos de un muerto, y os puedo asegurar que aquello dejaba escapar tales pestilencias como para tumbar a un buey.

Poco más adelante marchaba el judío Martín. Como todo el resto de los condenados iba engrillado con hierros en las manos y en los pies, aunque yo apenas

alcanzaba a verle el cogote y la cabeza. El pobre caminaba como garza renga y a cada rato un guardia lo debía coger del brazo para evitar que se fuera al suelo. Yo esperaba que en algún momento se volviera de espaldas y pudiera verme, pero estaba tan achacoso y débil que apenas levantaba la mirada del suelo. Como todos los reos, el judío llevaba un cirio encendido entre las manos y vestía un sambenito largo hasta los pies, que como sabéis es la clase de vestiduras que el Santo Oficio obliga a ponerse a los reos de herejía. Dado que iban a quemarlo, el suyo tenía pintadas algunas lenguas de fuego mirando hacia arriba, pues quienes se libran del quemadero llevan puesto uno que tiene las llamas dibujadas hacia abajo.

Mientras íbamos hacia la plaza, escuché decir a un guardia que pasó a mi lado que el mismísimo rey Felipe de España vendría a presenciar el auto de fe. ¡Caray, señora mía! Os diré que la cosa me dio gran curiosidad, pues de ser cierto aquello, ésta sería la primera vez que vuestro Felipe vería en persona a ese grandísimo bribón. Como imaginaréis, quise salirme de dudas, de modo que alargué un poco la zancada hasta alcanzar a fray Hernando, y una vez que estuve a su lado le pregunté:

—Vuesa merced, ¿es cierto que mi tocayo el rey Felipe estará en la plaza?

Fray Hernando me miró como espantado.

—¡Por todos los cielos, Felipe! —Rezongó apretando los dientes—. Te he dicho miles de veces que no seas irrespetuoso con su majestad. Ni tú ni nadie llama «mi tocayo» al rey de España.

—¡Pero es mi tocayo, vuesa merced! —protesté—. ¿O acaso sus padres no le han puesto Felipe igual que a mí?

Fray Hernando respiró hondo y con mucha paciencia me dijo:

—Pues sí, hombre, pero estás hablando del rey de España como si fuera el tendero de la esquina. Un monarca debe ser tratado como se merece. Cuando te refieras a él di «su majestad» o «su alteza»...

Yo solté un bufido y me encogí de hombros.

—Está bien, vuesa merced —dije—. ¿Pero vendrá o no vendrá su majestad al auto de fe?

—Así me gusta —dijo fray Hernando—. ¿Ves que nada cuesta ser educado, Felipillo? Y en cuanto a tu pregunta, pues la verdad es que no estoy muy seguro. Sé que hay un lugar reservado para él en el palco de honor. Pero ya sabes que su majestad es hombre muy ocupado y quizá no pueda asistir.

Cuando un rato más tarde llegamos a la plaza, eché una mirada hacia el palco de honor y no vi seña alguna de ese condenado patán del rey, que aquí entre nosotros, mi buena señora, tendrá muchas altezas, títulos y majestades, pero la verdad es que no deja de ser mi tocayo. Pensé que acaso llegaría más tarde por andar metido en otra de sus pillerías, pues a fe mía que cuando no está de jarana con alguna hembra de la corte, de seguro estará pensando en cómo seguir desplumando los bolsillos del pueblo.

La cuestión es que la plaza estaba a reventar el día de hoy. En verdad no cabía un

alfiler entre tanta muchedumbre. Si el ojo no me traiciona, diría que entre civiles, soldados y caballos debían de sumar unos diez mil seres en aquel lugar. Amén de ello debéis contar los palcos oficiales, las graderías, los balcones y tejados de las casas vecinas, y hasta los propios árboles, que estaban repletos de muchachones trepados a las ramas. Pero ahí no termina la cosa. Mucho de ese gentío no era de aquí, sino vecinos de los pueblos cercanos que se habían acercado para asistir al auto de fe. He oído de algunos que estaban desde el día anterior y habían dormido en fondas y posadas, aunque muchos eran vagabundos y mendigos que se habían pasado la noche entera durmiendo sobre el pasto de la plaza.

Y ahora dejadme detenerme un momento y preguntaros algo: ¿no os llama la atención semejante hervidero de gentes? Pensad cuántos hay que marchan leguas y leguas padeciendo hambrunas, durmiendo al sereno y calándose los huesos de frío, y todo para venir a apretujarse como ratas a esta plaza y ver quemarse a unos pobres infelices, y eso si tienen la fortuna de verlos, pues a veces, por más alto que sea un cristiano o por mucho que estire el pescuezo, no hay forma de alcanzar el estrado a simple vista. Pero además, sumad a ello los gritos, los empujones, los malos olores que suele haber entre las muchedumbres, y pensaréis que todo el mundo ha perdido el juicio para venir hasta aquí. Sin embargo, yo os diré la razón de tanto entusiasmo. Bien es cierto que a muchos los atrae el espectáculo: quizá no tienen otra cosa que hacer, o hallan placer en ver a algún fulano envuelto en llamas. Pero la gran mayoría viene por lo que llaman indulgencias. Yo no sabía de ello hasta que fray Hernando me lo explicó una vez con pelos y señales. Sucede que una indulgencia es como un perdón que os ofrece la Iglesia a cambio de ciertos favores, siempre y cuando vuestra falta no haya sido muy grave. En otras palabras, si habéis cometido algún pecadillo de poca monta, podréis remediarlo donando algo a vuestra parroquia, pagando algunos dinerillos si sois gente de fortuna o, si no tenéis un cobre, podréis venir a presenciar un auto de fe como forma de pagar vuestra falta. Ése es todo el secreto, señora mía. De cuantos había en la plaza el día de hoy, una buena parte venía por sus indulgencias. Es un método provechoso para la Iglesia, ¿no creéis? Lo digo puesto que, sin ánimo de ofender a nadie, ¿quién está libre de algún pecadillo en este mundo? ¿Quién no ha mentado alguna vez? ¿Quién no ha hurtado un dulce de alguna alacena? ¿Quién no ha mirado con cierta picardía a la mujer del vecino? Ya lo decía el Crucificado con aquello de arrojar la primera piedra...

Y ahora dejadme que vuelva a lo nuestro. No había entrado el cortejo a la plaza cuando algunas gentes del público se pusieron a arrojar frutas y pedradas sobre los reos. Bien es cierto que a muchos indigna tal cosa, pues es tenida por costumbre de bárbaros, pero quienes más se disgustan por ello no son los propios reos, que deben aguantarse el granizo en el lomo, sino los obispos e inquisidores. No es raro que la pedrada los alcance a ellos, y a veces llega a suceder que alguno con mala puntería, si es que no con toda intención, le acierta un naranjazo al caballo del obispo y le hace darse tal porrazo que no se puede sentar en meses. Esta vez, por fortuna, la cosa no

pasó a mayores, aunque apenas llegamos a la plaza un cascote le zumbó tan cerca al padre Fermín que a poco estuvo de abrirle la mollera.

Cerca de las once de la mañana empezaron a sonar los clarines. Todos los reos estaban de pie en el centro de la plaza y un fraile caminaba entre ellos dándoles la bendición, haciéndole a cada uno la señal de la cruz y diciendo: «Recibe la señal de Cristo, a quien has negado en tu corazón».

Después hubo cantinela para rato. Ya sabéis que el Santo Oficio aprovecha estas ocasiones para aleccionar a todo el mundo y llenarle el seso de peroratas. Por ese motivo, un obispo de esos de capa y roquete se puso frente a la multitud y se despachó a gusto hablando del demonio, de los errores de la fe y de los peligros de la herejía. No me preguntéis si eso sirve de verdad para educar a las gentes, que eso es cosa de eruditos, pero si de algo estoy seguro es que nadie le hizo caso. Para ser honrado con vos, se tiene por sabido que el vulgo no viene aquí a escuchar sermones, que ya bastantes tiene cada domingo en su iglesia, de modo que al cumplirse la hora de charla se alzó tal rechifla entre la muchedumbre que debieron intervenir los guardias.

Poco más tarde se leyó la sentencia de cada reo y luego vino el momento de ejecutarlas. Lo primero fue dar de latigazos a los condenados. Había cerca de una treintena de ellos, poco más o menos, y uno a uno fueron desvestidos, puestos de espaldas a un tronco y amarrados de manos. Después, cuatro verdugos se turnaron para sacudirles el lomo a fustazos, y digo se turnaron pues el asunto es demasiado fatigoso como para hacerlo uno solo. Pensad que las sentencias ordenan desde cincuenta a cien o doscientos azotes por cabeza, y eso no es moco de pavo para un verdugo. Yo no soy ducho en álgebras ni mucho menos, pero si tenéis en cuenta el número de reos que había en la plaza, ya os haréis una idea de lo arduo que es ese trabajo.

Y ahora adivino lo que estaréis pensando: cómo es posible, por más hereje que uno sea, que pueda llevarse tanto azote en el lomo sin reventar como un sapo. Pues a decir verdad, la cosa no es tan dura como parece. El Santo Oficio manda no más de doscientos latigazos por reo, lo que ya es decir, pero en realidad el verdugo nunca llega a dar tantos ni lo hace con mucha rudeza, pues la idea es humillar al reo frente al vulgo antes que lastimarlo. Sin embargo, también sucede que a veces el verdugo se sale de las casillas, ya porque anda de mal humor ese día, ya porque es de pocas pulgas, o porque algunas gentes lo incitan a dar leña con más fuerza. Aunque os parezca mentira así ocurre, pues entre la multitud nunca falta algún grupillo de muchachones que deciden meterse con el verdugo, lo ceban con insultos y acaban por hacerlo rabiar de tal modo que el reo termina pagando el pato. En ese caso os puedo asegurar que el pobre acaba con el lomo cuarteado y la espalda echando sangre. A veces todo el gentío se pone en contra del verdugo y le lanzan pedradas, o algo peor aún. Si me permitís, yo recuerdo a un tal Ocaña que lo pagó con su vida. Era un hombre algo bruto, quizá más que vuestro Felipe, y desde hacía muchos años oficiaba

como verdugo para la justicia civil. Un día tuvo que cortarle el cuello de un hachazo a un condenado a muerte. Por si no lo sabíais, aquello no es coser y cantar. Un cogote es algo difícil de rebanar y hay que tener gran destreza y experiencia con el manejo del hacha. El tal Ocaña la tenía, doy fe de ello, pero esa mañana se había pasado con la bebida y subió al cadalso tan borracho que apenas se podía tener en pie. Ya el primer golpe le salió descalabrado. Cogió el hacha temblando, la alzó en el aire y al dejarla caer le atinó al reo entre los omóplatos. Al segundo golpe ocurrió algo parecido, aunque esta vez le acertó el hachazo en medio de la cabeza. Y así estuvo un rato largo, tajo aquí, tajo allá, sin que ocurriera nada, hasta que las gentes empezaron a protestar a grito pelado y algunos le arrojaron piedras. Ya el pescuezo y los hombros del reo estaban llenos de sangre, pero la cabeza aún seguía en su lugar. Ocaña llegó a darle casi una veintena de golpes de hacha sin el menor resultado, pues de tan borracho no acertaba a darle en el sitio justo, que es apenas por debajo del colodrillo. Por cierto, yo he visto a muchos verdugos tan diestros que parecen haber mamado el oficio. Jamás golpean a tontas y a locas, y manejan el hacha con tanta habilidad que, si me permitís la broma, le vienen a uno ganas de hacerse degollar. Ocaña era uno de ellos, sin duda alguna, pero aquella vez el pobre no estaba en uno de sus mejores días, de modo que en un momento se armó tanto barullo y hubo tal lluvia de cascotes que debió guarecerse bajo unos maderos. Al poco rato salió de su guarida y regresó al tablado, pero esta vez traía unas grandes tijeras con que terminar la faena. Una vez más se encaramó sobre el reo y estuvo tratando de cortarle el cuello. Pero estaba visto que ni fuerzas le quedaban. Entonces el público se enfureció tanto que algunos acabaron por trepar al tablado, cogieron a Ocaña de los brazos, lo obligaron a echarse al suelo boca abajo y luego le partieron la mollera de un hachazo. Eso es lo que se dice recibir uno su propia medicina, ¿no creéis?

Y ahora a lo nuestro una vez más, que ya bastante fastidiada os debo de tener con tanto palabrerío.

Después del azote vino el garrote. Como ya sabréis, cuando algún reo es sentenciado al quemadero y se arrepiente de sus pecados, la Inquisición lo echa al fuego de todos modos, pero antes de eso le concede el favor de estrangularlo con el garrote. La muerte le llega igual, pero al menos de ese modo se evita la desgracia de quemarse vivo. Por si nunca habéis visto alguno, el garrote es una pieza de hierro en forma de collar que se ajusta al pescuezo del reo mientras está amarrado a un poste. Tiene un pequeño torniquete por detrás, de modo que a cada vuelta se va estrechando cada vez más y aprisionando el cuello del reo contra el poste. Al cabo de un rato la presión se vuelve tan fuerte que ya no le pasa una gota de aire por el gañote y se muere asfixiado. Entonces el verdugo le quita el aparato, comprueba que está bien muerto y sólo entonces lo entrega a las llamas.

Pues bien, de los ocho que había destinados al fuego, seis escogieron el garrote. Para ello habían puesto a dos verdugos, pues aunque el número de reos era pequeño, a veces la faena se torna algo dura y es preciso contar con refuerzos. A uno de ellos lo

conozco desde hace años. Su nombre es Vicente Pinelo, aunque las gentes de aquí lo conocen por el mote de «el Carnicero», y no creáis que es por cruel ni por sanguinario, aunque el apodo le cuadre al oficio, sino porque antes de ser verdugo tenía un puesto de venta de carnes en el centro de la ciudad. Hoy en día está algo viejo y según me han dicho ya ha pedido que lo retiren del servicio, pero el pobre deberá aguantar el yugo por un tiempo, pues hasta ahora las autoridades no han dado con nadie que pueda reemplazarlo. En cuanto al otro verdugo, jamás lo había visto hasta hoy. Sólo había escuchado de oídas que se llamaba Antonio Berón, natural de Triana, allá donde corre el Guadalquivir, y al decir de algunos no era muy ducho en el oficio.

El asunto empezó algo después del mediodía. Ya estaban los garrotes en su sitio, y el primero al que le tocó fue a un moro de Lebrija que dio más problemas que una solterona. A fe mía que era tan grande como uno de esos gigantes que aparecen en los cuentos de niños. Tras sentarlo en el poste le echaron cuerdas a la cintura y lo ataron de pies y manos, pero cuando Vicente Pinelo quiso ponerle el garrote se las vio y se las deseó, pues el moro tenía el cuello tan grueso que los hierros no le entraban. ¡Ay, señora, la de vueltas que tuvo que dar el pobre Carnicero! Debió probar de mil maneras distintas, ajustar las piezas del garrote y mudar la postura del moro varias veces hasta que al fin logró encajárselo, aunque a decir verdad, las gentes ya habían tomado a risa el asunto y uno hasta llegó a lanzar una ristra de ajos que le dio al Carnicero en la oreja.

Cuando el moro quedó listo y con el gañote apretado, Vicente le puso una pequeña capucha negra en la cabeza. En ese momento fray Hernando trepó a la escalerilla del tablado, se arrimó hacia donde estaba el moro y empezó a decir una plegaria para salvar su alma. Acaso diréis que vuestro Felipe es un ignorante, pero lo cierto es que mientras yo veía aquello me preguntaba qué diablos podrían importarles al moro esas plegarias. ¿No os parece una tontería? ¿Qué importancia tendrían para él en ese momento, con un hierro apretado en el cuello, un pañuelo sobre la cabeza y el cuerpo liado con tantas sogas que más parecía un rollo de carne? Pero ya sabéis cómo son estas cosas: sea quien fuere el reo, la Inquisición tiene el deber de rezar por su alma antes de despacharlo al otro mundo.

Poco después el Carnicero se puso por detrás del moro, cogió la manija del garrote y empezó a darle vueltas. Quizá no os agrada oír esta clase de cosas, y si es vuestro deseo podéis saltaros algunas líneas, pero de todos modos yo voy a relataros lo sucedido, y es que en ese momento el pobre moro soltó un alarido tan fuerte que hizo enmudecer a la plaza entera. Trató de menear el cuerpo y zafarse de las sogas, pero estaba demasiado bien sujeto como para poderse mover. Además, de haber conseguido librarse de las ataduras de manos y pies, aún estaba el propio garrote que lo tenía preso por el cuello. Vicente el Carnicero siguió apretando cada vez más, pero al cabo de algunas vueltas la cosa se le hizo cuesta arriba, pues como ya os he dicho el moro tenía el pescuezo tan gordo como un tronco de encina. Al ver que aquello no

iba a ningún lado, algunas gentes del público empezaron a disgustarse y a gritar al verdugo que hiciera más fuerza, que pusiera cojones en el asunto y retorciera el cuello del moro de una vez. Pero ya el pobre Vicente estaba con la lengua fuera y le flaqueaban las fuerzas. Uno que estaba junto a mí le gritó:

—¡Haz fuerza, viejo cabrón! ¿O te has vuelto marica con los años?

Entonces el otro verdugo, ese tal Berón del que ya os he hablado, se acercó al poste y le echó una mano. Entre los dos se pusieron a apretar la manija del garrote y sólo así consiguieron hacerla girar. Pero por más que os parezca mentira, el moro seguía dando sacudidas y peleaba como fiera enjaulada, aunque ya se echaba de ver que no tenía mucho resto como para andar cacareando. Tal presión le hacía el hierro en el garguero que hasta se oía crujir la madera del poste.

A decir verdad ya no era necesario apretar más, pero aun así Vicente y el otro verdugo se quedaron de pie junto al poste y esperaron un rato hasta que el moro se quedó tieso como una piedra. No es cuento, señora mía, pero a veces hay algunos tan duros que tardan hasta un cuarto de hora en soltar el último suspiro. Se maravilla uno de verlos menearse aun cuando el garrote les ha dejado el cuello del grosor de un dedo. Pues bien, por lo que parecía, el moro ya estaba con un pie en el otro mundo, pero los jueces tienen que asegurarse de ello, de modo que en ese momento un médico subió al tablado, alzó la capucha del reo y le miró los ojos, que estaban abiertos como platos. Después le arrimó el oído a la boca para ver si echaba algún aliento, luego le tomó el pulso de la muñeca y por fin murmuró algo a oídos del verdugo. El pobre Vicente, que ya estaba descuajeringado por el esfuerzo, asintió con la cabeza y volvió a encajar la capucha sobre la cabeza del moro. Ahora sí que ya estaba muerto.

De entre las gentes del público se alzó una gritería general y hubo vivas para los verdugos. También se aplaudía en los palcos y algunos agitaban sus pañuelos. En ese momento yo eché un vistazo a fray Hernando y vi que miraba hacia el suelo. Con una mano sostenía el crucifijo y con la otra se había cubierto parte del rostro, como si aquello le diera una gran vergüenza. Yo sé que estas cuestiones no le gustan, lo mismo que a otros inquisidores que son personas de buen corazón y prefieren ganar un alma antes que echarla al fuego. Pero ¡qué va!, así es la cosa en estos días y no hay que darle más vueltas.

Cuando se acabó con el moro llevaron a otro reo al tablado, y luego a otro, y otro más, y entre Vicente y el tal Berón les fueron dando garrote uno a uno hasta completar la media docena. No os fatigaré explicándoos el ajusticiamiento de cada uno de ellos, pues sería insistir con el mismo cuento, pero habréis de saber que todo ocurrió tal como se esperaba y sin contratiempos. Sólo hubo una pequeña demora cuando uno de los reos, que al parecer andaba flojo del vientre, no pudo contenerse más y se vació de cuerpo con tal violencia que le manchó las ropas a un fraile que estaba a su lado.

El caso es que hacia las tres de la tarde ya se había terminado con el garrote y

estaba todo listo para el plato fuerte, que son los condenados al quemadero. Algunos guardias ayudaron a retirar los cadáveres de los agarrotados y luego los llevaron hacia las piras. Todos ellos seguían con la capucha sobre la cabeza, de modo que nadie podía verles el rostro, pero si pensáis en el estrujón que acababan de recibir, ya os imaginaréis lo que habría debajo de cada paño. Pues bien, entre los guardias y los verdugos fueron acomodando a cada uno y arrimando la leña a los postes. Cuando el último de ellos quedó bien sujeto y con las cuerdas en su lugar, un grupo de soldados fue en busca del judío Martín y del otro prisionero que serían quemados vivos.

Y ahora, mi muy estimada y atenta señora, si es que aún continuáis leyendo, tomaos un momento para un breve refrigerio. Como os he dicho al principio, el relato es largo y quizás os haya dado un poco de hambre el seguirlo con alguna atención. Sé que vuestro Felipe no es el mejor de los cronistas, que acaso no escriba con mucha elegancia ni tenga las gracias de un trovador. Por eso, si es que aún no habéis arrojado esta carta al cesto de los papeles, haced una pausa, bebed un poco de agua y comed algunos bizcochos, que aún falta una buena parte de todo este asunto.

¿Y bien? ¿Ya estáis lista para continuar leyendo? Pues entonces acomodaos una vez más en vuestro sillón y dejadme seguir adelante, que si estoy en lo cierto no os arrepentiréis de cuanto voy a relataros.

Os decía antes que los soldados fueron por el judío Martín y por el otro prisionero. Ambos estaban sentados bajo un tejadillo para evitar las pedradas. Cuando los obligaron a ponerse de pie, el pobre Martín estaba tan flojo que se fue de boca al suelo. Tuvieron que ayudarlo a levantarse entre un guardia y uno de los verdugos, y luego lo condujeron casi a rastras hacia el sitio en que se habían alzado los postes. Quiso la suerte, o mejor debería decir la desgracia, que en el camino los tres pasaran junto a mí, de modo que pude ver de cerca el rostro del judío. ¡Ay, señora, cuán feo estaba el pobre! Con la cabeza calva y el pellejo amoratado, semejaba un puerco al que han degollado y puesto sobre un gancho de carnicería. Además le goteaba la nariz a causa del frío y tenía algo de sangre en la boca por la caída de hacía un momento.

Cuando lo tuve cerca me alcé sobre los talones y le grité en medio del vocerío. Martín apenas levantó la cabeza y echó una mirada hacia la multitud, pero el pobre tenía los ojos tan extraviados que dudo mucho que pudiera verme. Después bajó la cabeza y siguió andando, siempre cogido por el guardia y el verdugo, pero algunos pasos más adelante se volvió sobre su hombro, abrió los ojos con gran dificultad y miró hacia donde yo estaba. Os juro que en ese momento se me heló la sangre, pues esta vez, aunque os suene extraño, me pareció ver que sonreía y me decía alguna cosa. Yo apenas alcanzaba a oír nada, pues el barullo del público era demasiado fuerte y tampoco el judío estaba como para andar desgañitándose. Pero si no me engaño, señora mía, o si no es que mis ojos han querido ver lo que deseaba mi corazón, juraría que Martín me dijo: «Adiós, amigo».

La cuestión es que poco después ambos reos ya estaban sobre el tablado y a punto

de ser atados a los postes. Dado que el judío no lograba tenerse en pie, Vicente el Carnicero tomó un pequeño trozo de madera y lo clavó sobre el poste para que hiciera las veces de asiento. Luego comenzó a amarrarle los pies, la cintura y el pecho. Se veía lo noble que era ese judío, pues mientras el otro le andaba alrededor con sus cuerdas, Martín lo miraba sin odio alguno, como si dijera: «Vamos, no eres tú quien tiene la culpa de esto». Os lo digo porque yo me sé muy bien lo que suele creer el vulgo. Tanto a los verdugos como a los carceleros como vuestro Felipe no se nos considera en absoluto y a veces, cuando algún reo no tiene con quién habérselas, pues la toma con nosotros como si fuésemos el mismo diablo. Creedme que al pobre Vicente no le hace nada de gracia el tener que dar garrote o quemar vivo a algún sujeto, como tampoco a mí me la hace el dar tormento a quien sea. Pero todo el mundo nos carga el fardo a nosotros, y creedme que en ello se equivocan de cabo a rabo, pues uno no hace más que cumplir con el oficio, mal que le pese a cualquiera, y si es que hay que endosarle el asunto a alguien, pues que vayan a regañarle a los inquisidores, o al Santo Oficio, o al mismo papa de Roma si fuera el caso, pues él es quien hace las reglas y no el pobre verdugo, que sólo las cumple y a veces con tan mala fortuna que hasta se gana una pedrada.

Por todo ello, señora, os diré que el judío actuó con gran tino al no insultar al Carnicero, que ya bastante tiene con lo suyo como para que le anden recriminando el oficio.

Al rato subió al tablado fray Hernando con sus oraciones, echó algunas gotas de agua bendita sobre los reos y luego regresó donde los inquisidores. Allí se encontraba el padre Fermín, mezclado entre el resto y cubriéndose las narices con un pañuelo, pues a su lado estaba el pobre fraile al que le habían ensuciado las ropas un momento antes. Os diré que me llamó mucho la atención el rostro del padre Fermín. Se lo veía bastante enfadado y serio, como si algo le anduviera remordiéndole la conciencia y no lo dejara en paz. ¡Caray, me dije a mí mismo, que me cuelguen si aquí no hay gato encerrado! Entonces recordé que unos pocos días atrás fray Hernando lo había denunciado al Santo Oficio por aquel enredo con fray Gaspar de Torrelaguna, y entonces me dije: pues claro, hombre, de seguro ya se ha enterado de la denuncia y está que trina por ese asunto. Vuestro Felipe no sabe mucho de semejantes cosas, pero por lo que he recogido de oídas, parece que la cuestión es bastante grave y acaso termine enfangado hasta el cogote. ¿Creéis que será así, mi señora? Pues vaya uno a saber. El caso es que me pareció que el padre Fermín miraba a fray Hernando con cierto desprecio, aunque tal vez me haya engañado y fuera sólo mi imaginación.

Sobre el tablado quedaron los dos verdugos dando los últimos toques y arrimando la paja y la leña a los postes, que eran ocho en total. Luego fueron por dos antorchas y una vez de regreso quedaron aguardando la señal para comenzar.

Y ahora sí, mi dulce y paciente señora, preparaos a oír la parte más negra de toda esta historia. Si estáis dispuesta a hacerlo, pues bien, continuad con la lectura. Pero si sois un tanto frágil, si no toleráis esta clase de asuntos o tenéis algún recelo al

respecto, pues entonces cubrid vuestros oídos, o mejor será decir vuestros ojos, que éstas no son cosas que plazca ver a una dama.

Vicente el Carnicero y Antonio Berón comenzaron por quemar a los que ya habían muerto en el garrote. Cuando echaron las teas la paja estaba tan reseca que ardió en menos de lo que canta un gallo, de modo que al poco rato los seis cadáveres desaparecieron entre el humo y las llamas. Como imaginaréis, no hubo gritos de dolor ni nada que se le parezca, pero en cambio la plaza toda se llenó de una tal pestilencia que a más de uno se le revolvió el vientre y vomitó sobre la tierra. Ya os he dicho antes que la carne chamuscada huele muy mal, y aun al aire libre y con mucho viento se os pega a las narices como si fuera azufre y no se quita durante un buen rato. Sin embargo, a la mayoría pareció no importarle y aguantaron el hedor con tal de ver el espectáculo.

Luego llegó el turno de quemar a los vivos. El primero fue un moro flaco y largo como una lombriz, que a decir verdad ya parecía medio muerto. No había querido arrepentirse ni por todo el oro del mundo, así que fue a dar al fuego vivito y coleando, aunque un rato antes de que encendieran las llamas se le ocurrió pedir confesión a un sacerdote, y a fe mía que lo hizo por las dudas, no fuera a ser cierto eso de que hay algo en el otro mundo.

Cuando le arrimaron la antorcha a los pies largó tal grito de espanto y se sacudió de tal modo que parecía que iría a reventar en pedazos. Luego la paja empezó a arder y enseguida lo envolvieron las llamas hasta la cabeza. Todo el mundo lo oía toser y dar gritos detrás de la humareda. Pero no creáis que allí se terminó la cosa. Aún no había pasado un minuto cuando algo se revolvió entre el fuego y de repente todos vimos salir al moro corriendo como un loco por entre las llamas. Sí, señora mía, no es un chiste de vuestro Felipe, aunque lo parezca. De algún extraño modo había logrado liberarse de las sogas y escabullirse del poste. Creedme que tenía el pellejo todo lleno de quemaduras y escupía fuego hasta por las orejas. El pobre no sabía qué diablos hacer. Se palmoteaba las ropas y trataba de quitárselas de encima, pero no hacía más que avivar el fuego y sacarse chispas a cada manotazo. Entonces se tiró al suelo y comenzó a revolcarse como un lunático. Deberíais haber visto lo desesperado que estaba en medio de tanto chispazo y humareda. Algunas gentes lo miraban espantadas del susto y otras se reían a carcajadas, mientras el pobre moro seguía luchando con todas sus fuerzas. Al cabo de unos cuantos revolcones por fin logró apagarse las llamas y quedó echado en el suelo, pero tengo para mí que a esas alturas, si es que me perdonáis la broma en este momento, ya debía tener achicharrado hasta el culo.

Os preguntaréis cómo demonios habría hecho para librarse de las ataduras y escapar del poste. Pues en verdad es muy sencillo, señora mía. De seguro quien lo amarró al palo, y apostaría a que fue el tal Berón, debió de hacerlo con mucha imprudencia, que no es cuestión de liar las sogas de cualquier modo sino en el sitio justo y con una buena ligadura. Pero cuando el verdugo no es muy diestro en esos menesteres, o cuando no le acierta a amarrar las sogas como Dios manda, el fuego las

hace arder enseguida y se rompen con facilidad. De ahí que el moro lograra soltarse y salir disparado como alma que lleva el diablo. Sin embargo, os diré que al pobre no le duró mucho la buena fortuna. Por lo general, cuando algo así ocurre, los verdugos esperan a que la hoguera se apague del todo, vuelven a amarrar al poste al condenado y lo queman de nuevo. Pero en esta ocasión parece que ninguno de los dos andaba con mucha paciencia, de modo que cuando el moro acabó de quitarse las últimas chispas de encima, Vicente el Carnicero se le acercó por detrás, le quitó el sentido de un mamporro en la cabeza y junto con el otro verdugo lo volvieron a echar sobre el montón de leña.

Pues bien, después de aquel embrollo le tocó el turno al judío Martín. Durante todo ese tiempo había estado en el poste con los ojos cerrados y el cuerpo tan tieso como el de un cadáver. A fe mía que parecía más muerto que vivo, y de no ser porque tosía a cada rato a causa del humo, os hubiera jurado que el pobre ya estaba en manos de la Parca.

Vicente el Carnicero se arrimó al poste, echó una mirada a las sogas con gran cuidado y las revisó de cabo a rabo, no fuera a suceder el mismo percance de la vez anterior. En ésas estaba cuando el judío alzó la cabeza y le dijo algo al oído. Entonces Vicente se volvió hacia donde estaban los inquisidores y les gritó:

—¡Dice que no se olviden de que Dios los está mirando!

¡Caray, señora mía! ¿Habéis escuchado? Os puedo asegurar que ninguno de los inquisidores movió una ceja, pero tengo para mí que a más de uno le debe de haber corrido un frío por la espalda al oír aquello. El padre Fermín miró al judío con ojos de hielo y no dijo una palabra, como si no le hiciera mella lo que acababa de ocurrir. Pero algunos de los frailes se santiguaron y otros se cubrieron los oídos para no seguir escuchando.

En ese preciso momento los dos verdugos echaron sus teas sobre la leña y todo comenzó a arder.

En verdad no sé si contaros lo que siguió después, que ni yo mismo tengo deseos de recordarlo, pero el caso es que Martín pareció despertar de repente y comenzó a retorcerse con gran desesperación. Las llamas le treparon por las piernas, alcanzaron el sambenito y en un abrir y cerrar de ojos le cubrieron toda la cabeza. Detrás de la humareda se lo escuchaba gritar con toda su alma, y no era para menos, que el suplicio del fuego es quizás el más doloroso de cuantos puedan imaginarse. Y si no pensad en cuánta desgracia os causa una simple quemadura de vela, que os tiene a maltraer durante días. Cuánto más no hará una parva de leña ardiendo a vuestros pies, ¿no os parece?

Mientras todo aquello sucedía las gentes de la plaza gritaban, aplaudían y aullaban como animales. No sé quién les habrá puesto en la cabeza que un hombre envuelto en llamas es cosa de aplauso, pero el caso es que algunos parecían como ebrios y hasta se regodeaban con el espectáculo. Yo me sentía mareado y con las tripas revueltas. Trataba de cerrar los ojos o de mirar hacia algún otro sitio, pero ya

sabéis cómo es el hombre de bárbaro y curioso, que a veces hasta la crueldad más infinita le llama la atención y no puede apartar su mirada de ella.

El pobre Martín siguió dando alaridos durante un rato y luchando contra las llamas. Pero en un cierto momento le flaquearon las fuerzas, soltó un último grito de agonía y ya no se movió más. De ahí en adelante el fuego hizo todo el resto.

Aunque no lo creáis, todo aquello duró apenas un minuto, o poco menos, pues quienes van a la hoguera se mueren de asfixia antes de que el fuego los quemara del todo. El hecho es que vuestro Felipe se sintió tan débil al ver todo aquello que debió sentarse en el suelo para recobrar sus fuerzas. Desde allí escuché voces a mi alrededor, gentes que hablaban de Martín y decían muchas tonterías y necedades sobre él, que era un perro judío, que hacía pactos con el diablo, que robaba niños para cocerlos en una olla y todos esos chismes de feria que el vulgo escucha en las calles y repite como un loro. Os juro que en ese momento me dieron ganas de hacerlos callar, de tomar a cada uno de ellos por el cogote y gritarles que yo había conocido al judío Martín, que había sido mi amigo y que era un hombre bueno, mucho mejor que todos ellos y con más cojones y agallas que cualquiera. Pero me contuve de hacerlo, pues sentí que ellos también eran unos pobres infelices, gentes de pueblo como vuestro propio Felipe que no tenían culpa de lo que estaban haciendo.

Y bien, aquello fue todo cuanto ocurrió en la plaza. Sólo me resta deciros que cuando se apagaron las llamas, algunas gentes se treparon al tablado y empezaron a rebuscar dientes y pedazos de huesos entre las cenizas, pues hay quien dice que esas cosas son buenas para el estreñimiento o para ahuyentar los dolores de cabeza. Luego una cuadrilla de hombres quitó los postes, barrió el lugar y dejó todo como estaba.

Y ahora os ruego vuestras disculpas, mi amable señora, pues esta carta ha sido más larga de lo que esperaba y estoy muy fatigado como para seguir escribiendo. Espero no haberos incomodado con tantas desgracias, pero así son las cosas y yo sólo deseo informaros. Os envío mis saludos y hasta la próxima.

CAPÍTULO 31



Aquí estoy una vez más, señora mía. Sabréis disculparme por no haberos escrito en estos días, pero es que mi alma ha estado muy acongojada por la muerte del judío Martín, y vuestro Felipe, como cualquier hombre en estas circunstancias, ha necesitado algún tiempo para reponerse de todo este desgraciado entuerto.

Quisiera aprovechar esta oportunidad para deciros que, en mi última carta, quizás he sido un tanto descortés con vos. No os he tratado como corresponde a una dama, os he contado cosas terribles, y por si ello no fuera suficiente, me he extendido tanto que de seguro habréis abandonado la lectura a la mitad. Os ruego me perdonéis por todo aquello, pero me hallaba muy turbado y a la verdad mi cabeza ignoraba lo que hacía mi mano. Solamente os diré que necesitaba contar a alguien todo lo ocurrido, y como nadie mejor que vos podría escuchar mis penas, que ni un perro tengo para ello, pues acabasteis por convertirlos en mi paño de lágrimas. Os pido entonces que aceptéis mis súplicas y hagáis a un lado vuestra impaciencia, que ya el Señor bien sabrá recompensaros a su debido tiempo.

Y por cierto, puede que os hayáis aburrido con mi relato acerca del auto de fe, pero como vuestro Felipe es algo testarudo y no escarmienta, prefiere pensar que os habéis entretenido un poco y por ello os contará de algo que sucedió esa misma tarde, cuando la ceremonia tocó a su fin y yo regresé al palacio inquisitorial.

Lo primero que hice al llegar fue darme una vuelta por las celdas que habían quedado vacías. Como imaginaréis, debo hacer aquello cada vez que algún reo estira la pata, ya que es preciso limpiar los rincones del calabozo, quitar el jergón y echar

algunos cubos de agua para alejar a las muchas alimañas que rondan por ahí. Pues bien, la cuestión es que al entrar en la celda del judío Martín me llevé una buena sorpresa. Estaba dando de escobazos al suelo cuando, al descorrer el catre para limpiar detrás de él, me encontré con una leyenda que el judío había dejado escrita sobre el muro, quizá grabada con el filo de un cuchillo o vaya a saber con qué otro instrumento. La frase decía más o menos así: «Oh, Dios, autor de la Naturaleza, mi alma vuelve a unirse con tu divinidad. Dejo este mundo de fieras que usurpan el título de hombres. Recíbeme a tu lado y quita de esta tierra a la Santa Inquisición, que deshonra a la humanidad y aun a Ti mismo que la permites».

¡Por todos los cielos! Vaya cómo las gastaba este judío, ¿no creéis? Os confieso que al principio no supe qué demonios hacer. Dudaba si en mostrarle aquello a fray Hernando, pues por lo que creo la frasecita no iría a hacerle mucha gracia. Pero luego pensé que lo mejor era borrarla cuanto antes, pues, en caso de que el padre Fermín o algún otro la viera, de seguro mandarían a buscar las cenizas del judío y le echarían encima otro juicio por blasfemias, por ofender a la Santa Inquisición o vaya a saber Dios por qué otra majadería. De modo que me hice de una espátula y poco a poco fui rascando el muro hasta borrar lo escrito. No sé si he hecho bien, pero a fe mía que el alma de Martín descansará mejor así.

Y ahora a lo nuestro, mi buena señora. Por fortuna ya ha pasado algún tiempo desde el auto de fe, y como quien dice, poco a poco las cosas van volviendo a su cauce. Como os estaba diciendo, algunos calabozos han quedado vacíos después de aquello, y aunque de seguro no tardarán en llenarse otra vez, por el momento vuestro pobre Felipillo puede echarse a holgazanear un poco después de tantos trajines.

Quien parece que no tendrá ni un mísero respiro, si me permitís la confidencia, es el padre Fermín. Recordáis aquella denuncia de fray Hernando, ¿verdad? Pues bien, tal parece que no ha caído en saco roto ni mucho menos. Esta misma mañana ha llegado aquí una comitiva del Santo Oficio para investigar todo el asunto, y si es que no ando muy errado, me figuro que las cosas se le pondrán bastante negras a causa de ello.

Pero dejadme contaros todo esto con algún detalle, pues ya veréis cómo es cierto aquel refrán de que en este mundo a todo puerco le llega su San Martín.

El caso es que me hallaba yo ocupado en mis jardines, como siempre, cuando de pronto alcé los ojos y vi entrar dos coches hermosos por la puerta del edificio. Venían tirados por cuatro caballos con arneses de plata, adornos en la montura y penachos tan ostentosos que se pregunta uno cómo puede una bestia de tiro andarse con ropas que ni un cristiano podría comprar. La cuestión es que, poco después, los coches se estacionaron en los fondos del patio, allí donde están las caballerizas, y de ellos bajó una comitiva de unas diez personas, la mayoría secretarios y escribientes, aunque dos o tres de ellos, a juzgar por el atuendo, parecían ser ministros del Santo Oficio, y de los de mucho rango. Deberíais haber estado allí para ver cuán inflados marchaban. Los más pomposos vestían trajes con tanto aparato que se diría estábamos en época

de fiestas, aunque llevaban una expresión tan ceñuda en el rostro que aquello más bien semejaba una procesión funeraria. Al pasar junto a mí uno de los secretarios me ordenó que diera agua y pasto a los caballos, y luego toda la comitiva se encaminó hacia uno de los salones del edificio.

Yo obedecí la orden sin chistar, y en un santiamén di a los caballos de comer y de beber. Hice aquello con mucha prisa, no por hacendoso claro está, sino porque me figuraba que algo grande iba a suceder y no quería perderme una coma del asunto.

Al poco rato llegó el padre Fermín y se metió en el salón donde estaban los otros. A decir verdad casi no pude verle el rostro, pues atravesó las galerías como alma que lleva el diablo y sin apartar los ojos del suelo, pero si queréis saber mi opinión, juraría que en el fondo estaba preocupado hasta el tuétano. Fue entonces cuando me malicié que aquellos ministros vendrían por la cuestión de la denuncia.

Poco después aparecieron algunos otros inquisidores, fray Hernando entre ellos, y todo el mundo se metió en el salón. Luego apostaron a un guardia en la entrada, cerraron las puertas y no se oyó una palabra más.

¡Ay, señora mía! ¿Habéis visto cuando una tormenta se huele en el aire? Pues así estaban las cosas en el patio del edificio: ni siquiera se necesitaba tener el olfato de un perro para notar la que se venía. En cuanto a mí, seguía ocupado en las cuestiones del jardín, metido entre las plantas y las flores, pero me había arrimado a unos jazmines que están cerca del salón para oír mejor, y cada tanto echaba una ojeada a las ventanas o ponía la oreja para ver si lograba escuchar algo. Para deciros la verdad, no se oía volar una mosca, pero yo hubiera apostado mi sueldo a que puertas adentro la cosa estaba como reñidero de gallos. Por el tiempo que llevaban allí, que pronto alcanzó las dos horas, era de suponerse que el padre Fermín las estaría pasando canutas, pues rara vez los ministros del Santo Oficio se demoran tanto rato.

La cuestión es que poco después del mediodía se abrieron las puertas y uno a uno fueron dejando el salón. Primero salieron los ministros y toda su comitiva, luego la frailería de aquí dentro y en último lugar el padre Fermín. Como imaginaréis, yo me mordía las uñas de curiosidad por saber lo que habría ocurrido en el salón. Por el momento no me figuraba nada, pero os podría jurar que todo el mundo abandonó el sitio con cara de malas pulgas y apretando los dientes de rabia. Como pude me hice el distraído y continué con mis plantas, aunque dos o tres veces los espíe por el rabillo del ojo y creedme que aquello era algo de temer. El padre Fermín estaba pálido como un fantasma y se mordía los labios con tal furia que se diría iba a arrancárselos. Poco después, mientras los jueces subían a los coches, él se quedó allí, tieso bajo las galerías, y cuando toda la comitiva dejó el edificio, hizo un gesto de fastidio y por fin corrió a encerrarse en su cuarto.

Y ahora, mi dulcísima y bella señora, creo advertir vuestra impaciencia. Estoy seguro de que os habrá picado la curiosidad y querréis enteraros con más detalle de lo ocurrido en el salón. Pues bien, ¿pensáis que todo aquello acabó en un simple tirón de orejas para el padre Fermín? ¿Acaso creéis que sólo se trató de una ligera penitencia

por sus desarreglos? ¿O sospecháis que el asunto se enredó de tal modo que quizá llegue a costarle el puesto de inquisidor? ¡Ah, la curiosidad! ¡Cuánto cuesta resistirse a ella!

Sin embargo, aunque os parezca mentira, yo tengo la respuesta a aquellas preguntas. Ya sabéis que en ocasiones vuestro Felipe es algo entrometido y no gusta de quedarse con la miel en los labios. Por eso no bien se marcharon los inquisidores, dejé mis jardines a la buena de Dios y corrí hacia el cuarto de fray Hernando a preguntarle qué cuernos había sucedido en ese condenado salón. Por desgracia aparecí tan de sopetón que el pobre fraile casi se va al suelo del susto.

—¿Qué haces aquí? —me preguntó con el corazón en la boca.

—Le pido mil perdones, vuesa merced —dije casi jadeando—. Pero quería saber si ya le han echado el guante de una buena vez al padre Fermín.

—¡Por Dios, Felipe! —rezongó fray Hernando algo enojado y tratando de reponerse del susto—. ¡Te he dicho mil veces que no le faltes el respeto a tus superiores! ¡La próxima vez que hables así te mandaré a cortar la lengua!

—Mis disculpas, vuesa merced —insistí aún jadeando—. ¿Pero se lo han echado o no?

Por fortuna a fray Hernando le cayó en gracia mi insistencia y enseguida me convidó a pasar dentro del cuarto. Al verlo más de cerca me pareció que estaba algo fatigado, y no era para menos después de tantas horas de lidiar con los inquisidores. Sin embargo, se lo veía bastante satisfecho con lo ocurrido allá en el salón. Me hizo sentar frente a su escritorio, se sirvió una copa de vino para templarse el espíritu y luego dijo:

—Mira, Felipillo, aún no le han echado el guante, si eso es lo que quieres saber. Pero aquí entre nosotros, me temo que el padre Fermín se halla en grandes apuros, muy grandes, para decirlo con todas las letras.

¿No os lo dije, señora mía? ¿No os advertí al principio que a cada puerco le llega su San Martín? Ya decía yo que ese fraile tenía que pagarlas de algún modo, y por lo visto el Señor ha escuchado mis ruegos. Pero no debéis apresuraros aún, que todavía no se ha dicho la última palabra en todo este asunto. Por el momento, fray Hernando me contó que los ministros del Santo Oficio se habían puesto bastante duros con el padre Fermín. Lo habían interrogado como perros sabuesos y obligado a confesar con pelos y señales todo lo ocurrido con fray Gaspar de Torrelaguna. El padre Fermín, que estaba fuera de sí, debió tragarse el cuestionario de principio a fin y explicar por qué había tratado al fraile de ese modo, con qué argumentos había ordenado echarlo al fuego sin juicio previo y otras muchas cuestiones atinentes al caso. Así lo tuvieron de aquí para allá durante un buen rato, y según parece no salió muy bien librado que digamos. Me dijo fray Hernando que, en medio del interrogatorio, se le enredó la lengua y se puso tan nervioso que en un momento dado hasta empezó a tartamudear como un loco.

Después le llegó el turno de hablar a los demás inquisidores de aquí. Puesto que

eran testigos del hecho, debieron dar parte de todo lo que habían visto y oído, y al parecer ninguno se calló palabra. De seguro más de uno andaría con ganas de venganza y aprovechó para desquitarse, ¿no creéis? La cuestión es que al final, ya cerca del mediodía, los ministros del Santo Oficio dieron por terminado el interrogatorio, ordenaron leer las declaraciones de cada uno, las hicieron firmar de puño y letra y con eso acabó el asunto.

Cuando fray Hernando terminó de hablar, como os imaginaréis, yo aún seguía con unas cuantas dudas revoloteándome en la cabeza.

—¿Pero cómo es posible, vuesa merced? —le pregunté con algo de asombro—. ¿Es que eso fue todo lo que ocurrió allá dentro? ¿Quiere decir que no enviarán a prisión al padre Fermín? Que yo sepa, aquí, por menos de eso, le echan cinco años a cualquiera. ¿O es que él tiene dispensa para estas cosas?

Fray Hernando bebió un trago de vino y se acarició un rosario que le colgaba del cuello.

—Calma, Felipillo, calma —dijo con aire de confianza—. Todo eso lo decidirá un tribunal a su debido tiempo. Por ahora sólo se han tomado las declaraciones de los testigos, y a fe mía que casi todas han sido hostiles al padre Fermín. Luego habrá que iniciar un proceso como Dios manda, estudiar las pruebas con mucho cuidado y dejar que el acusado presente su defensa. El resto lo hará la justicia inquisitorial.

—¿Y mientras tanto, vuesa merced?

—Mientras tanto sólo cabe esperar, Felipillo. Tú ya sabes que esta clase de cosas llevan muchísimo tiempo...

Tras decir aquello se levantó de su silla y comenzó a pasearse alrededor de su escritorio. Yo me figuré que algún mal bicho le debía de andar picando, pues llevaba las manos anudadas sobre el vientre, como si estuviera rezando una plegaria, y yo que le conozco el gesto sé que cuando lo hace es porque las cosas no andan bien. A propósito, a veces también le da por ponerse a chasquear la lengua, o empieza a mover el cogote como hacen las tortugas, aunque cuando eso sucede es mejor desaparecer de su lado, pues significa que la cosa ya no tiene remedio.

—¿Puedo preguntar qué es lo que le ocurre a vuesa merced? —dije.

Fray Hernando se detuvo y apoyó todo su cuerpo sobre un bargueño.

—Dudo que lo comprendas, Felipillo. Son cuestiones un tanto..., cómo decirlo, un tanto delicadas...

—Podría hacer un esfuerzo, vuesa merced.

—Está bien —dijo, y mientras regresaba a su silla agregó—: Mira, tú llevas muchos años en este oficio y sabes que a veces hay entuertos entre los propios inquisidores, ¿no es verdad? Puede suceder que un día no se pongan de acuerdo acerca de algún procedimiento, que otro discutan sobre doctrina o sobre teología, y demás cosas por el estilo. Pero hay veces en que las rencillas provienen de cuestiones personales: que éste le tiene ojeriza a aquél, que él otro le codicia el puesto al de más allá y todos esos revoltillos que por desgracia suceden detrás de bambalinas en una

institución como el Santo Oficio. ¿Hasta aquí me sigues?

Yo asentí con la cabeza, aun cuando no me doy idea de qué será eso de las bambalinas. Pero como de seguro no era importante para el asunto, me callé la boca y seguí escuchando con gran atención.

—Pues bien —siguió fray Hernando—, lo que me tiene preocupado son los muchos enredos que hay detrás de todo esto. Cuando denuncié al padre Fermín sabía que estaba metiéndome en líos, pues como tú sabes él pertenece a una familia muy poderosa de España y eso quiere decir, hablando mal y pronto, que se me podría dar la vuelta a la tortilla en cualquier momento. Pero ahora las cosas se han puesto más negras aún. Has visto a los ministros que vinieron hoy, ¿verdad? Pues parece ser que algunos tienen ciertos recelos hacia el padre Fermín y que sueñan con arrebatarse el puesto. Claro que él tiene muchos amigos y favorecedores, pero del otro lado también hay gentes de mucho poder. Yo temo que aprovechen este asunto para echarle tierra encima. Hoy uno de los ministros, en medio de la discusión, lo acusó de guardarse dineros que pertenecen al Santo Oficio. Otro dijo que en el último auto de fe, el padre Fermín pagó sumas abultadas a los tenderos y proveedores que montaron el acto, y que hizo arreglos para quedarse con las diferencias. ¿Comprendes lo que quiero decir? Puede que esas acusaciones sean ciertas, pero no tienen que ver con el caso de fray Gaspar de Torrelaguna. Lo que sucede es que están tratando de acabar con él como sea. Por supuesto, el padre Fermín negó todas aquellas acusaciones, y dijo que él siempre ha actuado con honestidad y celo en cuestiones de dinero. Pero ya le han montado la sospecha y vaya a saber Dios cómo irá a terminar todo esto... Lo que son las cosas, Felipillo, uno quiere obrar con rectitud y acaba haciendo un escándalo.

—¡Pero vuesa merced no tiene la culpa de todo eso! —dije—. Ha hecho lo que debía...

—Tal vez, hijo, tal vez —suspiró fray Hernando—. Pero yo no pretendía armar semejante berenjenal. Si el padre Fermín ha procedido incorrectamente debe ser juzgado, y en ello mi alma está tranquila. Pero cuando hay politiquerías de por medio las cosas cambian. Lo justo es justo, y no quisiera que lo terminaran castigando por un asunto de rivalidades y envidias.

¿Habéis oído, mi señora? Caray, que se ha vuelto enmarañada toda esta situación. Si es verdad que a cada puerco le llega su San Martín, entonces quizás al padre Fermín le ha llegado la hora de ir al degolladero. Pero como dice fray Hernando, lo malo es que sea a causa de esas porfías entre poderosos, que siempre andan tras el queso y no paran mientes en nada para conseguirlo.

—Sea como fuere, mi buen Felipillo —me advirtió fray Hernando—, no cuentes a nadie lo que hemos hablado hoy. Si esto llegara a saberse por ahí, me temo que el escándalo sería mucho mayor aún.

—Vuesa merced puede quedarse tranquilo —dije—, que antes de decir una palabra me mordería la lengua, o me haría coser la boca si fuera preciso.

Luego me pidió que lo dejara solo, pues se sentía algo cansado y quería echarse a

dormir un rato. Yo dejé el cuarto y me fui hacia la cocina a hacer un poco de compañía a la Zunilda, y de paso a comer algunos pastelillos que acababa de hornear.

Pero quiso la mala suerte que allí no acabaran los infortunios. Me hallaba sentado a la mesa muy tranquilo, sin haber tragado aún mi primer pastelillo, cuando eché un vistazo por la ventana y vi que tres hombres montados a caballo acababan de entrar en el edificio. Al principio no le di importancia, pero cuando vi que uno de ellos era el mismo que había venido por la mañana junto a la comitiva de ministros, por poco se me atraganta el pastelillo en el buche. «¡Zas, aquí hay gato encerrado!», me dije para mis adentros. Ya eran cerca de las siete de la tarde, y por si no lo sabíais, casi nunca los ministros del Santo Oficio llegan aquí a esas horas. Pues bien, luego de atravesar el patio, los tres hombres dejaron sus cabalgaduras en el fondo, marcharon hacia el despacho del padre Fermín y sin decir esta boca es mía se metieron en él como Pedro por su casa.

Lo que ocurrió allí fue para alquilar balcones, señora mía, pero ahora deberéis perdonar a vuestro Felipe, pues ya se ha hecho demasiado tarde y el pobre se cae de sueño. Os prometo continuar mañana con toda esta historia, y no desesperéis, que lo bueno se hace rogar pero siempre llega.

CAPÍTULO 32



Mi muy queridísima señora:

Creedme que lamento en demasía lo de ayer por la noche. En verdad me hallaba tan muerto de cansancio que ya mis ojos se nublaban del sueño. No tuve más remedio que interrumpir mi carta y dejaros con la intriga de saber lo que ocurrió. Si por ventura os sentíais atraída por la historia, o acaso teníais curiosidad por saber en qué acabaría todo esto, de seguro os habréis irritado conmigo, pues bien sé yo que dejar un relato a la mitad es como ofrecer un dulce a un niño y luego quitárselo ante sus mismas narices. Por eso os ruego mil perdones y espero que esta carta os devuelva la confianza en vuestro humilde servidor, que sólo quiere veros contenta y entreteneros con sus chismes.

Y bien, para volver de una vez a nuestro asunto, os diré que ayer en la tarde, cuando aquellos tres sujetos entraron en el edificio y se dirigieron hacia el despacho del padre Fermín, yo sospeché que algo muy malo debía de ocurrir. Poco después me enteré de que dos de ellos eran simples guardias y el tercero un juez del Santo Oficio. Pues bien, desde la ventana de la cocina, mientras daba cuenta de algunos pastelillos, los vi plantarse frente al despacho del padre Fermín y golpear la puerta. De inmediato me temí que algo debía de andar fuera de lugar, y no sólo por lo inesperado de aquella visita, sino también porque a esas horas nunca suele haber reuniones entre jueces del Santo Oficio, a menos que algo grave esté sucediendo. Si queréis saber la verdad, tal fue mi sorpresa que hasta hice a un lado los pastelillos de la Zunilda y me quedé boquiabierto junto a la ventana.

El caso es que, tras oír los golpes en la puerta, el padre Fermín se asomó desde su despacho y quedó como helado ante la sorpresa. De seguro tampoco se esperaba semejante visita, y si mis ojos no me engañan, puesto que estaba algo oscuro en el interior del patio, podría juraros que al ver al ministro y a los guardias se puso tan blanco como la harina. «¡Válgame Dios —pensé yo—, que aquí se armara gresca de la buena!». Creedme que era todo aquello tan intrigante que hasta la misma Zunilda hizo a un lado sus ollas y sus frituras y aplastó su nariz contra la ventana para ver mejor.

Hubo un momento en que me pareció ver que el juez decía algo a oídos del padre Fermín, luego mandó a que sus guardias se apostaran en la entrada y por fin se metió en el despacho.

Yo entretanto me mordía las uñas de tanta curiosidad. ¿Qué hubierais pensado vos, mi buena señora, ante tan inoportuna visita? Podría uno sospechar cualquier cosa, ¿no os parece? Si queréis saber mi opinión, lo primero que me vino a las mientes fue que los jueces que habían estado por la mañana habrían pillado en falta al padre Fermín, y que aquel fulano que estaba ahora en su despacho vendría a prenderlo del cogote y echarlo a prisión. Pero ya sé lo que diréis: que vuestro Felipe es algo dado a las fantasías y que tiene la imaginación de un niño para estas cosas. Sin embargo, os confieso que en ese momento hasta me figuré al padre Fermín saliendo de su despacho engrillado hasta las orejas y camino del calabozo. «¡Bien merecido que lo tendría! —me dije para mis adentros—, pues ya es hora de que alguien le haga tragar de su propia medicina». Pero será mejor hacer a un lado mis fantasías.

En ésas estaba cuando la Zunilda, que tiene grande afición al chismorreó y no hay sitio en donde no le guste meter cuchara, apartó los ojos de la ventana y me dijo:

—¿Tú qué crees, Felipe? ¿A qué habrá venido ese fulano?

Yo me encogí de hombros.

—Pues a fe que no me tengo idea, mujer —le respondí—. Pero si tanto te importa, ¿por qué no lo echas a la baraja a ver si lo adivinas?

No sé si ya os he dicho, señora, que la Zunilda tiene algo de sangre gitana en las venas, y que a causa de ello ha aprendido a tirar la baraja con tanta destreza que hasta parece uno de esos astrólogos judiciares que andan por toda España en estos días. La cuestión es que no lo pensó dos veces, se arremangó el jubón, cogió un mazo de naipes y lo mezcló con gran habilidad. Luego repartió cuatro montones sobre la mesa, les dio la vuelta uno a uno y luego de estudiarlos un rato me dijo:

—¡Pues voto al cielo que aquí no veo nada! Aciago día será el de hoy, que ni la baraja responde.

—Ya, mujer —dije yo—. Déjame lo a mí entonces, que acabo de tener una buena idea.

Sin dar más rodeos salté de mi silla, tomé algunos pastelillos para no irme con las manos vacías y salí disparado de la cocina.

—¿Adónde vas? —me preguntó la Zunilda.

—Tú espérame aquí —le contesté—, que en un rato vendré con las últimas novedades.

Luego cerré la puerta, crucé los pasillos y enfilé derecho hacia mi cuarto. Como ya os he contado alguna vez, las paredes de mi habitación se hallan vecinas al despacho del padre Fermín, de modo que si pegáis las orejas al muro, os mantenéis en silencio y aguzáis vuestros oídos, podréis entender con claridad todo cuanto ocurre al otro lado.

Por cierto, adivino que me tendréis por indiscreto y fisgón, ¿verdad? ¡Pues a qué negarlo, señora mía! No soy de esas chafarderas de feria que andan todo el día espionando desde sus ventanas, pero en ocasiones me gusta husmear un poco en los asuntos ajenos, y más aún cuando se trata de cuestiones entre inquisidores. Pero no debéis alarmaros, que un pecadillo de vez en cuando lo comete cualquiera y no por ello va uno al infierno. Además, como buena mujer que sois, ¿no os intriga saber de qué asuntos hablarían aquellos dos?

Pues bien, escuchad entonces, que no os arrepentiréis, pero antes dejadme proponeros un pequeño juego: imaginad que vos misma entráis en mi habitación y os disponéis a escuchar la conversación. ¡Vamos, señora mía, que tan sólo es una pequeña broma! ¿Estáis de acuerdo por ventura? Pues entonces venid conmigo, haceos a la idea de que ya estáis en mi cuarto y que os habéis arrimado al muro. Eso es, poneos cómoda, tomad asiento en esta humilde banqueta que os ofrece vuestro Felipe y preparaos a escuchar, que ni en el más jocoso teatro ni en la más disparatada comedia habréis de oír los muchos enredos que aquí ocurrieron. Y ya basta de palabrerío, que esa voz que estáis oyendo ahora es la del padre Fermín, y bien enfadado que parece:

—¡Esto es una vergüenza, señor inquisidor! Vuestras acusaciones hacia mi persona no tienen fundamento alguno. Pero no creáis que soy tan necio como para ignorar los motivos por los que estáis aquí. Sé muy bien hacia dónde apuntáis vuestra artillería, y también sé que todo esto es un plan que habéis fraguado para quitarme de en medio.

—Vamos, padre Fermín, sed un poco más razonable. Sabéis muy bien que yo no necesito de planes ni artimañas. Vos mismo os habéis hundido hasta el cuello.

—¡Ésas son mentiras!

—¿Lo son en verdad? ¿Y qué hay entonces de aquellos libros de la secta luterana que guardabais en vuestra biblioteca?

—Eso ya ha sido suficientemente aclarado en su momento.

—¿Lo creéis? ¿Y qué ocurre entonces con vuestros escritos, padre Fermín? Dos veces se os ha llamado la atención por haber compuesto proposiciones heréticas...

—Eso tampoco es cierto. El propio inquisidor general de España ha leído todos mis escritos y los ha aprobado con la anuencia de varios teólogos. Sólo se me han indicado algunos errores sin importancia que ya he enmendado oportunamente.

—Muy bien, padre Fermín, veo que tenéis materia para defenderos después de todo. Pero aún hay muchos puntos oscuros en vuestra gestión como inquisidor, y eso no podéis ignorarlo. Por ejemplo, tenemos algunas evidencias de que en el último auto de fe habéis utilizado de forma fraudulenta los dineros de la Santa Inquisición.

—Vuestra merced debería saber que los gastos que demanda un auto de fe son financiados con los bienes de los reos. La Santa Inquisición jamás pone un solo real en ello.

—Lo sé, padre Fermín, lo sé. Y supongo que no me creeréis tan tonto como para ignorar tales cosas. Pero yo estoy hablando de los sobrepuestos. Traigo aquí conmigo una lista de los gastos que habéis hecho para organizar la ceremonia. Veamos: varias arrobas de leña para el quemadero, ocho postes de algarrobo, veinticinco varas de soga, adornos y banderolas para los palcos, alquiler de seis caballos y cuatro mulas, alquiler de cinco clarineros, varios toldos, sillas, clavos, herramientas y demás elementos. Según tengo entendido, en casi todos estos rubros habéis pagado sobrepuestos a los tenderos y mercaderes. Ya hemos consultado a varios de ellos y nos han dado menores costos. Pero además de todo eso, mi querido padre Fermín, parece ser que varias sumas de dinero se han esfumado en el aire. Los peritos han hallado que falta por lo menos una octava parte del dinero y de los bienes confiscados a los reos.

—¡Eso no es cierto, señor inquisidor! Todo el dinero está donde debe estar. Yo no he tocado ni un solo cuarto de real. Y en cuanto a los sobrepuestos de que habláis, puedo demostrar cuenta por cuenta que he pagado lo justo. Si en algún caso he debido gastar más de lo normal es porque a veces hay que hacer trabajos de urgencia, o de último momento, y eso encarece las cosas.

—Muy bien, padre Fermín, de cualquier manera todo eso lo investigará una comisión especial del Santo Oficio. No obstante os diré una cosa: puede que logréis eludir el asunto de los gastos y los sobrepuestos, pero hay otras varias cuestiones de mayor peso que podrían haceros trastabillar. Si queréis saber mi opinión, me temo que no saldréis bien librado... Por cierto, está lo de ese padre fray Gaspar de Torrelaguna, con quien parece que os habéis pasado de la raya. Vuestra conducta y el testimonio de los otros inquisidores son suficientes para que se abra un proceso en vuestra contra. Pero además hay otras cosillas que acaso podrían ser peores. En estos días me he tomado la libertad de investigar vuestro linaje, y he descubierto con gran sorpresa que tenéis un bisabuelo por línea materna llamado Contreras, un apellido de origen judío, mi querido padre Fermín.

¡Caramba! ¿Habéis oído eso, señora mía? No sé lo que estaréis pensando vos, pero a mí me huele que lo que ha dicho el inquisidor ha de ser pura patraña. ¿Cómo es posible que el padre Fermín tenga algo de sangre judía en las venas? Si así fuera no les tendría tanta ojeriza a los judíos, pues que yo sepa nadie como él se ha cansado de echar al fuego a tantas gentes de esa secta. Y lo mismo con fray Gaspar de Torrelaguna. Si fuera piadoso con los judíos, el padre Fermín no hubiera hecho lo que

hizo con él, ni lo hubiera mandado quemar sin juicio. Por eso, a mí se me hace que es una treta del ministro, que quiere hacerle tragar el anzuelo con algún supuesto y luego echarle la soga al cuello.

La cosa es que el padre Fermín se ha quedado mudo, o al menos yo no le oigo ni siquiera el resuello. ¿Qué opináis vos, mi señora? ¿Será que lo habrán pillado de una vez por todas? ¡Ah, quién fuera una pequeña mosquilla para poder colarse en su despacho y ver qué está sucediendo entre esos dos!

¡Pero aguardad, guardad silencio una vez más, que algo se oye ahí detrás del muro!

—Está bien, señor inquisidor. Tal parece que habéis hecho un grande esfuerzo para ensuciarme. Pero no os será fácil, creedme. Ya sabéis que yo también puedo echar mano de algunas artimañas que no os dejarán muy bien parado. ¿Queréis guerra? Pues la tendréis. Y ya veremos en qué termina todo esto.

—Yo puedo deciros en qué termina, padre Fermín. No creáis que soy tan tonto como para haber venido con las manos vacías. Antes de llegarme hasta aquí he tenido la precaución de arreglar algunas cosas y hablar con ciertas personas. Puedo deciros con total certeza que vuestra suerte ya está decidida. Sin embargo, comprenderéis que no queremos un escándalo en el seno del Santo Oficio. Es por eso que he venido a ofreceros una salida.

—¿De qué clase de salida me habláis?

—Vuestra renuncia, padre Fermín. He venido a pedir os vuestra renuncia voluntaria. Sólo tenéis que firmar un documento, alegando la razón que os venga en gana, y eso es todo. Creedme que será lo mejor para vos.

—Os diré algo, señor inquisidor: ya que vuestro estilo es actuar con vilezas y canalladas, pues entonces yo también me valdré de ese juego. Mañana mismo iré a la corte real a plantear todo este asunto. Sabréis que allí hay gentes de mi propia familia en puestos de privilegio. Diré pestes de vos y de cuantos rufianes tenéis detrás.

—¡Caramba, padre Fermín! Confieso que os creía un poco más inteligente. Comprendo vuestra irritación, pero debéis entender que no estaría yo aquí si no tuviese todos los cabos atados. Si por ventura vais a la corte real, acaso os encontréis con alguna sorpresa harto desagradable. Los parientes suelen faltar a su lealtad cuando hay una buena suma de por medio. Por eso, insisto una vez más, padre, firmad vuestra renuncia. De lo contrario iréis a juicio, se os quitarán todos los bienes y además tendréis que soportar la vergüenza que eso significa.

—Os repito que no voy a dejar este puesto de inquisidor, ni mucho menos a quedarme de brazos cruzados. Ya lo veréis.

—Bien, no tengo más que deciros por ahora. Tomaos un tiempo para pensarlo si ésa es vuestra voluntad, aunque deberíais tener en cuenta la posición en que os halláis. Creedme, padre Fermín, podéis salir más perjudicado de lo que os parece. Pero en fin, dejo la cuestión en vuestras manos, aunque estoy seguro de que cuando veáis cómo están las cosas, seréis bien sensato a la hora de tomar la decisión. Y ahora

debo irme. Buenas noches.

¡Ah, señora mía, cuánta ruindad hay en este mundo de víboras! En verdad espanta ver qué mezquinos son algunos hombres cuando en ello les va su hacienda. Y qué decir de ciertos frailes y obispos, ¿no os parece? Los tiene uno por ministros del Señor, por nobles almas que entregan su vida al rebaño cristiano, y resulta que en el fondo se arrancan los ojos por hacerse con un puesto en la Iglesia. A veces pienso que la ambición es el peor veneno que pueda imaginarse en este mundo. Hace del hombre una rata y lo lleva a cometer las peores locuras. Y si no me creéis, fijaos en aquel papa que mandaba ejércitos enteros, o en ese otro que hacía envenenar a cuanto rival se le ponía enfrente, o en aquel obispo que vendía reliquias sagradas para engrosar su fortuna. Ya bien solía decir aquella vieja loca de la Celestina que yo leía cuando niño: «no hay lugar tan alto al que un asno cargado de oro no pueda subir». ¿Y todo eso para qué? Pues para hacerse de un buen vestido, para almorzar con cuchara de oro en lugar de hacerlo con una de latón, para asistir a esos salones en donde todo el mundo anda con la nariz alzada y pavoneándose como gallo en corral.

No, mi señora, a mí dejadme de tales infamias. Es cierto que vuestro Felipe no tendrá dónde caerse muerto, pero aún peor está el rico, que no es querido sino por su hacienda, y si le llega el caso de perderla, ya verá con qué desprecio le tratan los mismos que hasta entonces lo adulaban y llenaban de aplauso. Mejor sueño duerme el pobre que no el que tiene mucho que guardar.

Y con esto acabaré mi carta, señora, que ya bastante sermón os he endilgado el día de hoy. Perdonad a vuestro Felipe si se ha puesto latoso, pero es que tanta bellaquería me pone a hervir la sangre. Espero os haya gustado el juego de oír a través de las paredes. No sé lo que pensaréis, pero ya habrá de verse cómo termina todo este entuerto del padre Fermín. Tal vez se salga con la suya o tal vez no, ¿quién puede saberlo? Pero una cosa es cierta: visto lo que ha ocurrido hoy en su despacho, me temo que vienen días muy negros para todos nosotros. Si por ventura acaba perdiendo y lo ponen de patitas en la calle, nada bueno podrá esperarse de quien venga en su lugar.

CAPÍTULO 33



Mi estimada señora:

No sé si esta carta os dará un poco de alegría entre tantas penurias y lamentos, pero lo cierto es que hoy he cogido la pluma con gran entusiasmo y agitación. En verdad, éste ha sido un día más que grato para mí, un día de júbilo y gozo, como esos que tanto se echan en falta aquí abajo de vez en cuando. Ha ocurrido un hecho afortunado, y es por eso que vuestro Felipe se ha resuelto a escribiros sin perder tiempo, que así como en ocasiones siente la necesidad de contaros sus penas, también hay otras en que se huelga de compartir sus alegrías, pues ya bien dicen que no todo es infortunio y desgracia en esta vida.

Os preguntaréis de qué estoy hablando, ¿verdad? Pues no de otra cosa sino de aquella hermosa niñita de cabellos rubios que está encerrada en uno de los calabozos de aquí. Ya os he dicho que cuando llegó estaba tan asustada como un ratoncillo, y en verdad no ha de culpársele por ello, que un sitio como éste espantaría hasta al más corajudo. Por cierto, yo he tratado de aliviarle la estancia de mil maneras: me he puesto a hacer humoradas en su celda, he querido animarla con algunas bromas y morisquetas, pero hasta ahora no había hecho sino atemorizarla aún más. La pobre tenía el susto metido en el cuerpo y no quería saber nada de mí. Sin embargo, hoy ha sucedido algo bueno de verdad, y no digo yo que sea milagro, pero sí grande favor del cielo.

¿Queréis saber de qué se trata? Pues entonces preparaos a escuchar, que tal parece que vuestro Felipe se ha hecho de una nueva amiga en este mundo.

Todo ocurrió como por arte de encantamiento. Por la mañana entré a su celda como todos los días y le dejé su comida y una botella de agua sobre la mesa. Ya os he dicho que de cuando en cuando suelo llevarle algunos dulces y otras pequeñas golosinas que encantan a los niños. Estoy seguro de que le saben deliciosas, pues jamás las ha rechazado ni ha dejado una pizca sobre el plato. Sin embargo, en el día de hoy vuestro Felipe iba con las manos vacías, pues la Zunilda estuvo aquejada de fiebres el día de ayer y no ha tenido voluntad de ponerse a hornear siquiera un poco de pan.

Pues bien, el caso es que luego de poner la ración de comida sobre la mesa, recogí una botella vacía que estaba del día anterior y me dispuse a marcharme de la celda. A todo esto la niña me miraba sin decir una sola palabra. Estaba acurrucada sobre el jergón bajo unas mantas y apenas se le veían los ojillos. Pero hete aquí que cuando iba a abrir la puerta para salir del calabozo, oí detrás de mí una vocecilla que decía:

—¿Y mis dulces?

¡Ay, señora! No imagináis mi sorpresa ante aquella pregunta. En un principio creí que me estaba engañando a mí mismo, como esos que oyen voces o ven apariciones en cualquier sitio. Pero al caer en la cuenta me volví de inmediato hacia la niña, y lo hice con tales ímpetus que por poco estuve de volcar la ración de comida que traía para el reo de al lado. Al ver aquello la pequeña se alarmó tanto que se encogió aún más entre las mantas, de tal suerte que quedó hecha un ovillo sobre sí misma. «¡Tonto de ti, Felipe!», me dije a mí mismo. Pero el caso es que al recobrar me de la sorpresa caminé hacia la niña y traté de hablarle como si nada hubiera ocurrido.

—¿Tus dulces? —dije haciéndome el desentendido—. ¡Oh, sí, tus dulces! Pues por desgracia hoy tendremos que quedarnos sin ellos. Sucede que a nuestra pobre cocinera le han dado catarros y está que no puede salirse de la cama.

La niña alzó los ojos con mucha timidez y se me quedó mirando sin decir nada. Deberíais haberla visto en ese momento, señora mía, tiene unos ojos tan tiernos y bonitos que parecen hechos de miel. Os juro que vuestro Felipe se sintió tan arrobado que debió de parecer un mozuelo en su primera cita de amor. ¿Habéis notado alguna vez cuán extraña es la mirada de algunos niños? Bien es cierto que muchos de ellos parecen verdaderos diablillos, o tienen tal expresión de picardía en el rostro que hasta os llega a mover a risa. Pero otros tienen una mirada tan profunda que se pregunta uno si en verdad está viendo a un niño o por ventura a un sabio adelantado en las materias de la vida.

Pero no quisiera entreteneros con tales zarandajas. El caso es que en ese momento quise aprovechar para hablarle, decirle cualquier cosa, aunque sólo fuera una pura tontería, pero lo cierto es que estaba tan nervioso que se me atropellaban las palabras en el buche. De pronto recordé que algunos días atrás fray Hernando me había dicho su nombre, así que junté valor y casi susurrando le dije:

—Parece que a nuestra Margarita le gustan mucho los dulces...

Ella se asombró de aquello y alzando los ojos me preguntó:

—¿Cómo es que sabes mi nombre?

—¿Tu nombre? Pues me lo ha dicho un pajarito —respondí.

—Eso es mentira. Los pajaritos no hablan.

«¡Zas —pensé yo—, si ya comienza así de niña, qué le esperará cuando sea grande!». Por no quedarme con la boca cerrada le dije:

—Tienes razón. Lo cierto es que ha sido fray Hernando quien me ha dicho tu nombre. Creo que tú ya lo conoces, ¿verdad? Es ese fraile gordo y bonachón que ha venido a verte algunas veces. Y si te he dicho que fue un pajarito es sólo una forma de hablar. La verdad es que el pobre fray Hernando, aquí entre nosotros, no tiene nada de pajarito. Más bien parece un buey, ¿no crees?

Margarita dejó escapar una sonrisa y a fe mía que se le iluminó el rostro, o al menos así me lo pareció, pues en realidad fue a vuestro Felipe a quien se le prendió una luz en el ánimo. Ni corto ni perezoso dejé mis cosas a un lado, tomé la mesilla de la comida y la acerqué hacia la cama de la niña. Como os imaginaréis, ella aún estaba algo temerosa y no se animaba a mirarme directamente a los ojos. Sin quererlo jugueteaba con sus cabellos o se entretenía quitando algunas pelusillas de la manta. Sin embargo, podría juraros que ya no estaba tan escurridiza como antes.

—Me alegra que hayas abierto la boca de una vez —le dije—. Ya me preguntaba yo si esta señorita no sería muda. ¿Por qué no me dijiste ni una palabra en todos estos días?

Margarita siguió jugando con sus cabellos y sin alzar los ojos me dijo:

—Es que me dabas algo de miedo. Eres muy feo...

¡Caramba con la mocosa! ¿Habéis escuchado, señora mía? Bien es cierto que vuestro Felipe no es apuesto ni mucho menos, pero ¡dónde se ha visto tanta desvergüenza! ¡Soltarle a uno que es feo como quien dice «hasta mañana»! No sé dónde irán a parar los pequeñuelos de ahora con semejantes modales. Pero en fin, ya bien dicen que los niños hablan con la verdad, y vuestro Felipe no va a andar presumiendo de bonito a estas alturas.

—¿Así que tu Felipillo te daba miedo? —le pregunté—. Y dime, ¿ahora ya no me temes?

Margarita se alzó los puños de la camisa y dijo:

—Creo que no. Me parece que eres un hombre bueno y que no quieres hacerme daño.

—¡Válgame Dios, niña! ¿Cómo iría a hacerte daño tu Felipillo? Antes me cortaría una mano...

Enseguida se quitó las mantas de encima, cogió su ración y empezó a comer sentada al borde de la cama. La pobre debía de tener bastante hambre pues tragaba sin pausa un bocado tras otro. Si no me equivoco está algo más pálida y desmejorada que al principio. Quizá los días de encierro le han secado un poco las carnes y la han hecho adelgazar, pues a fe mía que se la ve tan flaca como un palillo de dientes. Desde que la trajeron aquí lleva puesto una suerte de camisón blanco largo hasta los

pies, semejante a esos jubones que usan algunas mujeres para dormir, pero que le está tan holgado que le sobra por todas partes.

Cuando acabó su almuerzo bebió un poco de agua y luego me preguntó:

—Dime, Felipillo, ¿por qué no me dejan salir de aquí? Yo no hice nada malo.

¡Por todos los santos, mi buena señora! Os juro que en ese momento se me hizo un gran nudo en las tragaderas. ¿Qué hubierais respondido vos ante semejante pregunta? Yo por de pronto me quedé mudo y sin resuello. Pensad que vuestro Felipe es algo lerdo de ingenio, y más aún para cuestiones de ese tenor. Además, si por mí fuera nunca la habrían traído aquí abajo, que éste no es sitio para un angelito como ella. Por salirme airoso del paso le dije:

—Tú no debes preocuparte y verás que muy pronto te dejarán volver a casa. Fray Hernando me ha dicho que los señores que te trajeron aquí deben revisar algunas cosas, luego te harán unas pocas preguntas y eso es todo. Ya verás que en unos cuantos días podrás irte. Mientras tanto tu Felipillo te cuidará y no dejará que te falten dulces. Y si por desgracia la Zunilda sigue enferma, Dios no lo quiera, entonces yo mismo te los prepararé.

—¿Tú sabes hacer dulces?

—Pues no los haré tan sabrosos como la Zunilda, pero me las compongo bastante bien. ¿Sabes una cosa? Cuando yo era niño mi madre solía hacerme muchos postres, tortas de ciruela, rosquillas, jaleas y todo lo que puedas imaginarte. Tenía tan buena mano en ello que cada cosa que hacía era para lamerse los dedos. Recuerdo que a veces me pasaba horas viéndola cocinar esas delicias. Y de todo aquello algo me ha quedado en la memoria.

—¿Sabes hacer turrón de mazapán?

—¡Niña, que ésa es la especialidad de tu Felipillo!

—Pues, a mí me gusta mucho el turrón de mazapán, aunque dice mi abuela que no debo comerlo pues hace picaduras en los dientes.

—Pues en eso tiene razón —dije—. Pero un pequeño trozo no te hará daño. Déjame ver si puedo hacerme de algunas almendras y te prepararé un poco. ¿Vale?

Margarita dio un salto en la cama y le brillaron los ojos como dos perlas. Sin embargo, un minuto después pareció afligirse, como si de repente hubiera recordado algo ingrato. Con el rostro haciendo pucheros me preguntó:

—¿Y mi abuela? ¿Sabes algo de ella? Desde que nos trajeron aquí no he vuelto a verla.

¡Virgen Santa, señora, que otra vez se me añudó la lengua! Habéis de saber que por algunos rumores y hablillas que he escuchado por ahí, parece que la pobre vieja está hasta el cuello con el Santo Oficio. Dicen que lleva largo tiempo metida en asuntos de hechicerías y embrujos, y lo que es aún peor, ésta no es la primera vez que la Inquisición la pilla en falta. Años atrás ya había estado enjaulada a causa de sus magias, y sólo de milagro se ha librado del calabozo. Sin embargo, parece que ahora no tiene muchas esperanzas. Los jueces no suelen andarse con rodeos cuando se trata

de reincidentes. Por eso me temo que le harán proceso en unos cuantos días, y si tiene suerte le echarán algunos años de prisión, si es que no va derecha al quemadero. Por desgracia así están las cosas con ella y no hay nada que pueda hacerse.

Como imaginaréis, me quedé sin palabras ante la niña. ¿Qué podía decirle yo si la pobre estaba tan apenada? Al fin cobré fuerzas y le dije una pequeña mentirilla.

—Tu abuela está bien, Margarita. No debes preocuparte. Es posible que en unos cuantos días vuelvas a estar con ella.

—¿Tú la has visto?

—Le llevo su comida todos los días.

—Entonces hazme un pequeño favor: dile que yo la extraño mucho y que todos los días pienso en ella. ¿Lo harás?

—Te prometo que sí —dije haciendo un esfuerzo para no ponerme a llorar.

Poco después la niña se echó una vez más sobre la cama y se envolvió entre las mantas. Yo me puse a recoger los platos y la botella de agua. No cabía en mí de tristeza al imaginar lo que debía de estar sufriendo la pobrecilla. Pensad que es pequeña pero no tanto, de modo que ya entiende las desgracias de esta vida y siente pena como cualquiera. Por fortuna no le aguarda la misma suerte que a su abuela. Según creo, los jueces sólo la tendrán encerrada algunos días para darle un pequeño susto y hacerle olvidar todas esas magias que le ha enseñado la vieja, pues como dice fray Hernando, a los niños hay que sujetarles el seso para que no se les desvíen las ideas. Sin embargo, ¿os habéis puesto a pensar qué será de ella una vez que salga de aquí? Cuando deje el calabozo volverá a su casa, pero allí estará más sola que un monje, pues, según tengo sabido, no tiene más parientes que a su abuela en este mundo. Quizá pueda recogerla algún vecino piadoso, pero como están las cosas hoy en día, ¿quién quiere otra boca que alimentar en su familia? Lo más probable es que quede abandonada a la buena de Dios, pues de lo contrario acabará sus días en un convento, metida a fregar suelos y bordar mantillas, o peor aún, en uno de esos burdeles de mala muerte a los que van a parar algunas mozas de la ciudad.

En esas cuestiones pensaba cuando escuché pasos detrás de la puerta. Pensé que sería algún guardia que andaría figoneando por entre los calabozos, pero resultó ser un fraile del Santo Oficio que venía a ver a la niña Margarita. Al cruzar la puerta me miró con gesto algo enfadado y dijo:

—¿Qué hacéis aquí?

—Soy el carcelero, vuesa merced —contesté—. He venido a traer la comida de la niña.

El fraile arrugó el entrecejo y resopló de mala gana. Entonces su rostro me vino a las mientes y recordé que ya le tenía visto el pelo hacía algunos meses. Su nombre es fray Villena y pertenece a la orden de los dominicos. Por lo que sé, de vez en cuando se encarga de la defensa de algunos reos que están aquí. Ahora el Santo Oficio lo ha puesto como defensor de Margarita, y no es que quiera ser pajarero de mal agüero, pero si queréis saber mi opinión, el asunto ya me huele mal de entrada. Aunque suene

indiscreto decirlo, corren rumores de que este fray Villena es algo zorro y de mal genio. Yo lo he visto apenas tres o cuatro veces en mi vida, pero os puedo asegurar que no me fío gran cosa de él, y creedme que para esas cuestiones vuestro Felipe tiene ojo artero y buen olfato, que como dice el refrán: por la cagada que hay en el suelo se conoce el pájaro que está volando. El frailuco este más bien parece víbora que cristiano, y si me perdonáis la osadía, tal vez debiera llamarse Villano antes que Villena.

El caso es que el muy ladino pareció molestarse conmigo, señaló la comida de la niña y dijo:

—Veo que la prisionera ya ha tomado su ración. Así que marchaos de inmediato y dejadme solo con ella.

Yo estuve por soltarle una buena palabrota, de esas que ofenden hasta el hueso, pero me contuve de hacerlo pues fray Hernando siempre dice que no debo insolentarme con los miembros del Santo Oficio. Así que cerré el pico y me tragué el juramento. Fray Villena se hizo a un lado de la puerta para indicarme que me largara de allí.

—Estoy esperando —dijo con un bufido.

Entonces me dispuse a irme, pero antes cogí un trapo que siempre llevo conmigo y lo pasé sobre la mesa para quitar los restos de comida. Mientras lo hacía me incliné hacia Margarita, la miré por el rabillo del ojo y le susurré:

—¿Te gustan las flores?

—Sí, mucho —respondió ella.

—Entonces mañana te traeré algunas de mi jardín.

Ella sonrió apenas y dijo:

—¡Vale, Felipillo! Pero no te olvides de los dulces...

Luego dejé el calabozo, maldiciendo al frailuco entre dientes, y seguí mi trabajo repartiendo la comida al resto de las celdas.

Y aquello fue todo, señora mía. Pese al mal trago con fray Villena, debo confesaros que me siento dichoso por demás, pues al fin he logrado ganarme la confianza de Margarita. Espero que vos también hayáis compartido mi alegría a través de esta carta. ¿Quién sabe? Tal vez algún día tengáis oportunidad de conocer a la niña en persona, y estoy seguro de que os encantarán sus modales y su hermosura. Por hoy termino estas páginas, pero prometo teneros al tanto de lo que ocurra con ella. Os envío un caluroso saludo y hasta la próxima.

CAPÍTULO 34



Señora mía, ¿por ventura habéis sido embaucada alguna vez? Quiero decir, ¿algún bribón de los que nunca faltan os ha querido vender un jamelgo o escamotear vuestros dineros con engaños y falsedades? Ciertamente es cosa de mucho enfado, pues nadie gusta que le anden hurgando en los bolsillos, y menos aún esos pérfidos y granujas que hacen su agosto exprimiendo las arcas ajenas.

Pues bien, aunque os parezca mentira, hoy mismo vuestro Felipe ha sido víctima de uno de esos sacatripas que tanto abundan en los mercados de aquí, y que por todo oficio se dedican a inventar anzuelos con que cazar a los tontos. Pero dejadme contaros lo que sucedió, que al menos de ese modo se me aliviará un poco el enojo.

Había ido yo al mercado como todas las semanas a comprar algunos vegetales y un poco de cerdo para hacer puchero, cuando me salió al encuentro uno de esos gitanos de feria que siempre andan de aquí para allá comerciando sus baratijas. Ya los habréis visto por todas partes, ¿no es así? Pues bien, a decir verdad éste no vendía ni compraba nada, pero en cambio tenía una pequeña mesa de madera y sobre ella se dedicaba al trile, que es aquel juego en el que hay que adivinar bajo cuál de los tres cubiletes está la bolita. Si queréis saber la verdad, yo nunca me he fiado de esa clase de pillerías, pues la mayoría de las veces hay mucho de astucia y engaño en quienes las hacen. Pero lo cierto es que le vi tal cara de mentecato al gitano que me dije a mí mismo: a este pollo hasta un ciego lo despluma. Después de todo, el juego no es tan endiablado como parece: sólo hay que estarse atento y abrir bien los ojos. Así que acepté la porfía, eché unos dineros sobre la mesa y lo dejé hacer con sus cubiletes.

Debo confesaros que, aun con esa cara de borrico, el muy ladino era bastante ligero con las manos. Movía los cubiletes con tal velocidad que por un momento pensé que me haría tragar el anzuelo y tendría que dejarle mis dineros. Pero yo había seguido el juego con gran cuidado y estaba seguro de saber dónde estaba la bolita. Cuando al fin dejó de menear sus cubiletes me dijo:

—Bueno, tú dirás bajo cuál de los tres está.

Yo me rasqué la barbilla durante un segundo y casi sin dudar señalé el cubilete del medio. Entonces el gitano sonrió de oreja a oreja, luego alzó el dicho cubilete, ¿y qué creéis que había allí debajo? Pues nada, señora mía, ni la más pequeña mota de polvo.

Como imaginaréis, me quedé atolondrado y sin habla, pues hubiera jurado por los huesos de mi madre que la bolita estaba en ese sitio. Pero entonces me olí la patraña, volví de golpe los otros dos cubiletes y allí tampoco había ni el menor rastro de la bolita. «¡Ah, cabrón malparido! Conque te quieres pasar de astuto, ¿verdad?». Sin decir una palabra levanté la cabeza y lo miré con tal ojeriza que el gitano se puso verde del susto. Os juro que en ese momento me vinieron ganas de molerlo a palos, que a veces es la mejor forma de enderezar entuertos y escarmentar a esta clase de pillos. Pero luego se me aquietaron los ánimos, que tampoco es cuestión de liarse a golpes por tan poca cosa. Entonces cogí mis monedas de encima de la mesa y me largué sin abrir la boca.

Pero allí no acabaron las cosas, señora mía. No había alcanzado a dar tres pasos cuando me di la vuelta y vi que el muy sinvergüenza ya tenía a otro en el saco. Esta vez era un mozuelo con cara de ingenuo al que el gitano estaba embrollando con sus discursos de siempre. Pero esta vez no se salió con la suya. Giré sobre mis pasos, volví al puesto y sin decir esta boca es mía le solté un tal puñetazo en la quijada que le dejé bailando los dientes. El muy granuja quedó atontado y sin ganas de articular palabra, no fuera a ser que abriera la boca y escupiera alguna muela.

¡Dios me asista, señora mía, que no puede uno andarse con descuidos en ningún lado! Y a propósito de ello, ¿habéis visto cómo está nuestra España en estos días? A fe mía que jamás la he visto tan mísera y descalabrada. Hoy parece que todo es ruindad y avaricia. Las gentes van al dinero antes que a la honra. En la feria el buhonero hace trampa con sus balanzas, el tendero os vende harina con gorgojo y el boticario os engaña con sus preparados, que ya sabéis cuánto se dora la píldora en estos tiempos.

¿Y qué decir de otros muchos oficios? Ahí tenéis la herrería, por ejemplo, que siempre ha sido oficio honrado y de gentes nobles, pero si resulta que hoy en día entráis en uno de los muchos talleres que hay en la ciudad, de seguro pillaréis al herrero echando no sé cuántas porquerías a la fragua, de tal suerte que luego os sacará unas dagas y cuchillos que se mellan al primer golpe. ¿Y de los médicos? ¿Qué decir de la mayoría de ellos? Si se padece un simple dolor de estómago, o una leve calentura, o un resfriado común y corriente, los cuales podrían atajar y remediar con

una medicina cualquiera, o con dos días de ayuno, o con un poco de agua azucarada, pues no, mandan al pobre enfermo a comprar decenas de polvillos inútiles, pastillas que no sirven para nada y unguentos de todos los colores, y todo ello porque están arreglados con los boticarios, que después de vender sus medicinas les dan a cambio un jugoso porcentaje.

No, mi señora, ya no se hacen las cosas como antes, cuando había amor por el oficio y hasta el más pobre mercachifle era gente honrada y virtuosa. En nuestros días cada uno va a lo suyo, que es llenar la alcancía y si te he visto no me acuerdo.

Pero eso no es todo por desgracia. Nuestra España nunca ha estado tan pobre como ahora. ¿Habéis visto la plaga de mendigos y pordioseros que hay en las calles? Que yo recuerde jamás ha habido tantos en estos reinos. Andan de casa en casa y de iglesia en iglesia pidiendo pan, monedas, vestido, zapatos, y además lo hacen con tales lloriqueos y lastimerías que ablandan hasta al más avaro. Algunos han hecho todo un arte del mendigar: por atrapar alguna moneda le enseñan a hacer piruetas a un mono, alquilan niños para lo que venga a cuento y hasta simulan estar enfermos de tisis, viruelas o tercianas. Otros mandan a sus propios hijos a pedir limosna, y bien enseñados que los tienen: hay quien viste a su pequeño de harapos, le calza un sombrero sucio en la cabeza, le tizna el rostro con leña quemada y así lo echa a las calles para que dé lástima a los caminantes. Yo he conocido a un rufián que tenía hasta treinta niños que trabajaban para él. Los recogía en la calle y les enseñaba a fingir una enfermedad, a hacerse llagas en la piel, a hincharse una pierna, tullirse un brazo y mil invenciones más que movieran a piedad.

Pero si esto os llena de indignación, mucho peor está el asunto de los robos. Ya habréis notado cómo está la ciudad de rateros y bandidos, ¿no es así? En verdad no puede uno andar de noche sin que lo asalte una cuadrilla y le robe hasta las barbas. En ciertos barrios hay tantos ladrones y cortabolsas que se despluman entre ellos, y lo peor del caso es que no andan con las manos vacías, que hasta el más inocente lleva puñal de acero toledano. Creedme, se juega uno el pellejo a cada esquina. ¡Ya ni los guardias se animan a salir de ronda! Y no es que sea blando el castigo para los rateros, que cada dos por tres se los manda a la cárcel o van a dar a las galeras del rey. Pero no pasa mucho tiempo sin que tornen a brotar como la peste misma, amén de que algunos alcaldes los meten presos y los vuelven a soltar, no por ser liberales con ellos, sino para que salgan a robar de nuevo y haya más que quitarles después.

Así están las cosas, mi señora. La miseria por todos lados se extiende y a todo el mundo alcanza, aun a los más acomodados, que yo he visto a más de un ricachón venirse a menos de la noche a la mañana y pasar de comer manjares a sufrir estrecheces.

Y ahora bien, ¿os preguntaréis por qué demonios anda así nuestra España? Pues yo os diré la respuesta con todas las palabras: a fe mía que la culpa de ello la tiene el rey. Sí, como lo escucháis, mi atenta e indignada señora. No en vano dicen por ahí que ese Felipe es el mayor de todos los ladrones que hay en esta tierra. Lo que mejor

sabe hacer es desvalijar al pueblo y chuparle la sangre hasta la médula. Y si no lo creéis, fijaos nada más en los impuestos: ya no hay quien soporte tanto arancel, tanto tributo y tanta alcabala sobre sus hombros, y no es que vuestro Felipe deba pagar tales cosas, pero a diario oye a los tenderos y mercaderes poner el grito en el cielo por tales abusos: que ya no se puede trabajar, que a dónde diablos irán a parar mis dineros, que ya no se gana ni para reponer mercaderías y otras muchas protestas de esa guisa. Hay quien dice que todo es a causa de la guerra, que es preciso armar barcos y ejércitos para combatir al turco y no sé qué otras charlatanerías. Pero decidme una cosa: ¿vale la pena ir a hacer la guerra allá, en esos sitios tan remotos y alejados, cuando aquí en nuestra propia España todo se viene abajo de tan viejo y ruinoso? Yo no sé nada de ello, pero me figuro que esas políticas no hacen más que dañar al pueblo y enriquecer a los poderosos, que por ventura siempre son los amigos del rey. Y si no estáis de acuerdo conmigo, tomaos la molestia de echar una mirada a la ciudad. En los últimos tiempos todo se ha empobrecido a causa de la guerra: cada vez hay más animales muertos en las calles, se junta la basura en cada esquina y los zanjones apestan a estercolero. En cambio, algunos palacios nunca han estado tan relucientes como ahora, que hasta me han dicho que en varios de ellos hay tuberías de agua que corren bajo el suelo y basta con abrir una llave para que salga fuera.

Así está nuestra España a causa de ese Felipe, señora mía. Vayáis por donde vayáis, todo el mundo habla pestes de él: que es un desmañado patán, que ha perdido las riendas de España, que bien haría en gobernar el reino en lugar de andar revolcándose con todas las damiselas de su corte, pues ya bien dicen que no le hace ascos ni a la más fea. Habréis oído de los muchos bailes y celebraciones que se organizan a cada rato, ¿verdad? Últimamente anda en boca de todo el mundo que esa corte es como una juerga: que hoy una comilona con embajadores, que mañana baile de disfraces, que pasado la boda de la infanta. Y así con todo, mi señora, que mientras España va camino a su perdición, aquel señor anda de jarana en jarana sin que nada le importe un comino.

Pero en fin, ya habrá de verse en qué acaba todo esto, aunque si las cosas siguen de esta manera, tarde o temprano el reino entero irá a dar al traste con Felipe y todo. Yo por mi parte no le veo salida al asunto, a menos que el rey coja de una buena vez las riendas del gobierno y se deje de tanto festín y holgazanería. Pero es como le oí decir a un reo alguna vez: «Mal podrá manejar a España ese Felipe si apenas ha podido hacerlo con su hijo». Y a fe mía que no andaba errado el fulano. ¿Recordáis por ventura las trapisondas de aquel don Carlos? Era un mozuelo tan engreído y malcriado como su padre. En los pocos años que vivió no dejó fechoría por hacer. Dicen que no andaba bien de los cascos, pero además era glotón, manirroto y ladronzuelo. Robaba los caballos de su padre y los montaba hasta matarlos a espuelazos. Y para colmo era tan gruñón y cascarrabias que se inflamaba de ira ante cualquier tontada. Cuentan que todos los días salía a recorrer los pasillos de la corte, y no bien se le cruzaba algún noble o alguno de los grandes de España, el muy bruto

se le echaba encima puñal en mano para amenazarlo. Más de uno se habrá llevado un susto como para hacérselo en los calzones. ¡Si hasta el propio rey lo hizo ver por cuanto médico le estuvo a mano! Durante meses lo llenaron de ungüentos, le practicaron sangrías y hasta lo hicieron dormir en su cama con el cadáver de un santo por ver si recuperaba la compostura. Aun así no hubo caso, de modo que al fin su padre lo hizo encerrar en una torre del Alcázar. Pero incluso con esto el mocosito seguía emperrado en lo suyo. Dicen que trataba de matarse engullendo piedras que luego devolvía a fuerza de purgas. Un día la tripa no le aguantó más, cayó enfermo de calenturas y murió al poco rato, lo cual, si me disculpáis la osadía, fue una suerte para todo el reino, pues cuando piensa uno en que aquel don Carlos era el heredero del trono de España, pues se le erizan hasta los pelos de las orejas. Imaginad a ese principillo hecho rey y entenderéis de lo que hablo.

En suma, que no pocos disgustos tenemos ya con el rey que nos ha tocado en desgracia. Decid que vuestro Felipe es viejo y ha hecho su vida, que de lo contrario se iría de estos reinos lo antes posible. ¿Adonde? Pues a cualquier sitio, que hasta el mismísimo infierno ha de ser más grato que esta España. Os confieso que alguna vez he soñado con hacerme a la mar y viajar, tal vez a África, o mejor aún a las Indias. ¿Habéis pensado en ir allá alguna vez? Desde que aquel Colombo descubrió esas tierras todo el mundo parece querer conocerlas. Dicen que allá todo es riqueza y abundancia, que hay montañas de esmeraldas y que el oro se coge de la tierra. Yo he visto a más de un aventurero que se ha pasado algunos años allá y ha vuelto con los bolsillos a reventar. Pero a decir verdad, también se rumorea que la vida es dura, que hace mucho calor, que hay infinidad de alimañas, mosquitos y serpientes que pueden tragarse a un cristiano en menos de un credo. Y hasta he escuchado por ahí, aunque a mí me parece cosa de fantasía, que algunos de los naturales se alimentan de carne humana.

Y ahora termino esta carta de una vez, que ya bastante me he quejado por el día de hoy. Espero no haberos causado mucha molestia, señora, pero a veces es bueno desahogarse de tantas desgracias. Recibid mis saludos y hasta la próxima.

CAPÍTULO 35



¡Ay, señora mía! ¿Habéis pensado alguna vez en que la alegría y el dolor son hermanos inseparables? Nunca debe uno olvidarlo, y menos aún cuando se halla en lo alto de esa gran rueda a la que llaman Fortuna, pues ya sabéis cómo es de antojadiza y endiablada, que hoy os tiene arriba, gozando las alegrías de este mundo, y mañana de repente da una voltereta para echaros fuera, en manos de la desgracia.

¿Os preguntaréis por qué digo tal cosa? Pues no por mero capricho, os lo puedo asegurar. Sucede que en mi última carta os contaba acerca de la niña Margarita, ¿lo recordáis, verdad? Os hablaba de cómo al fin he podido ganarme su confianza y de cuán afortunado me he sentido por ello. Pero ya bien dicen que cuando hay felicidad, presto vendrán las desdichas. No es que quiera atormentaros con mis penas, que vuestro Felipe no es hombre de andar quejándose ni flaqueando ante la adversidad. Pero es que hoy por la mañana ha sucedido algo tan terrible que se me añuda la garganta de sólo recordarlo. Ya han pasado varias horas, y sin embargo aún no he podido recobrarle de tan funesto episodio.

Os confieso que dudé mucho antes de empezar a escribiros esta carta. Pasé largas horas dándole vueltas al asunto, con el papel sobre la mesa, mordisqueando el cañón de la pluma y mirando el tintero sin decidirme a escribir una letra. Pero a fin de cuentas me ha vencido la desesperación y he decidido hacerlo. Ahora es casi medianoche y estoy solo, alumbrado por una débil lamparilla de aceite que apenas me deja ver el papel, pero resuelto a contaros todo de un tirón. Sólo espero que sepáis disculpar mis rudezas al escribiros, pero siento que si no lo hago quizá termine

enfermo de locura.

Y ahora al grano, que ya demasiados rodeos habéis soportado.

Señora mía, estoy preso en un calabozo. Así es, tal como lo escucháis. Vuestro Felipe se halla encerrado en una de las celdas del edificio desde hoy por la tarde. Encerrado a causa de su torpeza y cortedad de genio, que de seguro a otro más avisado que yo no le habría sucedido tal cosa. Y aunque no lo parezca, ahora os escribo apretando los dientes de furia, pues no estoy aquí por alguna picardía menor, por haberle faltado el respeto a un fraile o haber insultado al rey, sino por un delito de mucha cuantía que sólo un despreciable tonto y canalla como yo podía haber cometido. Pero dejadme que os lo cuente todo en detalle y desde el principio, y no os enfadéis si mi letra parece ilegible, pero es que aún me da vueltas la cabeza y mi pulso tiembla al escribir.

Todo el asunto comenzó en la media mañana de hoy. Hasta ese momento había sido un día como cualquiera en estos sótanos. Yo había dejado mi cama bien temprano, apenas con la salida del sol, pues como todos los viernes debía ir a la feria que está junto a la plaza a comprar algunas cosillas para los padres, ya sabéis, galletas, vino, queso, algo de pan y todas esas cosas. Por cierto, debe uno ir lo más temprano que pueda a esos sitios, si es posible a la hora en que abren las barracas y la mercadería aún está fresca, pues al poco rato ya quedan las sobras y el tendero os despacha lo que se le antoja.

Pero disculpadme por haceros perder el tiempo con estas cosas, que ésa es harina de otro costal. El caso es que al regresar de la feria llevé toda la mercadería hacia la cocina, me estuve un rato hablando de bueyes perdidos con la Zunilda y más tarde bajé a dar una barrida a los pasillos del sótano, tal como suelo hacer a la mitad del día.

Pues bien, en ésas estaba, limpiando los suelos a golpe de agua y escoba y silbando una tonadilla de esas que yo me sé desde niño, cuando de pronto alcé los ojos y vi a fray Villena viniendo por uno de los corredores. Por si no lo recordáis, es aquel fraile de malas pulgas que el Santo Oficio ha puesto como abogado de la pequeña Margarita. Me supuse que habría estado con ella, pues el pasillo por donde venía daba a la celda de la niña, y no hay otro calabozo ocupado en esa parte del sótano. La cuestión es que fray Villena pasó junto a mí como una exhalación y sin mirarme siquiera. Aquello me fastidió un tanto, que no es uno tan de piedra como para no merecer saludo. Pero a continuación me dije: «¡Al diablo con ese cretino! ¿A qué hacerse mala sangre por una reverencia de más o de menos?». De modo que hice a un lado el asunto y seguí barriendo los suelos.

Pero pasado un momento algo raro sucedió. Ya estaba a un tris de acabar con mis baldes y escobas cuando oí ruidos extraños al final del pasillo. Al acercarme hacia allá vi que provenían del calabozo de Margarita. Se oían como gemidos, o al menos eso fue lo que me pareció, pues en los últimos tiempos ando un poco duro de oído y no acierto a escuchar demasiado bien. La cuestión es que para salirme de dudas me

arrimé a la puerta del calabozo, asomé los ojos por el ventanuco y ¡Santo Dios! Lo que vi fue a la niña Margarita echada en un rincón, acurrucada como un animalillo y temblando de miedo. No imagináis mi desesperación en ese momento. Presto cogí mi llavero de la cintura y empecé a buscar la llave para entrar, pero estaba tan fuera de mí que se me enredaban los dedos y no acertaba a dar con ella. ¡Ay, señora! ¿Por qué el Altísimo nos embrolla el seso en tales momentos? El asunto es que por fin encontré la llave, la metí en la cerradura y abrí la puerta de un empujón. Una vez dentro fui hacia donde estaba la niña Margarita y por poco doy un grito al ver lo horrible que estaba. La pobre se veía tan mal que temí le hubiera dado alguna peste. Lloraba a moco tendido, estaba sucia, tenía los cabellos revueltos y se cubría el rostro con las manos.

—¡Por todos los cielos! —le grité—. ¿Qué es lo que te sucede?

Margarita estaba tan asustada que no podía siquiera articular palabra. Pero al insistirle una vez más se quitó una mano del rostro y dijo:

—El... el padre Villena... quiso abusar de mí...

¡Virgen Santísima! Yo me quedé como atontado al oír aquello. Al principio no daba crédito a mis oídos. ¡Qué va, niña! Estaréis desvariando de fiebres, o acaso os habrá dado uno de esos arrebatos que tienen muchos aquí por causa del encierro. Pero luego caí en la cuenta, recordé que un minuto atrás me había cruzado en el pasillo con el padre Villena, y entonces de pronto me subió la sangre a la cabeza. ¡Con razón iba tan apresurado el muy sinvergüenza! En lo que dura un suspiro me puse de mil colores, los ojos se me nublaron de furia y sentí que perdía los estribos. No sé qué locuras se me cruzaron en la cabeza en ese instante, pero en lo único que pensé entonces fue en coger a fray Villena del pescuezo y molerlo a golpes hasta que no le quedara un hueso sano. Ya sabéis que yo soy de natural pacífico, pero cuando algo me hace bullir el seso, entonces pierdo la calma en un abrir y cerrar de ojos y me pongo como esos toros de lidia que, para embravecerlos, les clavan arponcillos con pólvora en la cerviz.

¡Ah, señora mía, ya me había olido yo que ese padrecito no era trigo limpio! ¡Si a una legua se le ve el plumero! El caso es que estaba tan acalorado de rabia que dejé a Margarita allí mismo, hecha un ovillo del susto, y salí del calabozo a todo correr en busca del fraile. «¡Yo a ese cabrón se la rajo de parte a parte! —me decía a mí mismo—. ¡Por todos los diablos que no le ha de quedar una sola muela en toda la boca!».

Así anduve de pasillo en pasillo como un lobo y echando humo a cada paso, hasta que al fin lo hallé justamente cuando iba a subir la escalera del sótano. Al verme venir con tales ímpetus, fray Villena se puso blanco del susto y abrió los ojos como una lechuza, pero no atinó siquiera a hacerse cruces ni a decir una plegaria, pues en cuanto lo tuve a mano le salté encima como una fiera, lo arrojé al suelo y comencé a darle de puñetazos y coscorrones en todo el cuerpo. Con una mano le apretaba el gañote y con la otra le molía la cara a golpes. Fray Villena trataba de cubrirse y chillaba como rata, pero os juro que yo estaba tan ciego y furioso que aquello me

irritaba aún más. Sabe Dios cuánto hay de salvaje en cada hombre, que hasta el propio Cristo se anduvo a latigazo limpio con los mercaderes del templo.

La cuestión es que seguí con la golpiza durante un buen rato. Ya el fraile tenía todo el cuero lleno de cardenales y escupía sangre por las narices y la boca. Estaba tan maltrecho y descompuesto que parecía un estropajo humano. Al poco rato ya había quedado sin sentido, pues por más que yo siguiera pegándole ya no reaccionaba. Os juro que aquello era como zurrar a un muñeco de trapo, o a uno de esos peles de feria hechos de paja y estopa.

En eso sentí que alguien me cogía por las espaldas y trataba de sujetarme los brazos. No pude ver quién era, pero luego llegaron otros más, me tomaron del cogote y de las piernas y me arrancaron de encima del padre Villena, y he dicho me arrancaron, pues a esas alturas me había pegado a él como una garrapata, que hasta hilachas de sotana me quedaron entre las uñas.

Los que me sujetaban resultaron ser tres guardias del edificio que habían llegado corriendo al oír los chillidos del padre Villena. Yo aún estaba fuera de mí, sudaba a chorros y trataba de librarme de los guardias, pero los tres eran hombres fornidos y me tenían sujeto hasta del último pelo. En cuanto al fraile, quedó echado en el suelo y cubierto de sangre. Tenía el rostro desfigurado y las ropas hechas jirones. Yo no sé en qué irá a parar todo esto, señora mía, pero en ese momento hubiera apostado hasta el último de mis escasos dineros a que ese frailuco jamás volvería a abusarse de nadie, o al menos lo pensaría tres veces antes de hacerlo.

El caso es que un rato después llegaron algunos inquisidores y dos o tres secretarios. Ya imaginaréis los gritos de horror ante semejante espectáculo. Al ver a fray Villena arrojado en el suelo y escupiendo sangre hasta por las orejas, uno de los secretarios se hincó de rodillas, le tomó el pulso y echó un vistazo a las heridas. Luego se puso de pie, me clavó los ojos y gritó:

—¡Eres una bestia! ¡Casi lo matas!

Yo no atiné siquiera a abrir la boca. Si el Señor me hubiera dado algo de calma habría contado todo lo sucedido con pelos y señales. Habría dicho que ese malvado de fray Villena había querido forzar a la niña Margarita, que luego había huido como un cobarde, y que aun así yo le había dado caza al pie de la escalera y dado un escarmiento como Dios manda. Pero os confieso que en ese momento estaba tan agitado y nervioso que se me atropellaban las palabras y no conseguía decir nada. Por cierto, se me había hecho tal nudo en el garguero que jadeaba como bestia de tiro. Aun así pude murmurar:

—Es que... el padre Villena trató de...

—¡Calla, bruto animal! —Me interrumpió uno de los inquisidores—. ¡Has querido matar a golpes a este hombre, y lo habrías hecho de no ser porque te lo han quitado de las manos! ¡Eres un ignorante y un bárbaro! ¡Guardias! ¡Lleven a este salvaje a uno de los calabozos! ¡Y pónganle grilletes en las manos y en los pies!

Los guardias obedecieron la orden y empezaron a arrastrarme hacia una de las

celdas, pero quiso la suerte que justo en ese momento apareciera fray Hernando. Pese a lo enorme y gordo que es, había llegado a toda prisa y boqueaba como pez fuera del agua, pero al ver a fray Villena hecho una masa de sangre y con los dientes quebrados, se le cortó el aliento de golpe y comenzó a toser. Cuando un rato después logró serenarse, se llevó las manos al pecho, horrorizado, y preguntó qué había sucedido.

—¡Fue él! —Le dijo uno de los inquisidores—. ¡Fue ese monstruo salvaje del carcelero! ¡Trató de asesinar a golpes al padre Villena! Por fortuna, Dios se lo ha impedido...

Fray Hernando se quedó helado ante la noticia. No podía creer lo que había oído y miraba al padre Villena como quien ve a un fantasma. Poco después se volvió hacia mí, arrugó el entrecejo y me preguntó:

—¿Es eso cierto, Felipe? ¿Es verdad que tú le has pegado al padre Villena?

¡Ay, señora! Nunca en mi vida olvidaré la vergüenza que sentí en ese momento. Hubiera querido que se abriera un hoyo en la tierra y me tragara para siempre. Todo el mundo me miraba con tanto odio y rencor que me creía yo el peor de los mortales. A decir verdad, aquello no era lo más importante, que si bien se mira siempre ha sido de ese modo y uno acaba por acostumbrarse al desprecio ajeno. Pero con fray Hernando era diferente. Ya sabéis que él es como un padre para mí, y aunque me sea difícil ponerlo en palabras, yo me sentía como un niño a quien su padre acaba de pillar en falta. Os confieso que me puse rojo de pudor.

—¿Es cierto, Felipe? —Insistió fray Hernando—. ¿Golpeaste tú al padre Villena?

—Sí, vuesa merced —respondí bajando la vista—. Fui yo quien le pegó.

El pobre de fray Hernando suspiró resignado y se quedó en silencio. Aún jadeaba por la carrera y el vientre se le inflaba y desinflaba como un globo. Al fin se tomó un respiro y se dirigió a mí una vez más:

—Pero dime, por Dios, ¿por qué has hecho semejante cosa? ¿Qué razón tenías para golpear de ese modo al padre Villena?

Yo hice a un lado mis vergüenzas y alzando la voz dije:

—Lo hice, vuesa merced, porque él quiso abusar de la niña Margarita...

¡Virgen Santísima! Al oír aquello toda la frailería se puso a hacer cruces en el aire. Imaginaos el espanto de los inquisidores. Uno de ellos atinó a salir corriendo hacia el calabozo de Margarita para buscarla, pero el resto se quedó boquiabierto y pasmado por la sorpresa. El propio fray Hernando se quedó sin habla y apenas podía creer lo que acababa de escuchar. Tal era su asombro que le dio un sofocón de padre y señor nuestro y casi se va al suelo del mareo.

Entretanto, el padre Villena había vuelto en sí, aunque los ojos aún le daban vueltas, tenía machucado hasta el tuétano y seguía perdiendo sangre a borbotones. Un médico recién llegado le había dado a aspirar no sé qué polvillo y al mismo tiempo trataba de quitarle la sangre del rostro con paños húmedos. Deberíais haber visto lo que parecía: tenía la nariz hecha una berenjena, los ojos a la funerala y la barba llena

de heridas. «¡Por mí que revienta —pensaba yo entre mí—, que peor daño le ha hecho a la niña Margarita!».

En eso fray Hernando pareció recobrar el semblante y se volvió hacia mí una vez más.

—Felipe —dijo con la voz algo agitada—, lo que me acabas de decir es muy serio. ¿Estás seguro? ¿No es posible que haya sido un error?

—No, vuesa merced —respondí—. Juro que he dicho la verdad. Yo no mentiría en una cosa así, y vuesa merced lo sabe muy bien.

—Espera un momento, Felipe, no te adelantes. Yo no he dicho que me hubieras mentido. Sólo digo que acaso puedas haberte equivocado en lo que viste. Tal vez estaba algo oscuro, o quizá confundiste al padre Villena con algún otro... Vamos a ver: dime desde el principio cómo fueron las cosas.

Yo aún estaba algo nervioso y tenía el hablar descalabrado, pero como mejor pude me las compuse para contarle todo desde el principio. Dije que había oído a la niña Margarita llorando en su calabozo, que había entrado a preguntarle y que tan pronto supe la causa de ello me dio tal rabia que salí tras el padre Villena a darle su merecido, y conste que no dije a romperle los huesos, que era la pura verdad, pues temí que fray Hernando se disgustara conmigo por decir cosas que no corresponden. Después hablé del resto, que no mucho más había que contar sino la tremenda golpiza que se llevó el fraile, pero cuando ya iba por el final se oyó un horrible grito en el pasillo y todo el mundo se quedó helado. Era el fraile que había ido al calabozo de Margarita y ahora regresaba haciendo tales alborotos que ni que se hubiera cruzado con el diablo. Cuando se apareció ante el resto de los inquisidores tenía el rostro desencajado y estaba pálido del susto.

—¡La niña Margarita no está en su celda! —gritó con la lengua fuera.

—¿Cómo que no está? —Preguntó alguien—. ¿Qué disparates son éstos?

—¡Pues, por los clavos de Cristo que no lo sé! —respondió el otro—. Al llegar a su calabozo la puerta estaba abierta y dentro no había ni un alma.

—¿Pero estáis seguro? ¿Lo habéis revisado bien?

—¡Hasta debajo de la cama!

Yo en eso caí en la cuenta de mi torpeza. ¡Ay, señora mía! Al salir del calabozo de Margarita había olvidado cerrar la puerta, que tan empecinado iba en alcanzar al padre Villena. La niña debió de salir lo más campante del calabozo, y vaya a saber Dios adonde habría ido luego. Os confieso que me acusé como un monje por tal majadería, pero no había acabado de pensar en ello cuando un guardia apareció detrás de nosotros con la niña cogida de un brazo. «¡Gracias al cielo!», pensé. La pobrecilla continuaba llorando de miedo y tironeaba del guardia para librarse. El hombre dijo que la había hallado un momento antes vagando por los pasillos y gritando el nombre de su abuela. A mí se me aflojaron las piernas al oír aquello. Imaginaos, tan pequeña y andando sola por esos sitios. Tan pronto se calmó un poco la niña, fray Hernando se le acercó y le acarició la cabeza con mucha dulzura. Margarita no dejaba de hacer

pucheros y miraba al suelo, pero ya no trataba de zafarse del guardia. Entonces fray Hernando le ordenó que la soltara, se inclinó sobre ella y con voz suave le preguntó:

—Dime, Margarita, ¿es cierto que el padre Villena ha querido hacerte daño?

La niña alzó los ojos pero no abrió la boca. A fe mía que aún le duraba el miedo por lo sucedido un rato antes.

—Vamos —le insistió fray Hernando—, no debes temer y verás que nada malo te ocurrirá. Nosotros estamos aquí para cuidarte, hija, y si por ventura alguien te ha hecho una maldad debes decírmelo para que lo castigemos como se merece. Háblame sin miedo alguno: dime si el padre Villena ha querido lastimarte o forzarte a hacer algo.

Entonces la niña asintió con mucha timidez.

—Sí —dijo con una vocecilla que apenas se escuchó.

—¿Y qué fue lo que te hizo? —volvió a preguntar fray Hernando.

Margarita parecía un cordero asustado y había que sacarle las palabras con tirabuzón. Pero, al fin, tras insistirle varias veces respondió:

—El... el padre Villena... me tomó de los brazos..., se... se puso encima de mí y comenzó a tirarme de las ropas..., con... con mucha fuerza..., y después me cubrió la boca para que yo no gritara... y luego...

—Está bien, hija, está bien —dijo fray Hernando—, con eso es suficiente. Quédate tranquila. Ahora te llevaremos con un médico y veremos si no tienes alguna herida.

Poco después se volvió hacia los guardias, les ordenó que llevaran al padre Villena a la enfermería y que uno de ellos quedara apostado junto a su cama. Luego habló al oído a uno de los secretarios y por fin se dirigió a mí.

—¡Ay, Felipillo, en qué lío te has metido! —Me dijo con un suspiro—. Comprenderás que después de todo esto debo encerrarte en un calabozo, ¿verdad? Por lo menos hasta que las cosas se aclaren. Tú sabes que me disgusta tener que hacerlo, pero en estas circunstancias es mi obligación.

Yo asentí sin decir ni una palabra, pues aunque a nadie le gusta el ir a prisión, y menos aún después de zurrar a un bandido como el padre Villena, desde siempre he confiado sin chistar en todo lo que dijera fray Hernando. Además, dijo aquello con tal aflicción en el alma que hasta me hizo sentir una punzada en el pecho. No sé qué pensaréis vos, mi buena señora, pero por un momento vuestro Felipe se sintió un verdadero miserable, un monstruo salvaje como había dicho antes uno de los inquisidores, y os juro que tuvo tanta vergüenza que de buen grado se hubiera hecho quemar allí mismo.

El caso es que los guardias obedecieron la orden de fray Hernando y al poco rato me trajeron hasta aquí, a este pequeño calabozo en el que me hallo ahora. ¿Quién lo hubiera dicho, no creéis? Vuestro pobre Felipe, que siempre ha vagado libre entre estos muros, ahora está metido en una celda y sin poder ver la luz del día.

Quizás os parezca un tanto extraño, pero no he sentido pesar alguno al verme

encerrado aquí. A fin de cuentas, lleva uno tantos años entre estos sótanos de mala muerte que ya no le importa un calabozo de más o de menos. Bien es cierto que al llegar la noche el asunto se hizo algo más enfadoso, y por qué negar que vuestro Felipe sintió alguna leve comezón en el vientre, pero luego se tranquilizó bastante y anduvo como gato en la oscuridad.

Y ahora dejadme contaros lo que sucedió un poco más tarde. A la hora de comer se apareció uno de los guardias del edificio trayendo mi ración de comida, y bien quejoso que venía el pobre, pues me dijo que mientras el Santo Oficio no se hiciera con algún otro carcelero, él tendría que encargarse de todas las tareas propias del oficio: barrer los pasillos, limpiar el jardín, lavar las galerías y quitar la porquería que se junta en cada uno de los calabozos.

Cerca de la medianoche escuché que se abría la puerta y alguien entraba en la celda. En verdad yo estaba entre dos sueños y tapado hasta la cabeza, pues a esas horas el frío aprieta el pellejo y cala los huesos de tal modo que ni con un brasero podéis combatirlo, pero de inmediato supe que debía de ser fray Hernando. Entonces me quité las mantas de encima y lo vi de pie junto a la cama, alumbrado por una vela que traía en la mano.

—¿Vuesa merced aquí a estas horas? —le pregunté con la voz ronca por el sueño.

Fray Hernando no dijo nada y me acercó un tazón de leche y algunos bizcochos que traía sobre una pequeña bandeja. Luego se sentó junto a mí en el catre y estuvo así unos minutos sin abrir la boca. Mientras yo bebía mi leche él miraba la llama de la vela y se pasaba una mano por la calva. Yo no me atrevía a decir palabra, y para colmo de males había tal silencio en todo el edificio que no se oía siquiera el molesto ratonerío que suele andar comiéndose el maderamen a esas horas. De pronto, sin quitar sus ojos de la llama fray Hernando aspiró hondo y dijo:

—¿Por qué lo has hecho, Felipillo? Quiero decir, ¿por qué te has comportado de esa manera tan salvaje? Tú no eres hombre de mal corazón. Es cierto que tienes tus cosas como todo el mundo, pero no andas por ahí moliendo a golpes a las personas. Casi matas al padre Villena, ¿lo sabías?

Yo sentí una gran pesadumbre en ese momento, pero os debo confesar que la presencia de fray Hernando me aliviaba mucho y gracias a ello podía estar en calma. Sin duda él es la única persona en quien puedo confiar en este mundo y hablar sin secreto.

—Sí, vuesa merced —respondí algo avergonzado—, ya sé que estuve a punto de matar al padre Villena. Pero es que en ese momento sentí que todo se nublaba a mi alrededor. Me puse tan ciego de rabia que no podía ver a cuatro palmos. Sólo quería tenerlo entre mis manos y golpearlo una y otra vez. No pensaba en otra cosa y, si vuesa merced me permite decirlo, ni siquiera me importaba que me colgaran al día siguiente.

—¡Ay, Felipe! —Suspiró fray Hernando—. No creas que no te comprendo, hijo mío. Tú has tenido una vida muy dura y espero que el Señor se apiade de ti. Pero por

desgracia la justicia humana va por otros caminos y ahora tendrás que pagar por tu error. Si quieres saber la verdad, ese fray Villena no es santo de mi devoción, y hace rato que yo mismo lo tengo entre ceja y ceja. Pero las cosas no se arreglan con una paliza...

Yo me encogí de hombros y no dije nada. Ambos quedamos en silencio una vez más, hasta que fray Hernando movió la cabeza de un lado a otro y murmuró algo que no alcancé a entender.

—¿Cómo dice, vuesa merced? —pregunté.

—Nada, nada, Felipillo, es sólo una tontería de mi parte.

Entonces yo volví a cerrar el pico y seguí bebiendo mi leche, que no tenía caso hablar en ese momento, y ya bien dicen que en boca cerrada no entran moscas. Fray Hernando también calló y acarició su rosario durante un momento y con la vista perdida en uno de los muros. Al rato pareció espabilarse y me preguntó:

—Quieres mucho a esa niña Margarita, ¿verdad?

—¡Oh, sí, mucho! —contesté—. Ha de saber vuesa merced que esa niña es como un sol para mí. Desde el primer día que la trajeron me encariñé con ella como un tonto. Pero ¿por qué lo pregunta, vuesa merced?

—Pues, acaso te haga algo de gracia, Felipillo, pero quisiera hacerte una confesión...

¡Por Dios, mi señora! Ya imaginaréis que aquello me dejó boquiabierto. ¿Dónde se ha visto que un fraile vaya a confesarse con un simple carcelero? Ni en los cuentos de hadas sucede tal cosa. Pero luego pensé que el hombre es una criatura frágil, y que a veces hasta al más pintado le flaquean las fuerzas y necesita desahogar sus penas con quien tuviere más a mano. «A fin de cuentas —me dije a mí mismo—, no es ésta la primera vez que fray Hernando me confía algunos de sus secretillos».

—Adelante, vuesa merced —le dije sin vacilar—, que yo no seré padre confesor pero al menos tengo orejas.

Fray Hernando dejó escapar una sonrisa y dijo:

—Recuerdas cuando eras monaguillo ¿verdad? Una vez me acompañaste a dar los santos óleos a un niño que estaba moribundo. Cuando salimos tú me notaste muy acongojado por él, y al preguntarme por qué me sentía así te confesé que el muchacho era mi hijo. Lo recuerdas, ¿no es así?

—Nunca en la vida podría olvidarlo, vuesa merced.

—Bien, te parecerá extraño, pero en todo el día de hoy no he podido quitarme a ese niño de la cabeza. Ya han pasado muchos años, y sin embargo su recuerdo me ha estado dando vueltas y vueltas como el primer día. ¿Y sabes por qué? Pues porque yo lo amaba, así como tú amas a Margarita, y por esa razón he pensado que si alguien hubiera querido maltratarlo o abusar de él alguna vez, es posible que yo hubiera actuado como tú esta mañana. Cristo nos enseña a perdonar y a ser misericordiosos, pero en semejantes trances yo habría mandado al diablo la piedad cristiana y perseguido a quien fuera hasta romperle el alma. Sí, Felipillo, sé que suena horrible lo

que estoy diciendo, pero quizás haya un monstruo dentro de mí, un monstruo a quien ni siquiera la fe o el amor a Dios pueden contener. Parece mentira, ¿no crees? Nos pasamos la vida entera hablando de perdonar a nuestros semejantes, de amarlos, de ofrecer la otra mejilla, pero llegado el momento actuamos como simples animales. Hasta ahora no me ha ocurrido nada semejante a lo que te ha sucedido a ti, pero te aseguro que la idea me asusta mucho. Tengo miedo de sentir ese odio y esa necesidad de dañar a alguien. Ésa es mi confesión, Felipe. No lo sé, pero quizá pueda servirte de algo...

Yo no supe qué decir, como siempre me ocurre en estos casos. Además de que soy corto de entendimiento, vi que fray Hernando estaba tan contrariado que nada podría quitarle sus penas de encima. Hasta me pareció que se pondría a llorar en cualquier momento. Estuve un rato callado y al fin, por distraerlo un poco de sus cuitas, le pregunté:

—¿Vuesa merced ha podido ver a la niña Margarita?

—Sí, la he visto un rato antes de la cena —respondió—. Aún estaba un poco turbada y no quiso comer. Pero los médicos me han dicho que pronto se pondrá bien. Y a propósito, ya no hay razón para tenerla aquí encerrada. El Santo Oficio ha hecho todo lo que era necesario y la dejará libre en dos o tres días.

Mucho contento me dio aquello y di gracias al cielo por semejante buena nueva. Pero al cabo reparé en otra cuestión no menos espinosa.

—¿Y la abuela, vuesa merced? —Pregunté con algo de temor—. Ahora que la niña quedará libre, ¿qué irá a pasar con la abuela?

Fray Hernando suspiró una vez más.

—Pues, me temo que la anciana correrá otra suerte, Felipe. He podido echar un vistazo a los expedientes de su caso y, a decir verdad, no parece haber mucho en su favor. Si quieres mi opinión, dudo que el tribunal la absuelva.

—¡Pero vuesa merced, la niña está sola y no tiene a nadie más en este mundo! ¿Adónde irá la pobrecilla cuando salga?

—Por eso no debes preocuparte, Felipe. Ya hemos pedido a las hermanas de la Merced que se hagan cargo de ella.

—¿Y la han aceptado?

—Oh, sí. Están contentas de poder tenerla en su convento.

Os confieso que no supe si alegrarme de aquello, mi señora, que ya habréis oído de las muchas hablillas que corren acerca del convento de la Merced. Dicen las malas lenguas que se tiene allí a las niñas como esclavas, por no hablar de que pasan hambre y ven la luz del sol a cada muerte de obispo. Entre vos y yo, no me acaba de convencer que Margarita vaya a dar a un sitio como ése. Pero en fin, si no hay más remedio, que sea lo que Dios quiera, que al fin y al cabo siempre es mejor enviarla a un convento que dejarla sola en este mundo, o en manos de esos rufianes que andan a la caza de niñas en estos tiempos. Sólo espero que las hermanas la traten con dulzura y no le hagan pasar hambrunas.

—Olvidaba decirte que Margarita me ha preguntado por ti —dijo fray Hernando.

—¿En verdad, vuesa merced?

—Así es. Y se ha puesto muy triste al saber que estabas en un calabozo.

—Vuesa merced debe decirle que no se preocupe por su amigo Felipillo, que ya el tiempo arreglará las cosas. Ah, y si no quiere comer, pues que le lleven dulces y pastelillos. Verá vuesa merced cómo de pronto le viene el apetito.

Luego seguí bebiendo mi leche a grandes sorbos hasta casi acabar el tazón entero. Sin embargo, al cabo me empezó a rondar una idea en la cabeza y me olvidé de todo lo demás. Me preguntaba qué suerte correría yo mismo de aquí en adelante, quiero decir, en qué demonios iría a dar todo este asunto del padre Villena, y si fray Hernando acaso sabría algo de ello. Entonces me despaché el tazón de leche hasta la última gota, sequé mis labios con la manga de la camisa, que no es cosa que esté bien vista pero al diablo con ello, y pregunté:

—¿Vuesa merced sabe qué pasará conmigo de aquí en adelante?

Fray Hernando puso una mano sobre mi hombro y me miró a los ojos.

—Aún es muy pronto para saberlo, Felipe —me dijo—, pero temo que las cosas no van nada bien. Has golpeado a un fraile del Santo Oficio y eso es una falta muy grave. De seguro fray Villena no se quedará de brazos cruzados. Cuando se reponga hará la denuncia y entonces quedarás en manos de la justicia secular. Eso quiere decir que te juzgará un tribunal ordinario, pues el Santo Oficio sólo tiene competencia en asuntos religiosos. Por lo pronto te llevarán a alguna otra prisión del reino.

—¿A otra prisión? ¿Y cuándo me enviarán allá?

—Posiblemente mañana por la tarde...

¡Cielos, mi señora! ¿Habéis oído esto? Quiere decir que no sólo me sacarán de este edificio para enjaularme en algún otro, sino que me las veré con un tribunal ordinario, lo cual no me hace ninguna gracia, por supuesto. Tengo entendido que esa clase de tribunales son harto despiadados con las gentes de baja condición. Por cierto, es fama que muchos jueces tienen mano de hierro con los delincuentes, y que allí no funciona eso de pedir clemencia, como hacen algunas mujeres que van a ver al juez, y con dos lágrimas y tres pucheros le tuercen la sentencia. Allí, quien ha cometido delito se las ve más negras que en boca de lobo. Por lo demás, dice fray Hernando que el padre Villena también irá a juicio por lo de Margarita, pero si queréis saber mi opinión, apuesto a que se llevará tan sólo una reprimenda y sanseacabó. La suerte no es amiga de los pobres, mi querida señora, y a veces me pregunto si el Señor, al menos, tendrá eso en cuenta para la otra vida.

Sea como fuere, la cuestión es que ya morían las velas y fray Hernando comenzó a despedirse de mí. Sin duda estaba muy apenado y lloroso por todo este asunto. Ya os he dicho que es hombre bueno y tiene el alma sensible, de modo que sufre esta cuestión como si fuera en carne propia. Tras ponerse de pie recogió el tazón de leche y me dijo:

—Debo irme ya, Felipillo. ¿Deseas que te traiga alguna manta o algo más de

leche?

—No, vuesa merced, con lo que tengo aquí es suficiente. Sólo quisiera, si no es mucha molestia, unas pocas cuartillas de papel, una pluma y algo de tinta.

—¿Por ventura será para escribirle a esa dama de la que tanto me has hablado?

Yo asentí con la cabeza.

—Muy bien —dijo fray Hernando—. Si eso quieres, ahora mismo te lo haré llegar con un guardia. Después, cuando termines de escribir tu carta, avísame de inmediato, que yo mismo vendré a recogerla y personalmente me ocuparé de que llegue a manos de esa dama. De paso veremos si es tan bonita como dices... Y ahora descansa, que el Señor velará tu sueño.

Luego fray Hernando dejó la celda, murmuró algo a oídos del guardia de la entrada y por fin se perdió por el pasillo. Yo me recosté una vez más sobre el camastro y me puse a pensar en lo infortunado y necio de todo este asunto. Estoy seguro de que todo hubiera sucedido de otro modo si vuestro Felipe no fuera tan simple y corto de genio. De seguro, a otro más avisado que yo no le habría ocurrido algo semejante y ahora estaría libre como un pájaro. Pero luego dejé de pensar en ello, pues no había pasado un cuarto de hora cuando apareció el guardia con la tinta, el papel y la pluma entre las manos. Deslizó todo con gran cuidado a través del ventanuco y luego se marchó. Entonces yo acomodé las cosas en una mesilla y me prometí escribiros una carta por la mañana para contaros todo esto, pero a decir verdad ya se me había quitado el sueño y preferí comenzar en ese mismo instante.

Y bien, señora mía, aquí estoy ahora, llegando al final de esta larga y desgraciada carta. Os ruego perdonéis a este humilde siervo si os ha afligido con sus cuestiones, pero nadie más hay en este mundo a quien pueda contarlas.

Ahora está por amanecer y por fin me ha venido algo de sueño, de modo que iré a recostarme y a dormir un poco. He puesto por cabecera las calzas y el jubón, que ni almohada me han dado y he olvidado pedir una a fray Hernando. Mañana le entregaré esta carta y espero que llegue pronto a vuestras manos. Tal vez sea la última que os escriba, pues sabe Dios si me dejarán hacerlo desde la otra prisión.

Y ahora me despido de una vez, señora mía, y no os olvidéis de vuestro Felipe, que vayan como vayan las cosas él jamás se olvidará de vos.

CAPÍTULO 36



Mi querida y amable señora:

Aunque os cueste creerlo, aquí está vuestro Felipe una vez más. ¿Verdad que estáis sorprendida de que vuelva a escribiros? Pues para qué negarlo, si a mí mismo me ocurre otro tanto. Ayer mismo temía no poder volver a hacerlo, y por cierto que me lamentaba de ello con toda el alma, pero ya veis cuán antojadiza es la suerte, que nunca sabe uno en qué irá a dar el día de mañana.

Os preguntaréis qué ha ocurrido, ¿no es verdad? Pues a fe que ni yo mismo me hago una idea. Como os decía apenas ayer, se suponía que hoy por la tarde me sacarían del palacio inquisitorial y que luego me llevarían a otra cárcel, por aquello de que debo ser juzgado por un tribunal ordinario. Pero el caso es que ha pasado el día entero, luego ha venido la noche y aún sigo aquí donde siempre, en el mismo calabozo en que me han encerrado luego del entuerto con el padre Villena.

Dejadme deciros que, aun cuando me he roto el seso pensando, ni yo mismo acierto a saber el motivo. Todo el santo día no he hecho otra cosa más que esperar en vano que vinieran a buscarme. Por cierto, ya había recogido mis ropas y había hecho un petate con ellas, que siempre es bueno estar preparado y que no lo cojan a uno desprevenido. Pero en todo el día no ha habido ninguna novedad. En fin, como dicen por ahí, que cuando amanezca Dios dirá.

Por lo pronto, si algo puedo participaros es que mi primer día de encierro ha sido más que tedioso. Por la mañana se acercó a verme fray Hernando, rezó algunas oraciones, recogió la carta que os escribí ayer y luego se marchó un tanto aprisa a

ocuparse de sus otras obligaciones. No sé si será mi imaginación, pero la verdad es que lo he notado algo más inquieto que de costumbre. Vaya uno a saber, tal vez andará dándole vueltas a algún caso difícil de resolver, o quizás ha tenido noticias de su denuncia al padre Fermín. La cuestión es que no tuvo tiempo de quedarse, aunque me prometió que reservaría un minuto del día para salir del palacio y llevaros la carta de ayer.

Más tarde apareció en el calabozo aquel guardia que han puesto como carcelero. El pobre no ha hecho un día de trabajo y ya no da abasto con tanto menester a cuestras. En esta ocasión venía a traerme mi almuerzo, y si no fuera porque aún estoy vivo y coleando, hubiera jurado que se trataba del último, ese que dan a los condenados antes de quitarles la vida, pues a fe mía que más parecía banquete de príncipe que ración de prisionero. Me trajo una gran bandeja con varios platos: sopa con pedazos de tocino, un trozo de queso, jamón, dos chorizos, asaduras de cordero, pan y una buena provisión de frutas.

—Todo esto te lo manda la Zunilda —gruñó desganado.

¡Por todos los cielos! Gran contento me dio aquello por venir de la Zunilda, que tendrá sus cosas como toda mujer, pero si de algo estoy seguro es de que nunca me dejaría morir de hambre aunque estuviera yo en el último de los infiernos. Además, todo estaba como para chuparse los dedos, de modo que me puse a dar cuenta del banquete sin más tardanza y me estuve un buen rato dale que te pego a mandíbula llena hasta quedar con el vientre hinchado.

Luego me vino tal modorra que me eché a dormir la siesta, que no hay mejor remedio para después de una buena tragantona, y cuando desperté me dispuse a aguardar a la cuadrilla que me llevaría a la otra prisión. En verdad ya no me hacía mala sangre por ello, que con ciertas desgracias más vale echarles pecho, encogerse de hombros y dejarse llevar a donde la suerte diga. Pero pasaron las horas, vino la noche y como ya os dije no apareció ni un alma en el calabozo.

Así es que a fin de cuentas vuestro Felipe aún no se ha movido de aquí. Sigue enjaulado en la misma celda de siempre y vaya a saber Dios hasta cuándo. Me pregunto qué habrá sucedido allá fuera que hasta ahora no han venido por mí. Quizá no hay más sitio en la otra prisión y ha de esperarse a que reviente alguno para tener una celda libre. O quién sabe, tal vez el asunto se ha embrollado más de la cuenta y aún no han resuelto nada. Ya se sabe que estas cuestiones judiciales tienen más enredos que tela de malla, y a veces dan tantas vueltas que puede uno morir de viejo esperando a que le caiga la sentencia. Después de todo, vuestro Felipe no es más que un don nadie, un pelagatos, una polilla de bodegón, y a nadie le importa que se pudra encerrado en estos calabozos.

Sea como fuere, señora mía, ruego a Dios que los jueces no se olviden de este pobre pecador, y no es mero deseo de mi parte, pues yo recuerdo cierta vez en que el Santo Oficio extravió los papeles de un prisionero, y como el pobre no abría la boca por ser hombre algo tímido y un tanto corto de genio, acabó por irse a la tumba sin

que nadie se diera cuenta. Vuestro Felipe no irá a caer en ello, que antes gritará tan fuerte que lo oirán hasta en Pamplona, pero os diré que sólo pensar en esa idea me produce escalofríos en la espalda. Como dicen por ahí, al freír los huevos se verá, que por mejor explicación quiere decir que en algún momento dado habrá de saberse por fin cómo acaba este asunto.

En cuanto a mí, os diré que me tiene sin cuidado el estarme aquí o en algún otro calabozo. Qué más da éste o aquél si todos son iguales: cuatro muros, una puerta, un ventanuco y apenas un rayo de luz, y eso si tenéis mucha suerte, pues la mayoría están hechos de tal modo que el sol no los toca en todo el día.

¡Pero al diablo con tanto pataleo, que no es cosa de hombres el estarse rezongando a cada rato! Ya os he dicho que todo esto me da igual, y mientras haya buena comida, una cama y abrigo suficiente, me estaré satisfecho en cualquier celda. Lo que en verdad me inquieta, señora mía, es estarme sin noticia alguna de cuanto sucede allá afuera. Le eriza a uno los pelos el no saber lo que está ocurriendo. Os diré que no pasa un minuto sin que me pregunte qué harán conmigo los jueces, qué tribunal me tocará en gracia o en desgracia y con qué pie se levantará el juez el día de la sentencia, que espero sea el derecho si Dios quiere, pues si lo hace con el izquierdo, o si anda de mal humor ese día, o si acaso está enfadado, o molesto, o ha reñido con su esposa por la mañana, ¡ay, Dios mío, que a vuestro Felipe no lo salva ni el Espíritu Santo! Ya me figuro que me esperará el cadalso a la vuelta de la esquina, o en el mejor de los casos, si el tribunal se muestra piadoso y clemente, lo menos que harán es ponerme unos cuantos años a la sombra. Y si ello ocurre, ¿qué será de vuestro Felipillo cuando salga? ¿Cómo irá a ganarse el pan si no conoce oficio alguno más que el de carcelero? Acaso deba salir a mendigar a las calles, andar de puerta en puerta recogiendo limosnas como hacen muchos hoy en día. Pero os confieso que no le veo el hilo a ese ovillo. No es que el mendigar sea oficio indigno, que no le hace mal a nadie y hasta el propio Cristo andaba de pordiosero entre las gentes. Pero como ya sabéis, apenas rinde para comer, y eso cuando hay suerte, que no todos los días pasa un alma generosa y os deja algunas monedas. Ya se ve por qué muchos mendigos acaban de ladronzuelos. No, señora mía, tales cosas no aprovechan a vuestro humilde Felipe. ¿Os lo imagináis haciendo el ratero por las calles, escamoteando maravedíes a algún distraído o hurtando un mendrugo de pan en la feria? O peor aún, ¿lo veis como un embaucador profesional, tramando embustes de gitano y engañando a las gentes? Pues la verdad es que más vale morirse de hambre antes que andar como ave de rapiña. Además, bien se sabe que todos esos picaros, manilargos y cortabolsas nunca terminan bien. Al final son conocidos en todo el vecindario, y el día menos pensado les cae una cuadrilla de guardias, los muelen a golpes y de nuevo a la cárcel. No, mi señora, que el pillaje no es buen negocio ni da provecho alguno, a no ser moretones, magulladuras y barrotes. Por eso, rogad que vuestro Felipe salga bueno de todo este asunto, que si no, pues ni quiero imaginarlo.

Y ahora me disculparéis, que estoy un poco flojo y con algo de sueño. Es cosa de

maravilla cuánto se fatiga uno de estar todo el día echado y sin mover un pelo. Mañana pondré esta carta en manos de fray Hernando y le pediré que la acerque a vuestra casa. Y a propósito, quizás os parezca un atrevimiento por mi parte, pero ¿no querríais escribirme algunas líneas? No os pido mucho, tan sólo unas pocas, apenas las necesarias para saber que estáis allí y que leéis mis cartas. Me tendré por el hombre más afortunado del mundo si lo hacéis. El propio fray Hernando podría recoger vuestra esquela y traérmela aquí. Es hombre discreto y no dirá una palabra.

Y ahora me despido de vos, mi querida señora, y os deseo que tengáis dulces sueños.

CAPÍTULO 37



Mi muy estimada señora, dejadme comenzar esta carta con una difícil pregunta: a vuestro juicio, ¿cuántas miserias puede soportar un hombre en esta vida? Ya bien dicen por ahí que el Señor aprieta pero no ahoga, o si gustáis ponerlo de otra manera, que hace sufrir a los hombres pero no para siempre. Si no me equivoco, se echa de ver en ello que tiene en justa consideración a sus fieles, pues lo que quiere decirse es que, así como da la llaga, también da la medicina. Pero con ser esto verdadero, y no será vuestro Felipe quien lo ponga en tela de juicio, lo cierto es que a veces parece que el Altísimo nos envía sólo penurias y calamidades, y ello sin daros respiro alguno, que cuando empiezan a caer las desgracias es como si anduvieran encadenadas y una llevara a la otra.

¿Os preguntaréis por qué digo semejantes cosas? Pues no será por nada bueno, claro está. Sucede que de la noche a la mañana todo aquí se ha vuelto patas arriba. Así es, mi amada señora, y por decirlo mejor, que la cosa se ha puesto fatal, pues si hasta hoy venía fea y mal barajada, ahora se ha tomado mucho peor, que llueve sobre mojado, como dicen las gentes por ahí.

Yo me he enterado hoy por la mañana. Estaba dando vueltas en la cama y me iba a levantar, cuando fray Hernando se acercó a mi celda y entró sin golpear siquiera. No sé yo si era por causa del sueño, que aún estaba medio dormido y no despegaba el rostro de la almohada, pero al verlo me pareció que traía muy mal semblante, como esos que andan enfermos de bilis y se les pone el pellejo de color amarillo. Cuando le pregunté qué pasaba me dijo:

—Te traigo malas noticias, Felipe.

Yo tragué saliva y no dije una palabra, aunque de inmediato me malicié la tormenta que se preparaba. Fray Hernando tomó asiento sobre un banquillo y se estuvo un rato en silencio, como si estuviera eligiendo las palabras. Luego volvió a ponerse de pie y comenzó a dar vueltas por todo el calabozo, hasta que por fin se sentó una vez más, respiró hondo y con mucha cautela empezó a hablar.

Si queréis enteraros de lo ocurrido, mi estimada señora, pues prestad oídos y preparaos a escuchar, que yo os contaré todo con mucho detalle, pero debo ser prudente y rogaros que os arméis de paciencia, pues en verdad el asunto es bastante espinoso y difícil de apretujar en palabras. Ya quisiera vuestro Felipe tener el habla florida y la pluma ingeniosa, pero como solía decirme el judío Martín, que en paz descansa, no he salido bien librado en la repartija, así que al grano y que sea lo que Dios quiera.

Pues bien, la cuestión es más o menos de esta guisa. Recordáis lo del asunto del padre Fermín, ¿verdad? Si la memoria no me falla, la última vez que os conté de él estaba hundido hasta el cogote y lidiando contra los ministros del Santo Oficio. Pues bien, parece que luego de muchas idas y venidas al fin ha perdido el envite, y de un día para el otro le han quitado su puesto de inquisidor. Ya se echa de ver que no le habrán aprovechado sus influencias en la corte, o quién sabe, acaso haya tomado las de Villadiego para evitarse males peores, pues como dicen por ahí, soldado que huye sirve para otra guerra. El caso es que se ha ido con la música a otra parte, y me alegro mucho de ello, que ya de sólo verlo se me revolvía el ánima. Vaya a saber en qué intrigas andará ahora, pero si de algo estoy seguro es que no tardará en hacerse con algún otro puesto dentro del Santo Oficio, pues se cae de maduro que es más astuto que una comadreja y que sabe caer de pie.

Ahora bien, ¿diréis que muerto el perro se acabó la rabia? Pues por desgracia nada de eso, mi sorprendida señora. Me ha dicho fray Hernando que el sacerdote que ha venido en su lugar es mucho peor. ¡Santo Dios, como si el otro hubiera sido un Cristo! Quien ahora estará a cargo de todo esto es un dominico llamado fray Inocencio Belarde, y no es que yo quiera burlarme de entrada, pero según parece de inocente no tiene ni un pelo.

Al igual que el padre Fermín, este fray Inocencio proviene de una de esas familias linajudas de España, descendiente de godos o algo así, de modo que es hidalgo de lustre y nacido en cuna de oro. Parece que algunos años atrás hasta fue confesor de la reina Ana. ¿Podéis creerlo? ¡Nada menos que confesor de una reina! Qué no daría uno por escuchar los pecadillos de semejante dama, ¿verdad? Pero os estaba diciendo que el hombre es un tanto difícil y de muy malas pulgas. Según me explicó fray Hernando, es uno de esos jueces duros y regañones que se andan con mano de hierro en cuestiones de herejía.

—Sí, Felipillo —me dijo—, me temo que este fray Inocencio hasta es más severo que el propio padre Fermín. ¿Sabes qué es lo primero que ha hecho al llegar? Pues

nos ha reunido a todos los inquisidores en la sala principal y nos ha dicho: «Señores, aquí no habrá indulgencias ni perdones para nadie. Si mi propia madre cayera en la herejía, yo mismo juntaría la leña para quemarla».

«Jesús —pensé yo—, ¡cómo las gasta el padrecito!». Y os diré más todavía: tal parece que antes de venir aquí ha sido inquisidor en un tribunal de Córdoba, y que allá puso en tal azote y descalabro a los vecinos que toda la ciudad se alzó en rebeldía. Entre plegaría y plegaria se ponía a descuajeringar infieles, por eso de que a Dios rogando y con el mazo dando. Y tan miedosas estaban las gentes que hasta se dice que evitaban llamar a sus gallinas diciendo «pío, pío», no fuera a ocurrir que el fraile acertase a pasar por allí y tomase aquello como una burla a los papas de nombre Pío.

El caso es que todo este asunto ha puesto en vilo a muchos de los inquisidores de aquí, pues si el padre Fermín era una calamidad, este fray Inocencio debe de ser la peste misma. Ya se ha llevado por delante a varios jueces y secretarios por meras niñerías, y en lo poco que lleva en el cargo ha mandado a cinco reos al quemadero, ocho a galeras y doce a que les cosan la espalda a latigazos. Si queréis saber mi opinión, de seguir así pronto no habrá nadie a quien juzgar en todo el reino.

Pero aún falta lo peor, que aunque os parezca mentira hasta aquí sólo son migajas y menudencias. ¿Queréis saber qué es lo que ha decidido hacer conmigo? Pues al final parece que no va a ponerme en manos de un tribunal ordinario, tal como estaba previsto, sino que ha resuelto juzgarme aquí mismo, en las propias dependencias del Santo Oficio, y ello en razón de que busca silenciar todo el asunto del padre Villena. Por si no lo habéis entendido, lo que quiere es librar al Santo Oficio de la vergüenza pública, esconder lo que ha hecho el padre Villena con Margarita, pues, naturalmente, nadie vería con buenos ojos que un fraile anduviera en semejantes porquerías con una niña. En otras palabras, mi señora, yo debo cerrar el pico y no decir nada, pues si hablara ante un tribunal civil, si dijera cómo el padre Villena entró en el calabozo de Margarita, cómo trató de abusar de ella y la regia paliza que se llevó a cambio, todo el mundo se enteraría del escándalo y la Inquisición saldría mal parada. Ahora se explica el que no me hayan enviado a otro calabozo y quieran juzgarme aquí. Pero ¿os habéis dado cuenta de las negras intenciones de ese fray Inocencio?

Cuando fray Hernando acabó de explicarme aquello, sentí tal rabia que el rostro se me encendió como un tizón.

—¡Eso sí que no lo consentiré yo, vuesa merced! —rezongué—. Si es necesario, conmigo pueden hacer cuanto les venga en gana, pero ese padre Villena es un mal bicho y todo el mundo debe saber lo que ha hecho.

—Hablas con razón, Felipillo —dijo fray Hernando tratando de serenarme—, pero por desgracia así están las cosas. Ya sabes tú cómo suele manejarse el Santo Oficio en cuestiones de esta guisa, ¿verdad? El padre Inocencio prefiere salvar el buen nombre de la Inquisición a dejar que todo el mundo sepa lo del padre Villena. Y tú serás el chivo expiatorio, por supuesto.

Yo aún seguía indignado, y a modo de protesta dije:

—¿Quiere decir que con ésas se anda el frailecito y a mí que me parta un rayo? Pues que no, vuesa merced, que yo voy a hacer todo cuanto esté en mi mano para defenderme. Nunca he sido hombre de andar buscando pleitos ni hablando de más, pero en este caso tendrán que coserme la boca para hacerme callar. Y vuesa merced sabrá excusarme, que bien es cierto que tengo mucho de bruto y mucho de asno, pero de chivo la verdad es que no tengo nada, que desde aquella vez que el judío Martín me aconsejó lavarme y andar limpio, mudo mis camisas al menos una vez a la semana y me lavo el sobaco cada tres días.

—Mira que eres mentecato, Felipillo —dijo fray Hernando—. Yo no he dicho que seas un chivo ni que huelas como ese animal. Dije que te usarán como chivo expiatorio, que es algo así como aquel que paga las culpas de otro. En este caso, tú irás a pagar las del padre Villena, pues es probable que a él no le hagan nada.

—¡Cómo que nada! —protesté—. ¿Quiere decir vuesa merced que fray Inocencio no le tocará un pelo al padre Villena? ¡Pues entonces es tan grande bellaco como él, o ha perdido el juicio, o es hombre desalmado y sin conciencia, pues dejarlo libre es como soltar a un lobo entre las ovejas!

—Muy cierto es lo que dices, hijo, y yo he tratado de que eso no suceda. Quisiera que al menos fray Villena tuviera el castigo que merece. Pero estoy atado de manos, pues fray Inocencio no quiere que se le toque un pelo. A mí me huele que fray Villena es su protegido o algo así. Pero la cosa no termina allí: hay algo peor todavía...

—¿Peor? ¿Qué podría ser peor, vuesa merced?

—No sé cómo tomarás esto, Felipillo, pero para que seas juzgado por un tribunal del Santo Oficio, fray Inocencio debe demostrar que has cometido un delito religioso...

Yo arrugué el entrecejo y alcé la mano como deteniendo a fray Hernando.

—¡Téngase, vuesa merced! —exclamé—. ¿Qué clase de patrañas son ésas? Yo sólo cogí del pescuezo al padre Villena. ¿Es eso acaso un delito religioso? ¿Desde cuándo se tiene por herejía el zurrar a golpes a un pillo?

—No, Felipe —respondió fray Hernando—, por supuesto que no has cometido una herejía ni mucho menos. Pero si el padre Inocencio quiere que seas juzgado por la Inquisición, entonces deberá probar de alguna forma que has atentado contra la fe. No me preguntes cómo, pero estoy seguro de que ya buscará la manera de torcer las cosas y hacerte culpable de algún delito religioso. Por cierto, mañas no le faltan para eso.

¡Que me lleve el diablo, señora mía! ¿No os había dicho ya que ese fray Inocencio era peor que mil satanases? Desdichado de mí que he caído en sus manos. Habéis entendido lo que quiere hacer, ¿verdad? El muy taimado se ha propuesto lavar las culpas del padre Villena, y como no tiene a mano a nadie más, se vale de este pobre carcelero que no puede defenderse. Ya bien dicen las gentes que siempre se rompe la cuerda por lo más delgado. ¡Y líbreme Dios cuando se juntan poder y mala

voluntad!

La cuestión es que al oír aquello me subió aún más el humo a las narices y salté del catre como un gato.

—¡Hideputa y cabrón! —grité enfurecido—. ¿Es que nadie puede hacer algo para detener a ese fray Inocencio, vuesa merced?

Fray Hernando se espantó del susto y corrió hacia la puerta del calabozo temiendo que alguien hubiese escuchado mis gritos. Pero por fortuna no había un alma en los pasillos, de modo que regresó enseguida, me tomó de las manos y dijo:

—Créeme que te comprendo, Felipillo. Tienes todo el derecho de enfadarte. Pero no creas que aquí todo el mundo se lava las manos. Hay algunos inquisidores que le han hecho frente al padre Inocencio y le han pedido que reconsidere el caso.

Luego me explicó que se había armado un gran revuelo con todo este asunto. Cierto era que algunos frailes estaban del lado de fray Inocencio, unos por miedo y otros por no querer que el Santo Oficio tuviera que andar ventilando sus vergüenzas. Pero había algunos otros que querían las cosas limpias y que no hubiera favores para nadie. Sin embargo, no habían podido hacer demasiado en contra de la voluntad de fray Inocencio, que estaba decidido a hacer las cosas a su modo.

—Así es este lugar, Felipe —siguió diciendo fray Hernando—, ni todos son santos, ni todos son canallas. Tú mismo has visto que la Inquisición tiene dos símbolos: la cruz verde flanqueada por la espada simboliza el poder de castigar el pecado y la herejía, pero también está la rama de olivo, que representa la caridad y el perdón. De la misma manera ocurre con los ministros del Santo Oficio: algunos de ellos dan mayor importancia al castigo y otros a la indulgencia.

Yo volví a echarme en la cama con harto dolor de mis huesos, que estos días de encierro me han puesto tieso todo el cuerpo, y luego pregunté:

—Pero entonces, vuesa merced, ¿qué es lo que finalmente va a ocurrir conmigo?

Fray Hernando me miró a los ojos, y con voz reposada y grave dijo:

—Temo que la semana que entra deberás enfrentarte a un tribunal. Así lo ha dispuesto el padre Inocencio y no hay forma de evitarlo.

Yo sentí que me corría un frío por la espalda y me encomendé a Dios, que si hasta ahora todo han sido palos y más palos, tal noticia era para cortar la respiración. Tened en cuenta que vérselas con un tribunal del Santo Oficio es cosa que espanta de sólo pensarla, y más aún para vuestro Felipe, que es de genio apocado y corto de luces, pues ya se sabe que hay jueces que, por enredarle a uno el entendimiento y sacarle alguna confesión, hablan de manera tan rebuscada y con tanto adorno que sólo por milagro se les entiende palabra.

—Pero dígame, vuesa merced —volví a preguntar—, ¿de dónde he de sacar yo algo de ingenio para estar ante los jueces? En cuanto me echen alguna cuestión espinosa o alguno de esos latines que ellos se saben, ¿cómo podré arreglármelas, si soy flojo de entendederas y no sé otra lengua que la que me dieron mis padres?

—Tú por ahora debes tener calma —dijo fray Hernando tratando de

tranquilizarme—. No creas que todo está perdido de antemano. Hay jueces que entienden perfectamente lo que ocurre y tratarán de ser justos contigo. Cierto es que fray Inocencio tiene la decisión final en todo este asunto, y eso quiere decir que...

—... que me harán picadillo ¿verdad? —lo interrumpí—. ¡Vamos, vuesa merced, dígalos de una vez! Que no le quede palabra en el buche...

—Tranquilízate, hijo. Sé que las cosas están algo feas, pero si algo puedo prometerte es que haremos todo lo posible para que se haga justicia. Y de seguro el Señor nos tenderá alguna mano, ¿verdad? Por las dudas yo me ocuparé de rezar algunas oraciones, que nunca está de más pedir auxilio en estos casos... Por lo pronto, trata de estar en paz contigo mismo, que eso es importante cuando van mal dadas. Y ahora te pido que me disculpes, pero debo seguir con mi trabajo.

Y aquello fue todo, señora mía. Fray Hernando me dio su bendición, se retiró del calabozo y yo quedé solo una vez más, aprisionado entre estos muros que ya se me han hecho familiares, aunque no por ello os diré que me agrada el estar enjaulado.

De modo que aquí estoy, metido otra vez entre mi pluma y mis papeles, y tratando de ser lo más fiel posible en este humilde relato. No imagino cómo diablos seguirá todo esto, pero de seguro nada bueno aguardará a vuestro Felipe.

Y ahora me despido de vos. No sé cuándo podré volver a escribiros, pues aquí las cosas se han puesto muy turbias y sabe Dios lo que ocurrirá mañana. Como dicen en el juego de naipes, paciencia y barajar. De todas maneras, descansad tranquila y en paz, que vuestro Felipe en modo alguno desea inquietaros con sus penas.

CAPÍTULO 38



Señora mía:

En verdad no sé cómo empezar esta carta. Ya lo he hecho dos veces y he acabado por rasgar las hojas en pedazos y arrojarlas al suelo, que no imagináis la de borrones y tachaduras que había en ellas. ¡Quién fuera hombre de letras y no un burro que apenas conoce el abecé! Os juro que he estado horas hincando los codos, dando vueltas y más vueltas en torno a mi calabozo pensando en cómo deciros lo que ha ocurrido. Y a decir verdad aún no me resuelvo a hacerlo del todo, pues mi corazón se halla tan apenado que temo quedarme sin aliento en mitad del relato.

Ya ha pasado bastante tiempo desde mi última carta, y creedme que si no he vuelto a escribiros no ha sido por falta de voluntad, ni por pereza, ni por simple haraganería. En realidad, estos días han sido de gran infortunio para mí, y amén de otras muchas cosas que han ocurrido, y que es mejor dejar en silencio, no he tenido siquiera fuerzas para coger la pluma y ponerme a escribir.

Recuerdo que alguna vez el judío Martín me habló de un gran poeta de España, quien, si la memoria no me falla, tenía por nombre Juan de la Cruz o algo por el estilo. Acaso ya habréis oído hablar de él, pues dicen que sus versos son tan maravillosos que andan por toda España. Pues bien, parece que ese tal Juan, además de poeta, era hombre muy religioso y de gran ingenio, y que alguna vez, después de mucho romperse el seso, escribió un libro llamado *La noche oscura del alma*, que por mejor decir es la vida misma, y a fe mía que le acertó con ese título, pues, ¿no es acaso la propia vida una oscurísima noche? O por lo menos así me lo figuro yo en

estos días, y no creáis que sólo hablo de esta celda en que estoy encerrado, que siempre está negra como vientre de ballena. Hablo también de mi ánima, que en los últimos tiempos se me ha puesto retinta y oscura como el carbón.

Pero os decía que han ocurrido mil cosas en estos días, y a decir verdad acaso me quede corto en el número. La mayoría han sido más que funestas, ¿para qué negarlo? De buenas a primeras vuestro Felipe se ha visto enredado en tantos problemas por causa de ese fray Inocencio, que sólo escuchar su nombre me produce escalofríos en la espalda. Ya os he dicho que ahora es él quien corta el bacalao en estos sitios, y tal parece que se ha ensañado conmigo de la peor forma que pueda imaginarse. ¡Ah, si pudiera yo devolverle aunque más no fuera la mitad de sus vilezas! Es cierto que Cristo aconsejaba poner la otra mejilla, pero os juro que en mí no está sino deseárselo maldades y que el diablo se lo lleve cuanto antes, que allá en el infierno tendrá sitio de sobra donde hacer de las suyas.

Pero dejadme que os refiera todo cuanto ha sucedido en estos días, y juzgad por vos misma si ese fray Inocencio no es un canalla de la peor especie. Se ha comportado con tanta ruindad como el más mezquino de los hombres. Y juzgad también si por ventura no ha sido vuestro Felipe una pobre víctima de sus crueldades, un desdichado mártir, vamos, un chivo no sé cuántos como me llamó fray Hernando hace poco. Sólo os ruego, como siempre, que tengáis algo de paciencia con mi letra, pues aún conservo algunas magulladuras en los dedos y me es harto difícil sostener la pluma con firmeza.

Todo el asunto comenzó dos días después de que os enviara mi última carta. Estaba yo en mi calabozo dando cuenta de unas rosquillas que me había enviado la Zunilda, muy sabrosas por cierto, cuando de pronto aparecieron unos guardias y me llevaron hacia la sala de audiencias del Santo Oficio. No os fastidiaré con detalles que poco importan en esta cuestión, pero el caso es que al entrar en la sala y verme ante toda la frailería reunida allí, se me aflojaron las piernas y me puse de mil colores. ¡Válgame Dios, que se le revuelve a uno el vientre de estarse en esos sitios!

El muy cretino de fray Inocencio, que también estaba entre los presentes, apenas alzó los ojos cuando entré, pero luego me echó una mirada tan fría que sólo de milagro no me lo hice en los calzones. Creedme que se siente uno tan desgraciado como un animalillo en medio de esa enorme sala. Cierto es que ya he estado allí mil veces, fuera por barrer el suelo, por amansar a algún reo que se hubiera puesto a dar berridos, o acaso por llevar a algún otro que no pudiera tenerse por sí mismo. Pero una cosa es verlo desde fuera y a buen recaudo, y otra muy distinta cuando es uno a quien van a arrancar el pellejo. Lo cierto es que me sentí tan desvalido y culpable como si hubiera cometido infinitas bellaquerías y delitos. ¡Si hasta me tuve por sospechoso de haberle quitado el virgo a la mismísima Virgen María! Y Dios me perdone por el ejemplo.

Pues bien, en esos temblequeos estaba, cuando uno de los secretarios se puso de pie, cogió una Biblia y me hizo jurar por Dios y los Santos Evangelios que iría a

contestar con la verdad sobre todo cuanto me preguntaran los miembros del tribunal. Yo al cabo juré toditico y sin chistar, que no debe uno andarse con remilgos en esas circunstancias, pero a decir verdad no le vi provecho a hacerlo de esa manera, quiero decir, a jurar por Dios y los Santos Evangelios, pues mal que me pese al Señor lo tengo olvidado hace rato, y de los Santos Evangelios no me acuerdo ni una letra. Pero en fin, ya sabéis que el Santo Oficio impone esa clase de formulillas, y en esto debe uno valerse de tiento y prudencia, no vaya a ser que lo echen al fuego antes de tiempo a causa de un juramento de más o de menos.

Luego uno de los jueces tomó la palabra y se despachó con un discurso lleno de tantas cabriolas y trabalenguas que ni el mismo diablo lo sabría desenredar. No sé yo qué ciencias han de aprender estos inquisidores, pero hablan con tales rodeos que se marea uno de sólo escucharlos. A buen seguro debía de tratarse de algo importante, pues de vez en cuando le oía yo mentar al papa de Roma, y luego a la bula de no sé cuándo, y más tarde al concilio de no sé dónde. Pero lo que es entender una palabra, vuestro Felipe quedó más aturdido que al principio.

Acabado que hubo con su parloteo, el juez se volvió hacia mí y preguntó por mis padres, mis hermanos, mis abuelos y toda la parentela en esta tierra, que es bien poca desde luego, por no decir ninguna, pues ya sabéis que cuando niño tuve la desgracia de perder a mis padres y nunca he sabido que hubiera algún otro de mi sangre en este mundo. El juez alzó sus ojos hacia mí y preguntó:

—¿Afirmáis que sólo habéis conocido a vuestro padre y madre?

—Así es, vuesa merced —contesté yo—, y bien poco los conocí, pues murieron cuando era yo muy pequeño.

—¿Y podríais decirle a este tribunal si ambos eran cristianos viejos, sin mancha alguna de sangre en sus genealogías?

—No sé yo qué serán esas *logías*, vuesa merced, pero en lo de ser cristianos, estoy cierto de que nadie los aventajaba en todo el pueblo. Ambos iban siempre a la iglesia, y además, mi madre solía hilar mantillas y cada tanto dar algunas de regalo al párroco. Y también recuerdo que en mi casa, que era muy pobre y humilde, siempre había una vela encendida junto a una estatuilla de Santiago el Apóstol. Mi madre nunca dejaba que se apagara.

—No os he preguntado yo si eran cristianos, que eso se echa de ver —dijo el juez—. Este tribunal quiere saber si tanto vuestro padre como vuestra madre eran cristianos viejos, es decir, si entre sus familiares o antepasados no había traza alguna de moro o judío.

—Eso no lo sé yo, vuesa merced, pues a mis abuelos nunca llegué a conocerlos, y a decir verdad nunca supe que los tuviera. Lo más que puedo decirle a vuesa merced es que mis padres eran cristianos hasta la médula, y que si alguna sangre había en ellos que viniera de moro o de judío, pues nunca me lo dijeron, y juro que ésa es la verdad, que antes se me ha de tener por ignorante que por mentiroso.

—Y decidme, ¿recordáis si alguna vez vuestros padres fueron presos,

penitenciados, reconciliados o condenados por algún tribunal de la Santa Inquisición?

—¡Eso sí que no, vuesa merced! ¡Líbreme Dios, que mi familia nunca ha tenido líos con el Santo Oficio!

A lo que me pareció, el juez quedó bien satisfecho con mi respuesta, pero sin darme siquiera un respiro volvió a preguntar:

—Y en cuanto a vos, ¿podrías decimos cuáles son vuestras creencias? ¿Estáis bautizado y confirmado? ¿Sois fiel a la Iglesia católica y a todos sus dogmas, preceptos, sacramentos y liturgias?

«¡Que me lleve el diablo!», me dije para mis adentros. Aquí sí que te han pillado, Felipe. ¿Qué podría decir yo a esas cuestiones si apenas sé rezar el padrenuestro? Y eso ni siquiera de corrido, que cuando viene aquello del pan nuestro de cada día, la verdad es que se me nubla el seso y ya no recuerdo cómo seguir adelante. Además, ya sabéis que soy un poco holgazán y descuidado en asuntos de religión. Lejos anda vuestro Felipe de ser como uno de esos trahastias que van de misa en misa y de rezo en rezo, y luego salen de allí y le prenden cuatro velas a cada santo, y no satisfechos con ello andan todo el día leyendo la Biblia sin apartar jamás las narices de las páginas. No, señora mía, que vuestro Felipe no ha nacido para santo ni mucho menos, y ahora que lo pienso, recuerdo que allá en Asturias, cuando yo era niño, corría un dicho que decía: «Asturiano, mal cristiano», y a fe mía que era por el poco apego de las gentes de allá a las cosas de la religión.

Sin embargo, como os imaginaréis, no podía yo confesar tales cosas a los jueces, que antes me haría amordazar el buche a soltar todo aquello. Por eso, tras darle algunas vueltas al asunto en mi cabeza al fin respondí:

—Yo soy cristiano bautizado, vuesa merced, que de eso estoy bien seguro. En lo de estar confirmado no sé decirlo, pues no me alcanza a tanto la memoria. Y en cuanto a ser fiel a la Iglesia católica, eso sí que lo soy hasta los huesos, y más aún, si me permite decirlo vuesa merced, con grande mérito de mi persona, pues aquí abajo oye uno tantos reniegos de parte de los reos, tanta mala opinión acerca del papa de Roma, de los curas y de la Iglesia toda, que se precisa de mucha fe para seguir siendo cristiano...

¡Ay, señora mía! No sé yo si habré metido la pata en lo que dije, pero lo cierto es que el inquisidor abrió los ojos de tal forma que me arrepentí de haber abierto la boca. La cuestión es que luego de terminar con lo suyo le pasó el turno a otro de los jueces, que por mayores señas llevaba puesto uno de esos anteojillos que usan los doctores para leer, y a fe que debía de andar muy corto de la vista, pues las lentecillas de aumento eran casi del grosor de un dedo. Sin dar muchos rodeos el fulano cogió unos papeles que había sobre el escritorio, se los arrimó a los ojos lo más que pudo y los leyó en voz alta.

—Como fiscal nombrado por el Santo Oficio —dijo con tono reposado y grave—, yo, don Tomás Rivera Cienfuegos y Castillo, acuso formalmente al señor Felipe Zamora, natural de Casarrubios del Monte y de oficio carcelero, pues gozando de

todos los privilegios, gracias y prerrogativas que le concede nuestra Santa Madre Iglesia Católica, ha ofendido a Dios Nuestro Señor, ha desobedecido los mandatos de la fe y ha causado un gran daño y perjuicio a la religión cristiana al cometer los delitos de sacrilegio, herejía, impiedad y pacto con el demonio.

¡Que me lleve el diablo otra vez, mi señora! ¿Qué clase de cretinadas eran ésas? A la verdad no entendí yo gran cosa de lo que había dicho, que esas palabras son propias de teólogos y doctores, pero aquello de pactar con el demonio me dejó boquiabierto y sin resuello. Vaya uno a saber si habré cometido sacrilegios, herejías y todo aquello de que me acusaba el fraile, pero en eso de tratar con el demonio se le había ido la mano, que seré yo muy necio y muy tonto para muchas cosas, pero aún no estoy loco ni he perdido el juicio como para andarme en semejantes disparates.

Además, ¿qué otra cosa había hecho yo más que dar una buena tunda al padre Villena? Y eso por ser malvado y abusón, y porque a veces vuestro Felipe es un tanto bruto y no entiende sino de zurras, golpes y palizas. Y si queréis más razones aún, porque así se le quitarán de una buena vez a ese padrecito las ganas de andar metiéndose con niñas inocentes, que bien haría en amarrarse sus vergüenzas con una sogá si tanto le quitan el sueño esas cosas. Por ello, señora mía, ¿a qué meter al diablo en todo este asunto? Ya bastante maldad hay entre las gentes de este mundo para que venga alguien de fuera a meter mano en el juego.

El caso es que, endemoniado o no, aquello me puso tan fuera de mí que poco me faltó para coger una silla y rompérsela al fiscal en la cabeza. Os juro que por un momento perdí los estribos y quise ponerme a patalear de rabia en medio de la sala, pero gracias al cielo se me bajaron los humos y no dije una palabra siquiera. Ya bien dicen que a veces es malo cerrar el pico y dejar que abusen de uno, por aquello de que haceos miel y os comerán las moscas, pero en estos sitios más vale apretar los dientes y guardar calma antes que verse condenado por rezongar más de la cuenta.

Pues bien, terminado que hubo el fiscal, se quitó los anteojillos, los limpió con un lienzo y luego le dio la palabra a fray Inocencio. ¡Ay, señora, ahora sí que me vi perdido del todo! El dicho fraile estaba sentado sobre un gran sillón rojo y calzaba unas vestiduras tan negras que, para deciros la verdad, le iban de maravilla con el color de su alma. Vuestro Felipe quedó espantado al verle la catadura. Tenía el semblante tan frío y la mirada tan dura que podía asustar a una jauría de hienas. Después de revolver algunos papeles se estuvo un rato mirándome y luego dijo:

—Señor Felipe Zamora, habéis dicho a este tribunal que sois cristiano bautizado y que os reconocéis fiel a la Iglesia católica. Sabréis entonces que entre los deberes de un cristiano está el de combatir la herejía en todas sus formas, en todo tiempo y lugar y de cualquier modo que sea posible, ¿no es así?

A mí me temblaban las piernas y tenía el garguero seco de tanto nervio. Pero aun así me oí decir:

—Así lo creo yo, vuesa merced.

—Bien —continuó fray Inocencio—. También sabréis que para la Iglesia es un

delito muy grave el favorecer cualquier tipo de herejía, ya propagándola o haciendo públicos sus errores, ya brindando cualquier clase de ayuda, protección o auxilio a quienes son herejes o sospechosos de herejía.

—Sí, vuesa merced, eso se me ha dicho desde el primer día que entré aquí.

—En ese caso, ¿queréis explicarle a este tribunal por qué habéis tenido tratos con un prisionero de aquí llamado Martín de Lara, judío y hereje relapso? Hemos sido informados de que habéis hecho amistad con él, y que en varias oportunidades le habéis llevado alimentos a su calabozo en horas no permitidas.

Al oír aquello me vino un sofocón de padre y señor nuestro. ¡Por todos los cielos! ¿De modo que sabían lo del judío Martín? ¿Pero cómo diablos podrían haberse enterado? Ahora mismo, por más que trato de pensar y apretujarme el seso, no doy con la respuesta, aunque sospecho que puede haber sido el reo de la celda de al lado, que es un moro soplón y chismoso, o quizás algún guardia alcahuete que bien haría en tragarse las palabras antes de estar cotorreando lo que no debe. Pero en fin, de cualquier modo aquello no importaba mucho en ese momento. El caso es que me habían pillado hablando con el judío y eso no estaba nada bien. «A ver cómo sales de ésta, Felipillo», me dije a mí mismo. No tenía caso negar el asunto de cabo a rabo, que esas mañas no van con el Santo Oficio, así que por salir del paso contesté:

—Sí, vuesa merced, es cierto que algunas noches le llevé algo de bebida y alimento a su celda. Pero lo hice porque él estaba muy mal de salud y necesitaba comer algo.

—Lo que deba o no comer un prisionero no es asunto vuestro, señor Felipe Zamora. El Santo Oficio tiene médicos que se ocupan de esos menesteres. ¿O es que también ignorabais eso?

—No, vuesa merced, eso lo sé perfectamente. Pero yo veía que los médicos no le tenían el suficiente cuidado, y menos en horas de la noche, porque como vuesa merced sabe, aquí, después de las cuatro de la tarde se retira todo el mundo, y salvo los guardias y yo no queda un alma en todo el edificio. Además, si vuesa merced me permite, yo sólo llevé al prisionero algunos tazones de leche y un poco de pan. Jamás me pareció estar pecando por ello.

—En primer lugar, señor Felipe Zamora, si advertisteis que el reo no tenía los cuidados suficientes, vuestra obligación era dar cuenta de ello a vuestros superiores inmediatos, cosa que no hicisteis. Y en segundo lugar, dijisteis no creer estar pecando cuando asistíais a ese reo. Sin embargo, ¿no habéis estado de acuerdo hace un momento en que es un delito muy grave el brindar ayuda o protección a un hereje?

¡Caray, señora mía! ¿Alguna vez os han puesto entre la espada y la pared, o por mejor decir, os han cogido en falta por hablar más de la cuenta? Cuando esas cosas ocurren quiere uno volverse atrás y desenredar la madeja, pero no hay manera, que lo dicho dicho está y el resto es aire. Pues bien, así quedó vuestro Felipe en ese preciso momento, atrapado entre dos fuegos como quien dice.

Y ahora permitidme haceros un breve comentario. Sabe Dios que yo no he hecho

nada de malo, y que si tuve algún trato con el judío Martín, o le llevé comida a su celda, o hablé de lo que cuernos fuera con él, nunca he querido hacerle daño a la Iglesia ni a la fe cristiana. Sin embargo, ¿qué podía decir en ese momento? Fray Inocencio me había hecho caer en la trampa, necio de mí, y en tal caso más vale no embarrar más la cuestión y quedarse callado, que ya bien dicen que el silencio encubre la falta de ingenio y torpeza de lengua. Pero no creáis que con ello logré salvar el pellejo. Al ver que yo no contestaba ni abría la boca, fray Inocencio continuó diciendo:

—No hay duda de que habéis tenido tratos con un hereje, señor Felipe Zamora, y eso es un pecado gravísimo a los ojos de Dios. Pero además, vuestra falta se agrava en razón del oficio que ejercéis, pues un carcelero de la Santa Inquisición, y sigo en esto las ordenanzas del *Manual de los inquisidores* de nuestro benemérito Nicolau Eymeric, tiene que ser hombre de gran probidad, incapaz de descarrío alguno y debe estar por encima de toda sospecha en materia de fe. —Se detuvo un instante, respiró hondo y luego siguió—: Visto lo cual, señor Felipe Zamora, este tribunal os encuentra culpable de complicidad, culpable de ser un mal cristiano, culpable de obrar con malicia y ruindad, y culpable de haber ofendido a la Santa Madre Iglesia con vuestra conducta.

Otra vez se me aflojaron las piernas y casi me voy de bruces al suelo. Todo aquello me parecía tan traído por los pelos que me imaginaba estar en un mal sueño, de esos de los que acaba uno por despertar hecho un estropajo y muerto de miedo. Me sentía tan desorientado como una mula ebria y las palabras del fraile me sonaban como martillazos dentro de la cabeza. Pero el asunto no terminó allí ni mucho menos. Fray Inocencio se tomó otro respiro y luego remató la cuenta diciendo:

—Y eso no es todo, señor Felipe Zamora. También estáis aquí por esa horrenda y salvaje conducta vuestra con respecto al padre Villena. Tal como se desprende de la lectura de vuestro expediente, cuando el dicho padre Villena estaba a punto de abandonar el edificio, vos fuisteis tras él y de modo violento lo arrojasteis al suelo y comenzasteis a golpearlo brutalmente, con la indudable intención de quitarle la vida, lo cual sólo de milagro no llegó a ocurrir, pues en ese caso también os hubieseis ganado una acusación por asesinato. ¿Tenéis algo que decir a esto, señor Felipe Zamora?

¡Virgen Santísima! Os juro que a esas alturas yo no sabía para dónde salirme y todo se me hacía tan nebuloso que apenas me daba el poco seso que tengo para entender cuanto decía fray Inocencio. Me estuve un rato enmudecido y tratando de poner algo de concierto en mi cabeza, hasta que al fin dije:

—Vuesa merced, es que el padre Villena había hecho daño a la niña Margarita, y eso me enfureció tanto que salí tras él para...

—¡Un momento! —Me cortó fray Inocencio—. Dijisteis que el padre Villena había hecho daño a la niña, ¿verdad?

—Eso dije, vuesa merced.

—Muy bien. ¿Y vos mismo lo visteis?

—Pues en realidad no, vuesa merced. Sucede que la niña Margarita me dijo que...

—Os he preguntado si lo visteis —dijo fray Inocencio endureciendo la voz—, si visteis con vuestros propios ojos al padre Villena abusar de la niña en su celda.

—Ya he dicho que no lo vi yo, vuesa merced, pero...

—Pero aun así corrísteis tras él para golpearlo, ¿no es verdad? En otras palabras, habéis hecho más caso de los dichos de una niña, por más señas acusada de brujería, que de la honestidad y buenas costumbres de un sacerdote del Santo Oficio. Vos sabéis muy bien que las brujas y hechiceras siempre se valen de engaños y malas artes. Supongo que se os habrá repetido mil veces que el demonio mismo, siendo como es el padre de la mentira, les enseña a utilizar sus ardidés y engaños. Y eso, señor Felipe Zamora, no puede ignorarlo alguien que tiene bajo su cuidado a tantos herejes, infieles y enemigos de Dios, a menos que ese alguien (y este tribunal tiene fundadas sospechas de ello) tenga él mismo tratos con el demonio. ¿Es ése vuestro caso, señor Felipe Zamora?

Yo me puse blanco del susto y se me hizo un nudo en las tragaderas. Ya no pensé más en aquello de «¡Que me lleve el diablo!», pues nunca hubo peor momento para soltar esa clase de reniegos, pero, en verdad, me vi tan contrariado por las acusaciones del fraile que hubiese llamado gustoso al demonio mismo con tal de que me sacara de allí. En ese momento no supe qué cuernos decir, que por hablar de más ya me había hundido lo suficiente. Amén de ello, no tenía caso ponerme a porfiar con fray Inocencio ni querer ganarle en el discurso, pues ni por asomo un asno podría vencer a un doctor en asuntos de ingenio. Por eso callé una vez más y me puse en manos del Señor. ¿A qué seguir defendiéndome, no creéis? Ya estaba visto que por saltar de la olla había ido a parar a las brasas, y mejor era no seguir metiendo bulla ni dando rodeos en vano, que cuanto antes acabara aquello menos machucado saldría vuestro Felipe.

Y ahora dejadme hacer una pequeña pausa, pues lo que vino luego me eriza los cabellos de sólo recordarlo. Si pensabais que hasta aquí todo eran desgracias y enredos para vuestro Felipe, armaos de coraje y esperad a oír lo que sigue, pues con mucho viene ahora lo peor de esta historia.

Pues bien, fray Inocencio continuó con sus rezongos a voz en cuello y luego, al ver que yo no contestaba, dio su último zarpazo.

—De todo lo dicho en este santo tribunal —dijo con voz grave—, se colige que vos, señor Felipe Zamora, habéis cometido los delitos antes mencionados, amén de otros muchos que seguramente calláis en vuestro provecho. Ítem más, es fuerte presunción de este tribunal que vuestra conducta ha sido inspirada por fuerzas demoníacas. Por ese motivo, y dado que no lo habéis siquiera negado, se os acusa de mantener tratos con el demonio, y en atención a los preceptos del Manual de Eymeric, tercera parte, cuestión 28, mándase daros tormento en las formas previstas

por ley hasta que digáis y confeséis toda la verdad.

Al oír todo aquello se me heló la sangre. ¿Cuántas más penurias tendría que sufrir? Por suerte el padre Inocencio no dijo una palabra más, acabó el asunto y se retiró de la sala junto con el resto de los jueces, pues de haber seguido me hubiera echado al fuego allí mismo. Pero a mí me dieron tantos sudores y desmayos que pensé que era llegada mi última hora. Por un buen rato me estuvo resonando en la cabeza aquello del tormento, y para deciros la verdad, quedé tan afligido y triste que debieron de llevarme al calabozo entre dos guardias, pues apenas conseguía tenerme en pie.

¡Desdichado de vuestro Felipe y de la madre que lo ha parido! El resto del día estuve echado en el catre y calado de miedo hasta los huesos. Tuve como milagro el poder dormir algunas horas, pero tantas pesadillas y malandanzas me asaltaron el sueño que amanecí rendido de cansancio.

A media mañana, y con el vientre lleno de rosquillas y dulces, quiso la fortuna que se me animara un poco el espíritu y acabé pensando en que la cosa no era tan de cuidado. No os diré que las máquinas de tortura son torta y pan pintado, pues en rigor de verdad algunas de ellas son durísimas y muy de temer. Pero de mucho estar en estos sótanos se le endurece a uno el cuero y ya no se asusta tanto. Sin embargo, ¡vive Dios, mi señora, ya veréis cuán errado andaba vuestro Felipe!

En las primeras horas de la tarde me condujeron hacia la sala de tormento engrillado hasta la coronilla. En el camino iba pensando yo qué suerte me tocaría, quiero decir, si es que iría al potro de tormento, a la garrucha, que es por demás dolorosa, o a alguna otra clase de máquina de las que están allí abajo. Rogaba que no fuera a tocarme el suplicio del brasero, que consiste en untar los pies del reo con mantequilla y arrimarlos a un brasero lleno de carbones encendidos, pues de todo cuanto he visto hasta ahora se me antoja el peor de los castigos, y no sólo porque la planta de los pies se fríe como chuleta, sino también porque lleva muchísimo tiempo sanar de las quemaduras.

El caso es que a fin de cuentas fui a dar a la mesa del potro, un viejo conocido para mí, aunque nunca me ha tocado la peor parte, que es la de estar acostado. Un guardia me quitó los grilletes y quedé en manos de un jovenzuelo algo rollizo y con cara de búho que no paró de temblar en todo el tiempo. Según pude enterarme luego, el tal muchacho había sido llamado a última hora por el Santo Oficio para ocuparse de la sala de torturas, y como era nuevo en esos menesteres y apenas conocía el oficio, resultó que yo sería el primero a quien iría a dar tormento. El pobre se veía más torpe que mozo de mulas, y sabía tan poco de este asunto que yo mismo debí enseñarle a destrabar la máquina del potro y a usar la manivela. Mientras le daba algunos consejos de cómo operar la máquina le pregunté:

—Y dime, ¿te han prometido buena paga?

El muchacho me miró con algo de timidez y respondió:

—Fray Inocencio me ha dicho que ocho reales a la semana, ni un centavo más.

—Hombre, no está mal, pero no te fíes gran cosa de ese fray Inocencio, que si da dineros como trata a las gentes, frito estás, amigo mío.

Luego me eché sobre los tablones del potro y dejé que el muchacho me amarrara los pies y las manos. Al poco rato de estar allí se apareció un juez del Santo Oficio, y tras él un médico y luego un secretario. Los tres se sentaron detrás de un escritorio, ordenaron sus papeles y al cabo empezaron con lo suyo.

No os fastidiaré con muchos detalles, mi buena señora, que ni yo mismo quisiera traerlos a la memoria otra vez. Pero una cosa es menester que os diga acerca de la máquina del potro: cuando el muchacho hizo girar el cabo de la manija y las cuerdas se estiraron, me pareció que el asunto no era de tanta alharaca. Apenas sentí una ligera tirantez, como si de buenas a primeras se me desarrugara un tanto el pellejo. Pero a la segunda o tercera vuelta, cuando ya las sogas se tensaron un poco más fuerte, ¡ay, señora, por todos los santos que están en el cielo! Nunca en su vida vuestro Felipe sintió tanto dolor ni se las vio tan negras. ¡Dios mío, que hace doler ese aparatejo! Ya os he dicho que no le temía demasiado, por aquello de que el estar aquí tanto tiempo os acaba endureciendo el cuero. Pero olvidaos de semejantes majaderías. Ese armatoste es el infierno mismo. Se siente uno como si tuviera mil agujas punzándole el cuerpo y fuera a quebrarse en pedazos, que tal me temí en ese momento. Y si queréis saber cómo he quedado luego de esa máquina del demonio, pues os diré que estoy tan descalabrado que se me hace no han de bastar todos los ungüentos y emplastos de una botica para devolverme el sosiego.

La cuestión es que mientras estaba amarrado el juez se me acercó y me preguntó lo que se suele en estos casos: que si estaba yo en alguna de esas sectas de infieles, que si odiaba a la Iglesia católica de Roma, que si andaba en tratos con el demonio y otros muchos asuntos de ese tenor. En todo ello insistió una y cien veces, pues al principio me estaba yo en mis trece y me negaba a responder. Pero al cabo el muchacho con cara de búho apretó un poco más las sogas del potro y entonces los huesos me empezaron a chillar como vidrio molido. Fue a la tercera vuelta de sogas que aflojé la lengua y dije a todo que sí, no porque fuera aquello verdad, sino por librarme de una vez de aquel maldito aparato, pues tengo para mí que una vuelta más de manija y ya habría acabado mis días. Grité como una marrana y dije que era un mal cristiano, un pecador que andaba en negocios con el demonio, un necio que insultaba al papa y sabe Dios cuántos otros embustes que ni yo mismo me acuerdo. Entonces el juez, que había mandado tomar nota de todo aquello, le ordenó al muchacho que destragara las sogas y me quitara de la mesa del potro.

—Ahora sí, hijo mío —me dijo el juez con la voz llena de cordialidad—, celebro que de una vez por todas hayáis decidido abrirnos vuestro corazón. Veréis que el Señor será indulgente y de seguro os recompensará de algún modo. Ahora, para confirmar vuestro testimonio, os pido que respondáis una vez más a cada una de mis preguntas. Para contento de vuestro espíritu, deberéis tener presente que la confesión de un pecado es un alivio para el alma, y que cuanto más grande es el pecado, tanto

mayor alivio sentiréis al confesarlo.

Dijo aquello con tal dulzura que le dio un grande reposo a mi alma. Ya sabéis que cuando se está de malas, o en algún trance vecino a la muerte, oye uno con mucho gusto a quien le ofrece consuelo. Y así me lo figuré yo, pues estaba tan débil que llegué a sentir aquellas palabras como si fueran caricias en mis oídos. Tras aquello el muchacho me libró de las sogas, luego trajo una manta para que me abrigara y por fin el juez volvió a preguntarme todo una vez más.

No es necesario deciros que me enterré hasta la médula. Dije todo sin contradecir una palabra y me acusé hasta de lo menos pensado. En verdad, tan dolido estaba que no me importó un rábano hacerlo. Además, si me hubiera emperrado en callar, presto me habrían devuelto al potro una vez más, y sabe Dios que en ese momento hubiera vendido hasta a mi propia madre con tal de no regresar allí.

Pues bien, a poco de acabar con todo aquello me devolvieron a mi celda. Como imaginaréis, me dolía hasta la punta de los cabellos, de modo que caí rendido sobre el catre con intenciones de echarme un sueño. Sin embargo, durante horas no hice más que estarme dando vueltas y vueltas sin pegar un ojo. Ni siquiera tenía fuerzas para sentarme sobre la cama, así que en mitad de la noche, cuando me vinieron ganas de hacer aguas menores, no tuve más remedio que volverme y hacerlo contra el muro. Pero allí no acabaron mis infortunios, pues resultó que en el descuido había mojado buena parte de las sábanas y de mis propias ropas, y habida cuenta del frío que hacía en el calar bozo, aquello me causó temblequeos casi toda la noche. Debo confesaros que me entró un grande pesar en el ánimo por verme de esa manera. Bien es cierto que Dios no me ha puesto mucha sal en la mollera, pero siempre he tenido una salud de hierro, que ni un mísero resfriado he cogido en los años que llevo de vida. Por eso sentía que ahora el Señor se las había cobrado todas juntas, pues, ¿cuánto tiempo debería guardar cama por todo aquello y estarme a base de puras medicinas y cocimientos de hierbas?

El caso es que a la mañana siguiente amanecí hecho un estropajo. Durante un rato me palpé todo el pellejo por ver si estaba roto o agujereado por alguna parte, y descubrí que tenía rasguños y moretones por todos lados. Cerca de una hora después me alertó el ruido de la puerta. Era fray Hernando que venía a visitarme a la celda y traía consigo un poco de leche y algunos bizcochos con dulce de membrillo. Después de acomodar todo sobre la mesilla se santiguó y tomó asiento a mi lado.

—¿Cómo te sientes, Felipillo? —me preguntó mientras entibiaba la leche con algunos resoplidos.

—Como becerro apaleado, vuesa merced —contesté a media voz—. Creo que ni con mil medicinas se me van a sanar estos huesos.

Luego se quedó en silencio y comenzó a untar los bizcochos con el dulce para dármeles en la boca, pues mis manos aún estaban llenas de magulladuras y las tenía guardadas bajo la manta. A lo que me figuro, el pobre estaba harto acongojado y molesto, como si algún mal pensamiento le anduviera zumbando en la cabeza y no se

animara a decirlo. Me parecía verlo un tanto amohinado y de mal talante, y en ello no suelo equivocarme, que lo conozco como a mí mismo y sé cuándo algo lo tiene a mal traer. Os confieso que tal pena me dio verlo de ese modo que pensé en darle algún consuelo, pero la verdad es que no estaba yo para brindar alivio a nadie, que antes precisaba de alguien que me lo diera a mí en esos trances. La cuestión es que fray Hernando se estuvo un rato sin decir palabra, encogido de espaldas y sosteniendo el cuenco de dulce entre las rodillas mientras untaba los bizcochos. Poco más tarde, cuando había yo engullido una buena ración, el fraile dejó las cosas a un lado, se puso de pie y mientras caminaba por el calabozo me dijo:

—¿Sabes, Felipillo? Hace muchos años, cuando me enteré de que me habían elegido para ocupar al cargo de inquisidor, me asusté tanto que ensillé un borrico y me escabullí del pueblo. Tuvo que salir a buscarme un ministro del Santo Oficio, y cuando por fin dio conmigo, el pobre debió estarse más de un día tratando de convencerme de que regresara. Luego, andando el tiempo me fui acostumbrando a las idas y venidas de este oficio. Pero aquí, entre nosotros, mi buen Felipillo, os confieso que este cargo aún me abrumba como la más pesada de las piedras.

Yo no supe a cuento de qué venía todo aquello, pero me olfateé que no debía ser nada bueno. Aguardé un momento callado y luego pregunté:

—¿Es que sucede algo, vuesa merced?

Fray Hernando asintió con la cabeza.

—Traigo malas noticias para ti, Felipe —dijo—. Finalmente el tribunal te ha hallado culpable y ha dictado sentencia en tu contra.

¡Caray, señora mía! A fe que no me asombraba mucho lo de la sentencia, que bien sabía yo que algún castigo me echarían encima, pero lo extraño del caso es que fuera así, tan de buenas a primeras y de un día para el otro, cuando es sabido que la mayoría de las veces el Santo Oficio es tan lerdo como una tortuga para esas cuestiones.

—¡Vive Dios! —dije—. ¡Que no se andan con rodeos estos padrecitos!

—Pues tienes razón —dijo fray Hernando—, verdad es que no han tardado mucho.

—¿Y qué hay ahora, vuesa merced? ¿En qué iré a dar yo? ¿Me han echado algunos años de cárcel? ¿Iré a galeras acaso?

Fray Hernando se quedó en silencio un momento, puso una de sus manos sobre mi cabeza y dijo:

—Mira, Felipillo, no sé cómo decírtelo, pero no puedo callarme, pues ya vendría algún otro a darte la noticia. El tribunal ha sido muy duro contigo. Más de lo que yo esperaba. Me temo que te espera el fuego...

¡Por Cristo, señora mía! Tras oír aquello se me cortó el aliento de repente y a poco estuve de echar fuera los bizcochos con dulce y todo. ¿El fuego? ¿Cómo era eso de que me esperaba el fuego? Al principio creí haber escuchado mal, o acaso habría enredado los términos, pues a esas alturas el seso ya me daba brincos dentro de la

cabeza. Pero al verme de ese modo fray Hernando asintió con la cabeza y entonces caí en la cuenta. Luego, mientras acariciaba mi cabeza con gran dulzura, me explicó que el tribunal había decidido entregarme al fuego por hallarme culpable de prestar auxilio a un reo de herejía, por no ser fiel a los deberes de carcelero y por confesar tratos con el demonio.

—¿Con el demonio, vuesa merced? —Protesté casi a los gritos—. ¿Pero quién ha de ser tan tonto para creer tal cosa? Yo confesé todo aquello nada más que por salirme del tormento. ¿O es posible que el juez no echara de ver que era sólo un embuste? ¡Dígamelo, vuesa merced, dígame que no es así y quíteme de este mal sueño de una vez!

Fray Hernando tomó una larga bocanada de aire y dijo:

—Te comprendo, Felipe, créeme que te comprendo. Sé que llevas razón en esto y me duele tanto como a ti. Pero en términos legales fray Inocencio procedió correctamente. Las reglas del Santo Oficio establecen que es válida la confesión bajo tormento. Es decir, todo lo que tú digas durante la sesión de tortura se tiene por testimonio verdadero.

—¡Pero yo también confesé que era inocente, vuesa merced! Al principio negué todo lo que me decían. ¿Eso no se tiene por testimonio verdadero?

—Mira, Felipe, no te pido que lo entiendas, pero desde siempre todos los grandes teólogos y doctores de la Inquisición han coincidido en que los sospechosos de herejía siempre tratarán de salvarse y emplearán la mentira y el engaño para ello. Por eso se utiliza el tormento para obtener su confesión. Sólo de esa manera es posible vencer al hereje y arrancarle su secreto. De no ser así, todo el mundo se diría inocente.

—¡Pero yo no soy ningún hereje, vuesa merced!

—Lo sé, hijo, lo sé. Pero ya has visto que el padre Inocencio ha encontrado la forma de acusarte de tal. Además, si quieres saber la verdad, no ha dejado cabo sin atar en todo este asunto. He revisado el expediente una y otra vez para ver si había algún desatino, algún error en el proceso, pero por desgracia todo está en su sitio y no puede ser discutido.

Todo esto escuchaba yo, señora mía, no sin gran desventura de mi alma, y veía que mis esperanzas poco a poco se iban como el humo. A esas alturas, ni un milagro podía librarme del fuego. Pero ya sabéis cómo es el hombre, que ni con la soga al cuello se da por muerto. Así que protesté y pataleé como un loco, me puse a dar berridos y solté tantos juramentos y palabrotas contra el Santo Oficio que no quedé fraile sin mentar. En verdad estaba hecho una furia y sentía ganas de moler a palos a cualquiera. En un momento dado quise saltar de la cama, ir hasta la puerta y llamar a gritos a fray Inocencio, para que viniera a vérselas conmigo cara a cara, que ya se iba a ver quién daba una paliza a quién. Pero poco a poco el bueno de fray Hernando me fue amansando los bríos, trató de hablarme con gran entendimiento y al cabo me volvió el sosiego. Después de semejante arrebato quedé sudado como una mula de

tiro. Entonces fray Hernando me dio de beber el último trago de leche, que ya estaba algo fría, y luego me dijo:

—Voy a rezar por ti, Felipe, y tú deberías hacer lo mismo. Ahora estás en manos del Señor, y verás que si le entregas tu corazón, Él te brindará consuelo.

Después pronunció una breve plegaria, luego recogió sus cosas y tras darme su bendición se marchó del calabozo.

Y eso fue todo, señora mía. Vuestro pobre Felipe quedó solo y tan confundido como un lechoncillo recién destetado. Más tarde, luego de guardar algo de reposo, lo primero que me vino a las mientes fue contaros todo este asunto. Quería enviaros algunas líneas, que no otro consuelo tenía yo sino pensar en que las leeríais y os acordaríais de mí. Pero ni eso estaba a mi alcance, pues la máquina del potro me había dejado con tantas magulladuras que apenas podía sostener una pluma entre los dedos.

Es por eso que os escribo justo ahora, cuando ya han pasado algunos días y por fortuna mis manos han empezado a sanar. Os diré que aún me duelen un poco y debo aplazar la escritura a cada rato, pero algunas friegas de vinagre que me he estado haciendo en estos días han hecho maravillas.

De todos modos no hay remedio. Ayer por la mañana han venido a traerme la mala nueva: habrá un auto de fe la semana que entra y vuestro Felipe se hallará en el grupo de los condenados. Parece que será algo pequeño, un «autillo» como lo llaman aquí, con apenas siete u ocho reos, de modo que lo harán en el mismo patio del edificio y sin otra presencia que algunos funcionarios del Santo Oficio y unas pocas gentes de buena posición.

Y ahora sabréis disculparme, pero en verdad mis manos están agarrotadas y han comenzado a temblar. Prometo enviaros alguna otra carta en los días siguientes, si es que el Señor me da fuerzas y ánimo para hacerlo. Quizá sea la última...

CAPÍTULO 39



Mi querida amiga:

¿Puedo llamaros mi amiga, verdad? Creo que después de tanto tiempo, y tras haberos escrito no sé cuántas cartas, que ya he perdido la cuenta, ahora puedo considerarme vuestro fiel amigo. Y os ruego no lo toméis como una insolencia por mi parte, que jamás me permitiría semejante cosa con una dama como vos.

Pues bien, he aquí a vuestro Felipe una vez más, viendo pasar las horas y esperando el momento en que habrá de irse de este mundo. En verdad, quisiera escribiros con un tono vivaz, alegraros el corazón, daros algún motivo de risa o entretenimiento con alguna de mis muchas tonterías. Pero en mal punto y en hora menguada me halláis, pues está visto que no se puede bromear con el alma llena de tristeza.

En cuanto a mi condena, ya todo está decidido y no hay vuelta atrás. Se me ha dicho que mañana por la tarde seré conducido al patio del edificio, junto a las caballerizas, donde ya han hincado un tronco en la tierra y echado algunos atados de leña para que arda el fuego. Por fortuna se me dará garrote antes de ir al quemadero, de modo que al menos tendré la dicha de no asarme vivo ni padecer la escocedura de las llamas.

Triste y desventurada suerte la de vuestro Felipe, ¿verdad? Terminar sus días así, amarrado a un tronco y ahumado como pierna de cordero, y para colmo de males olvidado por todo el mundo, que ni madrina tengo para que me llore en los aniversarios. Y eso no es todo, que ni testamento habré de hacer, pues desnudo nací y

desnudo me hallo, y ni tan siquiera mis ropas me pertenecen, que todo es propiedad del Santo Oficio, los zapatos, la camisa, el pantalón y hasta los agujeros de las medias. Por fortuna, al menos no tendré que pagarme el entierro, pues no sepultarán mis cenizas, y en lo que hace a la paz de mi alma, ya me ha dicho fray Hernando que no tuviera cuidado en ello, pues él se encargará de rezar misas para que vaya derecho al cielo y no deba estar vagando por ahí como hacen las almas de los pecadores.

Con todo, debo confesaros que en estos días el miedo me ha calado hasta los huesos. Para deciros la verdad, casi no he pegado un ojo desde que recibí la noticia. Todos los días, al anochecer, suelo dar lumbre a una pequeña vela y me paso las horas echado boca arriba, mirando los maderos del techo, las manchas de humedad y el ventanuco de la puerta, que no mucho más hay para distraer los ojos en este calabozo. Ya bien entrada la noche todo se vuelve tan silencioso que hasta oigo los gusanos de carcoma devorar la madera.

Anoche mismo, mientras daba vueltas y vueltas en mi jergón, me vino a la memoria un viejo recuerdo de mi niñez. No me preguntéis a cuento de qué, pero lo cierto es que me vi a mí mismo siendo un pequeño mozo de apenas diez o doce años. Por aquel tiempo andaba yo de monaguillo, como ya os he contado alguna vez, y pasaba mis días sin gran cosa que hacer, mitad de puro holgazán, y mitad porque el oficio no demandaba muchos trajines, ya que la parroquia era muy pequeña y no tenía mucha clientela. A decir verdad, la mayor parte del tiempo me lo pasaba papando moscas, como quien dice, hasta que fray Hernando me requería para alguna tarea. Pues bien, una tarde en que hacía gran calor me metí en la iglesia a buscar algo de fresco, pues nada hay tan grato como esos sitios cuando aprietan los calores del verano. No había nadie allí y todo estaba tan silencioso como en un sepulcro. Anduve vagando un rato, pensando en echarme algún sueño entre los bancos de madera, hasta que por casualidad me arrimé junto al altar y descubrí una escalerilla que salía por detrás y que llevaba hacia una pequeña estatua de Cristo que presidía la iglesia. Yo jamás había visto la escalerilla hasta entonces, pues estaba algo oculta por una columna, de modo que, curioso como era, subí con gran cuidado para ver la estatua de Cristo desde cerca.

En verdad pensaba hallar una de esas estatuas comunes, de las que hay a montones en las iglesias y capillas, pero cuando la tuve frente a mis ojos, ¡ay, señora!, me dio un tal estremecimiento que ni al día de hoy se me quita. La expresión del Cristo era tal que parecía vivo, como si en cualquier momento fuera a abrir la boca y decirme alguna cosa.

Junto a la estatua había un trozo de madera que, según era fama por entonces, había pertenecido a la mismísima Cruz. A mí siempre me había dado curiosidad, y pensaba que debía de ser muy bello y vistoso, pues había sido tocado nada menos que por el mismo Señor. Pero recuerdo que cuando lo vi de cerca y descubrí que estaba sucio, podrido y lleno de telas de araña, sentí tal repugnancia que nunca más quise volver a verlo. Y a propósito de ello, hoy no me fío gran cosa de que aquel pedazo

fuera verdadero, pues con el tiempo he oído de infinitas iglesias que dicen tener alguno entre sus reliquias, y a fe que si todos fueran auténticos, la Cruz de Nuestro Señor debería haber tenido una milla de ancho por dos de altura. También andan diciendo por ahí que en tal o cual iglesia hay un dedo de Jesús, un cabello de la Virgen y demás cosas por el estilo. Pero si todo eso fuera verdad, de seguro Cristo habría tenido tres brazos, María dos cabezas y Juan el Bautista cuatro piernas, pues cada iglesia tiene algo de ellos y lo da por verdadero. Y lo mismo con los Apóstoles, que si fueran ciertos los muchos huesos y reliquias que andan, por ahí, de seguro no habrían sido doce sino treinta. Y otro tanto con los clavos de la Cruz, que no pasan de tres, y sin embargo en todas las iglesias de España hay suficientes como para llenar una carreta. Pero no hagáis caso de estas tonterías, que todo eso es harina de otro costal.

El caso es que aquella tarde quedé yo tan pasmado ante la estatuilla de Cristo que a poco estuve de trastabillar y venirme abajo de la escalera. Aquel rostro de madera tenía una expresión tan viva y unos ojos tan tristes que hasta me dio algo de temor el verlo tan de cerca. Mucho me espanté al notar las manchas de sangre en la frente, en el pecho y sobre todo en el vientre, que según dicen es donde los soldados romanos le hincaron sus lanzas. Al cabo de un rato se me pasó el miedo, pero quedé tan hechizado y con tal asombro por aquella estatuilla que pareció ser cosa de encantamiento.

No sé cuánto tiempo estuve así, pero al rato me pareció escuchar unos pasos y vi que fray Hernando venía hacia mí.

—¿Qué estás haciendo allá arriba? —me preguntó con cierta desconfianza.

Yo me temí una reprimenda por andarme en sitios en que no debía. Pero ya por entonces fray Hernando me tenía harta paciencia y se mostraba compasivo conmigo.

—Nada, vuesa merced —respondí de buen grado—. Sólo miraba de cerca la estatuilla. Tal parece que el Señor sufrió mucho en su vida, ¿no es así?

—¿Por qué lo preguntas, Felipillo?

—Por los ojos, vuesa merced. Se ve que hay gran dolor en ellos.

Aquello pareció ser del gusto de fray Hernando, que acaso no se esperaba de mí tales pensamientos, de modo que me hizo bajar de la escalerilla, me sentó a su lado y se estuvo un buen rato contándome acerca de la vida de Cristo. Con mucho tiento me habló de su venida al mundo en una aldea, de su vida entre las gentes pobres y humildes y de cómo había terminado clavado a unos maderos por culpa de un bocazas que lo vendió a cambio de unas cuantas monedas.

A decir verdad, en aquellos tiempos no entendía yo gran cosa, pues era mozuelo de genio estrecho y no me entraba aquello de los milagros, ni menos aún el que hubiera muerto y renacido al tercer día. Pero si algo me embrollaba el seso más que ninguna otra cosa era el asunto de María. Fray Hernando me explicaba que Cristo era hijo de María y de José, pero luego decía que ella era tan virgen como una doncella y que el bueno de José nunca le había tocado un pelo. A pesar de mis pocos años, ya

me sabía yo que los críos no nacen de un repollo, como dicen por ahí, sino del ayuntarse entre esposos. Conocía el asunto pues, no hacía mucho tiempo, un monaguillo de mayor edad y algo sinvergüenza me había desasnado en cuestiones de hembras. Además, en mi pueblo, cuando vivía junto con mis padres, había visto yo mil veces a los cabrones montándose a las cabras, y por más bobo que sea un niño no tarda en suponer que la cosa es igual entre cristianos. Por esa razón, aquella tarde le pregunté a fray Hernando cómo era posible que María hubiera parido a Cristo sin siquiera haberse holgado con José. Él me miró sin expresar mucha sorpresa, que los frailes es sabido que siempre tienen respuesta para todas esas cuestiones, y sonriendo dulcemente me dijo:

—Cristo, mi querido Felipillo, es el Hijo de Dios hecho carne a través de María. El Señor la eligió entre todas las mujeres de esta Tierra y puso a Jesús en su vientre.

—Sí, vuesa merced. ¿Pero quiere decir que José no tomó parte en ello?

—Así es, Felipillo, él jamás yació con María, pues era hombre casto y de gran virtud.

—¿Pero qué ocurrió cuando se enteró de que ella estaba preñada?

—Pues nada. Tomó aquello como un regalo del cielo.

Yo me asombré grandemente, me estuve un minuto dándole vueltas a la cuestión y luego dije:

—Vuesa merced sabrá excusarme, pero a mí me da que ese José debía de ser algo mentecato.

—¿Por qué dices semejante cosa, hijo? —preguntó fray Hernando algo alarmado.

—Pues, porque allá en mi pueblo, cuando una mujer casada tenía tratos con otro hombre y aparecía preñada, todo el mundo se burlaba del marido y lo llamaban cornudo...

—¡Felipe! —Gritó fray Hernando abriendo los ojos como una lechuza—. ¡Eso que acabas de decir es una terrible blasfemia!

Yo ni sabía qué cuernos era una blasfemia, y a la verdad hoy mismo ando ayuno de saberlo. Pero el caso es que aquella tarde fray Hernando se enfadó mucho conmigo, me dio una buena zurra por mi insolencia y luego se estuvo casi dos horas tratando de explicarme todo con gran paciencia, no sé yo si con buen provecho de mi parte, que a duro de entendederas no hay quien me aventaje, pero al menos logró que nunca más le preguntara nada sobre aquel asunto.

Así recuerdo yo aquel día, mi señora, pero si os lo he contado ahora, en esta carta, no es por las lecciones de fray Hernando, ni por la regia paliza que me dio para ablandarme el entendimiento, sino porque aquella fue la primera vez en que vuestro Felipillo pensó acerca de la muerte. En verdad, la estatuilla de Cristo me había dejado con tal pasmo que no podía quitármela de la cabeza. Aquellos clavos de hierro, la corona de espinas, lo muy magullado que estaba el pobre, todo ello me turbó el juicio durante días y noches, y hasta soñaba que era yo a quien llevaban a la Cruz.

Hasta entonces jamás había parado mientes en la Parca, pues ningún mozo tan

pequeño se pone a pensar en esas cosas, y ni aun yo mismo, que había perdido a mis padres no mucho tiempo atrás. Sin embargo, con los años volví a pensar en ella muchas veces, pues como ya podréis imaginar, por aquí abajo anda revoloteando muy seguido. Cada dos por tres algún reo estira la pata en la sala de tormento, o de la noche a la mañana aparece muerto en su celda, y entonces viene la Parca a recogerlo y llevárselo consigo. En ocasiones, cuando se acerca algún auto de fe, la muy taimada se asoma por aquí a reconocer a los suyos. Diréis que es cosa de engaño, pero yo mismo la he visto rondar muchas veces por los pasillos, con su vestidura negra, su cabeza de osamenta y una horrible guadaña entre las manos. Es como una sombra que va de celda en celda espionando a los condenados, revisando el filo de su cuchilla y aguardando la hora de hacer su trabajo.

Curiosa dama esta Parca, ¿no creéis? Ahora que me anda cerca y me pisa los talones, no hay hora del día en que no me esté acordando de ella. ¡Por todos los cielos, que no hay hembra más obstinada en toda la redondez de la Tierra! Y fijaos si no: la vida entera nos la pasamos huyendo de ella, tratando de que no nos dé alcance, haciendo cruces cada vez que se la nombra en algún sitio, y sin embargo la muy obstinada jamás se cansa de perseguirnos. Nos sigue los pasos con gran paciencia, de cuando en cuando nos mira de reojo y nos da alguna señal, hasta que un mal día se nos cruza en el camino, alza su cuchilla y ¡zas!, nos arranca de este mundo sin darnos tiempo a rezongar siquiera, pues nadie puede estarse en esta vida más horas de las que a ella se le antojan. Y tengo para mí que ha de ser muda, ciega y sorda, pues nunca abre la boca, jamás ve a quién se lleva ni escucha razones en contra.

Así es la Parca, señora mía, cuando llama a nuestras puertas viene siempre tan deprisa que no la detienen ruegos, ni oraciones, ni pataleos, ni medicinas de ningún tenor, pues nadie es tan porfiada como ella a la hora de hacer su oficio. Y tampoco valen virtudes de ninguna clase, pues de nada sirve que en vida hayáis sido un santo, que si fuisteis generoso con los demás, que si amasteis al prójimo, ni mucho menos si habéis sido hombre de fe. Nada de eso le hace mella ni detiene su paso. Ciega como es, la emprende con cualquiera: le llega al soldado en guerra, alcanzado por flecha o artillería; le llega al hombre de paz, atropellado por un carro o devorado por alguna fiebre; le llega al niño que muere en el parto y al anciano que lo hace en su lecho. ¿Y qué decir de castas y linajes? Igual hoyo ocupa el príncipe que el jornalero, el cura que el sacamuelas, el rey que el mozo de mulas, y no importa siquiera que en vida hayan sido más altos, pues al entrar en la sepultura todo el mundo se encoge como rana en su cueva.

Así estamos, mi querida amiga, en manos de esa ingrata señora que a nadie respeta. ¡Si hasta al propio Cristo le bajó su guadaña! Bien dicen que más tarde el Señor resucitó, pero ése ya es otro cantar. La cuestión es que pobre o rico se van a la tumba igual, aunque también es cierto que con algunos reparos, pues si resulta que en vida fuisteis papa, juez o ministro, doña Muerte os llamará con gran ceremonia, os tenderá un lecho de rosas y empleará una guadaña tan suave y delicadamente que

apenas sentiréis el tajo. En cambio, si no habéis tenido fortuna en esta vida y sois tan sólo un mendigo, un ganapán o un pobre carcelero como yo, la señora de la guadaña os rebanará el cogote con una cuchilla toda herrumbrada, de esas con que degüellan a los puercos en el matadero, mientras que vuestra última morada será un lecho hediondo de polvo y gusanos.

Pero al final todo el mundo se muere y contra eso no hay título que valga, que ya bien dicen que tan presto se va el cordero como el carnero, y vaya a cuento de ello lo del rey Felipe, mi tocayo, que podrá ser señor de la Tierra y tener tanta riqueza como imaginarse pueda, pero ahora está con un pie en la tumba, y para colmo de males no pasa un minuto sin echar gritos de dolor, pues según dicen los ataques de gota le han dado tan fuerte que ni el roce de las sábanas tolera.

El hombre trae consigo la muerte desde que nace y la lleva a todas partes. Y si no, ¿qué otra cosa se ve a diario sino entierros, muertos y sepulturas? ¿De qué hablan los curas en sus sermones sino de ir al cielo o al infierno después de muerto? En verdad, todo a nuestro alrededor se muere sin remedio: el vestido se vuelve hilachas, la fruta se pudre, la casa se derrumba, los muros pierden el color. ¿Y qué decir de estos sótanos? Tengo para mí que, de cuantos sitios hay en el mundo, aquí es donde la Parca se siente más a gusto. No existe un solo rincón que no os la recuerde.

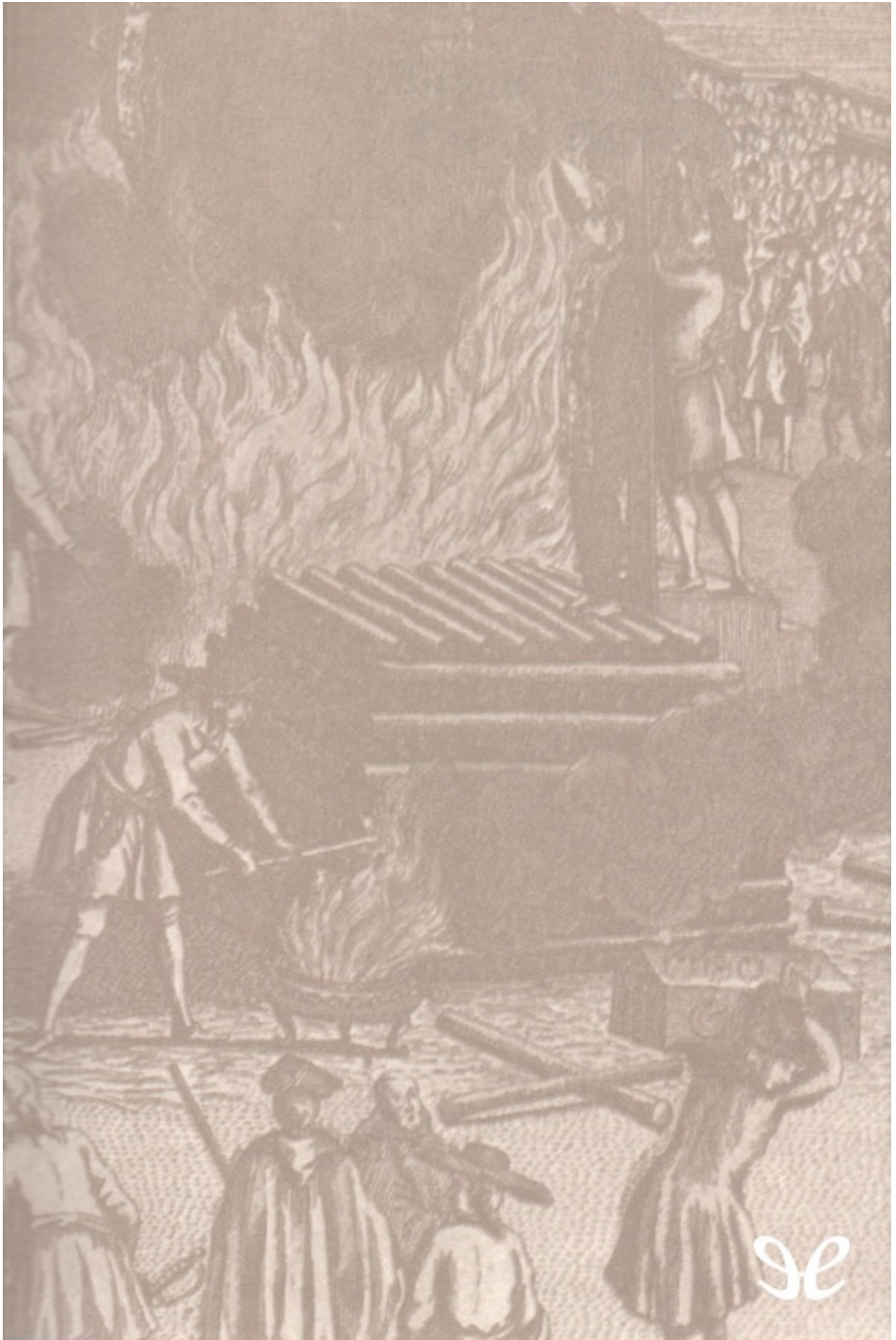
Pero en fin, ya no tiene sentido fastidiaros hablando de estas cosas. Mañana por la tarde vuestro Felipe será tan sólo un montón de cenizas y eso es lo que cuenta. Es por ello que me atrevo a pedir os un favor, una última voluntad que espero tengáis a bien conceder a este pobre siervo vuestro. Mi querida amiga, si no es gran molestia para vos, ¿sería posible veros mañana en el patio del edificio? Hablo de veros entre los presentes y aunque no sea más que de lejos, pues con ser una simple tontería para vos, yo podré llevarme al menos vuestra imagen en mis ojos. No os pido que permanezcáis hasta el final, cuando empiecen a cumplir los castigos y peguen fuego a vuestro Felipillo, pero al menos quedaos hasta que termine la lectura de las sentencias, que con ello será suficiente. Sabe. Dios que el poder veros en ese lugar será casi como devolverme la vida, ahora que estoy a poco de perderla. Suena a locura, lo sé, pero creedme que sería el más maravilloso regalo que pudierais hacerme.

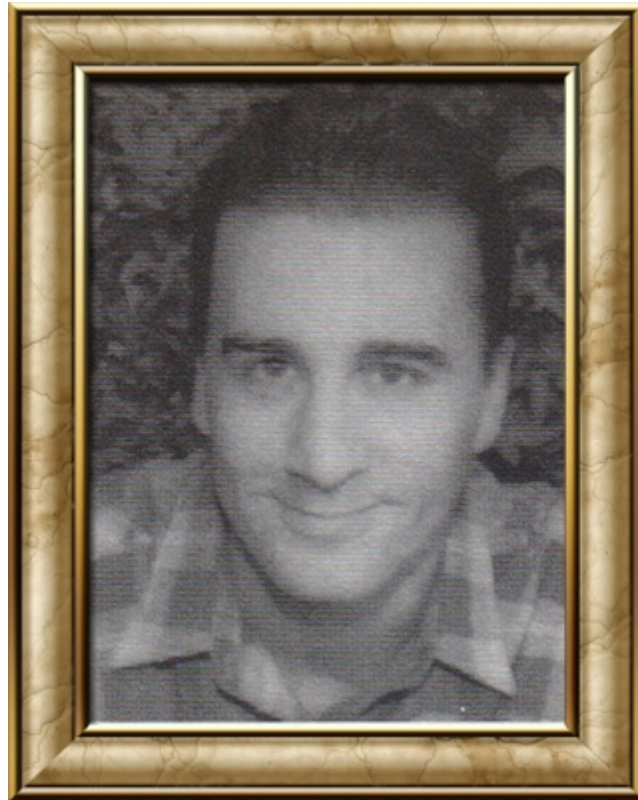
De todos modos, no tenéis que venir si no es vuestra voluntad. Ya bastante os he fatigado todo este tiempo con escribiros una carta tras otra, y mucho he pretendido al querer que las leáis. Sólo dejadme deciros que si he sido pesado alguna vez, si me he puesto insolente, si en alguna ocasión os habéis sonrojado o hartado con tanto disparate salido de mi pluma, tened a bien disculparme, que todo es causa de mi torpeza y falta de genio. Como os he dicho alguna otra vez, ya hubiera querido yo ser diestro en palabras y razones, escribiros con gracia y hasta regalaros algún poemilla de vez en cuando. Pero ya veis, el único maestro que he tenido en esta Tierra me lo han echado al fuego. Por eso, si no juzgáis oportuno venir, no habré de enfadarme de ninguna manera, que razón de sobra tendréis para quedaros en vuestra casa.

Y ahora me despido de vos. El tiempo se va y corren las horas como agua de río. Creo que fuera llueve y hay viento. Desde aquí se oyen golpear las gotas en el suelo del patio. Me pregunto cómo estarán mis jardines y mis flores, ahora que estoy lejos de ellas y no tienen quien pueda cuidarlas. El sonido de la lluvia es agradable, ¿no creéis?, y más aún estando a cubierto, pues nos hace apreciar las ventajas del abrigo.

Amiga mía, espero tengáis una vida feliz y provechosa. Venid a verme mañana, os lo ruego.

Adiós para siempre, y nunca os olvidéis de vuestro Felipe.





MIGUEL BETANZOS (Buenos Aires, 1962). Cursó estudios universitarios en las Facultades de Ciencias Exactas y Filosofía y Letras de la universidad bonaerense. Su pasión por la ciencia histórica le ha llevado a emprender una fecunda labor de exploración del pasado. En 1996 apareció su primera novela: *La máquina solar*, basada en la vida de Galileo Galilei. Más tarde publicó *Las tierras exuberantes: en busca del Paraíso Terrenal* (1998), *Matar al Virrey: historia de una conspiración* (1999) y *Las cárceles de Dios: una novela sobre la Inquisición* (2002), esta última de próxima aparición en esta misma colección. También ha escrito cuentos y relatos breves, entre los que cabe citar *El lugar donde reposa lo eterno*, *Tiempo adicional* y *Antropocentrismo*. (*E-mail*: betanzos44@yahoo.com.ar).

Notas

[1] Morales Quijano, I.: *Catálogo de libros raros y antiguos de España*, Madrid, 1859.

<<

[2] Blanchard. R.: *Annuaire de Bibliographie Antiqua*, 36, París, 1975. <<